LOS PRÍNCIPES DE LA LITERATURA

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMBÓ

EDITORIAL CERVANTES

SALAMBÓ

Los príncipes de la literatura

XIV

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMBÓ

Traducción, de la edición definitiva,
de
VICENTE DÍEZ DE TEJADA

Prólogo de
VICENTE CLAVEL

EDITORIAL CERVANTES
Avenida Alfonso XIII, 382
BARCELONA
1928

A.B.

De esta obra se ha hecho una tirada especial de 25 ejemplares, en magnífico papel de hilo, numerados y encuadernados en pasta valenciana.

Esta traducción es propiedad de la Editorial Cervantes y serán perseguidas conforme a la ley las ediciones fraudulentas.

GRÁFICA MODERNA DE L. CORTINA : Calle de Mallorca, 206 : BARCELONA

PRÓLOGO

GUSTAVO FLAUBERT

En una colección en la que, como en ésta, por fueros de su título, han de figurar los próceres de la literatura universal, necesariamente habrá de recurrirse a los grandes nombres que nos legaron las letras francesas del siglo XIX. Después de Pierre Loti, ya incluído en «Los príncipes de la Literatura», hoy damos entrada al célebre novelista Gustavo Flaubert, cuya famosa novela *Salambó*, estaba exigiendo una versión digna y una presentación decorosa.

Flaubert nació en Rouen en 1821 y falleció en Croisset en 1880. Hijo de médico, fué orientado hacia la Medicina por su padre; pero dominado por su irresistible vocación literaria abandonó los estudios médicos para consagrarse a la profesión de las letras. Seguramente se habrán dado pocos casos como el de Flaubert, en que una vocación respondiera tan plenamente al íntimo deseo de un alma juvenil. Sus «Primeras Obras», comenzaron a ver la luz pública en 1838 (tomo I: *Diario de un esco-*

lar. Opúsculos históricos. Obras diversas. Tomo II, 1838 a 1842: *Agonías. Memorias de un loco. Smarh. Noviembre.* Tomo III, 1843-45: *La educación sentimental*, primera versión. Tomo IV, 1848-49: *La tentación de san Antonio. Una noche de Don Juan*).

El 1.° de octubre de 1856 comenzó a aparecer, en la *Revue de Paris, Madama Bovary (costumbres provincianas)*, que provocó uno de los escándalos literarios más resonantes que se recuerdan. Flaubert fué procesado por ofensas a la pública moral y a la religión. La vista de la causa ante el Tribunal correccional de París, desde el 31 de enero al 7 de febrero de 1857, despertó enorme espectación. Su defensor, M. Sénard, obtuvo, con este motivo, un triunfo forense al lograr una sentencia absolutoria.

Este fallo tuvo una trascendencia insospechada en el campo de la literatura al dar estado legal a la nueva escuela realista creada por Gustavo Flaubert con su *Madama Bovary*.

Con el advenimiento del realismo flaubertiano, que ya tenía antecedentes claros en Balzac, se eclipsó el esplendor de la escuela romántica, representada por Musset, Teófilo Gautier, Víctor Hugo y Teodoro de Banville, y se desvaneció casi completamente el efímero recuerdo de los simbolistas, que adoptaron el nombre de decadentes y que tenían por cabeza visible a Mallarmé.

Madama Bovary no sólo fundó una escuela, sino que creó tipos que viven con toda la fuerza de seres de carne

y hueso. Emma Bovary es también un término de filosofía, el *bovarismo*, que el filósofo Julio de Gautier aplicó por primera vez para designar el carácter de una persona que se cree otra de la que es ciertamente. En esta novela, que le abrió a Flaubert las puertas de la celebridad, traza, como es sabido, la historia de una señora burguesa que, creyéndose superior al medio ambiente vulgar en que vive, rueda por la pendiente del deshonor para no encontrar otra solución al problema de su vida que el suicidio.

Otro personaje célebre de esta novela es el farmacéutico monsieur Homais, en el que se juntan en una sola pieza el necio y el semicientífico, y que ha llegado a simbolizar la burguesía descreída y con ínfulas de letrada de mediados del pasado siglo.

Salambó (1862), que comparte la celebridad de Flaubert con *Madama Bovary*, es una deslumbrante evocación histórica de la Cartago de Amílcar Barca, una resurrección viviente e inspirada de la poderosa república marítima norteafricana. Esta grandiosa creación literaria refiere los amores de Salambó, hija de Amílcar, encarnación de la Judith cartaginesa, con Matho, jefe de los mercenarios sublevados. Vencidos éstos, Matho es llevado al sacrificio y Salambó muere de dolor. El marco en que se encierra esta novela es sencillamente grandioso, verdaderamente imponente. La creación artística, pese a los defectos que quisieron ver en ella Sainte-Beuve y algunos otros críticos y orientalistas de renom-

bre, y cuyos razonamientos rebatió Flaubert con brillantez y fortuna, haciendo gala de una erudición vastísima, llega a revestir caracteres peculiares al genio. En cuanto a la forma literaria, sólo cabe decir que ciertas páginas de *Salambó* figuran entre las mejores de la literatura francesa.

De Flaubert no puede decirse que fuese un escritor fecundo. Tras las obras apuntadas publicó *Educación sentimental* (1869); la edición definitiva de *La tentación de san Antonio* (1871); *Tres cuentos*, delicioso volumen integrado por *La leyenda de san Julián; Herodías* y *Un corazón sencillo* (1877), y *El candidato*, comedia en cuatro actos que estrenó sin éxito alguno en el Vaudeville en 1874.

Como obras póstumas aparecieron su novela *Bouvard y Pécuchet* (1881), un libro sobre temas diversos titulado *Por campos y playas*, cuatro tomos de *Correspondencia*, de positivo interés, y las *Cartas a su sobrina Carolina*.

Gustavo Flaubert ofrece el ejemplo de una vida sencilla, sin complicaciones ni absurdidades. Su monotonía sólo se interrumpió en los momentos de sus largos viajes por Oriente y la costa mediterránea de Africa. Fruto magnífico de este viaje fué *Salambó*.

La personalidad de Flaubert figura en el primer plano entre los literatos de su siglo. Entroncado con el romanticismo dió vigorosa vida al realismo y engendró el naturalismo. La influencia de Flaubert sobre Zola, Eça de

Queiroz, Blasco Ibáñez y otros grandes novelistas, aparece manifiesta y no hay nadie que se atreva a discutirla. Este poder de irradiación proclama el mérito extraordinario de Gustavo Flaubert y asegura su inmortalidad.

Amaba la armonía, el color y la belleza de la forma, que llegó a dominar, aunque se observen ciertas incongruencias en sus libros. Poseía la técnica de su arte y ejecutaba sus concepciones con arreglo a métodos más propios de un hombre de ciencia (arqueólogo, psicólogo, neurópata) que de un literato. Por sus sentimientos románticos despreciaba al burgués ignorante con ribetes de seudocientifismo, en el que resumía todo lo bajo y lo ridículo de su tiempo. Era indiscutiblemente un poeta; pero no sintió la Naturaleza ni la supo ver. Vivía dedicado al estudio y este afán se reflejó en la agudeza y penetración psicológica que se observa en muchas de sus páginas. Su preparación científica hizo que en muchos de sus estudios se ayuntaran la psicología y la fisiología, y era muy dado a notas con las que reforzaba el resultado de sus investigaciones.

El efecto plástico, cualidad sobresaliente de Flaubert, está logrado en *Salambó* con una fuerza maravillosa. Su admirable retina estaba puesta al servicio de una imaginación portentosa, y por eso reflejan sus cuadros tanta verdad aún observándose en ellos la preponderancia de lo fantástico sobre lo real. Es el triunfo del arte impersonal y propiamente clásico.

Sus libros dejan una impresión de fortaleza y de tris-

teza al mismo tiempo. Flaubert era un psicólogo dotado de una frialdad que le hacía contemplar con absoluta impasibilidad las miserias morales e intelectuales de la humana naturaleza, que analizaba hasta la delectación.

En Flaubert vemos con tanta frecuencia el donaire del ironista como la acritud del que adopta un juicio pesimista al observar las cosas de este mundo. Se ve en él al artista del brazo del neurólogo.

Como escritor es muy digno de figurar en este Estado Mayor de la literatura universal que constituye la colección de «Los príncipes de la Literatura», tan bien recibida por lo mejor del público de lengua española.

VICENTE CLAVEL

I

El festín

MEGARA; arrabal de Cartago; jardines de Amílcar. Los soldados que éste había capitaneado en Sicilia celebraban con un gran festín el aniversario de la batalla de Eriyx; y como el jefe estaba ausente y ellos eran multitud, comían y bebían en completa libertad.

Los capitanes, con sus coturnos de bronce, se habían colocado en el vial del centro, bajo un velario de púrpura con listas de oro, que se extendía desde el muro de las caballerizas hasta la primera terraza del palacio. El resto de los soldados hallábase disperso bajo los árboles, por entre los cuales se divisaba diversidad de construcciones con terrado: lagares, bodegas, almacenes, panaderías y arsenales, con un corral para los elefantes, fosos para las fieras y una prisión para los esclavos.

Las cocinas estaban rodeadas por higueras. Un bosque de sicómoros se dilataba hasta confundirse con masas de verdor en las que las granadas resplandecían entre los blancos copos de los algodoneros; vides cargadas de racimos trepaban hasta el ramaje de los pinos; un campo de rosas se abría bajo los plátanos; de trecho en trecho, balanceá-

banse los lirios sobre los céspedes. Una arena negra, mezclada con polvo de coral, salpicaba los senderos; y, en medio, el gran vial de los cipreses formaba, de un extremo a otro, una doble columnada de verdes obeliscos.

El palacio, construído con mármol númida moteado de amarillo, exhibía, allá, en el fondo, sobre anchas bases, sus cuatro pisos de terrazas superpuestas. Su gran escalera, recta, de ébano, ostentaba en los ángulos de cada uno de los tramos la proa de una galera vencida. Con sus rojas puertas cuarteladas por una cruz negra, sus rejas de cobre, que por la parte baja lo defendían de los escorpiones, y sus emparrillados de varillas doradas que, en lo alto, cerraban sus aberturas, parecíales a los soldados, en su altiva opulencia, tan solemne e impenetrable como el mismo rostro de Amílcar.

El Consejo les había indicado su casa para celebrar el festín. Los convalecientes, que dormían en el templo de Eschmun, se habían puesto en camino desde el amanecer arrastrándose con sus muletas. Otros y otros llegaban a cada minuto. Incesantemente desembocaban por todas las sendas, como torrentes que se precipitasen en un lago. Por entre los árboles veíase correr, despavoridos, medio desnudos, a los esclavos de las cocinas. Las gacelas huían, balando, por los céspedes; poníase el sol, y el aroma de los limoneros hacía más pesada aún la exhalación de aquella muchedumbre sudorosa.

Había allí hombres de todas las naciones: ligures, lusitanos, baleares, negros y fugitivos de Roma. Al lado del rudo dialecto dórico, oíanse restallar las sílabas célticas, ruidosas como carros de combate; y las terminaciones jónicas entrechocaban con las consonantes del desierto, ásperas como aullidos de chacal. El griego se denunciaba por la esbeltez de su cintura; el egipcio por la elevación de sus hombros; el cántabro por sus anchas pantorrillas. Los carios balanceaban orgullosamente las plumas de su casco; los arqueros de Capadocia se habían pintado con el jugo de ciertas hierbas, anchas flores sobre su cuerpo; y algunos lidios, con ropas de mujer, comían, en chancletas, con

pendientes en las orejas. Otros que por más pompa se habían embadurnado con bermellón, parecían estatuas de coral.

Tendíanse sobre almohadones, comían acuclillados en torno a grandes azafates o bien, tumbados tripa abajo, atraían hacia sí grandes trozos de carne y se acomodaban apoyados sobre los codos, en la pacífica postura de los leones cuando despedazan su presa. Los postrer llegados, de pie junto a los árboles, contemplaban las bajas mesas que semidesaparecían entre tapices de escarlata, y esperaban su turno.

No siendo suficientes las cocinas de Amílcar, el Consejo había enviado esclavos, vajilla y colchonetas; y veíase en medio del jardín, como en un campo de batalla cuando se incinera los muertos, grandes hogueras en las que se asaba los bueyes. Panes espolvoreados de anís alternaban con gruesos quesos, más pesados que discos, y cráteras llenas de vino y cántaros henchidos de agua, junto a canastillas de filigrana de oro, repletas de flores. La alegría de poder atiborrarse, al fin, a su antojo, dilataba todos los ojos. Comenzaron a brotar las canciones.

Primeramente les fueron servidas aves en salsa verde, en platos de arcilla roja decorada con dibujos negros; luego, toda clase de mariscos que se cogen en las costas púnicas; potajes de trigo, habas y cebada y caracoles con cominos, en bandejas de ámbar amarillo. Después las mesas fueron cubiertas de carne: antílopes con sus cuernos, pavos reales con sus plumas, carneros enteros cocidos con vino dulce; piernas de camello y de búfalo; erizos marinos, cigarras fritas y lirones curados. En orzas de madera de Tarampani flotaban, en suco de azafrán, grandes pedazos de grasa. Era un derroche de salazones, de trufas y de asafétida. Pirámides de frutas se derrumbaban sobre pasteles de miel, y no se había dado al olvido alguno de esos perritos de gruesa panza y de lanas rubias que son cebados con orujo de aceitunas, manjar cartaginés, objeto de abominación en otros pueblos. La sorpresa de nuevos condumios excitaba la codicia de los estómagos. Galos de largas cabelleras recogidas en el colodrillo, se disputaban las sandías y los limones,

que trituraban con corteza y todo; negros que no habían visto jamás las langostas, se arañaban el rostro con sus punzantes caparazones; griegos afeitados, más blancos que el mármol, lanzaban hacia atrás, por encima de sus hombros, las sobras de su plato, en tanto que pastores de Brutium, vestidos con pieles de lobos, devoraban silenciosamente, con los ojos clavados en su porción.

Caía la noche. Retiróse el velario extendido sobre el vial de los cipreses y fueron encendidas antorchas.

Los vacilantes reflejos del petróleo que ardía en vasos de pórfido, asustaron en lo alto de los cedros a los monos consagrados a la luna y comenzaron a lanzar gritos que causaron gran algazara entre los soldados.

Las llamas oblongas temblaban sobre las corazas de cobre. Toda clase de destellos brotaban de las bandejas incrustadas de piedras preciosas. Las cráteras con orla de espejos convexos multiplicaban la imagen alargada de las cosas; los soldados se agolpaban en torno a ellas, se miraban embobados y gesticulaban para hacerse reír. Lanzábanse por encima de las mesas los escabeles de marfil y las espátulas de oro. Tragaban a todo tragar vinos griegos encerrados en odres de Campania, contenidos en ánforas de Cantabria, transportados en barriles, y fermentados licores de azufaifas, de cinamomo y de loto. Por tierra se veían charcos de ellos, en los que se resbalaba. El tufillo de las comidas subía por entre el follaje con el vapor de los alientos. Oíase simultáneamente el castañeteo de las mandíbulas y el rumor de las palabras, de las canciones y de los golpes; el estrépito de las jarras de Campania que se partían en mil pedazos y el límpido sonido de alguna gran bandeja de plata.

A medida que aumentaba su embriaguez, los soldados recordaban más y más la injusticia de Cartago. En efecto, la República, extenuada por la guerra, había permitido que se acumulasen en la ciudad todas las tropas que regresaban. Giscon, su general, había, no obstante, tenido la prudencia de irlas despidiendo unas tras otras para facilitar el pago de su soldada, y el Consejo había creído que acaba-

rían por conceder alguna rebaja. Pero, a pesar de todo, hoy no se les podía pagar. Esta deuda se confundía en el espíritu del pueblo con los dos mil trescientos talentos cúbicos exigidos por Lutacio y, como Roma, eran un enemigo para Cartago. Los mercenarios lo comprendían. También su indignación estallaba en amenazas, desbordándose. Por fin, pidieron reunirse para celebrar una de sus victorias, y el partido de la paz cedió, vengándose de Amílcar, que tanto había sostenido la guerra. Esta había terminado contra todos sus esfuerzos, aunque, desesperando de Cartago, había confiado a Giscon el gobierno de los mercenarios. Designar su palacio para recibirlos era arrojar sobre él algo del odio que se les tenía. Por otra parte, el gasto tenía que ser excesivo. El lo sufragaría casi todo.

Enorgullecidos por haber hecho doblegarse a la República, creían los mercenarios que al fin iban a regresar a su casa con el producto de su sangre en la capucha de su capa. Pero sus fatigas, revisadas a través de los vapores de su borrachera, les parecían prodigiosas y demasiado poco recompensadas. Mostraban sus heridas y relataban sus combates, sus viajes y las cacerías de su país. Imitaban el grito y los saltos de las alimañas feroces. Luego comenzaron las inmundas apuestas: hundían la cabeza en las ánforas y se quedaban bebiendo sin interrupción, como dromedarios sedientos. Un lusitano de estatura gigantesca, llevando un hombre al extremo de cada brazo, recorría las mesas arrojando fuego por las narices. Los lacedemonios, que no se habían quitado sus corazas, saltaban con pesados pasos. Algunos avanzaban como mujeres, haciendo gestos obscenos; otros se desnudaban para combatir, en medio de las copas, al estilo de los gladiadores; y una compañía de griegos danzaba en torno a un estanque en el que se veían algunas ninfas, mientras un negro golpeaba con un hueso de buey sobre un escudo de bronce.

De pronto oyeron todos un cántico quejumbroso, un canto fuerte y dulce que bajaba y subía en el aire como el batir de alas de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos en el ergástulo. Unos soldados,

para libertarlos, se levantaron de un salto y desaparecieron.

Pronto regresaron, empujando entre gritos, en el polvo, una veintena de hombres fáciles de distinguir por su rostro más pálido. Un gorrito de fieltro negro y forma cónica cubría su rasurada cabeza y todos llevaban sandalias de madera que producían un ruido de herraje como carretones en marcha.

Llegaron al vial de los cipreses, donde se perdieron entre la multitud que los interrogaba. Uno de ellos había permanecido aparte, de pie. A través de las desgarraduras de su túnica percibíanse sus hombros, cruzados por largas cicatrices. Bajando la cabeza miraba en torno con desconfianza y cerraba un poco los párpados, deslumbrado por las antorchas. Pero cuando vió que ninguno de aquellos guerreros trataba de causarle mal, un hondo suspiro se escapó de su pecho. Bisbiseó unas frases y sonrió irónicamente, derramando puras lágrimas que lavaron su faz. Después asió por las asas un cántaro lleno, lo alzó recto en el aire cuan largos eran sus brazos, de los que aún pendían las cadenas, y entonces, mirando al cielo y sosteniendo siempre la vasija, dijo:

— ¡En primer lugar, yo te saludo, Baal-Eschmun, libertador, a quien las gentes de mi patria llaman Esculapio; y a vosotros, genios de las fuentes, de la luz y de los bosques; y a vosotros, dioses ocultos en el seno de las montañas y en las cavernas de la tierra; y a vosotros, hombres fuertes de las brillantes armaduras, que me habéis libertado!

Después dejó caer el cántaro y refirió su historia. Llamábase Espendio. Los cartagineses lo habían apresado en la batalla de los Egineses y, en griego, en ligurio y en púnico, dió una vez más las gracias a los mercenarios, les besó las manos y, por fin, les felicitó por el banquete, no sin dejar de asombrarse al no ver las copas de la legión sagrada. Estas copas, que ostentaban una vid de esmeraldas en cada una de sus seis facetas de oro, pertenecían a una milicia compuesta exclusivamente de jóvenes patricios, los de mayor estatura. Era esto un privilegio, casi un honor sacerdotal; nada como ellas entre todos los tesoros de la Re-

pública era más apetecido por los mercenarios. A causa de ellas, detestaban a la Legión y ya se había visto que arriesgaban su vida por el inconcebible placer de beber en ellas.

Ordenaron, pues, ir a buscar las copas. Estas estaban depositadas en poder de los sisitas, compañía de comerciantes que comían en común. Los esclavos regresaron. A aquella hora, todos los miembros de los sisitas dormían.

— ¡Que se les despierte! — respondieron los mercenarios.

Tras un segundo viaje explicaron que las copas estaban encerradas en un templo.

— ¡Que lo abran! — replicaron.

Y cuando los esclavos, temblando, confesaron que estaban en manos del general Giscon, exclamaron:

— ¡Que las traigan!

No tardó Giscon en aparecer en el fondo del jardín, con una escolta de la Legión sagrada. Su amplio manto negro, sujeto en la cabeza por una mitra de oro constelada de piedras preciosas, pendía en torno hasta los cascos de su caballo y se confundía, a lo lejos, con el color de la noche. Sólo se divisaba su blanca barba, los destellos de su tocado y su triple collar de anchas láminas azules que le golpeaban el pecho.

Cuando él entró, los soldados lo saludaron con una gran aclamación, gritando:

— ¡Las copas! ¡Las copas!

El comenzó por declarar que si se consideraba su valor, su valor de ellos, eran muy dignos de ellas. La multitud aulló de alegría, aplaudiendo.

El lo sabía muy bien; él, que los había mandado en lejanas tierras y que había regresado con la postrera cohorte en la última galera.

— ¡Es verdad! ¡Es verdad! — dijeron ellos.

— No obstante — continuó Giscon, — la República había respetado sus divisiones por pueblos, sus costumbres, sus cultos, y eran libres en Cartago. En cuanto a los vasos de la Legión sagrada, eran una propiedad particular...

De pronto, junto a Espendio, un galo se lanzó por encima de las mesas y corrió directamente hacia Giscon, a

quien amenazó, gesticulando, con dos espadas desnudas.

El general, sin interrumpirse, le golpeó la cabeza con su pesado bastón de marfil. El bárbaro cayó. Los galos rugieron, y comunicándose su furor a los otros, iban a arrollar a los legionarios. Giscon alzó los hombros viéndolos palidecer. Pensó que todo su valor sería inútil contra aquellas bestias feroces, exasperadas. Valía más vengarse de ellos, más tarde, con alguna añagaza, y así, hizo seña a sus soldados y se alejó lentamente. Luego, bajo el dintel de la puerta, volviéndose hacia los mercenarios, les anunció a gritos que se arrepentirían.

El festín comenzó de nuevo. Pero Giscon podía volver y, cercando el arrabal que tocaba a las últimas fortificaciones, aplastarlos contra los muros. Entonces, y a pesar de ser multitud, sintiéronse solos; y la gran ciudad que dormía a sus pies, entre las sombras, les infundió miedo, súbitamente, con sus numerosas escalinatas, sus altas casas negras y sus vagos dioses más feroces aún que su pueblo. A lo lejos, deslizábanse por el puerto algunos faroles y veíanse luces en el templo de Khamon. Acordáronse de Amílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué, una vez concertada la paz, los había abandonado? Sus discusiones con el Consejo no eran, sin duda, otra cosa que una farsa para perderlos. Su odio no aplacado caía sobre él, y lo maldijeron, exasperándose unos a otros con su propia cólera. En este momento se formó una reunión bajo los plátanos. Era para ver a un negro que se revolcaba golpeando el suelo con sus miembros, fija la mirada, torcido el cuello y llenos de espuma los labios. Alguien gritó que el tal estaba envenenado. Todos cayeron sobre los esclavos. Alzóse un clamor espantoso y un vértigo de destrucción se desencadenó sobre el embriagado ejército. Golpeaban al azar, en torno a ellos, destrozaban, mataban.

Algunos lanzaron encendidas antorchas entre el follaje; otros, acodados en la balaustrada de los leones, los mataban a flechazos; los más osados corrieron hacia los elefantes, pretendiendo dominar su trompa y comerse el marfil.

En tanto, unos honderos mallorquines que, para poder

robar más cómodamente, habían salvado el ángulo del palacio, viéronse detenidos por una alta valla construída con cañas de Indias. A machetazos cortaron las cerraduras y halláronse entonces, bajo la fachada que miraba a Cartago, en otro jardín pletórico de vegetación pulcramente recortada. Filas de flores blancas, unas a continuación de otras, describían en la tierra de azulado color largas parábolas, como cohetes de estrellas. Los macizos, llenos de tinieblas, exhalaban cálidos olores melíficos. Había troncos de árboles embadurnados de bermellón que parecían cruentas columnas. En medio, doce pedestales de bronce sostenían sendas esferas de cristal, y rojizos destellos teñían confusamente estos globos vacíos, como enormes ojos que palpitasen aún. Los soldados, alumbrándose con antorchas, se deslizaron por la pendiente del terreno, profundamente labrada. Luego divisaron un pequeño lago, dividido en varios compartimientos por piedras azules. Las linfas eran tan límpidas que las llamas de las antorchas temblaban hasta el fondo, sobre un lecho de guijas blancas y de polvo de oro. De pronto se conmovieron en hervidero suave, se agitaron en su seno luminosas pajitas y gruesos peces que ostentaban pedrerías en el cuello, aparecieron hacia la superficie. Los soldados, lanzando grandes carcajadas, les pasaron los dedos por las agallas y se los llevaron a las mesas.

Eran los peces de la familia Barca. Todos descendían de los primitivos lotes que habían hecho abrirse el huevo místico en que se ocultaba la diosa. La idea de cometer un sacrilegio excitó la glotonería de los mercenarios. Rápidamente encendieron fuego debajo de unos platos de cobre y se entretuvieron viendo cómo se agitaban los hermosos peces en el agua hirviendo.

La marejada de los soldados aumentó. Ya no tenían miedo. Tornaron a beber. Los perfumes que les corrían de la frente mojaban con anchas gotas sus túnicas en jirones, y con entrambos puños se apoyaban en las mesas que les parecía que oscilaban como navíos, paseando en torno las turbias miradas de sus ojos de borracho para devorar con la vista lo que no podían tomar con las manos. Otros, an-

dando por entre las bandejas, sobre los manteles de púrpura, rompían a patadas los banquillos de marfil y las ampollas tirias de cristal. Las canciones se mezclaban con el estertor de los esclavos que agonizaban entre las vasijas rotas. Los soldados pedían comida, vino, oro. Gritaban demandando mujeres. Deliraban en cien idiomas. Algunos se creían en las estufas, a causa de la neblina que flotaba en torno a ellos, o bien, divisando el follaje, imaginábanse estar de caza y corrían contra sus compañeros como contra animales salvajes. El incendio iba invadiendo los árboles uno a uno, y las altas masas de verdor de las que brotaban grandes espirales blancas, parecían volcanes que empezaban a humear. Redoblóse el clamor. Los leones, heridos, rugían en la sombra.

El palacio se iluminó de pronto, en su terraza más alta abrióse la puerta de en medio, y una mujer, la propia hija de Amílcar, cubierta con negras vestiduras, apareció en el umbral. Inmóvil y con la cabeza baja, contempló a los soldados.

Tras ella, a uno y a otro lado, mantenían dos filas de hombres pálidos vestidos con telas blancas de listas rojas que caían rectas hasta sus pies. No tenían barba, ni cabellos ni cejas. En sus manos centelleantes de anillos llevaban enormes liras y cantaban a coro un himno a la divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del templo de Tanit, a quienes Salambó llamaba con frecuencia a su casa.

Finalmente descendió por la escalera de las galeras. Los sacerdotes la siguieron. Avanzó ella por el vial de los cipreses y pasó lentamente por entre las mesas de los capitanes, que retrocedieron un poco viéndola pasar.

Sus cabellos, salpicados de polvo violeta y recogidos en forma de torre, según la moda de las vírgenes cananeas, la hacían aparecer más alta. Trenzas de perlas pegadas a sus sienes descendían hasta las comisuras de su boca, roja como una entreabierta granada. Lucía sobre su pecho un cúmulo de piedras preciosas centelleantes que, en su abigarrado conjunto, imitaban las escamas de una morena. Sus brazos, guarnecidos de diamantes, surgían desnudos de su tú-

nica sin mangas, constelada de flores rojas sobre fondo negro. De tobillo a tobillo llevaba una cadenita de oro para regular su marcha, y su amplio manto de obscura púrpura fingía, a cada uno de sus pasos, una ancha ola que la seguía.

Los sacerdotes, de vez en cuando, hacían brotar de sus liras acordes casi ahogados y, en los intervalos de la música, dejábase oír el áureo tintineo de la cadenilla, con el rumor regular de sus sandalias de papiro.

Nadie la conocía aún. Sabíase solamente que vivía retirada, sumida en prácticas piadosas. Algunos soldados la habían divisado de noche, en lo severo de su palacio, arrodillada ante las estrellas, entre torbellinos de encendidas cazoletas. Era la luna la que la había tornado tan pálida, y un algo, proveniente de los dioses, la envolvía como un vapor sutil. Sus ojos parecían mirar a lo lejos, más allá de los terrestres espacios. Avanzaba inclinada la cabeza, y en su diestra mano llevaba una diminuta lira de ébano.

Oyósela murmurar:

— ¡Muertos! ¡Todos muertos! Ya no acudiréis obedientes a mi voz, cuando, sentada a la orilla del lago, os metía en la boca pepinos y sandías. El misterio de Tanit rondaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que los glóbulos de las ondas. — Y los llamaba por sus nombres, que eran los de los meses: — ¡Siv! ¡Sivan! ¡Tamuz! ¡Elul! ¡Tiscri! ¡Schevar!... — ¡Ay! ¡Compadécete de mí, oh Diosa!

Los soldados, sin comprender lo que decía, se agolpaban en torno a ella. Quedaban deslumbrados por sus atavíos; pero ella derramó sobre todos ellos una prolongada mirada de espanto, y, después, escondiendo la cabeza entre los hombros, levantando los brazos, repitió varias veces:

— ¡Oh! ¿Qué habéis hecho?... ¿Qué habéis hecho?... ¡Teníais, para regodearos, pan, carne, aceite y lo mejor de nuestros graneros! ¡Yo había hecho traer bueyes de Hecatómpolis y había enviado cazadores al desierto!—Su voz se ampliaba, sus mejillas se sonrojaban. — ¿Dónde estáis, pues? ¿Estáis aquí en una ciudad conquistada, o en el palacio de un señor? ¡Y qué señor! ¡El sufeta Amílcar, mi padre, servidor de los Baal! ¡Vuestras armas, rojas de sangre de

sus esclavos, son las que él ha negado a Lutacio! ¿Conocéis vosotros en vuestra patria alguien que sepa dirigir las batallas mejor que él? ¡Mirad, pues! ¡Los peldaños de nuestro palacio están henchidos de victorias nuestras! ¡Continuad! ¡Quemadlo! Yo llevaré conmigo el genio de mi casa, mi serpiente negra que duerme allá arriba, sobre hojas de loto. Silbaré y me seguirá, y si me subo a una galera, correrá por la estela de mi navío sobre la espuma de las olas.

Las menudas aletas de su nariz temblaban. Quebrábase las uñas contra las pedrerías de su pecho. Languidecieron sus miradas, y continuó:

— ¡Ah, pobre Cartago! ¡Lastimosa ciudad! ¡Ya no tienes para defenderte los hombres fuertes de antaño, que iban más allá de los océanos a edificar templos sobre las costas! Todos los países trabajaban a tu alrededor, y las llanuras del mar, labradas por tus remos, balanceaban tus mieses».

Entonces se puso a cantar las aventuras de Melkarth, dios de los sidóneos y padre de su familia.

Hablaba de la ascensión a las montañas de Ersifonia, del viaje a Tartéside y de la guerra contra Masisabal para vengar a la reina de las serpientes.

— El perseguía en el bosque a la monstruosa hembra cuya cola ondulaba entre las hojas secas como un arroyo de plata; y llegó a una pradera en la que mujeres con grupa de dragón se hallaban en torno a una gran hoguera, erguidas sobre la punta de su cola. La luna, de color de sangre, resplandecía en un pálido círculo, y sus lenguas de escarlata, hendidas como harpones de pescador, se alargaban encorvándose hasta el borde de las llamas.

Luego, Salambó, sin detenerse, refirió cómo Melkarth, después de haber vencido a Masisabal, puso en la proa de su nave su cortada cabeza.

— A cada embite de las olas, hundíase en la espuma; pero el sol la curtía y se puso más dura que el oro; no obstante, sus ojos no cesaban de llorar, y las lágrimas caían en el agua continuamente».

Todo esto lo contaba en una vieja lengua cananea que

no entendían los bárbaros. Preguntábanse éstos qué querría decir con los espantosos gestos con que acompañaba su discurso; y subidos en torno a ella, en las mesas, en los lechos, en las ramas de los sicómoros, con la boca abierta, alargando la cabeza, trataban de descifrar las vagas historias que se mecían ante su imaginación, a través de las teogonías, como fantasmas sobre nubes.

Unicamente los sacerdotes rasurados comprendían a Salambó. Sus manos rígidas se estremecían sobre las cuerdas de sus liras, y de vez en cuando arrancaban de ellas un lúgubre acorde; pues más débiles que mujeres viejas, temblaban a la vez de emoción mística y del miedo que les causaban los hombres. Los bárbaros no reparaban en ello. Seguían escuchando cantar a la virgen.

Ninguno la miraba tanto como un joven jefe númida sentado en la mesa de los capitanes, entre soldados de su nación. Su cintura estaba tan erizada de dardos, que formaba una prominencia en su amplio manto, ceñido a sus sienes por una tira de cuero. La tela, entreabriéndose sobre sus hombros, rodeaba de sombra su rostro y sólo se divisaba de él las llamaradas de sus encandilados ojos. Hallábase en el festín por casualidad. Su padre le hacía vivir con los Barca, según costumbre de los reyes, que enviaban a sus hijos a las grandes familias para preparar alianzas. Pero durante los seis meses que Narr'Havas pasaba allí, aún no había visto a Salambó; y, acuclillado sobre los talones, con la barba inclinada hacia los puños de sus javalinas, la contemplaba dilatando la nariz como un leopardo que se agazapa entre los bambúes.

En la parte opuesta de las mesas estaba un libio de estatura colosal y de cortos cabellos crespos. No conservaba más que su túnica militar, cuyas lentejuelas de cobre desgarraban la púrpura del lecho. Un collar de placas de plata se enredaba entre los pelos de su pecho. Salpicaduras de sangre le manchaban el rostro; apoyábase sobre el codo izquierdo y su grande boca abierta sonreía.

Salambó no sostenía ya el ritmo sagrado. Simultáneamente empleaba todos los idiomas de los bárbaros, delica-

deza de mujer para apaciguar su cólera. Hablaba en griego a los griegos, y luego se dirigía a los ligures, a los campanienses, a los negros; y cada cual de ellos, al escucharla, hallaba en aquella voz la dulzura de su patria. Arrebatada por los recuerdos de Cartago, cantaba las antiguas batallas contra Roma, y todos la aplaudían. Encendíase ante los destellos de las espadas desnudas y gritaba con los brazos abiertos. Dejó caer la lira y se calló — y oprimiéndose el corazón con entrambas manos, permaneció durante algunos minutos con los párpados caídos, saboreando la agitación de todos aquellos hombres.

Matho, el libio, se inclinaba hacia ella. Involuntariamente ella se acercó a él, e impulsada por el reconocimiento de su orgullo, le escanció en una copa de oro un largo chorro de vino para reconciliarse con el ejército.

— ¡Bebe! — le dijo.

Tomó él la copa y la acercaba a sus labios cuando un galo, el mismo a quien Giscon había herido, le tocó en el hombro, murmurando con aire jovial agudezas en la lengua de su país. Espendio no estaba lejos y se brindó a explicárselas.

— ¡Habla! — dijo Matho.

— Protégente los dioses. Te vas a hacer rico. ¿Cuándo es la boda?

— ¿Qué boda?

— La tuya, pues, entre nosotros — dijo el galo, — cuando una mujer hace beber a un soldado, es que le ofrece su lecho.

No había acabado de hablar, cuando Narr'Havas, saltando, sacó una vira de su cintura y apoyando el pie derecho en el borde de la mesa, la lanzó contra Matho.

El dardo silbó entre las copas y, atravesando el brazo del líbano, lo clavó sobre el mantel, tan fuertemente que el puño quedó temblando en el aire.

Matho lo arrancó rápido; pero no tenía armas y estaba desnudo; levantó con los dos brazos la mesa, con cuanto contenía, y la arrojó contra Narr'Havas, en medio de la multitud que se precipitó entre ellos. Los soldados y los

númidas se aglomeraron de tal modo que no pudieron sacar sus espadas. Matho avanzó repartiendo cabezadas. Cuando se detuvo, Narr'Havas había desaparecido. Lo buscó con la mirada. Salambó había desaparecido también.

Entonces, volviendo la vista hacia el palacio, divisó en lo alto de él la roja puerta con la negra cruz que se cerraba. Lanzóse allá.

Se le vió correr por entre las proas de las galeras y luego reaparecer a lo largo de las tres escaleras hasta llegar a la puerta roja que golpeó con su cuerpo. Jadeante se apoyó contra el muro para no caerse.

Un hombre lo había seguido, y, a través de las tinieblas, pues las luces del festín quedaban ocultas por el ángulo del palacio, reconoció a Espendio.

— ¡Vete! — le dijo.

El esclavo, sin responder, comenzó a desgarrar su túnica con sus dientes; luego se arrodilló junto a Matho y le cogió el brazo delicadamente, palpando en la obscuridad para descubrir la herida.

A la claridad de un rayo de luna que se filtró entre las nubes, Espendio advirtió en medio del brazo una herida abierta. Arrolló a su alrededor el trozo de tela; pero el otro, irritándose, decía:

— ¡Déjame! ¡Déjame!

— No — repuso el esclavo. — Tú me has librado del ergástulo. Yo soy tuyo. Tú eres mi amo. ¡Ordena!

Matho, rozando los muros, dió la vuelta a la terraza. Aguzaba el oído a cada paso, y a través de las doradas rejas, lanzaba sus miradas a los departamentos silenciosos. Al fin se detuvo, desesperado.

— ¡Oye! — le dijo el esclavo.—¡No me desprecies por mi debilidad! Yo he vivido en el palacio. Yo puedo deslizarme por entre sus muros como una víbora. ¡Ven! En la cámara de los antepasados hay un lingote de oro debajo de cada losa; una vía subterránea conduce a sus tumbas.

— ¡Qué me importa! — dijo Matho.

Espendio se calló.

Estaban en la terraza. Una enorme masa de sombra se

extendía ante ellos, que parecía formada por vagas aglomeraciones, parecidas a olas gigantescas de un petrificado océano negro.

Pero una barra luminosa se elevó por la parte de Oriente. A la izquierda, abajo del todo, los canales de Megara comenzaron a rayar con sus blancas sinuosidades las verduras de los jardines. Las cónicas cubiertas de los templos heptógonos, las escaleras, las terrazas, las murallas, se destacaban poco a poco sobre la palidez del alba, y en torno a la península cartaginesa oscilaba un cinturón de blanca espuma, mientras el mar, color de esmeralda, parecía como cuajado por la frescura matinal. Luego, a medida que el cielo rosa se extendía, las altas casas inclinadas sobre las pendientes del terreno se erguían, se amontonaban como un rebaño de cabras negras que descendiera de las montañas. Las calles desiertas se alargaban; las palmeras asomaban inmóviles acá y allá por entre los muros; las cisternas, pletóricas, parecían escudos de plata perdidos en los patios; el faro del promontorio Hermaeum comenzaba a palidecer. En lo más alto de la Acrópolis, en el bosque de cipreses, los caballos de Eschmun, sintiendo llegar la luz, apoyaban sus cascos en el parapeto de mármol y relinchaban hacia el lado del sol, que apareció en el horizonte.

Espendio, alzando los brazos, lanzó un grito.

Todo se agitaba en extenso arrebol, pues el Dios, como desgarrándose, derramaba a raudales sobre Cartago el oro de sus venas. Las proas de las galeras centelleaban, la techumbre de Khamon parecía envuelta en llamas, y el fondo de los templos cuyas puertas se abrían, ardía en resplandores. Las grandes carretas procedentes del campo hacían girar sus ruedas sobre las losas de las calles. Dromedarios cargados de bagajes descendían por las rampas. Los cambiantes de las plazuelas levantaban las compuertas de sus tiendas. Volaban las cigüeñas y las blancas velas palpitaban. Oíase en el bosque de Tanit el tamboril de las cortesanas sagradas, y en la punta de los Mappales, los hornos para cocer los ataúdes de arcilla, comenzaban a humear.

Espendio se inclinó hacia afuera en la terraza; sus dientes castañeteaban, y repetía:

— ¡Ah, sí, sí, mi amo! ¡Ya comprendo por qué desdeñas ahora el saqueo de la casa!

Matho pareció despertar ante el silbido de su voz; no acababa de comprender. Espendio, repitió:

— ¡Ah, qué riquezas! ¡Y los hombres que las poseen, no tienen siquiera hierro para defenderlas!

Entonces, indicándole con la diestra mano extendida parte del populacho que se arrastraba a la parte de allá del muelle por la arena, para buscar partículas de oro:

— ¡Mira!... — le dijo. — ¡La República es como esos miserables: encorvada a la orilla de los océanos, hunde en todas las playas sus brazos ávidos y el ruido de las olas les aturde de tal modo que no oyen que tras ellos se acerca el talón de un amo!

Arrastró a Matho al lado opuesto de la terraza y mostrándole el jardín en que centelleaban al sol las espadas de los soldados colgadas de los árboles, añadió:

— ¡Pero aquí hay hombres fuertes cuyo odio los exaspera! ¡Y nada los liga a Cartago, ni sus familias, ni sus juramentos, ni sus dioses!

Matho permaneció apoyado sobre el muro. Espendio, acercándose a él, prosiguió en voz baja:

— ¿Me comprendes, soldado? Nos pasearíamos cubiertos de púrpura como sátrapas. ¡Nos lavarían con perfumes; yo, a mi vez, tendría esclavos!... ¿No estás cansado de dormir sobre la dura tierra, de beber el vinagre de los campos y de escuchar siempre la trompeta? ¡Ya descansarás más tarde, ¿no es eso?, cuando se te arranque la coraza para arrojar tu cadáver a los buitres! ¡O, acaso, apoyándote en un bastón, ciego, cojo, débil, irás de puerta en puerta contando tu juventud a los niños y a los vendedores de salazones! ¡Acuérdate de todas las injusticias de tus jefes, de los campamentos sobre la nieve, de las caminatas al sol, de las tiranías de la disciplina y de la eterna amenaza de la cruz! Después de tantas miserias se te ha concedido un collar de honor, como se cuelga en el petral de los asnos un sartal

de cascabeles para aturdirlos en la marcha y hacer que no sientan la fatiga. ¡Un hombre como tú, más bravo que Pirro! ¡Y, no obstante, si tú hubieses querido! ¡Cuán feliz serías en las grandes estancias frescas, al son de las liras, tendido sobre flores, con bufones y con mujeres! ¡No me digas que la empresa es imposible! ¿Es que los mercenarios no han poseído ya Regium y otras plazas fuertes en Italia? ¿Quién se lo impide? Amílcar está ausente; el pueblo execra a los ricos; Giscon no puede ya nada con los seres envilecidos que le rodean. ¡Pero tú eres valiente! ¡A ti te obedecerán! ¡Mándalos! ¡Cartago es nuestro! ¡Lancémonos sobre él!

— ¡No! — dijo Matho. — La maldición de Moloch pesa sobre mí. Yo la he sentido en sus ojos y ahora mismo he visto en un templo un morueco negro, que retrocedía. — Y agregó mirando a su alrededor: —¿Dónde está ella?

Espendio comprendió que una inquietud inmensa lo preocupaba. No se atrevió ya a hablar.

Los árboles, tras ellos, humeaban aún. De sus ennegrecidas ramas caían de vez en cuando, en medio de los platos, esqueletos de monos semicarbonizados. Los soldados, ebrios, roncaban con la boca abierta al lado de los cadáveres; y los que no dormían bajaban la cabeza, deslumbrados por la luz. El suelo pisoteado desaparecía bajo charcos rojizos. Los elefantes balanceaban sus sangrientas trompas entre los picos de sus parques. En los abiertos graneros divisábanse sacos de trigo dispersos y ante la puerta una espesa runfla de carretas amontonadas por los bárbaros. Los pavos reales, aselados en los cedros, desplegaban su cola y se ponían a chillar.

En tanto, la inmovilidad de Matho sorprendía a Espendio. Estaba más pálido aún que antes, y con los ojos fijos seguía algo en el horizonte, apoyado con ambas manos en el borde de la terraza. Espendio, encorvándose, acabó por descubrir lo que el otro contemplaba. Un punto de oro giraba a lo lejos entre el polvo de la carretera de Utica. Era el cubo de un carro tirado por dos mulos. Un criado corría a la cabeza de la lanza, sujetándolos por la brida. En el

carro estaban dos mujeres sentadas. Las crines de los animales se anudaban entre sus orejas al estilo pérsico, bajo una redecilla de cuentas azules. Espendio las reconoció. Apenas pudo ahogar un grito.

En la trasera del coche flotaba al viento un gran velo.

II

En Sicca

Dos días después, los mercenarios salieron de Cartago.

Se les había dado a cada uno de ellos una pieza de oro, a condición de que irían a acampar en Sicca, y se les había dicho con toda clase de carantoñas:

— Vosotros sois los salvadores de Cartago; pero, si continuáis aquí, atraeréis el hambre sobre la ciudad y se declarará insolvente. Alejaos. La República, más tarde, tendrá en cuenta esta condescendencia. Inmediatamente vamos a votar impuestos; vuestro sueldo será completo y se armarán galeras que os conducirán a vuestra patria.

No sabían ellos qué responder a tanto discurso. Aquellos hombres acostumbrados a la guerra, se hastiaban permaneciendo en una ciudad. No costó trabajo convencerlos y el pueblo subió a las murallas para verlos marchar.

Desfilaron por la calle de Khamon y por la puerta de Cirta, mezclados los arqueros con los hoplitas, los capitanes con los soldados, los lusitanos con los griegos. Marchaban con paso marcial haciendo sonar sobre las losas sus pesados coturnos. Sus armaduras estaban abolladas por las cata-

pultas y sus rostros ennegrecidos por el bochorno de las batallas. Roncos gritos brotaban de las barbas espesas; sus cotas de malla, desgarradas, golpeaban sobre los pomos de las espadas y por entre los agujeros del cobre advertíanse sus miembros desnudos, espantosos como máquinas de guerra. Las lanzas, las hachas, las picas, los gorros de fieltro y los cascos de bronce, todo oscilaba a la vez con un mismo movimiento. Llenaban la calle hasta hacer crujir los muros, y la larga masa de soldados armados se desparramaba por entre las altas casas de seis pisos, revocadas de betún. Tras sus rejas de hierro o de cañas, las mujeres, con la cabeza cubierta con un velo, miraban en silencio cómo pasaban los bárbaros.

Las terrazas, las fortificaciones, las murallas, desaparecían bajo la multitud de los cartagineses, vestida de negro. Las túnicas de los marineros fingían manchas de sangre entre la sombría muchedumbre, y niños casi desnudos, cuya piel brillaba bajo sus brazaletes de cobre, gesticulaban entre la hojarasca de las columnas o entre las ramas de las palmeras. Algunos de los ancianos se habían colocado en las plataformas de las torres, y no se sabía por qué se erguía, de trecho en trecho, un personaje de larga barba, en actitud soñadora. Desde lejos, sobre el fondo del cielo, aparecía vago como un fantasma e inmóvil como las piedras.

Todos, no obstante, estaban invadidos por la misma inquietud. Se temía que los bárbaros, viéndose tan fuertes, no tuviesen la idea de querer permanecer allí. Pero, presentábanse con tanta confianza, que los cartagineses se envalentonaron y se mezclaron con los soldados. Se les abrumó a fuerza de juramentos y de abrazos. Algunos, hasta los invitaban a no abandonar la ciudad, en una política exageración de hipocresía y de audacia. Se les arrojaba perfumes, flores, monedas de plata. Se les daba amuletos contra las enfermedades; pero en su revés se había escupido tres veces para atraer la muerte, o encerrado dentro pelos de chacal, que acobardan el corazón. En alta voz se invocaba el favor de Melkarth, y su maldición, entre dientes

Después vino la baraúnda de la impedimenta, bestias

de carga y arrastres. Los enfermos gemían en sus dromedarios; otros, cojeando, se apoyaban en el fuste de una pica. Los borrachos llevaban odres, los voraces cuartos de reses, pasteles, frutas, manteca en hojas de higuera, nieve, en sacos de tela. Veíase alguno con sombrillas en la mano, con loros sobre el hombro. Hacíanse seguir por dogos, por gacelas o por panteras. Mujeres de raza líbica, cabalgando sobre asnos, insultaban a las negras que por los soldados habían abandonado los lupanares de Malqua. Muchas de ellas llevaban niños pendientes de su pecho por medio de una correa. Los mulos, aguijoneados con la punta de las espadas, doblaban el espinazo bajo el fardo de las tiendas, y tras ellos iban multitud de mozos y de aguadores, cenceños, amarillentos por la fiebre, sucios de miseria, detritos de la plebe cartaginesa que se unía a los bárbaros.

Cuando todos hubieron pasado, se cerró las puertas tras ellos y el pueblo no descendió de los muros. Muy pronto se dispersó todo el ejército por la extensión del istmo.

Dividíase en masas desiguales. Luego las lanzas parecieron altos tallos de hierba, y al fin, todo se perdió en un rastro de polvo. Los soldados que volvían el rostro hacia Cartago, no divisaban ya más que sus largas murallas, destacando sobre el confín del cielo sus almenas vacías.

Entonces los bárbaros lanzaron un formidable grito. Creyeron que algunos de ellos, rezagados en la ciudad (pues no sabían su número), se dedicaban a saquear el templo. Rieron ante esta idea y luego continuaron su camino.

Estaban gozosos de volverse a ver, como antes, caminando todos juntos, en pleno campo, y los griegos cantaban la vieja canción de los mamertinos:

— Con mi lanza y mi espada, labro y recolecto. ¡Yo soy el amo de mi casa! ¡El hombre inerme cae a mis pies y me llama Señor y Gran Rey!

Gritaban, saltaban, los más alegres comenzaban a referir historias. Los tiempos de miseria se habían acabado. Al llegar a Túnez, algunos hicieron notar que faltaba un ejército de honderos baleares. Sin duda no estarían lejos. Y no se pensó más en ello.

Unos fueron a albergarse en las casas, otros acamparon al pie de los muros; y la gente de la ciudad acudió a hablar con los soldados.

Durante toda la noche se divisaron hogueras que ardían en el horizonte, por la parte de Cartago. Aquellos resplandores, como antorchas gigantes, se alargaban en el lago inmóvil. Nadie, en el ejército, podía decir qué fiesta se celebraba.

A la mañana siguiente, los bárbaros atravesaron una campiña toda cubierta de cultivos. Las alquerías de los patricios se sucedían en la orilla del camino; corrían las acequias por bosques de palmeras; los olivares formaban amplias manchas verdes; rosados vapores flotaban en las gargantas de las colinas; tras ellas se alzaban montañas azules. Soplaba un viento cálido. Los camaleones reptaban por las anchas hojas de los cactos.

Los bárbaros acortaron el paso.

Avanzaban por destacamentos aislados, o, unos tras otros, se arrastraban a largos intervalos. Comían uvas de las márgenes de las viñas. Se tendían sobre las hierbas y miraban con estupefacción los largos cuernos de los bueyes, artificialmente retorcidos; las ovejas, cubiertas de pieles para proteger su lana; los surcos que se entrecruzaban formando rombos, y las rejas de los arados, parecidas a las áncoras de los navíos, con los granados rociados con azufre. Esta opulencia de la tierra y estos inventos del saber los deslumbraban.

Por la noche se tumbaron sobre sus tiendas, sin desplegarlas; y al dormirse, de cara a las estrellas, echaban de menos el festín de Amílcar.

Al mediodía del siguiente se hizo alto a la orilla de un río, en un bosquecillo de laureles rosa. Entonces, rápidamente arrojaron sus lanzas, sus escudos, sus cinturones. Lavábanse gritando, sacaban agua con su casco, y otros bebían de bruces, en medio de las bestias de carga, cuyos bagajes se caían.

Espendio, cabalgando sobre un dromedario robado en los parques de Amílcar, divisó a lo lejos a Matho, quien

con el brazo apoyado en el pecho, mocho y con la cabeza baja, dejaba beber a su mulo, mirando cómo corría el agua. De pronto, Espendio corrió a través de la multitud, llamándolo:

—¡Amo! ¡Amo!

Matho apenas le dió las gracias por sus saludos y Espendio, sin dar importancia a esto, se puso a andar detrás de él y, de vez en cuando, volvía las inquietas miradas hacia Cartago.

Era éste hijo de un retórico griego y de una prostituída campaniense. Al principio se había enriquecido vendiendo mujeres; luego, arruinado por un naufragio, había guerreado contra los romanos con los pastores del Samnio.

Cayó prisionero y se escapó; volvieron a apresarlo y había trabajado en las canteras, jadeado en las estufas, gritado en los suplicios, sometido a diversas torturas y conocido todos los furores. Un día, por fin, desesperado ya, se había lanzado al mar desde lo alto de la trirreme en que servía de remero. Marineros de Amílcar lo habían recogido moribundo y llevado a Cartago, al ergástulo de Megara. Pero, como había que devolver a los romanos sus tránsfugos, se había aprovechado del desorden para huir con los soldados.

Durante todo el camino continuó junto a Matho. El le llevaba de comer, lo sostenía para apearse, extendía un tapiz, por la noche, sobre su cabeza. Matho acabó por conmoverse ante estas oficiosidades y, poco a poco, despegó los labios.

Había nacido en el golfo de las Sirtes. Su padre lo había llevado en peregrinación al templo de Amón. Luego había cazado elefantes en las selvas de los garamantes. Después se había alistado al servicio de Cartago. Tras la toma de Drepanum había sido nombrado tetrarca. La República le debía cuatro caballos, veintitrés medimnas de trigo y el sueldo de un invierno. Era temeroso de los dioses y deseaba morir en su patria.

Espendio le habló de sus viajes, de los pueblos y de los templos que había visitado. Sabía muchas cosas; sabía

hacer sandalias, picas, redes, domesticar fieras y hervir pescado.

A veces se interrumpía y del fondo de su garganta brotaba un grito ronco. El mulo de Matho aceleraba su marcha; los otros se apresuraban a seguirlo, y luego, Espendio anudaba su narración siempre agitado por su angustia, que no se calmó hasta la noche del cuarto día.

Caminaban uno al lado del otro, a la derecha del ejército, por el flanco de una colina. La llanura, en lo bajo, se prolongaba perdida en los vapores de la noche. Las líneas de soldados, desfilando debajo de ellos, formaban ondulaciones en la sombra. De vez en cuando pasaban por eminencias iluminadas por la luna. Entonces, en la punta de las picas temblaba una estrella, los cascos centelleaban un instante, desaparecía todo, y otros los substituían continuamente. A lo lejos, balaban despertados los rebaños y algo de una dulzura infinita parecía descender sobre la tierra.

Espendio, con la cabeza inclinada y medio cerrados los ojos, aspiraba profundamente la frescura del viento y extendía sus brazos removiendo los dedos para sentir mejor aquella caricia que le corría por el cuerpo. Despiertas esperanzas de venganza lo transportaban. Aplicó su mano a la boca para contener sus sollozos, y medio poseído de embriaguez abandonaba la rienda de su dromedario que avanzaba a grandes pasos regulares. Matho había vuelto a sumirse en su tristeza: sus piernas colgaban hasta el suelo y las hierbas, azotando sus coturnos, producían un continuo silbido.

En tanto el camino se alargaba hasta no acabarse jamás. En la extremidad de una planicie hallábase siempre una meseta de forma redondeada; luego se descendía a un valle, y las montañas que parecían cerrar el horizonte, a medida que se acercaban a ellas, se apartaban como resbalando. De vez en cuando aparecía un riachuelo entre el verdor de los tamarindos, para perderse en la revuelta de las colinas. A veces se alzaba un enorme peñasco, parecido a la proa de un navío o al pedestal de algún desaparecido coloso.

Hallábanse, a regulares intervalos, templecitos cuadran-

gulares que servían de estaciones a los peregrinos que regresaban a Sicca. Tenían forma de tumbas. Los libios, para hacerse abrir, descargaban recios golpes sobre la puerta. Nadie desde dentro les respondía.

Luego fuéronse haciendo más escasos los cultivos. De repente se entraba en extensiones de arena erizadas de ramos espinosos. Rebaños de carneros ramoneaban entre las piedras; una mujer, ceñida la cintura con una piel azul, los custodiaba. Huyó lanzando gritos en cuanto divisó entre las rocas las picas de los soldados.

Estos avanzaban por una especie de gran pasadizo bordeado por dos cadenas de montículos rojizos, cuando un hedor nauseabundo vino a darles en la nariz, y creyeron ver en lo alto de un algarrobo algo extraordinario: una cabeza de león aparecía entre las hojas.

Todos acudieron allá. Era un león atado a una cruz por los cuatro remos, como un criminal. Su enorme boca le caía sobre el pecho y sus dos patas superiores, que casi desaparecían entre la abundancia de sus melenas, estaban violentamente estiradas como las dos alas de un pájaro. Una a una acusábanse sus costillas bajo su tensa piel: sus patas traseras, clavadas una contra la otra, se alzaban un poco, y sangre negruzca, corriendo por entre los pelos, había formado estalactitas en el extremo de su cola, que pendía rígida, a lo largo de la cruz. Los soldados se divirtieron en torno, llamándole cónsul y ciudadano de Roma y le arrojaban guijarros a los ojos para ahuyentar de ellos los moscardones.

Cien pasos más allá encontraron otros dos, y luego, de pronto, apareció una larga fila de cruces soportando leones. Unos estaban muertos desde tanto tiempo atrás que ya no quedaban pegados a la madera más que los restos de sus esqueletos; otros, medio roídos, torcían la boca haciendo una mueca horrible. Los había enormes, el árbol de la cruz se doblaba a su peso y se balanceaba al viento, mientras bandadas de cuervos se cernían girando en el aire sobre sus cabezas, sin detenerse jamás. Así se vengaban los campesinos cartagineses cuando cazaban alguna bestia

feroz, esperando aterrorizar a las otras con este ejemplo. Los bárbaros, dejando de reír, cayeron en profundo estupor. «¿Qué pueblo es éste — pensaban — que se divierte crucificando leones?»

Por lo demás, los hombres del Norte, sobre todo, estaban vagamente inquietos, conturbados, enfermos ya, desgarrándose las manos con los bohordos de los áloes. Gruesos moscardones revoloteaban en sus orejas y la disentería comenzaba en las filas. Se fastidiaban no divisando aún a Sicca; tenían miedo de perderse y de dar con el desierto, la comarca de las arenas y de los espantos. Muchos de ellos no querían ya ni avanzar. Otros volvieron a tomar el camino de Cartago.

En fin, al séptimo día, después de haber seguido largo tiempo la base de una montaña, torcieron bruscamente a la derecha. Entonces apareció una línea de murallas erguida sobre rocas blancas y confundiéndose con ellas. Súbitamente se presentó la ciudad entera. Velos azules, amarillos y blancos se agitaban en los muros, en el rosicler de la tarde. Eran las sacerdotisas de Tanit, que acudían a recibir a los hombres. Se hallaban alineadas a lo largo de las fortificaciones, tocando tamboriles, pulsando liras, agitando crótalos, y los rayos del sol, que se ponía por detrás, en las montañas de Numidia, pasaban por entre las cuerdas de las harpas en que se alargaban sus brazos desnudos. A intervalos se callaban de pronto los instrumentos y brotaba un grito estridente, precipitado, furioso, continuo, especie de alarido que producían ellas, golpeándose con la lengua las comisuras de la boca. Otras permanecían acodadas, el mentón en las manos y más inmóviles que esfinges y asaeteaban con las miradas de sus grandes ojos negros al ejército que se acercaba.

Por más que Sicca fuese una ciudad sagrada, no podía albergar tal multitud. Sólo el templo con sus dependencias ocupaba la mitad de ella. Así, los bárbaros se establecieron en la llanura a su antojo, los que estaban disciplinados por tropas regulares y, los otros, por naciones o según su capricho.

Los griegos alinearon en filas paralelas sus tiendas de pieles; los iberos dispusieron en círculo sus pabellones de tela; los galos se construyeron barracas de tablas; los libios, cabañas de piedras secas, y los negros cavaron en la arena con sus uñas fosas para dormir. Muchos, no sabiendo dónde meterse, vagaban por entre los bagajes y al llegar la noche, se acostaban en el suelo, con sus capas agujereadas.

La llanura se extendía en torno a ellos, toda orillada de montañas. Acá y allá inclinábase una palmera sobre una colina de arena; pinos y robles tachonaban los flancos de los precipicios. Algunas veces la lluvia de una tormenta, como un ancho alfareme, pendía del cielo gris, mientras la campiña continuaba cubierta por todas partes de azul y de serenidad. Luego un viento tibio levantaba torbellinos de polvo. Y un arroyo descendía en cascadas desde las alturas de Sicca, donde se alzaba con su techumbre de oro sobre columnas de azófar, el templo de la Venus Cartaginesa, dominadora de la comarca. Ella parecía henchirla de su espíritu. Por medio de aquellas convulsiones del terreno, de aquellas alternativas de la temperatura, de aquellos juegos de luz, manifestaba ella la extravagancia de su fuerza con la belleza de su eterna sonrisa. Las montañas, en su culmen, tenían la forma de media luna; otras semejaban pechos de mujer mostrando sus hinchados senos, y los bárbaros sentían pesar sobre sus fatigas una pesadumbre llena de delicias.

Espendio, con el dinero de su dromedario, se había comprado un esclavo. Todo el día se pasaba durmiendo tendido ante la tienda de Matho. Frecuentemente se despertaba creyendo oír en su sueño silbar el vergajo; entonces, sonriendo, se pasaba las manos por las cicatrices de sus piernas, en el sitio en que tanto tiempo había llevado los hierros, y después se volvía a dormir.

Matho aceptaba su compañía, y cuando salía, Espendio, con una larga espada, lo escoltaba como un lictor; o bien Matho perezosamente apoyaba el brazo sobre su hombro, pues Espendio era chiquito.

Una tarde que cruzaban juntos las veredas del campo, divisaron unos hombres cubiertos con capas blancas; entre ellos estaba Narr'Havas, el príncipe de los númidas. Matho se estremeció.

— ¡Tu espada! — gritó. — ¡Dame tu espada! ¡Quiero matarlo!

— ¡Aún no! — dijo Espendio, deteniéndolo.

Narr'Havas se acercaba ya a él.

Mostraba éste sus pulgares hacia abajo en señal de alianza, abandonando la cólera que había sentido bajo la embriaguez del festín; luego habló largamente contra Cartago; pero nada dijo de lo que le llevaba hacia los bárbaros.

¿Sería para traicionarlos a ellos o a la República? — se preguntaba Espendio; y como contaba sacar partido de todos los desórdenes, agradábale Narr'Havas por las futuras perfidias de que le creía capaz.

El jefe de los númidas permaneció entre los mercenarios. Parecía querer conquistar a Matho. Enviábale cabras gordas, polvo de oro y plumas de avestruz. El libio, desvanecido por estas caricias, dudaba entre corresponder a ellas o exasperarse. Pero Espendio lo apaciguaba y Matho se dejaba gobernar por el esclavo — irresoluto siempre y con invencible sopor, como aquellos que han tomado algún brebaje del cual deben morir.

Una mañana en que partían los tres para la caza del león, Narr'Havas ocultó un puñal en su capa. Espendio caminaba continuamente detrás de él y regresaron sin que hubiese sacado el puñal.

Otra vez Narr'Havas los llevó muy lejos, hasta los límites de su reino. Llegaron a un estrecho desfiladero. Narr'Havas sonrió declarando que no conocía el camino. Espendio lo halló.

Pero lo más frecuentemente, Matho, melancólico como un augur, se marchaba en cuanto amanecía a vagar por el campo. Tumbábase en la arena y permanecía así, inmóvil, hasta llegar la noche.

Uno tras otro consultó a todos los adivinos del ejército, los que observaban la marcha de las serpientes, los que leían

en las estrellas, los que soplan sobre las cenizas de los muertos. Tomó gálbano, sesil y ponzoña de víbora que hiela el corazón. Negras cantando a la luz de la luna palabras bárbaras le punzaron la piel de la frente con estiletes de oro; se cargó de collares y de amuletos; invocó sucesivamente a Baal-Khamon, a Moloch, a las siete Cabiras, a Tanit y a la Venus de los griegos. Grabó su nombre en una placa de cobre y la enterró en la arena en el umbral de su tienda. Espendio lo oía gemir y hablar solo.

Una noche entró.

Matho, desnudo como un cadáver, estaba tumbado boca abajo sobre una piel de león, con la cara entre las manos. Una lámpara encendida alumbraba sus armas, colgadas sobre su cabeza, en el mástil de la tienda.

— ¿Sufres? — le dijo el esclavo. — ¿Qué necesitas? Respóndeme. — Y le sacudió por el hombro, llamándolo varias veces — : ¡Amo! ¡Amo! ...

Por fin Matho elevó hacia él sus grandes ojos velados.

— ¡Escucha! — dijo en voz baja, poniendo un dedo sobre los labios. — ¡Esto es la cólera de Dios! ¡La hija de Amílcar me persigue! ¡Tengo miedo, Espendio! — Y se apretó contra su pecho, como un niño asustado por un fantasma. — ¡Háblame! ¡Estoy enfermo! ¡Quiero curarme y lo he probado todo! ¡Pero acaso tú conoces dioses más fuertes, o quizá alguna invocación irresistible!...

— ¿Para qué?... — preguntó Espendio.

Y el otro contestó golpeándose la cabeza con entrambos puños:

— ¡Para librarme de esto!

Luego, hablando consigo mismo a grandes intervalos, se decía:

— ¡Sin duda yo soy víctima de algún holocausto que ella habrá prometido a los dioses! Ella me tiene amarrado con una cadena que no se ve. Si ando, es que ella anda; cuando me detengo, ella reposa. Sus ojos me abrasan y oigo su voz. Ella me rodea y me penetra. ¡Me parece que se ha convertido en un alma! Y, no obstante, hay entre nosotros como las olas invisibles de un océano sin orillas. ¡Ella está lejana e inaccesible del todo! ¡El esplendor de su belleza forma a

su alrededor un nimbo de luz, y, por momentos, creo que no la he visto nunca... que no existe... y que todo esto es un sueño!

Matho lloraba en las tinieblas. Los bárbaros dormían. Espendio, mirándolo, se acordaba de los jóvenes que, con vasos de oro en las manos, le suplicaban antaño, cuando paseaba por las ciudades su rebaño de cortesanas. Lo conmovió la piedad, y le dijo:

— ¡Sé fuerte, amo mío! ¡Llama a ti tu voluntad y no implores más a los dioses, pues éstos no atienden los gritos de los hombres! ¡Hete ahí llorando como un poltrón! ¡No eres tú tan poca cosa, para que una mujer te haga sufrir así!

— ¿Soy un niño? — dijo Matho. — ¿Crees tú que me enternecería aún ante su rostro ni con sus canciones? Nosotros las teníamos como ella en Drepanum para barrer nuestras caballerizas. Yo las he poseído como ella en medio de los asaltos, bajo los techos que se derrumbaban y cuando la catapulta vibraba aún... ¡Pero ésta, Espendio, ésta!...

El esclavo le interrumpió:

— Si no fuese la hija de Amílcar....

— ¡No! — exclamó Matho. — ¡Ella no tiene nada de hija alguna de los hombres!... ¿Has visto tú sus grandes ojos bajo sus largas cejas, como soles bajo arcos de triunfo? Acuérdate: cuando ella apareció palidecieron todas las antorchas. Entre los diamantes de su collar resplandecían los espacios de su pecho desnudo. Sentíase tras ella como el olor de un templo y algo brotaba de todo su ser que era más suave que el vino y más terrible que la muerte. Andaba, y luego se detuvo.

Quedóse atónito, con la cabeza baja y los ojos fijos.

— ¡Pero yo la quiero! ¡Yo la necesito! ¡Yo muero! Ante la idea de estrecharla entre mis brazos, me siento arrebatado por una furiosa oleada de alegría, ¡y, no obstante, Espendio, la aborrezco; quisiera golpearla! ¿Qué he de hacer? Tengo deseos de venderme para ser su esclavo... ¡Y tú, tú lo has sido! ¡Tú podías verla! ¡Háblame de ella! Todas las noches, ¿verdad?, subía a la terraza de su palacio... ¡Ah!

¡Las piedras deben estremecerse bajo sus sandalias y las estrellas inclinarse para verla!

Cayó en otro arrebato de furor y rugía como un toro herido.

Luego, Matho cantó: «El perseguía en la selva al monstruo hembra cuya cola ondulaba entre las hojas secas como un arroyo de plata.» Y aguzando su voz trataba de imitar la de Salambó, mientras sus manos extendidas fingían dos ligeras manos sobre las cuerdas de una lira.

A todos los consuelos de Espendio contestaba con el mismo discurso; sus noches transcurrían entre quejidos y exhortaciones.

Matho quiso aturdirse con vino. Después de sus borracheras quedaba más triste aún. Trató de distraerse jugando a las tabas y perdió una a una todas las placas de oro de su collar. Dejóse llevar junto a las sirvientes de la diosa; pero descendió de la colina sollozando como los que regresan de unos funerales.

Espendio, por lo contrario, se hacía cada vez más osado y más jovial. Se lo veía en las tabernas de hojarasca, discurriendo entre soldados. El componía las viejas corazas; él jugaba con puñales e iba al campo a recoger hierbas para los enfermos. Era engañador, agudo, pródigo en invenciones y en palabras. Los bárbaros se acostumbraron a sus servicios y él se hacía querer de ellos.

Entretanto esperábase un embajador de Cartago que habría de traerles en acémilas cestillos cargados de oro; y comenzando y repitiendo siempre el mismo cálculo, dibujaban sus números con los dedos, sobre la arena. Cada cual, ya por adelantado, reglamentaba su vida. Tendrían concubinas, esclavas, terrazas... Otros querían enterrar su tesoro o arriesgarlo en un barco. Pero en este holgar los caracteres se irritaban; surgían continuas disputas entre jinetes e infantes, entre los bárbaros y los griegos, y aturdían sin cesar las agrias voces de las mujeres.

Todos los días llegaban rebaños de hombres medio desnudos, con hierbas en la cabeza para resguardarse del sol. Eran feudatarios de los ricos cartagineses, obligados a la-

brar sus tierras, que se habían escapado. Afluían libios, campesinos arruinados por los impuestos, desterrados, malhechores. Luego la horda de los mercaderes, todos los vendedores de vino, de aceite, furiosos porque no se les pagaba, culpaban de ello a la República. Espendio clamaba contra ella. Pronto disminuyeron los víveres. Hablábase de caer en masa sobre Cartago y de llamar a los romanos.

Una noche, a la hora de cenar, dejáronse oír ruidos recios y cascados que se aproximaban, y, a lo lejos, apareció en las ondulaciones del terreno una cosa rojiza.

Era una gran litera de púrpura, adornada en los ángulos con penachos de plumas de avestruz. Cadenas de cristal con sartas de perlas golpeaban sobre sus colgaduras corridas. Seguíanla camellos haciendo sonar la gruesa campanilla colgada a su petral y divisábase en torno a ellos jinetes con armaduras de escamas de oro, desde los hombros hasta los talones.

Detuviéronse a trescientos pasos del campo, para retirar cajas que llevaban a la grupa, su escudo redondo, su larga espada y su casco a lo beocio. Unos cuantos se quedaron con los camellos; otros se pusieron en marcha. Al fin aparecieron las enseñas de la República, es decir, pértigas de madera azul terminadas por cabezas de caballo o piñas. Los bárbaros se levantaron todos, aplaudiendo; las mujeres se precipitaron hacia los guardias de la Legión y les besaban los pies.

La litera avanzaba a hombros de doce negros que marchaban isócronos a menudos pasitos rápidos. Iban de derecha a izquierda, al azar, tropezando con las cuerdas de las tiendas, con los animales que vagaban y con las trébedes en que se cocían las comidas. Alguna vez, una mano regordeta, cargada de sortijas, entreabría la litera y una voz ronca profería injurias. Entonces los conductores se detenían y luego emprendían otro camino a través del campo.

Pero las cortinas de púrpura se levantaron y pudo verse sobre un ancho almohadón una cabeza humana, impasible

y abotargada. Las cejas formaban como dos arcos de ébano que se juntaban por las puntas. Lentejuelas de oro relucían entre los crespos cabellos y la faz era tan lívida que parecía salpicada con raspaduras de mármol. El resto del cuerpo desaparecía bajo las pieles que llenaban la litera.

Los soldados reconocieron en el hombre así tendido al sufeta Hannón, el que había contribuído con su calma a hacer perder la batalla de las islas Egades; y, en cuanto a su victoria de Hecatómpolis sobre los libios, si bien se había comportado con clemencia, fué por avaricia, según pensaban los bárbaros, pues había vendido por su cuenta todos los cautivos, aunque había declarado su muerte a la República.

Cuando, después de algún tiempo, hubo hallado un lugar cómodo para arengar a los soldados, hizo una señal. La litera se detuvo, y Hannón, sostenido por dos esclavos, echó pie a tierra, vacilando.

Calzaba botines de fieltro negro salpicados de discos de plata. Vendas, como en torno de una momia, se arrollaban a sus piernas y la carne pasaba entre los lienzos cruzados. Su vientre se desbordaba bajo el faldellín escarlata que le cubría los muslos; los pliegues de su cuello caían hasta su pecho, como la papada de un buey; su túnica, en la que lucían flores pintadas, se reventaba en los sobacos. Llevaba un alfareme, un cinturón y un ancho abrigo negro de dobles mangas enlazadas. La abundancia de sus vestidos, su gran collar de piedras azules, sus agujas de oro y los gruesos pendientes de sus orejas, contribuían a hacer más repulsiva su deformidad. Habríasele tomado por algún grueso ídolo abocetado en un bloque de piedra, pues una lepra pálida, extendida por todo su cuerpo, le daba la apariencia de una cosa inerte. No obstante, su nariz, ganchuda como el pico de un buitre, se dilataba violentamente a fin de aspirar el aire y sus ojillos de engomadas pestañas brillaban con destellos duros y metálicos. Tenía en la mano una espátula de áloe para rascarse la piel.

Dos heraldos tocaron, por fin, sus cuernos de plata; el tumulto se apaciguó y Hannón comenzó a hablar.

Empezó haciendo el elogio de los dioses y de la República. Los bárbaros debían felicitarse por haberla servido. Pero era preciso mostrarse razonables, pues los tiempos eran duros — «y, si un amo no tiene más que tres olivas, ¿no es justo que guarde dos para él?»

Así, el viejo sufeta iba mezclando en su discurso proverbios y apólogos, haciendo signos de cabeza para solicitar alguna aprobación.

Hablaba en púnico y los que lo rodeaban (los más listos, que llegaron corriendo sin armas) eran campanienses, galos, griegos, de modo que, entre aquella multitud, nadie lo entendía. Hannón se dió cuenta de ello y se detuvo, y mientras reflexionaba, balanceábase apoyándose alternativamente en una y en otra pierna.

Asaltóle la idea de convocar a los capitanes; entonces sus heraldos lanzaron esta orden en griego, lengua que, desde Jantipo, servía para las órdenes en los ejércitos cartagineses.

Los guardias, a latigazos, apartaron a la turbamulta de los soldados, y muy pronto los capitanes de las falanges espartanas y los jefes de las cohortes bárbaras acudieron con las insignias de su grado y la armadura de su nación. Había caído la noche; un gran rumor bordoneaba por la llanura. Acá y allá ardían las hogueras; íbase de una a otra y todos se preguntaban: «¿Qué hay? ¿Por qué el sufeta no distribuye el dinero?»

Éste iba exponiendo a los capitanes las cargas infinitas de la República. Su tesoro estaba exhausto. El tributo a los romanos la abrumaba. «¡No sabemos qué hacer! ¡Es muy digna de lástima!»

De vez en cuando se frotaba los miembros con la espátula de áloe, o se interrumpía para beber, en una copa de plata que le ofrecía un esclavo, una tisana hecha con cenizas de comadreja y espárragos cocidos con vinagre. Enjugábase después los labios con una servilleta escarlata, y continuaba:

— Lo que valía un siclo de plata, vale hoy tres shekeles de oro, y los cultivos, abandonados durante la guerra

no producen nada. Nuestras pesquerías de púrpura están casi perdidas; hasta las perlas alcanzan precios exorbitantes. ¡Apenas si tenemos óleos bastantes para el servicio de los dioses! De las cosas de la mesa, no hablemos. ¡Es una calamidad! Faltos de galeras, carecemos de especias, y trabajo nos ha costado proveernos de laserpicio a causa de las rebeliones de la frontera de Cirenaica. Sicilia, donde hallábamos esclavos, nos está ahora cerrada. ¡Ayer mismo, por un bañero y cuatro pinches de cocina he dado más dinero que antes por una piara de elefantes!

Desarrolló un largo trozo de papiro y leyó, sin saltar una sola cifra, todos los gastos que el gobierno había hecho: tanto para reparaciones de templos, para el enlosado de los caminos, para la construcción de barcos, para las pesquerías de coral, para el engrandecimiento de los sisitas y para aparatos en las minas en el país de los cántabros.

Pero los capitanes, lo mismo que los soldados, no comprendían el púnico, por más que los mercenarios se saludasen en esta lengua. Ordinariamente se colocaba en los ejércitos de los bárbaros algunos oficiales cartagineses para servir de intérpretes. Después de la guerra, éstos se habían ocultado por miedo a las venganzas y Hannón no había pensado en llevarlos consigo. Por otra parte, su voz, demasiado apagada, se perdía en el viento.

Los griegos, ceñidos por su cinturón de hierro, aguzaban el oído, esforzándose por adivinar sus palabras, mientras los montañeses, cubiertos de pieles como osos, lo miraban con desconfianza, o permanecían pasmados, apoyados en sus mazas de clavos de azófar. Los galos, distraídos, sacudían, sonriendo despectivos, su alta cabellera y los hombres del desierto escuchaban inmóviles, encapuchados con sus largas vestiduras de lana gris. Otros iban acercándose a espaldas de éstos. Los guardias, empujados por la batahola, oscilaban en sus caballos, los negros tenían en sus manos encendidas ramas de pino y el gordo cartaginés continuaba su arenga subido sobre un montículo de céspedes.

En tanto, los bárbaros se impacientaban; alzáronse murmullos; alguien los apostrofó. Hannón gesticulaba con su

espátula; los que querían hacer callar a los otros gritaban más fuerte, aumentando el estrépito.

De pronto, un hombre de ruin apariencia saltó a los pies de Hannón, arrancó a un heraldo la trompeta, sopló en ella, y Espendio (pues era él) anunció que iba a decir algo de importancia. A esta declaración, rápidamente repetida en cinco lenguas diversas, griego, latín, galo, líbico y balear, los capitanes, medio riendo, medio sorprendidos, respondieron:

— ¡Habla! ¡Habla!

Espendio vaciló un momento; temblaba. Al fin, dirigiéndose a los libios, que eran los más numerosos, les dijo:

— ¡Ya habéis oído todos las terribles amenazas de este hombre!

Hannón no rectificó, pues no entendía el líbico; y para continuar la experiencia, Espendio repitió la misma frase en los demás idiomas de los bárbaros.

Mirábanse éstos asombrados; luego, todos, como de común acuerdo, creyendo, acaso, haber comprendido, bajaron la cabeza en señal de asentimiento.

Entonces, Espendio comenzó con voz vehemente:

— ¡Primeramente ha dicho que todos los dioses de los demás pueblos no eran más que sueños respecto a los dioses de Cartago! Os ha llamado poltrones, ladrones, embusteros, perros e hijos de perros. La República, sin vosotros — ha dicho — no se vería obligada a pagar el tributo a los romanos, y con vuestros derroches la habéis dejado exhausta de perfumes, de esencias, de esclavos y de laserpicio, pues vosotros os entendéis con los nómadas en las fronteras de Cirenaica. ¡Pero los culpables serán castigados! Él ha leído la lista de los suplicios: se les hará trabajar en el empedrado de las vías, en el armamento de los barcos, en el embellecimiento de los sisitas y, a los demás, se les enviará a arañar la tierra en las minas, en el país de los cántabros.

Espendio repitió las mismas palabras a los galos, a los griegos, a los campanienses, a los baleares. Recordando varios nombres propios que habían impresionado sus oídos, los mercenarios quedaron convencidos de que había tra-

ducido exactamente el discurso del sufeta. Algunos le gritaron: «¡Mientes!» Pero sus voces se perdieron en el tumulto de los demás. Espendio, agregó:

— ¿No habéis visto que ha dejado fuera del campo un retén de jinetes? ¡A una señal suya, acudirán para degollaros a todos!

Los bárbaros se echaron a un lado y como la multitud entonces se apartaba, apareció en medio de ella, avanzando con la lentitud de un fantasma, un ser humano, encorvado, enjuto, enteramente desnudo y tapado hasta los flancos, con los largos cabellos erizados de hojas secas, de polvo y de pinchos. En torno a su cintura y a sus rodillas, llevaba unas cuerdas de paja, jirones de tela, y su piel blanda y terrosa pendía en sus miembros descarnados, como andrajos en las ramas secas. Sus manos temblaban con un estremecimiento continuo, y avanzaba apoyándose en un palo de olivo.

Llegó junto a los negros que sostenían las antorchas. Una especie de mueca idiota descubría sus encías pálidas; sus grandes ojos, despavoridos, contemplaban a la muchedumbre de bárbaros alrededor de él.

Pero, lanzando un grito de espanto, se colocó detrás de ellos, protegiéndose con sus cuerpos, y balbuciente, exclamó, señalando a los guardias del sufeta, inmóviles con sus relucientes armaduras: «¡Ahí los tenéis! ¡Ahí los tenéis!» Sus caballos piafaban deslumbrados por el resplandor de las ramas y pateaban en las tinieblas. El espectro humano se debatía y aullaba:

— ¡Los han matado a todos!

Ante estas palabras, gritadas en balear, los baleares llegaron y lo reconocieron. Él, sin responderles, repetía:

— ¡Sí; muertos todos! ¡Aplastados como uvas! ¡Los hermosos jóvenes! ¡Los honderos! ¡Mis camaradas! ¡Los vuestros!

Se le dió un sorbo de vino y prorrumpió en llanto. Luego se desbordó en palabras.

Espendio apenas podía contener su alegría, mientras explicaba a los griegos y a los libios las cosas horribles que

refería Zarxas. No quería creerlas, de tan al caso como para el suyo venían. Los baleares palidecieron al saber cómo habían perecido sus compañeros.

Era un grupo de trescientos honderos desembarcados la víspera y que, aquel día, se habían ido a dormir muy tarde. Cuando llegaron a la plaza de Khamon, los bárbaros habían partido ya, y ellos se hallaban sin defensa. Sus bolas de arcilla habían sido colocadas sobre los camellos, con el resto de la impedimenta. Se les dejó avanzar por la calle de Satheb, hasta la puerta de roble chapeado de placas de azófar; y entonces el pueblo, de un sólo impulso, se arrojó sobre ellos.

En efecto, los soldados recordaron haber oido un gran grito. Espendio, que huía a la cabeza de las columnas, no lo había oído.

Después los cadáveres fueron colocados en los brazos de los dioses Pateques que orlaban el templo de Khamon.

Se les atribuyó todos los crímenes de los mercenarios; su glotonería, sus robos, sus impiedades, sus desprecios y el sacrificio de los peces en el jardín de Salambó. Practicóse en sus cuerpos mutilaciones infames; los sacerdotes abrasaron sus cabellos para atormentar su alma; fueron descuartizados y colgados en las puertas de los carniceros; algunos, hasta clavaron en ellos sus dientes, y por la noche, para acabar, se encendieron piras en las plazas.

Éstas eran las hogueras que brillaban a lo lejos en el lago. Pero habiéndose prendido fuego algunas casas, se había arrojado precipitadamente por los muros lo que quedaba de los cadáveres y de los agonizantes. Zarxas, hasta la mañana siguiente, se había escondido entre las cañas, a la orilla del lago; luego había vagado por el campo, buscando al ejército, por el rastro de sus pasos en el polvo. De día se ocultaba en las cavernas y por la noche se ponía de nuevo en marcha, con sus heridas sangrientas, famélico, enfermo, alimentándose con raíces y con carroñas. Un día, por fin, divisó lanzas en el horizonte y las había seguido, pues su razón estaba turbada a fuerza de terrores y de miserias.

La indignación de los soldados, contenida mientras él hablaba, estalló como una tempestad. Querían asesinar a los guardias y al sufeta. Algunos de ellos se interpusieron diciendo que era preciso dejarle hablar y saber, al menos, si serían pagados. Entonces gritaron todos:

—¡Nuestro dinero!

Hannón les respondió que lo había traído.

Se acudió a las avanzadas y los bagajes del sufeta llegaron en medio de las tiendas alzadas por los bárbaros. Sin esperar a los esclavos, rápidamente desataron los cestos. En ellos encontraron telas de jacinto, esponjas, espátulas, cepillos, perfumes y punzones de antimonio para pintarse los ojos — todo ello perteneciente a los guardias, hombres ricos acostumbrados a tales delicadezas.— Luego se descubrió en un camello una gran cubeta de bronce; era del sufeta, para bañarse por el camino, pues había tomado toda clase de precauciones, hasta la de llevarse en jaulas comadrejas de Hecatómpolis que eran quemadas vivas para prepararle su cocimiento. Pero como su enfermedad le producía gran apetito, llevaba, además, abundantes comestibles, vinos, salazones, carnes y pescados con miel, en ollitas de Comagene, grasa de oca derretida recubierta de nieve y de paja picada. Las provisiones eran considerables. A medida que se abrían los cestos, iban apareciendo, y estallaban las risas como ríos que entrechocasen.

En cuanto al sueldo de los mercenarios, apenas si llenaba dos serones de esparto. Hasta en uno de ellos se veían esos discos de cuero de que se servía la República para economizar el numerario. Y como los bárbaros quedaban sorprendidos, Hannón les declaró que sus cuentas eran muy difíciles. Los ancianos no habían tenido espacio para examinarlas. Mientras tanto, se les enviaba aquello.

Entonces todo fué resuelto y trabucado; los mulos, los mozos, las provisiones, los bagajes. Los soldados tomaron monedas de los sacos para apedrearla Hannón. Con gran trabajo pudo éste montar en un asno y huyó mesándose los cabellos, aullando, llorando, sacudido, torturado e invocando sobre el ejército la maldición de todos los dioses. Su

ancho collar de pedrería botaba hasta darle en las orejas. Sostenía con sus dientes su capa, demasiado larga, que arrastraba, y, desde lejos, le gritaban los bárbaros:

— ¡Vete ya, poltrón, puerco, cloaca de Moloch! ¡Suda tu oro y tu peste! ¡Aprisa! ¡Más aprisa!

La escolta, en desorden, galopaba a su lado. Pero el furor de los bárbaros no se apaciguó. Recordaron entonces que algunos de ellos, que se volvieron a Cartago, no habían regresado. Sin duda se los había matado. Tanta injusticia los exasperó y se pusieron a arrancar los jalones de sus tiendas, a arrollar sus capas, a embridar sus caballos. Cada cual tomó su casco y su espada y en un momento quedó todo dispuesto. Los que no tenían armas corrieron al bosque para cortar garrotes.

Amanecía. Las gentes de Sicca se agitaban por las calles.

— Se van a Cartago — decían; y este rumor se extendió muy pronto por toda la comarca.

De cada sendero, de cada despeñadero, surgían los hombres. Veíase a los pastores, que, corriendo, descendían de las montañas.

Luego, cuando los bárbaros partieron, Espendio dió la vuelta por la llanura, montado en un caballo púnico y con su esclavo, que llevaba otro corcel.

Sólo una tienda quedaba en pie. Espendio entró en ella.

— ¡Arriba, amo! ¡Levántate! ¡Nos vamos!

— ¿Adónde vais? — preguntó Matho.

— ¡A Cartago! — respondió Espendio.

Matho saltó sobre el caballo que el esclavo tenía a la puerta.

III

Salambó

LEVÁBASE la luna sobre el haz de las aguas, y, en la ciudad, cubierta aún de tinieblas, brillaban candideces y puntos luminosos: la lanza de un carro en un patio, algún andrajo colgado, el ángulo de una pared, un collar de oro en el pecho de un dios. Las esferas de vidrio en las techumbres de los templos, centelleaban acá y allá, como gruesos diamantes. Pero vagas ruinas, montones de tierra negra, jardines formando masas más obscuras entre las sombras, y en la parte baja de Malqua, redes de pescadores se extendían de una casa a otra como gigantescos murciélagos desplegando sus alas. No se oía ya el chirrido de las ruedas hidráulicas que subían el agua a los últimos pisos de los palacios, y en medio de las terrazas reposaban tranquilamente los camellos, tumbados vientre en tierra, como los avestruces. Los porteros dormían en las calles, sobre el umbral de las casas; la sombra de los colosos se alargaba por las plazas desiertas; a veces, a lo lejos, la humareda de un sacrificio ardiendo aún, se escapaba por entre las tejas de bronce y la densa brisa llevaba con perfumes de aromas olores marinos y la exhalación de las murallas recalentadas

por el sol. En torno a Cartago resplandecían las ondas inmóviles, pues la luna derramaba su claridad sobre el golfo rodeado de montañas, a la vez que sobre el lago de Túnez en el que multitud de fenicópteros, entre los bancos de arena, formaban largas líneas rosadas, en tanto que más allá, en las catacumbas, la gran laguna salada espejeaba como un trozo de plata. La bóveda azul del cielo se obscurecía en el horizonte, por una parte, entre la polvareda de las colinas, por otra entre las brumas del mar, y en la cumbre de la Acrópolis los piramidales cipreses, bordeando el templo de Eschmun, se balanceaban y producían un murmullo como las olas regulares que golpeaban lentamente a lo largo del muelle, en la parte baja de las murallas.

Salambó subió a la terraza de su palacio sostenida por una esclava que llevaba en un plato de hierro carbones encendidos.

En medio de la terraza había un pequeño lecho de marfil cubierto de pieles de lince con cojines de pluma de papagayo, animal fatídico consagrado a los dioses, y en los cuatro ángulos se elevaban cuatro amplias cazoletas llenas de nardo, de incienso, de cinamomo y de mirra. La esclava prendió los perfumes. Salambó contempló la estrella polar; saludó lentamente los cuatro puntos del cielo y se arrodilló en el suelo, sobre polvos de cobalto sembrado de estrellas de oro, a imitación del firmamento. Luego, con los codos en los ijares, los antebrazos rectos y las manos abiertas, ofreciendo la cabeza a los rayos de la luna, dijo:

— ¡Oh Rabetna... Baalet... Tanit! — Y su voz se deslizaba de un modo quejumbroso, como para evocar a alguien:

—¡Anaitis, Astarté, Derceto, Astoreth, Milita, Atara, Elisa, Tirata!... ¡Por los símbolos ocultos; por los sistros resonantes; por los surcos de la tierra; por el eterno silencio y por la eterna fecundidad, dominadora de la mar tenebrosa y de las playas azuladas, oh Reina de las cosas húmedas, salve!

Balanceó todo su cuerpo dos o tres veces y después se prosternó con la frente en el polvo y los brazos extendidos.

Su esclava la levantó prontamente, pues era necesario,

después de los ritos, que alguien viniese a arrancar al suplicante de su prosternación. Esto era tanto como decirle que era grata a los dioses, y la nodriza de Salambó no faltaba jamás a este piadoso deber.

Mercaderes de la Getulia-Daritiana la habían llevado de pequeñita a Cartago, y después de su manumisión no había querido abandonar a sus amos, como lo demostraba su oreja derecha, perforada por un gran agujero. Un faldellín de rayas multicolores, ajustándose a sus caderas, descendía hasta sus tobillos, en los que entrechocaban dos ajorcas de estaño. Su rostro, un poco chato, era amarillo, como su túnica. Agujas muy largas de plata formaban un sol detrás de su cabeza. Llevaba en la nariz un botón de coral, y se mantenía junto al lecho, más tiesa que un hermes y con la vista baja.

Salambó avanzó hasta la orilla de la terraza. Sus miradas recorrieron un instante el horizonte y luego se posaron sobre la ciudad dormida, y el suspiro que lanzó, levantándole los senos, hizo ondular de un extremo a otro la larga zamarra blanca que pendía alrededor de ella sin broche ni cinturón. Sus sandalias, de puntas encorvadas, desaparecían bajo un montón de esmeraldas y sus sueltos cabellos llenaban una redecilla de hilos de púrpura.

Luego levantó la cabeza para contemplar la luna y mezclando a sus palabras fragmentos de himno, murmuró:

— ¡Cuán ligeramente giras sostenida por el éter impalpable! Él se afina a tu alrededor y el movimiento de tu agitación es el que distribuye los vientos y los rocíos fecundos. Según creces y decreces se alargan o se recogen los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas aullan tu nombre en los dolores del parto! ¡Tú llenas las caracolas! ¡Tú haces hervir los vinos! ¡Tú pudres los cadáveres! ¡Tú formas las perlas en el fondo del mar! Y todos los gérmenes ¡oh Diosa! fermentan en las obscuras profundidades de tu humedad. Cuando tú te presentas, una quietud se extiende sobre la tierra; las flores se cierran, las olas se apaciguan; los hombres fatigados alzan su pecho hacia ti y el mundo, con sus océanos y sus montañas, se mira en

tu faz como en un gran espejo. Eres blanca, dulce, luminosa, inmaculada, auxiliadora, purificante, serena...

El cuarto creciente estaba entonces sobre la montaña de las Aguas Calientes, en la garganta de sus dos cumbres, a la parte opuesta del golfo. Bajo ella brillaba una estrellita y la rodeaba un pálido halo. Salambó, continuó:

— ¡Pero tú, señora, eres terrible!... Por ti se producen los monstruos, los fantasmas horrendos, los ensueños falsos. Tus ojos devoran las piedras de los edificios, y los monos se ponen enfermos cada vez que te rejuveneces.

»¿Adónde vas? ¿Por qué cambiar tus formas perpetuamente? Tan pronto delgada y curva te deslizas por los espacios como una galera sin mástiles, o bien en medio de las estrellas semejas un pastor que cuida su rebaño. Luciente y redonda, rozas las cimas de los montes como la rueda de un carro.

»¡Oh Tanit! Tú me amas, ¿no? ¡Yo te he mirado tanto! ¡Pero no; tú corres por tu azul y yo me quedo sobre la tierra inmóvil!

»Taanach, torna tu nebal y toca en la cuerda de plata, pues mi corazón está triste!»

La esclava tomó una especie de arpa de madera de ébano más alta que ella y triangular como una delta; fijó la punta en un globo de cristal y comenzó a tocar con las dos manos.

Sucedíanse los sonidos, sordos y precipitados, como un bordoneo de abejas, y aumentando en sonoridad se dispersaban en la noche con el lamento de las olas y el estremecimiento de los grandes árboles en lo sumo de la Acrópolis.

— ¡Cállate! — exclamó Salambó.

— ¿Qué tienes, señora? La brisa que sopla, una nube que pasa, todo te inquieta ahora y te agita.

— ¡No lo sé! — contestó ella.

— ¡Tú te fatigas con oraciones demasiado prolongadas!

— ¡Oh, Taanach! ¡Yo quisiera disolverme como una flor en el vino!

— ¿Será, acaso, el sahumerio de tus perfumes?

— ¡No! — dijo Salambó. — El espíritu de los dioses habita en los buenos olores.

Entonces la esclava le habló de su padre. Se le creía viajero hacia la región del ámbar, tras las columnas de Melkarth.

— Pero no viene — decía ella; — no obstante, necesitarás, ya que ésta es su voluntad, escoger un esposo entre los hijos de los Ancianos, y entonces tu pena se ahuyentará en los brazos de un hombre.

— ¿Por qué?... — preguntó la joven.

Todos cuantos ella había visto le inspiraban horror con sus risas de bestia feroz y sus miembros groseros.

— A veces, Taanach, se exhala del fondo de mi ser como cálidas bocanadas, más densas que los vapores de un volcán. Oigo voces que me llaman; un globo de fuego gira y asciende por mi pecho y me sofoca, y voy a morir; y luego, algo suave corre desde mi frente hasta mis pies y pasa por mi carne. Es una caricia que me envuelve y me siento agobiada como si un dios se extendiese sobre mí. ¡Oh! Yo querría perderme en la bruma de las noches, en las linfas de las fuentes, en la savia de los árboles, salir de mi cuerpo, no ser más que un soplo, que un destello, y resbalar, subir hasta ti, ¡oh Madre!

Alzó los brazos lo más alto posible, cimbreando su cintura, pálida y ligera como la luna, con sus largas vestiduras. Después cayó de nuevo sobre el lecho de marfil, jadeante. Pero Taanach le colocó alrededor del cuello un collar de ámbar con dientes de delfín para ahuyentar los terrores, y Salambó dijo con voz casi extinta:

— ¡Ve a buscar a Schahabarim!

Su padre no había querido que ella entrase en el colegio de las sacerdotisas, ni siquiera que se le hiciese conocer nada de la Tanit popular. Reservábala para alguna alianza que pudiese servir a su política. Salambó vivía sola en su palacio. Su madre había muerto mucho tiempo atrás.

Había ella crecido entre abstinencias, ayunos y purificaciones, rodeada siempre de cosas exquisitas y graves, saturado el cuerpo de perfumes, llena de oraciones el alma.

Jamás había probado el vino ni comido carnes, ni tocado animal inmundo, ni puesto sus plantas en la casa de un muerto.

Ignoraba los simulacros obscenos, pues cada uno de los dioses se manifestaba en forma diferente; cultos, con frecuencia contradictorios, atestiguaban a la vez el mismo principio y Salambó adoraba a la diosa en su figura sideral. Sobre la virgen había descendido de la luna una influencia; cuando el astro iba menguando, Salambó se debilitaba. Languideciendo durante todo el día, reanimábase al llegar la noche. Durante un eclipse estuvo a punto de morir.

Pero la celosa Rabbet se vengaba de esta virginidad sustraída a sus sacrificios y atormentaba a Salambó con obsesiones tanto más fuertes cuanto más vagas, extendidas en esta creencia y avivadas por ella misma.

La hija de Amílcar se preocupaba sin cesar con Tanit. Había sabido sus aventuras, sus viajes y sus nombres, que repetía sin que tuviesen para ella significación distinta. A fin de penetrar en las profundidades de su dogma, quería conocer lo más secreto del templo, el viejo ídolo con el manto magnífico del que dependían los destinos de Cartago, pues la idea de un dios no se desprendía muy claramente de su representación, y participar, o siquiera ver su simulacro, era tomarle una parte de su virtud y, en cierto modo, dominarlo.

Salambó volvió la cabeza. Había reconocido el ruido de las campanillas de oro que Schahabarim llevaba en la orla de su vestido.

Subió éste las escaleras; luego, en el umbral de la terraza, se detuvo, cruzando los brazos.

Sus ojos hundidos brillaban como lámparas de un sepulcro. Su largo cuerpo delgado flotaba en su vestido de lino, apesadumbrado por los cascabeles que alternaban sobre sus talones con cuentas de esmeralda. Tenía los miembros débiles, el cráneo oblicuo, el mentón puntiagudo. Su piel parecía fría al tacto, y su faz amarilla, que surcaban profundas arrugas, estaba como contraída por un deseo, por una pena eterna.

Era éste el gran sacerdote de Tanit, el que había educado a Salambó.

— ¡Habla! — dijo. — ¿Qué quieres?

— Yo... esperaba... Me habías prometido... — contestó ella, balbuciente, y se turbó. Después, súbitamente, añadió: — ¿Por qué me desprecias? ¿Qué he olvidado de los ritos? Tú eres mi maestro y me has dicho que nadie como yo era práctica en las cosas de la diosa; pero hay en ellas algo que no quieres decirme. ¿Es cierto, oh padre?

Schahabarim se acordó de las órdenes de Amílcar y respondió:

— ¡No; yo no tengo ya nada que enseñarte!

— Un genio — añadió ella — me impulsa a este amor. Yo he subido las gradas de Eschmun, dios de los planetas y de las inteligencias; he dormido bajo el olivo de oro de Melkarth, patrón de las colonias tirias; he pasado las puertas de Baal-Khamon, iluminador y fertilizador; he sacrificado a los Cabiros subterráneos, a los dioses de los bosques, de los vientos, de los ríos y de las montañas; pero todos ellos están demasiado lejos, demasiado altos, demasiado insensibles, ¿comprendes?, mientras que ella, a ella la siento mezclada a mi vida; ella llena mi alma, y me estremezco a impulsos interiores como si saltase dentro de mí para escaparse. Me parece que voy a oír su voz, a divisar su rostro; hay claridades que me deslumbran y luego caigo de nuevo en las tinieblas.

Schahabarim se callaba. Ella lo solicitaba con su mirada suplicante. Al fin, hizo él señas para alejar a la esclava, que no era de raza cananea. Taanach desapareció y Schahabarim, levantando un brazo en el aire, comenzó:

— Antes de los dioses, eran sólo las tinieblas, y flotaba un soplo, denso e indistinto como la conciencia de un hombre durante un sueño. Fuése éste contrayendo, creando el Deseo y la Nube, y del Deseo y de la Nube salió la Materia primitiva. Era ésta un agua burbujeante, negra, helada, profunda. Ella encerraba monstruos insensibles, partes incoherentes de las formas que habían de nacer y que están pintadas en las paredes de los santuarios.

»Luego, la Materia se condensó. Convirtióse en un huevo. Éste se rompió. La mitad de él formó la tierra; la otra mitad el firmamento. Aparecieron el sol, la luna, los vientos, las nubes, y, con el estrépito del rayo, los animales inteligentes se despertaron. Entonces Eschmun se desarrolló en la esfera estrellada; Khamon centelleó en el sol; Melkarth, con sus brazos, lo colocó detrás de Gades; los Kabyrim descendieron bajo los volcanes, y Rabbetna, como una nodriza, se inclinó sobre el mundo, derramando su luz como una leche y su noche como un manto.»

— ¿Y después? — dijo ella.

El le había referido el secreto de los orígenes para distraerla con perspectivas más elevadas; pero el deseo de la virgen se encendió aún más ante estas últimas palabras, y Schahabarim, cediendo a medias, añadió:

— ¡Ella inspira y gobierna los amores de los hombres!

— ¡Los amores de los hombres! — repitió Salambó, soñando.

— Ella es el alma de Cartago — continuó el sacerdote — y aunque esté extendida por doquier, es aquí donde ella vive, bajo el velo sagrado.

— ¡Oh, Padre! — exclamó Salambó. — ¡Yo la veré, ¿no es cierto? tú me llevarás allá! Desde mucho tiempo ha yo dudaba; la curiosidad de su forma me devora. ¡Piedad! ¡Socórreme! ¡Partamos!

Él la rechazó con vehemente gesto lleno de orgullo.

— ¡Jamás! ¿No sabes que quien haga tal muere? Los Baals hermafroditas no se descubren más que ante nosotros; hombres por el espíritu; mujeres por la debilidad. Tu deseo es un sacrilegio. ¡Satisfácete con la ciencia que posees!

Cayó ella de hinojos, metiendo sus dedos en los oídos en señal de arrepentimiento, y sollozaba agobiada por las palabras del sacerdote, llena a la vez de cólera contra él, de terror y de humillación. Schahabarim, en pie, permanecía más insensible que las piedras de la terraza. Mirábala de arriba abajo, temblorosa a sus pies, y experimentaba una especie de alegría viéndola sufrir por su divinidad, que tampoco él podría abar ar por completo. Ya cantaban los

pájaros; soplaba un viento frío y ligeras nubes corrían por el cielo más pálido.

De pronto Schahabarim divisó en el horizonte, detrás de Túnez, como ligeras neblinas que se arrastraban por el suelo. Luego, esto fué ya una gran cortina de polvo gris, perpendicularmente colocada, y entre los torbellinos de esta masa numerosa aparecieron cabezas de dromedarios, lanzas, escudos... Era el ejército de los bárbaros que avanzaba sobre Cartago.

IV

Ante los muros de Cartago

ENTES del campo montadas en asnos o corriendo a pie, pálidas, desalentadas, locas de terror, llegaron a la ciudad. Huían ante el ejército. En tres días había éste cubierto el camino de Sicca para venir a Cartago y exterminarlo todo. Cerráronse las puertas. Los bárbaros aparecieron casi inmediatamente; pero se detuvieron en medio del istmo, a la orilla del lago.

Al pronto no anunciaron nada hostil. Algunos de ellos se aproximaron con palmas en la mano. Pero era tan grande el terror que fueron rechazados a flechazos.

Por la mañana y al atardecer, algunas veces rondaban vagabundos a lo largo de las murallas. Llamaba la atención, sobre todo, un hombrecito cuidadosamente envuelto en una capa y cuyo rostro desaparecía bajo una visera muy baja. Horas y horas permanecía contemplando el acueducto y, con tal persistencia, que sin duda quería engañar a los cartagineses acerca de sus verdaderos designios. Acompañábalo otro hombre, una especie de gigante que iba con la cabeza descubierta.

Pero Cartago estaba defendido en toda la longitud del

istmo: primero, por un foso; después por una muralla de tierra, y, por último, por un muro de treinta codos de altura, de piedra cortada y de doble piso. Contenía establos para trescientos elefantes con almacenes para sus arreos, sus trabas y su alimentación; luego otras cuadras para cuatro mil caballos con las provisiones de cebada, y los arneses; y cuarteles para veinte mil soldados con sus armaduras y todo el material de guerra. En el segundo piso alzábanse torres guarnecidas de almenas que ostentaban en el exterior escudos de bronce colgados de ganchos.

Esta primera línea de murallas defendía inmediatamente a Malqua, el barrio de las gentes de mar y de los tintoreros.

Divisábanse los mástiles en que se secaban velos de púrpura, y en las últimas terrazas, hornos de arcilla para cocer las salazones.

Por detrás extendía la ciudad en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica, de piedra, de madera, de guijarros, de cañas, de conchas, de adobes. Los bosquecillos de los templos formaban como lagos de verdor en aquella montaña de bloques, diversamente coloreados. Las plazas públicas la nivelaban a distancias desiguales. Entrecruzábanse innumerables callejuelas que la cortaban de arriba abajo. Distinguíanse los recintos de los tres antiguos barrios, entonces ya confundidos; alzábanse acá y allá como grandes escollos y alargaban lienzos enormes — medio cubiertos de flores, ennegrecidos, largamente rayados por el chorro de las inmundicias, y por sus aberturas se enhebraban las calles como los ríos por los puentes.

La colina de la Acrópolis, en el centro de Byrsa, desaparecía bajo un maremagnum de monumentos. Eran templos de torcidas columnas con capiteles de bronce y cadenas de azófar, conos de piedras lisas con franjas de cobalto, cúpulas de cobre, arquitrabes de mármol, contrafuertes babilónicos, obeliscos ostentando en su ápice como antorchas invertidas. Los peristilos llegaban a los frontispicios; las volutas se abrían entre las columnadas; murallas de granito soportaban tabiques de tejas y todo ello subía uno sobre otro, semiocultándose, de un modo maravilloso e incom-

prensible. Sentíase allí la sucesión de las edades y como recuerdos de patrias olvidadas.

Detrás de la Acrópolis, en terrenos rojizos, el camino de los Mappales, orlado de tumbas, se alargaba en línea recta de la orilla a las catacumbas; anchas habitaciones se diseminaban después por los jardines, y Megara, el tercer barrio, la ciudad nueva, iba hasta el borde de las escarpaduras, donde se alzaba un faro gigante que ardía todas las noches.

Así se desplegaba Cartago ante los soldados acampados en la llanura.

Desde lejos reconocían éstos los mercados y las plazas y disputaban sobre el emplazamiento de los templos. El de Khamon, frente a los sisitas, tenía las tejas de oro. Melkarth, a la izquierda de Eschmun, ostentaba en su techumbre ramas de coral; Tanit, más allá, redondeaba entre las palmeras su cúpula de cobre; el negro Moloch estaba en la parte baja de las cisternas, por el lado del faro. Veíanse en el ángulo de los frontispicios, en lo sumo de los muros, en los rincones de las plazas, por todas partes, divinidades de cabeza horrible, colosales o rechonchas, con vientres enormes o desmesuradamente achatados, abriendo las fauces, extendiendo los brazos, teniendo en las manos horcas, cadenas o javalinas; y el azul del mar se dilataba en el fondo de las calles que la perspectiva hacía aún más escarpadas.

Una tumultuosa multitud las llenaba desde la mañana a la tarde; jóvenes, agitando campanillas, gritaban a la puerta de los baños; las tiendas de bebidas calientes humeaban; el aire resonaba con el estrépito de los yunques; los gallos blancos, consagrados al sol, cantaban en las terrazas; los bueyes que se sacrificaban mugían en los templos; corrían los esclavos con cestos en la cabeza; y, en lo hondo de los pórticos, algún sacerdote se presentaba vestido con una capa obscura, descalzo y con capirote.

Este espectáculo de Cartago irritaba a los bárbaros. Lo admiraban y lo execraban; habrían querido a la vez aniquilarlo y habitarlo. Pero, ¿qué era aquello que se veía en el puerto militar, defendido por una triple muralla? Después de la ciudad, a sus espaldas, en el fondo de Megara,

más alto que la Acrópolis, aparecía el palacio de Amílcar.

Los ojos de Matho posábanse en él a cada instante. Subíase a los olivos y se inclinaba, con la mano extendida sobre las cejas. Los jardines estaban vacíos, y la puerta de la roja cruz permanecía constantemente cerrada.

Más de veinte veces dió la vuelta por la muralla buscando alguna brecha para poder entrar. Una noche se arrojó al golfo y, durante tres horas, nadó sin descansar. Llegó a lo bajo de los Mappales, quiso trepar por las escarpaduras, ensangrentó sus rodillas, rompió sus uñas, cayó al agua y regresó.

Su impotencia lo exasperaba. Estaba celoso de aquel Cartago que encerraba a Salambó como de alguien que la hubiese poseído. Su enervamiento lo abandonó y aquello fué un ardor de acción loco y continuo. Encendido el rostro, irritados los ojos, ronca la voz, paseábase con pasos rápidos por el campo, o bien, sentado en la orilla, frotaba con arena su gran espada. Lanzaba flechas a los buitres que pasaban. Su corazón se desbordaba en palabras furiosas.

— ¡Deja marchar tu cólera como se guía un carro! — le decía Espendio. — ¡Grita, blasfema, destroza, mata! ¡El dolor se apacigua con la sangre; y ya que no puedes ahogar tu amor, ceba tu odio: él te sostendrá!

Matho tomó de nuevo el mando de los soldados. Los hacía maniobrar despiadadamente. Se le respetaba por su valor; sobre todo, por su fuerza. Además, inspiraba una especie de temor místico; creíase que, por la noche, hablaba con los fantasmas. Los demás capitanes se animaron con su ejemplo. Bien pronto el ejército se disciplinó. Los cartagineses oían desde sus casas los toques de las bocinas que regulaban los ejercicios. Al fin, los bárbaros se acercaron.

Para aplastarlos habría sido necesario que en el istmo hubiese dos ejércitos que los acometiesen a la vez, uno por la espalda, desembarcando en el fondo del golfo de Utica, y otro, por la montaña de las Aguas Calientes. Pero, ¿qué iba a hacerse con sólo la legión sagrada, compuesta de seis mil hombres a lo más? Si se encaminaban los bárbaros hacia oriente iban a reunirse con los nómadas, intercep-

tando el camino de Cirenaica y el comercio del desierto. Si se replegaban hacia occidente, la Numidia se sublevaría. En fin, la falta de víveres les haría pronto o tarde devastar como las langostas los campos circundantes. Los ricos temblaban por sus hermosos castillos, por sus viñedos, por sus cosechas.

Hannón propuso medidas atroces e impracticables, tal cual la de prometer una fuerte suma por cada cabeza de bárbaro, o la de que por medio de barcos y máquinas se incendiase su campo. Su colega Giscon quería, por lo contrario, que fuesen pagados. Pero, a causa de su popularidad, los Ancianos lo detestaban, pues temían que por azar llegasen a tener un amo, y, por miedo a la monarquía, se esforzaban por atenuar cuanto aún subsistía de ella o pudiese restablecerla.

En lo exterior de las fortificaciones había gentes de otra raza y de origen desconocido — todos ellos cazadores de puerco espín, comedores de mariscos y de serpientes. Llegábanse a las cavernas a coger hienas vivas, que luego, por la tarde, les servían de diversión viéndolas correr por las arenas de Megara, entre las estelas de las tumbas. Sus cabañas de fango y de algas se pegaban contra las escarpaduras como los nidos de las golondrinas. Vivían allí sin gobierno y sin dios, mezclados, completamente desnudos, débiles y feroces a la vez y desde siglos remotos execrados por el pueblo a causa de sus alimentos inmundos. Los centinelas advirtieron una mañana que se habían marchado todos.

Por fin, algunos miembros del Gran Consejo se decidieron. Fueron al campo sin collares ni cinturones, en sandalias abiertas, como vecinos. Avanzaban con paso tranquilo, dirigiendo saludos a los capitanes, o deteniéndose para hablar con los soldados, diciendo que todo estaba terminado y que se iba a hacer justicia a sus reclamaciones.

Muchos de ellos veían por primera vez un campamento de mercenarios. En lugar de la confusión que ellos se habían imaginado, reinaban por doquier un orden y un silencio sorprendentes. Una fortificación de tierra y céspedes en-

cerraba al ejército tras una alta muralla, inconmovible al choque de las catapultas. El piso de las calles estaba rociado con agua fresca. Por los respiraderos de las tiendas divisaban ojos ferinos que brillaban en las sombras. Los haces de picas y las panoplias colgadas los deslumbraban como espejos. Hablábanse los visitantes en voz baja; tenían miedo de tumbar algo con sus largas vestes.

Los soldados reclamaron víveres, comprometiéndose a pagarlos con el dinero que se les debía.

Se les envió bueyes, carneros, pintadas, frutas secas y altramuces y caballas ahumadas, de aquellas excelentes caballas que Cartago exportaba por todos los puertos. Pero los bárbaros torcían desdeñosamente la cabeza ante los magníficos animales y, despreciando lo que ambicionaban, ofrecían por un morueco el valor de un palomo, por tres cabras el precio de una granada. Los comedores de cosas inmundas se comportaban como árbitros, afirmando que se les engañaba. Entonces los soldados desenvainaban las espadas, amenazando matar.

Comisarios del Gran Consejo apuntaron el número de asnos que se debía a cada soldado. Pero en aquel momento era imposible saber cuántos mercenarios habían sido contratados, y los Ancianos se horrorizaron ante la suma exorbitante que había que pagárseles. Era preciso vender las reservas de laserpicio y gravar con nuevos tributos las ciudades mercantes.

Los mercenarios se impacientaron. Túnez estaba ya con ellos; y los ricos, asustados por los furores de Hanón y por los reproches de su colega, recomendaron a los ciudadanos que pudiesen conocer a algún bárbaro que fuesen a verlo inmediatamente, para reanudar su amistad y dirigirle buenas palabras. Esta confianza los calmaría.

Comerciantes, escribanos, obreros del arsenal, familias enteras se fueron junto a los bárbaros.

Los soldados permitían la entrada a todos los cartagineses; pero por un sólo pasadizo de tal modo estrecho que cuatro hombres de frente se tocaban. Espendio, en pie contra la barrera, los hacía registrar detenidamente. Matho,

frente a él, examinaba aquella multitud, buscando a alguien que pudiese haber visto en casa de Salambó.

El campamento, con tanta agitación y tan henchido de gente, parecía una ciudad. Las dos muchedumbres distintas se mezclaban sin confundirse, vestida la una de tela o de lana, con gorros de fieltro parecidos a piñas, y la otra cubierta de hierro y llevando cascos. En medio de los criados y de los vendedores ambulantes circulaban mujeres de todas las naciones, morenas como dátiles maduros, verdosas como aceitunas, amarillas como naranjas, vendidas por marineros, escogidas en las zahurdas, robadas a las caravanas, apresadas en el saqueo de las ciudades, a las que se fatigaba de amor mientras eran jóvenes y se tundía a golpes cuando eran viejas, muriendo durante las marchas a la orilla de los caminos, entre los bagajes, con los animales de carga, abandonadas. Las esposas de los nómadas balanceaban sobre sus talones ropas de pelo de dromedario, cuadradas y de color leonado. Músicas de Cirenaica, envueltas en gasas violeta y con las cejas pintadas, cantaban, acuclilladas sobre esteras; viejas negras de senos colgantes recogían, para hacer fuego, fiemos de animales que se desecaban al sol. Las de Siracusa llevaban láminas de oro en la cabellera; las lusitanas, collares de caracolillos y las galas pieles de lobo sobre su pecho blanco; y niños robustos cubiertos de miseria, desnudos, incircuncisos, daban a los transeúntes golpes en el vientre con su cabeza, o, como tigreznos, llegábanse por detrás a morderles las manos.

Los cartagineses se paseaban a través del campo, sorprendidos por la cantidad de cosas que rebosaba. Los más miserables estaban tristes; los demás disimulaban su inquietud.

Los soldados les golpeaban en el hombro, excitándolos a la alegría. En cuanto divisaban algún personaje, lo invitaban a sus diversiones. Cuando lanzaban el disco, se arreglaban de modo de aplastarle los pies, y, en el pugilato, le partían la mandíbula. Los honderos asustaban a los cartagineses con sus hondas, los indios con sus víboras, los jinetes con sus caballos.

Estas gentes, de apacible condición, bajaban la cabeza ante todos los ultrajes y se esforzaban por sonreír. Algunos, para parecer bravos, daban a entender que querían hacerse soldados. Se les dedicaba a partir leña y a desbravar mulos. Se los encerraba en una armadura y se les hacía rodar como toneles por las calles del campo. Luego, cuando se disponían a partir, los mercenarios se mesaban los cabellos con contorsiones grotescas.

Pero muchos de ellos, por ignorancia o por prejuicio, creían ingenuamente riquísimos a todos los cartagineses, y caminaban tras ellos suplicándoles que les diesen algo. Pedían todo cuanto les parecía bonito: una sortija, un cinturón, sandalias, la franja de un vestido, y, cuando el cartaginés, despojado, exclamaba: «¡Pero si ya no me queda nada! ¿Qué quieres?», ellos respondían: «¡Tu mujer!», y otros: «¡Tu vida!»

Las cuentas militares fueron remitidas a los capitanes, leídas a los soldados y definitivamente aprobadas. Entonces reclamaron tiendas. Se les dió tiendas. Después, los polemarcas de los griegos pidieron algunas de las bellas armaduras que se fabricaban en Cartago. El Gran Consejo votó sumas para esta adquisición. Pero, como era justo, los caballeros pretendieron que la República les indemnizase por sus caballos; uno afirmaba haber perdido tres en tal asedio; otro, cinco, en tal expedición; otro, catorce, en los precipicios. Se les ofreció sementales de Hecatómpolis; pero ellos querían mejor el dinero.

Luego pidieron que se les pagase en plata (en monedas de plata y no en discos de cuero) todo el trigo que se les debía y al precio más alto que se había vendido durante la guerra, exigiendo por una medida de harina cuatrocientas veces más de lo que pudieron haber dado por un saco de trigo. Esta injusticia exasperó. No obstante, hubo que ceder.

Entonces los delegados de los soldados y los del Gran Consejo se reconciliaron, jurando por el Genio de Cartago y por los dioses de los bárbaros. Con las demostraciones y la verbosidad orientales se presentaron sus excusas y se pro-

digaron sus caricias. Luego, como una prueba de amistad, reclamaron los soldados el castigo de los traidores que los habían indispuesto con la República.

Se simuló no comprender. Ellos se explicaron más claramente, diciendo que necesitaban la cabeza de Hanón.

Varias veces por día salían de su campo. Paseábanse al pie de los muros. Gritaban que se les arrojase la cabeza del sufeta y extendían sus vestidos para recibirla.

El Gran Consejo se habría allanado, quizá, sin una nueva exigencia, más injuriosa que las otras: los bárbaros pedían en matrimonio para sus jefes, vírgenes elegidas entre las grandes familias. Esto era idea de Espendio, que muchos hallaron muy sencilla y muy factible. Pero la pretensión de querer mezclarse con la sangre púnica indignó al pueblo. Contestóseles brutalmente, que nada tenían ya que exigir. Entonces los bárbaros clamaron que se les había engañado. Si su sueldo no llegaba antes de tres días, irían ellos mismos a tomarlo en Cartago.

La mala fe de los mercenarios no era tan completa como creían sus enemigos. Amílcar les había hecho promesas exorbitantes, vagas, cierto es; pero solemnes y reiteradas. Ellos pudieron creer que, al desembarcar en Cartago, se les entregaría la ciudad y que se repartirían sus tesoros; y, cuando vieron que apenas sería pagado su sueldo, fué una desilusión para su orgullo tanto como para su avaricia.

Dionisio, Pirro, Agátocles y los generales de Alejandro, ¿no habían suministrado el ejemplo de fortunas maravillosas? El ideal de Hércules, a quien los cananeos confundían con el sol, resplandecía en el horizonte de los ejércitos. Sabíase que simples soldados habían ceñido diademas, y el estrépito de los imperios que se derrumbaban hacía soñar a los galos con su bosque de encinas, al etíope con sus arenas.

Pero había siempre un pueblo dispuesto a aprovechar el valor; y el ladrón expulsado de su tribu; el parricida, errante por los caminos; el sacrílego, perseguido por los dioses; todos los hambrientos, todos los desesperados, trataban de alcanzar el puerto en que el agente de Cartago reclutaba soldados. Ordinariamente se les cumplía lo pro-

metido. Esta vez, sin embargo, el ardor de su avaricia había arrastrado a Cartago a una infamia peligrosa. Los númidas, los libios, Africa entera, iba a lanzarse sobre Cartago. Sólo el mar quedaba libre. En él encontraría a los romanos. Y como un hombre asaltado por asesinos, sintió la muerte a su alrededor.

Había que recurrir a Giscon. Los bárbaros aceptaron su intermedio. Una mañana vieron que se bajaba las cadenas del puerto y tres lanchas, pasando por el canal de la Tenia, entraron en el lago.

En la proa de la primera iba Giscon. Tras él, y más alta que un catafalco, elevábase una caja enorme guarnecida de colgantes anillos semejantes a coronas. Después aparecía la legión de intérpretes, cubiertas las cabezas como esfinges y llevando un papagayo tatuado en el pecho. Seguían amigos y esclavos, todos sin armas, y tan numerosos que se tocaban unos con otros. Las tres largas barcas, llenas hasta zozobrar, avanzaban entre aclamaciones del ejército que las miraba.

En cuanto Giscon desembarcó, los soldados corrieron a su encuentro. Éste hizo formar con sacos una especie de tribuna y declaró que no se marcharía antes de haber pagado a todos íntegramente.

Estallaron los aplausos. Largo tiempo permaneció sin poder hablar.

Luego lamentó los yerros de la República y los de los bárbaros. La culpa era de algunos revoltosos que, con su violencia, habían asustado a Cartago. La mejor prueba de sus buenas intenciones era que se lo enviaba a él, eterno adversario del sufeta Hannón. No debían, pues, suponer al pueblo tan inepto que quisiera irritar a los bravos, ni de ingratitud tan grande que desconociese sus servicios. Giscon empezó a pagar a los soldados, comenzando por los libios. Como éstos habían rechazado por falsas las listas, no se sirvió de ellas.

Desfilaban ante él por naciones, abriendo sus dedos para indicar el número de años. Se les marcaba sucesivamente en el brazo izquierdo con pintura verde. Los escribanos

sacaban el dinero del cofre abierto, y otros, con un estilete, hacían agujeros en una lámina de plomo.

Pasó un hombre que caminaba pesadamente, a la manera de los bueyes.

— ¡Sube junto a mí! — dijo el sufeta, sospechando algún fraude. — ¿Cuántos años has servido?

— ¡Doce años! — respondió el libio.

Giscon introdujo sus dedos por debajo del maxilar, pues el barbuquejo del casco producía a la larga, en el mentón, dos callosidades. Llamábaselas *carrubes*, y *tener carrubes* era una locución para nombrar a un veterano.

— ¡Ladrón! — exclamó el sufeta. — ¡Lo que te falta en la cara debes llevarlo en los hombros!

Y, desgarrándole la túnica, descubrió su espalda cubierta de sarna sangrienta. Era un labrador de Hippozaryte. Se armó gran baraúnda. Se le decapitó.

En cuanto se hizo de noche, Espendio fué a despertar a los libios, y les dijo:

— Cuando los ligures, los griegos, los baleares y los hombres de Italia sean pagados, regresarán a sus países. Pero vosotros quedaréis en Africa, dispersos por vuestras tribus y sin defensa alguna. ¡Entonces se vengará de vosotros la República! ¡Desconfiad del viaje! ¿Vais a dar crédito a todas las palabras? Los dos sufetas están de acuerdo. ¡Aquél abusa de vosotros! ¡Acordaos de la Isla de los Esqueletos y de Jantipo, que fueron devueltos a Esparta en una galera podrida!

— ¿Y qué haremos? — preguntaron ellos.

— ¡Reflexionad! — dijo Espendio.

Los dos días siguientes se invirtieron en pagar a los hombres de Magdala, de Leptis, de Hecatómpolis. Espendio se dirigió a los galos.

— ¡Se paga a los libios, después pagarán a los griegos, luego a los baleares, a los asiáticos, a todos los demás! ¡Pero a vosotros, que no sois numerosos, no se os dará nada! ¡No volveréis a ver vuestra patria! ¡No tendreis barcos! ¡Os matarán, para ahorrarse la alimentación!

Los galos fueron a ver al sufeta. Autharite, aquel a quien

había herido en casa de Amílcar, lo interpeló. Desapareció, rechazado por los esclavos, pero jurando que se vengaría.

Las reclamaciones y las quejas se multiplicaron. Los más obstinados penetraban en la tienda del sufeta. Para enternecerlo, tomábanle las manos, le hacían palpar sus bocas sin dientes, sus brazos delgados y las cicatrices de sus heridas. Los que no estaban pagados aún, se irritaban; los que habían recibido su sueldo, pedían otro por sus caballos; y los vagabundos, los desterrados, tomando las armas de los soldados, afirmaban que se les olvidaba. Minuto a minuto llegaban torbellinos de hombres. Las tiendas crujían y se derrumbaban. La multitud apretada contra las murallas del campo, oscilaba prorrumpiendo en grandes gritos, desde las puertas hasta el centro. Cuando el tumulto era demasiado recio, Giscon ponía un codo sobre su cetro de marfil y, mirando al mar, permanecía inmóvil, con los dedos hundidos en la barba.

A menudo se apartaba Matho para ir a conversar con Espendio; luego volvía a colocarse delante del sufeta, y Giscon sentía perpetuamente sus ojos, como dos faros ardientes, clavados en él. Varias veces, sobre la multitud, se lanzaron injurias; pero no las oyeron. Mientras tanto continuaba la distribución y el sufeta hallaba solución para todos los expedientes.

Los griegos pretendieron armar enredos acerca de la diferencia de las monedas. Tales explicaciones se les dieron, que se retiraron sin murmurar. Los negros reclamaron caracolitos blancos usados como moneda para el comercio en el interior de Africa. Ofrecióseles ir a buscarlos a Cartago, y, entonces, aceptaron el dinero, como los otros.

Pero se había prometido a los baleares algo mejor aún, o sea, mujeres. El sufeta respondió que se esperaba para ellos toda una caravana de doncellas; el camino era largo; faltaban aún seis lunas. Cuando estuvieran gruesas y bien friccionadas de benjuí, les serían enviadas en barcos a los puertos baleares.

De pronto, Zarxas, hermoso y vigoroso ya, saltó como un titiritero sobre los hombros de sus amigos, y exclamó:

— ¿Has reservado algo de ello para los cadáveres? — mientras indicaba la puerta de Khamon, en Cartago.

A los últimos destellos del sol, las planchas de cobre que la chapeaban de arriba abajo, centelleaban. Los bárbaros creyeron divisar en ella un rastro sangriento. Cada vez que Giscon quería hablar, comenzaban de nuevo los gritos de ellos. Por fin, descendió con gravedad y se encerró en su tienda.

Cuando, al amanecer, salió de ella, sus intérpretes, que yacían afuera, no se movieron; estaban tumbados de espaldas, con la mirada fija, la lengua entre los dientes y la faz violácea. Blancas mucosidades destilaban de su nariz y sus miembros estaban rígidos, como si durante la noche los hubiese congelado el frío. Cada uno de ellos tenía ceñido al cuello un lazo de juncos.

La rebelión, desde entonces, no se detuvo ya. El asesinato de los baleares recordado por Zarxas confirmaba las desconfianzas de Espendio. Imaginábanse que la República trataría de engañarlos siempre. ¡Era preciso acabar! Se pasarían sin intérpretes. Zarxas, con una honda alrededor de la frente, cantaba canciones de guerra. Autharite blandía una gran espada. Espendio cuchicheaba a uno una palabra, proporcionaba a otro un puñal. Los más fuertes trataban de pagarse ellos mismos; los menos furiosos pedían que continuase la distribución. Nadie dejaba ya sus armas y todas las cóleras se concentraban contra Giscon en un odio tumultuoso.

Algunos se subían a su lado. Mientras vociferaban injurias se les escuchaba con paciencia; pero, si intentaban pronunciar la menor palabra en favor de él, eran lapidados inmediatamente, o un sablazo, descargado por detrás, les cortaba la cabeza. El montón de sacos estaba más rojo que un altar.

Después del almuerzo, cuando habían bebido vino, se volvían terribles. Era una alegría prohibida bajo pena de muerte en los ejércitos púnicos, y alzaban su copa hacia el lado de Cartago, por irrisión hacia su disciplina. Luego se volvían hacia los esclavos de la hacienda y comenzaban de

nuevo a matar. La palabra *¡pega!*, diferente en todos los idiomas, era comprendida por todos.

Giscon sabía perfectamente que la patria lo abandonaba; pero, a pesar de su ingratitud, no quería deshonrarla. Cuando los bárbaros le recordaron que se les había prometido barcos, juró por Moloch proporcionárselos él mismo, a su costa, y, arrancando su collar de piedras preciosas, lo arrojó a la multitud en prenda de su juramento.

Entonces los africanos reclamaron el trigo, según los compromisos del Gran Consejo. Giscon exhibió las cuentas de los sisitas, escritas con pintura violeta sobre pieles de oveja: leyó todo cuanto había entrado en Cartago mes por mes y día por día.

De pronto se detuvo, con los ojos pasmados, como si entre las cifras hubiese leído su sentencia de muerte.

En efecto, los Ancianos las habían reducido fraudulentamente, y el trigo, vendido durante la época más calamitosa de la guerra, se hallaba a una tasa tan baja que, a no ser ciego, no podía creerse.

— ¡Habla! — le gritaron. — ¡Más alto! ¡Ah! ¡Es que trata de mentir, el poltrón! Desconfiemos.

Durante algún tiempo vaciló. Al fin anudó su faena. Los soldados, sin sospechar que se les engañaba, aceptaron como buenas las cuentas de los sisitas. Entonces la abundancia que reinaba en Cartago los precipitó a unos celos furiosos. Rompieron la caja de sicómoro; estaba vacía en sus tres cuartas partes. Habían visto salir de ella tales sumas que la conceptuaban inagotable. Giscon se había ocultado en su tienda. Escalaron los sacos. Matho los guiaba, y como gritasen: «¡El dinero! ¡El dinero!», Giscon respondió, al fin:

— ¡Que os lo dé vuestro general!

Quedóse mirándolos cara a cara, sin hablar, con sus grandes ojos amarillos y su larga faz más pálida que su barba. Una flecha, detenida por las plumas, se mostraba en su oreja en su ancho anillo de oro y un hilo de sangre desprendido de su tiara le corría por el hombro.

A una señal de Matho, avanzaron todos. Él extendió

los brazos. Espendio, con un nudo corredizo, le ligó las muñecas; otro, lo derribó y desapareció entre el desorden de la muchedumbre que se derrumbaba sobre los sacos.

Fué saqueada su tienda. No se halló en ella más que las cosas indispensables para la vida; luego, buscando mejor, tres imágenes de Tanit y, en una piel de mono, una piedra negra caída de la luna. Muchos cartagineses habían querido acompañarlo. Eran hombres de suposición y partidarios todos de la guerra.

Se los arrastró afuera de las tiendas y se los precipitó en el foso con las inmundicias. Con cadenas de hierro fueron atados por el vientre a estacas sólidas y se les daba la comida en la punta de una javalina.

Autharite, mientras los vigilaba, los llenaba de invectivas; pero como ellos no entendían la lengua de él, no contestaban nada. El galo, de vez en cuando, les arrojaba una piedra a la cara para hacerlos gritar.

Desde la mañana siguiente, una especie de sopor invadió al ejército. Ahora que estaba ya extinguida su cólera los asaltaba la inquietud. Matho era víctima de una vaga tristeza. Parecíale haber ultrajado indirectamente a Salambó. Aquellos próceres eran como una dependencia de su persona. Por la noche se sentaba a la orilla del foso y en los gemidos de los otros hallaba algo de la voz de que su corazón estaba lleno.

Mientras tanto, todos acusaban a los libios de ser los únicos que habían sido pagados. Pero, al mismo tiempo que se reavivaban las antipatías nacionales con los odios particulares, se sentía el peligro de abandonarse. Las represalias, después de semejante atentado, serían formidables. Era, pues, preciso prevenirse contra la venganza de Cartago. Los conciliábulos y las arengas no acababan nunca. Todos hablaban y nadie era escuchado. Espendio, ordinariamente tan locuaz, movía la cabeza a cuantas proposiciones se le hacían.

Una noche preguntó negligentemente a Matho si no había fuentes en el interior de la ciudad.

— ¡Ni una! — respondió Matho.

A la mañana siguiente, Espendio lo llevó a la orilla del lago.

— ¡Señor! — le dijo el antiguo esclavo. — Si es intrépido tu corazón, yo te conduciré a Cartago.

— ¿Cómo? — preguntó el otro, anhelante.

— ¡Júrame que ejecutarás todas mis órdenes y que me seguirás como una sombra!

Entonces, Matho, levantando su brazo hacia el planeta de Chabar, pronunció:

— ¡Por Tanit te lo juro!

Espendio, añadió:

— Mañana, después de ponerse el sol, me esperarás al pie del acueducto, entre la novena y la décima arcada. Lleva contigo un pico de hierro, un casco sin airón y sandalias de cuero.

El acueducto de que hablaba atravesaba oblicuamente el istmo entero — obra de gran importancia, ampliada más tarde por los romanos. — A pesar de su desdén hacia los otros pueblos, Cartago les había tomado arteramente esta nueva invención, como Roma mismo había hecho con la galera púnica; y cinco órdenes de arcos superpuestos de recia arquitectura, con contrafuertes en la base y cabezas de león en lo sumo, alcanzaban la parte occidental de la Acrópolis, donde se hundían en la ciudad para derramar casi un río en las cisternas de Megara.

A la hora convenida Espendio se reunió con Matho. Ató una especie de arpón al extremo de una cuerda, la hizo girar rápidamente como una honda y el artificio de hierro se enganchó, y, uno tras otro, se pusieron a trepar por el muro.

Pero cuando hubieron llegado al primer piso, el gancho se soltaba cuantas veces era lanzado. Necesitaban, para descubrir alguna grieta, caminar por la cornisa. A medida que se sucedían las filas de arcos, la encontraban más estrecha. Luego la cuerda se aflojó. Varias veces estuvo a punto de romperse.

Por fin llegaron a la plataforma superior. Espendio, de vez en cuando, se inclinaba para palpar las piedras con las

manos. — ¡Aquí es! — dijo. — ¡Empecemos!... Y utilizando el pico que había llevado Matho, comenzaron a separar una de las losas.

Divisaron a lo lejos un tropel de jinetes que galopaban en caballos sin bridas. Sus brazaletes de oro resaltaban entre las vagas telas de sus capas. Ante ellos distinguíase un hombre coronado de plumas de avestruz que galopaba con una lanza en cada mano.

— ¡Narr'Havas! — exclamó Matho.

— ¿Qué importa? — respondió Espendio, y saltó al agujero que acababan de hacer levantando la losa.

Matho, por orden suya, trató de alzar uno de los bloques; pero, falto de espacio, no podía mover los codos.

— Ya volveremos — dijo Espendio. — Parte delante.— Y se aventuraron por el conducto de las aguas.

Éstas les llegaban al vientre; pronto perdieron pie y les fué preciso nadar. Sus miembros tropezaban contra las paredes del canàl, demasiado estrecho. El agua llegaba casi a la losa superior. Se desgarraban el rostro.

Luego los arrastró la corriente. Un aire más pesado que el de un sepulcro les oprimía el pecho, y con la cabeza entre los brazos y las rodillas una contra otra, estiradas tanto como podían, pasaban como flechas, en la obscuridad, ahogándose, jadeando, casi muertos. De pronto todo se ennegreció ante ellos y redobló la velocidad de las aguas. Cayeron.

Cuando volvieron a la superficie, permanecieron durante algunos minutos tendidos de espaldas, aspirando deliciosamente el aire. Arcadas, unas tras otras, abríanse en medio de anchas murallas separando los estanques. Todos estaban llenos y el agua se extendía en una sola capa en toda la extensión de las cisternas. Las cúpulas del techo dejaban filtrarse por sus respiraderos una pálida claridad que extendía sobre las ondas como discos de luz; y las tinieblas se espesaban en torno hacia los muros, retrocediendo indefinidamente. El menor ruido producía un gran eco.

Espendio y Matho se pusieron a nadar y, pasando por la abertura de los arcos, atravesaron varias cámaras alineadas. Otras dos series de estanques más pequeños se exten-

dían paralelamente a cada lado. Perdíanse, iban y venían. Al fin, algo ofreció resistencia a sus talones. Era el piso de la galería que circundaba las cisternas.

Entonces, avanzando con grandes precauciones, palparon la muralla para dar con alguna salida. Pero sus pies resbalaban y caían en los estanques profundos. Volvían a subir y tornaban a caer de nuevo. Sentían ya una espantosa fatiga, como si sus miembros, al nadar, fuesen disueltos por el agua. Sus ojos se cerraron. Agonizaban.

Espendio se golpeó la mano contra los barrotes de una reja. La violentaron y cedió y se hallaron en los peldaños de una escalera. En lo alto la cerraba una puerta de bronce. Con la punta del puñal separaron la barra que la cerraba por fuera y súbito los envolvió el aire puro.

La noche estaba llena de silencio y el cielo tenía una altura desmesurada. Grupos de árboles se desbordaban por la larga línea de los muros. La ciudad entera dormía. Las hogueras de los vigías brillaban como perdidas estrellas.

Espendio, que había pasado tres años en el ergástulo, conocía imperfectamente los barrios. Matho conjeturó que, para llegar al palacio de Amílcar, debían tomar por la izquierda, cruzando los Mappales.

— ¡No! — dijo Espendio. — Llévame al templo de Tanit.

Matho intentó hablar.

— ¡Acuérdate! — exclamó el antiguo esclavo, y, levantando el brazo, le mostró el planeta de Chabar que resplandecía.

Entonces Matho se volvió silenciosamente hacia la Acrópolis.

Trepaban a lo largo de los vallados de nopales que bordeaban los senderos. El agua chorreaba de sus miembros sobre el polvo. Sus sandalias, húmedas no producían el menor ruido. Espendio, con sus ojos más llameantes que antorchas, examinaba los matorrales a cada paso y caminaba detrás de Matho, con entrambas manos en los dos puñales que llevaba en los brazos, sostenidos sobre el sobaco por un aro de cuero.

V

Tanit

Cuando salieron a los jardines se vieron detenidos por el cercado de Megara. Pero descubrieron una brecha en la gruesa muralla y pasaron.

El terreno descendía, formando una especie de vallecito muy ancho. Era una plaza descubierta.

— Escucha — dijo Espendio,— y, por de pronto, no temas nada. Yo cumpliré mi promesa.

Interrumpióse. Tenía aire de reflexionar, como para buscar sus palabras.— ¿Te acuerdas de aquel día en que al nacer el sol, sobre la terraza de Salambó te mostré Cartago? Aquel día éramos fuertes; pero tú no quisiste oír nada.—Luego, con voz grave, añadió: — Amo: hay en el santuario de Tanit un velo misterioso caído del templo y que cubre a la diosa.

— Ya lo sé — dijo Matho.

Espendio continuó:

— El velo mismo es divino también, pues forma parte de ella. Los dioses residen donde se hallan sus simulacros. Por poseerlo Cartago es por lo que es poderoso.—Entonces, inclinándose a su oído, terminó: — ¡Yo te llevo hoy conmigo para arrebatarlo!

Matho retrocedió de horror.

— ¡Vete! ¡Busca a otro! ¡Yo no quiero ayudarte en ese execrable crimen!

— ¡Pero si Tanit es tu enemiga! — replicó Espendio.— ¡Ella te persigue y tú mueres por su cólera! ¡Te vengarás! ¡Ella te obedecerá! ¡Te tornarás casi inmortal e invencible!

— Matho bajó la cabeza. Espendio continuó:

— Sucumbiremos. El ejército se anonadará él mismo. ¡No podemos esperar ni la huída, ni socorro, ni perdón! ¿Qué castigo de los dioses puedes tú temer, puesto que vas a tener su fuerza en tus manos? ¿Prefieres perecer de noche, en una derrota, miserablemente, escondido entre un matorral, o entre los ultrajes del populacho en las llamas de la pira? ¡Amo: un día entrarás en Cartago, entre los colegios de los pontífices, que besarán tus sandalias; y si el velo de Tanit te pesa aún, lo devolverás a su templo. ¡Sígueme! ¡Ven a tomarlo!

Un deseo terrible devoraba a Matho. Habría querido, absteniéndose del sacrilegio, poseer el velo. Pensaba que acaso no hubiese necesidad de tomarlo para hacerse dueño de su virtud. No llegaba hasta el fondo de su pensamiento, deteniéndose en el límite en que éste lo espantaba.

— ¡Vamos! — dijo. Y se alejaron con paso rápido, el uno al lado del otro, sin hablar.

El terreno volvía a subir, y las habitaciones se aproximaron. Vagaron por calles estrechas sumidos en tinieblas. Jirones de esteras, cerrando las puertas, golpeaban contra la pared. En una plaza rumiaban unos camellos ante montones de hierbas segadas. Luego pasaron bajo una galería recubierta de follaje. Un tropel de perros ladró. Pero el espacio se ensanchó de pronto y reconocieron la cara occidental de la Acrópolis. En la parte baja de Byrsa se extendía una larga masa negra: era el templo de Tanit, agregación de monumentos y de jardines, de patios y antepatios, orlado por una murallita de piedras secas. Espendio y Matho lo franquearon.

Este primer recinto encerraba un bosque de plátanos por precaución contra la peste y la infección del aire. Acá

y allá estaban diseminadas tiendas en las que durante el día se vendía pastas, depilatorios, perfumes, vestidos, pasteles en forma de luna e imágenes de la diosa con representaciones del templo, ahuecadas en un bloque de alabastro.

Nada había que temer, pues las noches en que no aparecía el astro, se suspendían todos los ritos. No obstante, Matho acortaba el paso, y se detuvo ante los tres escalones de ébano que conducían al segundo recinto.

— ¡Avanza! — dijo Espendio.

Granados, almendros, cipreses y mirtos, inmóviles como follajes de bronce alternaban regularmente. El camino, empedrado de guijarros azules, crujía bajo sus pies y rosas abiertas pendían en arcadas en toda la longitud del vial. Llegaron ante un agujero ovalado protegido por una reja. Entonces Matho, a quien aquel silencio espantaba, dijo a Espendio:

— Aquí es donde se mezclan las aguas dulces con las aguas amargas.

— Yo he visto todo eso — respondió el antiguo esclavo — en Siria, en la ciudad de Mafug. — Y por una escalera de seis peldaños de plata, subieron al tercer recinto.

Un cedro enorme ocupaba todo el centro de él. Sus ramas más bajas desaparecían bajo tiras de telas y collares que habían colgado allí los fieles. Dieron algunos pasos más y apareció ante ellos la fachada del templo.

Dos largos pórticos, cuyos arquitrabes descansaban en rotundos pilares, flanqueaban una torre cuadrangular adornada en su plataforma por una media luna. En los ángulos de los pórticos y en las cuatro esquinas de la torre se elevaban encendidos pebeteros llenos de aromas. Granadas y cohombros recargaban los capiteles. Enlaces, rombos y líneas de perlas alternaban en los muros y un vallado de filigrana de plata formaba un ancho semicírculo ante la escalera de azófar que descendía del vestíbulo.

A la entrada, entre una estela de oro y otra de esmeraldas, había un cono de piedra. Matho, al pasar junto a él, se besó la mano derecha.

La primera cámara era muy alta. Innumerables aber-

turas perforaban su bóveda. Alzando la cabeza podían verse las estrellas. En torno da la muralla, en canastillos de cañas, se amontonaban barbas y cabelleras, primicias de adolescentes; y, en medio del departamento circular, el cuerpo de una mujer surgía de una vaina cubierta de senos. Gorda, barbuda y con los párpados caídos, aparentaba sonreír, cruzando las manos sobre el borde de su grueso vientre, pulimentado por los besos de la multitud.

Luego volvieron a hallarse al aire libre, en un corredor transversal, en el que un altar de exiguas proporciones se apoyaba en una puerta de marfil. No se pasaba de allí. Sólo los sacerdotes podían abrirla; pues un templo no era un lugar de reunión para la multitud, sino la morada particular de una divinidad.

— ¡La empresa es imposible! — decía Matho— ¡Tú no habías pensado en esto! ¡Volvámonos!

Espendio examinaba los muros.

El quería el velo; no porque tuviese confianza en su virtud (Espendio sólo creía en el Oráculo), sino persuadido de que los cartagineses, viéndose privados de él, caerían en gran abatimiento. Para hallar alguna salida, dieron la vuelta por detrás.

Veíase entre los bosquecillos de terebintos edículos de forma diversa. Acá y allá se erguía un falo de piedra, y grandes ciervos erraban tranquilamente pisoteando con sus hendidas pezuñas piñas allí caídas.

Volvieron sobre sus pasos entre dos largas galerías que avanzaban paralelamente. En sus orillas se abrían pequeñas celdas. Tamboriles y címbalos estaban colgados de arriba abajo en sus columnas de cedro. Fuera de las celdas dormían mujeres, tendidas en esteras. Sus cuerpos, gruesos de ungüentos, exhalaban un olor de especias y de pebeteros apagados. Estaban tan cubiertas de tatuajes, de collares, de anillos, de bermellón y de antimonio que, sin el movimiento de su pecho, se las hubiera tomado por ídolos caídos por tierra. Muchos lotos rodeaban una fuente en la que nadaban peces parecidos a los de Salambó. Luego, en el fondo, contra la muralla del templo, se extendía una parra cuyos

sarmientos eran de cristal y los racimos de esmeralda. Los destellos de las piedras preciosas formaban juegos de luz entre las pintadas columnas, sobre los rostros dormidos.

Matho se sofocaba en la cálida atmósfera que rebotaban sobre él los tabiques de cedro. Todos aquellos símbolos de la fecundación, aquellos perfumes, aquellos destellos, aquellos alientos lo abrumaban. A través de los deslumbramientos místicos, pensaba en Salambó. Confundíala con la diosa misma, y su amor se desprendía de ello más fuerte aún, como los grandes lotos que se abrían en la profundidad de las aguas.

Espendio calculaba qué cantidad de dinero se habría ganado antaño vendiendo aquellas mujeres, y, con una rápida ojeada, sopesaba, al pasar, sus collares de oro.

Tanto por este lado como por el otro, el templo era impenetrable. Tuvieron que regresar a la primera cámara. Mientras Espendio buscaba, huroneando, Matho, prosternado ante la puerta, imploraba a Tanit. Suplicábala que no permitiese tamaño sacrilegio. Trataba de ablandarla con acariciadoras palabras, como se hace con una persona irritada.

Espendio descubrió encima de la puerta una estrecha abertura.

— ¡Levántate! — dijo a Matho, y le hizo colocarse derecho, pegado al muro. Entonces, poniendo él un pie sobre las manos y otro sobre la cabeza de su amo, llegó hasta la altura del respiradero, metióse por él y desapareció. Luego Matho sintió caer a sus pies una cuerda de nudos, la que Espendio había arrollado alrededor de su cuerpo antes de meterse en las cisternas, y, apoyándose en ella con las dos manos, hallóse muy pronto junto a él en una gran sala llena de sombra.

Atentados semejantes eran cosa extraordinaria. La insuficiencia de medios para prevenirlos demostraba asaz que se los tenía por imposibles. El terror, más que los muros, guardaban los santuarios. Matho esperaba morir a cada momento.

Una débil claridad vacilaba en el fondo de las tinieblas. Acercáronse a ella. Era una lámpara que ardía en una con-

cha sobre el pedestal de una estatua, tocada con el gorro de los Cabiros. Discos de diamantes salpicaban su largo vestido azul, y cadenas que se hundían en las losas la sujetaban al suelo por los talones. Matho ahogó un grito. — ¡Ahí está! ¡Ahí está! — Espendio tomó la lámpara para alumbrar.

— ¡Qué impío eres! — murmuró Matho; pero, no obstante, lo siguió.

El departamento en que entraron no tenía nada más que una pintura negra representando otra mujer. Sus piernas subían hasta lo alto de la pared; su cuerpo ocupaba el techo entero. De su ombligo pendía de un hilo un huevo enorme y ella descendía por la opuesta pared, cabeza abajo, hasta el nivel de las losas que tocaba con sus dedos puntiagudos.

Para pasar más lejos, levantaron un tapiz; pero sopló el viento y se apagó la luz.

Entonces vagaron perdidos en las complicaciones de la arquitectura. De pronto sintieron entre sus pies algo de una suavidad extraña. Brotaban y saltaban chispas; caminaban sobre fuego. Espendio palpó el suelo y comprobó que estaba cuidadosamente tapizado con pieles de lince. Después les pareció que una gruesa cuerda mojada, fría y viscosa, se deslizaba entre sus piernas. Hendeduras abiertas en la pared dejaban escapar débiles rayos blanquecinos y ellos avanzaron hacia aquellas claridades inciertas. Al fin distinguieron una gran serpiente negra, que se lanzó rápida y que desapareció.

— ¡Huyamos! — exclamó Matho. — ¡Es ella! ¡La siento! ¡Viene!

— ¡No! — respondió Espendio. — El templo está vacío.

Entonces una luz deslumbrante les hizo bajar los ojos. Luego distinguieron en torno una infinidad de bestias extenuadas, jadeantes, aguzando sus uñas y confundidas unas debajo de otras en un desorden misterioso que espantaba. Había serpientes con patas, toros con alas, peces con cabeza de hombre que devoraban frutas; abríanse flores en las fauces de los cocodrilos; y elefantes con la trompa le-

vantada pasaban en pleno azul, orgullosamente, volando como águilas. Un esfuerzo terrible distendía sus miembros incompletos o múltiples. Sacando la lengua, aparentaban querer exhalar su alma. Y todas las formas se hallaban allí como si el receptáculo de los gérmenes, rompiéndose en una apertura repentina, se hubiese vaciado sobre los muros de la sala.

Doce globos de cristal azul la bordeaban circularmente, soportados por monstruos que parecían tigres. Sus ojos sobresalían como los de los caracoles, y encorvando sus lomos rechonchos, se volvían hacia el fondo, donde resplandecía sobre un carro de marfil la Rabbet suprema, la Omnifecunda, la última creada.

Escamas, plumas, flores y pájaros le subían hasta el vientre. Por pendientes en sus orejas, tenía címbalos de plata que le tocaban las mejillas. Sus grandes ojos miraban fijos, y una piedra luminosa, engastada en su frente en un símbolo obsceno, iluminaba toda la sala reflejándose por encima de la puerta en espejos de cobre rojo.

Matho dió un paso; una losa se hundió bajo sus talones y las esferas comenzaron a girar y los monstruos a rugir. Oyóse una música melodiosa y zumbadora, como la armonía de los planetas. El alma tumultuosa de Tanit se desbordó. Iba a levantarse, tan grande como la sala, con los brazos abiertos. De pronto, los monstruos cerraron sus bocas y los globos de cristal dejaron de girar.

Una lúgubre modulación tembló en el aire durante algunos momentos y se extinguió al fin.

— ¿Y el velo? — dijo Espendio.

No se veía velo alguno por ninguna parte. ¿Dónde estaría? ¿Cómo descubrirlo? ¿Lo habrían escondido los sacerdotes? Matho experimentó un desgarramiento en su corazón y una decepción en su fe.

— ¡Por acá! — cuchicheó Espendio. Guiábalo una inspiración. Arrastró a Matho detrás del carro de Tanit, donde una hendedura, de un codo de ancha, cortaba el muro de arriba abajo.

Entonces penetraron en una salita redonda, tan alta,

que parecía el interior de una columna. En medio de ella había una piedra negra semiesférica, como un timbal. Sobre ella ardían llamas. Un cono de ébano se alzaba por detrás, con una cabeza y dos brazos.

Pero más allá habríase creído que había una nube en la que centelleaban estrellas. En las profundidades de sus pliegues aparecían rostros: Eschmun con los Cabiros, algunos monstruos ya vistos, los animales sagrados de los babilonios, y luego otros que ellos no conocían. Todo ello pasaba como un manto sobre la faz del ídolo, y subiendo extendido sobre el muro, colgábase de él por los ángulos, azulado, a la vez, como la noche, amarillo como la aurora, purpúreo como el sol, numeroso, diáfano, centelleante, ligero. Era el manto de la diosa, el *zaimf* santo, que no podía ser visto.

Uno y otro palidecieron.

— ¡Tómalo! — dijo, al fin, Matho.

Espendio no vaciló y, apoyándose en el ídolo, desprendió el velo que cayó a tierra. Matho puso sobre él su mano; luego metió la cabeza por la abertura, después envolvió en él su cuerpo y extendió los brazos para contemplarlo mejor.

— ¡Marchémonos! — dijo Espendio.

Matho, jadeante, permanecía con los ojos fijos sobre las piedras.

Súbito, exclamó:

— ¿Por qué no vamos junto a ella? Yo no tengo ya miedo a su hermosura. ¿Qué podrá contra mí? ¡Heme aquí ahora más ya que un hombre! ¡Yo atravesaré las llamas y andaré sobre el mar! ¡Siento un irresistible impulso! ¡Salambó! ¡Salambó! ¡Yo soy tu amo!

Su voz era tonante. A Espendio le parecía de más alta estatura y transfigurado.

Acercóse un rumor de pasos, se abrió una puerta y apareció un hombre, un sacerdote, con su alto gorro y los ojos espantados. Antes de que pudiese hacer un gesto, Espendio se precipitó sobre él y estrechándolo con entrambos brazos, le hundió en los costados sus dos puñales. Su cabeza golpeó sobre las losas.

Luego, inmóviles como el cadáver, permanecieron escuchando durante algún tiempo. Sólo se oía el murmullo del viento por la puerta entreabierta.

Daba ésta a un pasadizo estrecho. Espendio se aventuró por él. Matho lo siguió, y, casi inmediatamente, se encontraron en el tercer recinto, entre los pórticos laterales, donde estaban las habitaciones de los sacerdotes.

Detrás de las celdas debía de haber, para salir, un camino más corto. Se apresuraron.

Espendio, acuclillándose junto a la fuente, lavó en ella sus manos ensangrentadas. Las mujeres dormían. La parra de esmeralda brillaba. Pusiéronse en marcha de nuevo.

Pero alguien, entre los árboles, corría tras ellos; y Matho, que llevaba el velo, sintió varias veces que le tiraban de él por abajo, suavemente. Era un gran cinocéfalo, uno de los que vivían libres en el recinto de la diosa. Como si hubiese tenido conciencia del robo, se aferraba al manto. Sin embargo, no se atrevieron a pegarle, por miedo a redoblar sus gritos. Súbitamente se apaciguó su cólera y se puso a caminar junto a ellos, a su lado, balanceando su cuerpo con sus largos brazos colgantes. Luego, en el vallado, de un salto se lanzó a una palmera.

Cuando salieron del último recinto, se dirigieron al palacio de Amílcar. Espendio comprendía que era inútil intentar disuadir a Matho.

Tomaron por la calle de los Curtidores, la plaza de Muthumbal, el mercado de las hierbas y la plazoleta de Cynasyn. En el ángulo de un muro, un hombre retrocedió, asustado ante aquella cosa centelleante que atravesaba las tinieblas.

—¡Tapa el zaimf! — dijo Espendio.

Otras gentes se cruzaron con ellos; pero no fueron advertidos.

Al fin reconocieron las casas de Megara.

El faro, edificado a su espalda, en lo alto de la escarpadura, iluminaba el cielo con su gran claridad rojiza, y la sombra del palacio con sus terrazas superpuestas se proyectaba sobre los jardines como una monstruosa pirámide.

Entraron por la valla de los azufaifos, cortando las ramas con sus puñales.

Todo conservaba las huellas del festín de los mercenarios. Los parques estaban rotos, secas las regueras, abiertas las puertas del ergástulo. Nadie en las cocinas ni en las bodegas. Quedaron sobrecogidos por aquel silencio, interrumpido a veces por el ronco frémito de los elefantes que se agitaban en sus cepos y por la crepitación del faro en el que flameaba una pira de áloes.

Matho, no obstante, repetía:

— ¿Dónde está ella? ¡Quiero verla! ¡Llévame!

— ¡Eso es una locura! — decía Espendio. — ¡Llamará, acudirán sus esclavos y, a pesar de tu fuerza, morirás!

Así llegaron a la escalera de las proas. Matho alzó la cabeza y creyó divisar en lo alto una vaga claridad, radiante y dulce. Espendio trató de detenerlo. Él se lanzó escalera arriba.

Al hallarse en lugares que él había ya visto, el intervalo de los días transcurridos se borró de su memoria. Era ahora mismo cuando ella cantaba entre las mesas. Habría desaparecido, y, desde entonces, subía él continuamente aquella escalera. El cielo, sobre su cabeza, estaba cubierto de fuego; el mar llenaba el horizonte. A cada uno de sus pasos una inmensidad más amplia lo rodeaba, y él continuaba trepando con la extraña facilidad que se experimenta en los sueños.

El rumor del velo frotando contra las piedras le recordó su nuevo poder; pero, en el exceso de su esperanza, no sabía ya en aquel momento lo que tenía que hacer. Esta incertidumbre lo intimidó.

De vez en cuando pegaba su rostro contra las aberturas cuadrangulares de los departamentos cerrados y creyó ver en algunos de ellos personas dormidas.

El último piso, más estrecho, formaba como un dado en la cúspide de las terrazas. Matho dió la vuelta en torno, lentamente.

Una lechosa claridad iluminaba las hojas de talco que tapaban las pequeñas aberturas del muro, y, simétrica-

mente dispuestas, semejaban en las tinieblas hileras de perlas finas. Dió con la puerta roja de la cruz negra. Los latidos de su corazón se redoblaron. Hubiera querido huir. Empujó la puerta. Y ésta cedió.

Una lámpara en forma de galera ardía suspendida en la lejana cámara, y tres rayos que se escapaban de su quilla de plata temblaban en los altos artesonados, cubiertos de pintura roja con listas negras. El techo era una ensambladura de viguetas que en medio de sus dorados lucían amatistas y topacios en los nudos de la madera. En los dos grandes lados del departamento se extendía un lecho muy bajo de correas blancas; y bóvedas semejantes a conchas se abrían por encima, en el espesor del muro, dejando aparecer algún ropaje que colgaba hasta el suelo.

Un escalón de ónice rodeaba una piscina ovalada; finas babuchas de piel de serpiente habían quedado abandonadas en sus bordes, con un jarro de alabastro. Las huellas de un paso húmedo se advertían más allá. Olores exquisitos se evaporaban.

Matho hollaba las losas incrustadas de oro, de nácar y de cristal; y, a pesar del pulimento del piso, parecíale que sus pies se hundían como si anduviese sobre arenas.

Detrás de la lámpara de plata había visto un gran cristal azul sostenido en el aire por cuatro cuerdas que ascendían, y avanzó hacia allá, encorvados los lomos y la boca abierta.

Alas de fenicópteros, pegadas a ramas de coral negro, yacían entre cojines de púrpura y de conchas de tortuga, de cofrecillos de cedro y de espátulas de marfil. Cuernos de antílope servían de estuche a sortijas y ajorcas; vasos de barro refrescábanse al viento en la abertura del muro sobre un emparrado de cañas. Varias veces tropezaron sus pies, pues el suelo mostraba desniveles que formaban en la cámara como una serie de compartimientos. En el fondo, balaústres de plata rodeaban un tapiz sembrado de flores pintadas. Por fin llegó sobre el lecho suspendido, junto a un escabel de ébano que servía para subir a él.

Pero la luz se detenía en su borde; y la sombra, como una gran cortina, no descubría más que un ángulo del col-

chón rojo con el extremo de un piececito desnudo hasta el tobillo. Entonces Matho retiró la lámpara suavemente.

Ella dormía, con una mano en la mejilla y extendido el otro brazo. Los rizos de sus cabellos se extendían a su alrededor con tal abundancia, que parecía acostada sobre plumas negras; y su larga túnica blanca se curvaba en blandos pliegues hasta sus pies, siguiendo las inflexiones de su talle. Veíase un poco sus ojos a través de sus párpados entreabiertos. Los cortinajes, perpendicularmente caídos, la envolvían en una atmósfera azulada y el movimiento de su respiración, comunicándose a los cordones, parecía balancearla en el aire. Zumbaba un largo mosquito.

Matho, inmóvil, tenía al alcance de su brazo la galera de plata; pero el mosquitero se incendió, desapareció instantáneamente y Salambó se despertó.

El fuego se había apagado por sí solo. Ella no hablaba. La lámpara hacía oscilar sobre los artesonados grandes aguas luminosas.

— ¿Qué es esto? — dijo Salambó.

Matho respondió:

— ¡Es el velo de la diosa!

— ¿El velo de la diosa? — exclamó ella, y, apoyada en los puños, temblorosa, se inclinó hacia afuera.

Él añadió:

— ¡He ido a buscarlo para ti a las profundidades del santuario! ¡Míralo!

El zaimf centelleaba cubierto de rayos.

— ¿Te acuerdas? — decía Matho. — ¡Por la noche te aparecías en mis sueños; pero yo no adivinaba la muda orden de tus ojos!

Ella avanzó un pie sobre el escabel de ébano.

— Si hubiese comprendido — continuó él — habría volado; habría abandonado el ejército, no habría salido de Cartago. Para obedecerte, descendería por la caverna de Hadrumeta al reino de las sombras... ¡Perdona! Eran como montañas que gravitaban sobre mis días; y no obstante, algo me arrastraba. Traté de venir hasta ti. ¡Sin los dioses, jamás lo habría osado! ¡Partamos! ¡Es preciso seguirme!

¡Pero, si no quieres, me quedaré yo también! ¿Qué importa? ¡Ahoga mi alma en el soplo de tu aliento! ¡Que se rompan mis labios besando tus manos!

— ¡Déjame verlo!—decía ella.—¡Más cerca!... ¡Más cerca!

Apuntaba el alba y un color vinoso teñía las hojas de talco de los muros. Salambó, desfalleciendo, se apoyaba en los almohadones del lecho.

— ¡Yo te amo! — suspiraba Matho.

— ¡Dámelo! — dijo ella, balbuciente; y se acercó a él.

Avanzó aún más, vestida con su túnica blanca que arrastraba, con sus grandes ojos clavados en el velo. Matho la contemplaba, deslumbrado por los esplendores de su cabeza y, tendiendo hacia ella el zaimf, iba a envolverla en un abrazo. Ella separó los brazos. De pronto se detuvo y entrambos permanecieron mirándose, absortos.

Sin comprender lo que él solicitaba, sobrecogíala un profundo horror. Sus delgadas cejas se arquearon, sus labios se abrieron. Temblaba. Por fin, golpeó en una de las patenas de azófar que pendían de los cogujones del rojo colchón, y gritó:

— ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Atrás, sacrílego! ¡Infame! ¡Maldito! ¡A mí, Taanach, Krum, Ewa, Micipsa, Schaul!

Y la cara de Espendio, asustada, apareciendo en la muralla entre los jarros de barro, lanzó estas palabras:

— ¡Huye, que vienen!

Un gran tumulto se levantó por las escaleras y un torrente de gentes, mujeres, criados, esclavos, se lanzó a la cámara, con picos, mazas, cuchillos y puñales. Todos quedaron como paralizados de indignación al ver allí un hombre. Las criadas prorrumpieron en guayas fúnebres y los eunucos palidecían bajo su negra piel.

Matho permanecía tras los balaústres. Con el zaimf que lo envolvía, parecía un dios sideral rodeado por todo el firmamento. Los esclavos iban a lanzarse sobre él. Ella los contuvo.

— ¡No lo toquéis!... ¡Es el manto de la diosa!

Habíase retirado hacia un ángulo; pero dió un paso hacia él y, alargando su brazo desnudo, clamó:

— ¡Maldición sobre ti, que has despojado a Tanit! ¡Odio, venganza, muerte y dolor! ¡Que Gurzil, dios de las batallas, te desgarre! ¡Que Matisman, dios de los muertos, te estrangule, y que el Otro—el que no hay que nombrar—te abrase!

Matho lanzó un grito como bajo la herida de una espada. Ella repitió varias veces:

— ¡Vete!... ¡Vete!

La multitud de los servidores se apartó y Matho, bajando la cabeza, pasó lentamente por en medio de ellos. Pero en la puerta se detuvo, pues la orla del zaimf se había enganchado en una de las estrellas de oro que decoraban las losas. Tiró bruscamente, adelantando el hombro, y bajó las escaleras.

Espendio, saltando de terraza en terraza, sobre los vallados, sobre los cauces, huyó por los jardines. Llegó al pie del faro. El muro, en aquel lugar, estaba abandonado por ser la escarpadura inaccesible. Llegó al borde, se tumbó de espaldas y, con los pies hacia adelante se dejó resbalar hasta abajo. Luego, a nado, llegó al cabo de las tumbas, dió un gran rodeo por la laguna salada y por la noche regresó al campo de los bárbaros.

El sol había salido ya y Matho, como un león que se aleja, descendía por los caminos, lanzando en torno miradas terribles.

Un indeciso rumor llegaba a sus oídos. Partía del palacio y recomenzaba a lo lejos, por el lado de la Acrópolis. Unos decían que había sido robado el tesoro de la República en el templo de Moloch; otros hablaban de un sacerdote asesinado. Imaginábase, por otra parte, que los bárbaros habían entrado en la ciudad.

Matho, que no sabía cómo salir de los recintos, avanzaba en derechura. Cuando fué descubierto se alzó inmenso clamor. Todos comprendieron. Primero, consternación; después, cólera.

Del fondo de los Mappales, de las alturas de la Acrópolis, de las catacumbas, de las orillas del lago, acudió la multitud. Salían los patricios de sus palacios, los comerciantes de sus tiendas; las mujeres abandonaban a sus hijos; asían-

se espadas, hachas, palos; pero el obstáculo que había contenido a Salambó, los detuvo. ¿Cómo recobrar el velo? Su sola vista era ya un crimen; era de la naturaleza de los dioses y su contacto hacía morir.

En el peristilo de los templos, los sacerdotes, desesperados, se retorcían los brazos. Los guardias de la legión galopaban al azar. Subíase, en las casas, a las terrazas; sobre los hombros de los colosos y a los mástiles de los navíos. No obstante, él iba avanzando, y a cada uno de sus pasos aumentaba la rabia; pero aumentaba también el terror. Las calles se vaciaban a su proximidad y el torrente de hombres que huían se derramaba a uno y a otro lado hasta lo alto de las murallas. No se veía por todas partes más que grandes ojos abiertos como para devorarlo, dientes que crujían, puños que amenazaban; y las imprecaciones de Salambó resonaban y se multiplicaban.

De pronto silbó una larga flecha, después otra, y las piedras zumbaban por el espacio. Pero los golpes, mal dirigidos (pues se tenía miedo de dar al zaimf), pasaban sobre su cabeza. Además, haciendo del velo un escudo, extendíalo a derecha e izquierda, delante de él, detrás, y ellos no veían modo de atacarlo. Avanzaba por las calles abiertas, cada vez más de prisa. Todas estaban obstruídas con cuerdas, con carros, con picos. A cada revuelta tenía que retroceder. Al fin entró en la plaza de Khamon, donde habían perecido los baleares. Matho se detuvo, palideciendo como alguien que va a morir. Ahora estaba completamente perdido. La multitud aplaudía.

Corrió hasta la gran puerta cerrada. Era ésta altísima, de corazón de roble con clavos de hierro y chapeada de latón. Matho se arrojó contra ella. El pueblo piafaba de alegría, viendo la impotencia de su furor. Entonces él tomó su sandalia, escupió en la suela y azotó con ella los inmóviles batientes. La ciudad entera aulló. Olvidábanse ya del velo, e iban a aplastarlo. Matho paseó sobre la multitud las vagas miradas de sus grandes ojos. Sus sienes latían hasta aturdirlo; sentíase invadido por el aturdimiento de las gentes embriagadas. De pronto divisó la larga cadena de que se

tiraba para maniobrar la báscula de la puerta. De un salto se aferró a ella, rígidos los brazos, arqueados los pies, y, al fin, los enormes batientes se entreabrieron.

Cuando estuvo afuera, retiró de su cuello el gran zaimf y lo elevó sobre su cabeza, lo más alto que le fué posible. La tela, sostenida por el viento del mar, resplandecía al sol con sus colores, sus pedrerías y las imágenes de los dioses. Matho, llevándolo así, cruzó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, desde las murallas, miraba alejarse la fortuna de Cartago.

VI

Hannón

¡Yo he debido raptarla! — decía Matho a Espendio, por la noche. — ¡Era preciso cogerla, arrancarla de su casa! ¡Nadie habría osado nada contra mí!

Espendio no lo escuchaba. Tumbado de espaldas, reposaba con deleite, junto a una gran jarra de hidromiel, en la que, de vez en cuando, metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho repitió:

— ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo volver a entrar en Cartago?

— ¡No lo sé!... — le respondió Espendio.

Esta impasibilidad lo exasperaba, y exclamó:

— ¡La culpa es tuya! ¡Tú me arrastras y después me abandonas, so poltrón! ¿Por qué te obedeceré yo? ¿Te crees ser mi amo? ¡Ah, engañador, esclavo, hijo de esclavo!

Crujía los dientes y alzaba sobre Espendio su enorme mano. El griego no respondía. Una candileja de barro ardía suavemente contra el mástil de la tienda en que centelleaba el zaimf, colgado de la panoplia.

De pronto, Matho se calzó los coturnos, se ciñó su coraza de placas de latón y tomó su casco.

— ¿A dónde vas? — le preguntó Espendio.

— ¡Me vuelvo allá! ¡Déjame! ¡La traeré conmigo! ¡Y si se presentan, los aplastaré como víboras! ¡La mataré, Espendio! ¡Sí; la mataré! ¡Ya verás cómo la mataré!

Pero Espendio, que aguzaba el oído, arrebató rápidamente el zaimf y lo lanzó a un rincón, acumulando sobre él numerosas pieles. Oyóse un murmullo de voces; lucieron antorchas y Narr'Havas entró, seguido de una veintena de hombres.

Llevaban capas de lana blanca, largos puñales, collares de cuero, pendientes de madera en las orejas y abarcas de piel de hiena. Y, clavados en el umbral, apoyábanse en sus lanzas, como pastores que reposan. Narr'Havas era el más hermoso de todos. Correíllas guarnecidas de perlas ceñían sus delgados brazos; el aro de oro que, en torno a su frente, sostenía su amplia vestidura, sujetaba una pluma de avestruz que le caía por el hombro. Una continua sonrisa descubría sus dientes; sus ojos parecían afilados, como flechas, y en toda su persona había algo de llamativo y de ligero.

Dijo que venía a unirse a los mercenarios, pues la República amenazaba a su reino, tiempo había ya. Así, pues, él tenía interés en ayudar a los bárbaros y podía también serles útil.

— Yo os proporcionaré elefantes (mis selvas están llenas de ellos), vino, aceite, cebada, dátiles, pez y azufre para los asedios, veinte mil infantes y diez mil caballos. Si me dirijo a ti, Matho, es porque la posesión del zaimf te ha convertido en el primero del ejército. — Y añadió: — Además, tú y yo somos antiguos amigos.

Mientras tanto, Matho miraba a Espendio, que escuchaba sentado sobre pieles de carnero, haciendo con la cabeza leves signos de asentimiento. Narr'Havas hablaba; ponía a los dioses por testigos y maldecía a Cartago. En sus imprecaciones rompió una javalina. Todos sus hombres, a la vez, lanzaron un gran alarido; y Matho, arrebatado por aquella cólera, exclamó que aceptaba la alianza.

Entonces trajeron un toro blanco y una oveja negra, símbolos respectivos del día y de la noche, y se los degolló

al borde de una fosa. Cuando ésta estuvo llena de sangre, entrambos hundieron sus brazos en ella. Luego Narr'Havas puso su mano sobre el pecho de Matho y Matho la suya sobre el pecho de Narr'Havas. Y, luego, repitieron la impresión en la tela de sus tiendas. Después pasaron la noche comiendo y se quemó el resto de las carnes con las pieles, los huesos, los cuernos y los cascos.

Una inmensa aclamación había saludado a Matho cuando regresó trayendo el velo de la diosa. Los mismos que no eran de religión cananea, sintieron en su vago entusiasmo que se presentaba un Genio. En cuanto a pensar en apoderarse del zaimf, nadie pensó en ello. La manera misteriosa con que había sido adquirido, bastaba, en el espíritu de los bárbaros, para legitimar la posesión de él. Así pensaban los soldados de raza africana. Los otros, cuyo odio no era tan antiguo, no sabían qué decidir. Si hubiesen tenido barcos se habrían marchado en seguida.

Espendio, Narr'Havas y Matho despacharían emisarios a todas las tribus del territorio púnico.

Cartago extenuaba a aquellos pueblos; imponíales impuestos exorbitantes; y los grillos, el hacha o la cruz castigaban a los reacios y aun a los murmuradores. Era preciso cultivar lo que convenía a la República; proporcionarle lo que necesitaba; nadie tenía derecho a poseer un arma. Cuando las ciudades se sublevaban, eran vendidos sus habitantes. Los gobernadores eran apreciados como prensas, según la cantidad que sabían extraer. Luego, más allá de las regiones directamente sometidas a Cartago, comenzaban los aliados, que no pagaban más que un mediano tributo; y, tras los aliados, vagabundeaban los nómadas, que podían ser lanzados sobre ellos. Por este sistema, la recolección era siempre abundante; las yeguadas, sabiamente llevadas; las plantaciones, soberbias. El viejo Catón, un maestro en lo tocante a labores y a esclavos, noventa y dos años más tarde, quedó absorto ante ello, y el grito de muerte que repetía en Roma, no era más que la exclamación de celosa avaricia.

Durante la última guerra, las exacciones se habían re-

doblado, por más que casi todas las ciudades de Libia se habían entregado a Régulo. Para castigarlas se les había exigido mil talentos, veinte mil bueyes, trescientos sacos de polvo de oro, considerables adelantos de granos y los jefes de las tribus habían sido crucificados o arrojados a los leones.

¡Túnez, sobre todo, aborrecía a Cartago! Más antigua que la metrópoli, no le perdonaba su grandeza. Manteníase frente a sus muros, acurrucada en el fango, al borde del agua, como una bestia venenosa que la mirase. Las deportaciones, las matanzas y las epidemias no la debilitaban. Ella había sostenido a Arcagates, hijo de Agátocles. Los comedores de cosas inmundas hallaron al punto armas en ella.

Aún no habían partido los emisarios cuando una alegría universal estalló en las provincias. Sin esperar a más se estranguló en los baños a los intendentes de las casas y a los funcionarios de la República. Sacáronse de las cavernas las viejas armas ocultas; con el hierro de los arados se forjaron espadas; los niños, en las puertas, afilaban las javalinas y las mujeres daban sus collares, sus sortijas, sus pendientes, todo cuanto pudiera servir para la destrucción de Cartago. Todos querían contribuir a ello. Los paquetes de lanzas se almacenaban en los pueblos como las gavillas de maíz. Se expedían animales y dinero. Matho pagó pronto a los mercenarios los atrasos de su sueldo, y esta idea de Espendio hizo que lo nombrasen general en jefe, *schalischim* de los bárbaros.

Al mismo tiempo afluían auxilios de hombres. Primero se presentaron gentes de raza autóctona, y luego, los esclavos de los campos. Fueron apresadas caravanas de negros a los que se armó; y mercaderes que acudían a Cartago con la esperanza de más segura ganancia, se mezclaron a los bárbaros. Incesantemente llegaban bandadas numerosas. Desde las alturas de la Acrópolis se contemplaba el ejército que crecía.

En la plataforma del acueducto estaban apostados de centinelas los guardias de la Legión. Y cerca de ellos, de

trecho en trecho, alzábanse cubos de latón en que hervían ríos de asfalto. Abajo, en la llanura, la enorme muchedumbre se agitaba tumultuosamente. Estaban inciertos, experimentando el embarazo que la presencia de las murallas inspira siempre a los bárbaros.

Utica e Hippo-Zaryte rehusaron su alianza. Colonias fenicias como Cartago, se gobernaban a sí mismas y, en los tratados que concertaba la República, hacían incluir cláusulas que las distinguiesen. No obstante, respetaban a aquella hermana más fuerte, que las protegía, y no creían que una horda de bárbaros fuese capaz de vencerla. Por lo contrario, ellos serían exterminados. Pero ellas deseaban permanecer neutrales y vivir tranquilas. No obstante, su posición las hacía indispensables. Utica, en el fondo de un golfo, era apta para llevar a Cartago socorros del exterior. Si Utica fuese tomada, Hippo-Zaryte, a seis horas más lejos de la costa, la reemplazaría; y la metrópoli, abastecida así, resultaría inexpugnable.

Espendio quería que se pusiese el cerco inmediatamente. Narr'Havas se opuso a ello. Primero era preciso operar en la frontera. Esta era la opinión de los veteranos; la de Matho mismo, y se acordó que Espendio iría a atacar a Utica, y Matho a Hippo-Zaryte. El tercer cuerpo de ejército, apoyándose en Túnez, ocuparía la llanura de Cartago. Autharite se encargaría de ello. En cuanto a Narr'Havas, debía regresar a su reino para tomar elefantes y ocupar los caminos con su caballería.

Las mujeres prorrumpieron en gritos ante esta decisión. Ellas ambicionaban las alhajas de las damas púnicas. Los libios reclamaron también. Se les había llamado contra Cartago ¡y se alejaban de él! Los soldados partieron casi solos. Matho mandaba a sus compañeros, con los ibéricos, los lusitanos, los hombres de Occidente y de las islas, y todos los que hablaban griego habían reclamado a Espendio, a causa de su espíritu.

Grande fué la estupefacción cuando se vió, de pronto, moverse a todo el ejército. Luego, éste se alineó por la montaña de la Ariana, por el camino de Utica, al lado del mar.

Parte de él permaneció ante Túnez; el resto desapareció, y reapareció al otro lado del golfo, a la orilla de los bosques, donde se internó.

Eran muy bien ochenta mil hombres. Las dos ciudades tirias no resistirían, y todos volverían sobre Cartago. Ya un ejército considerable lo amenazaba, ocupando el istmo por su base, y muy pronto perecería hambrienta, pues no podía vivir sin el auxilio de las provincias y sin pagar, como en Roma, contribución los ciudadanos. El genio político faltaba en Cartago. Su eterno cuidado de la ganancia le impedía tener la prudencia que dan las ambiciones más altas. Galera anclada en la arena líbica, manteníase allí a fuerza de trabajo. Las naciones, como las olas, rugían en torno a ella y la menor tempestad quebrantaría aquella formidable máquina.

El tesoro se hallaba esquilmado por la guerra romana, por tanto como se había derrochado y perdido, mientras se comerciaba con los bárbaros. No obstante, se necesitaban soldados y ningún gobierno se fiaba de la República. Ptolomeo no había mucho que le había rehusado dos mil talentos. Por otra parte, el rapto del velo los descorazonaba. Espendio lo había prevenido exactamente.

Pero aquel pueblo que se sentía odiado, apretaba contra su corazón su oro y sus dioses. Y su patriotismo estaba sostenido por la constitución misma de su gobierno.

En primer lugar, el poder dependía de todos, sin que ninguno fuese bastante fuerte para apropiárselo. Las deudas particulares eran consideradas como deudas públicas; los hombres de raza cananea tenían el monopolio del comercio; multiplicando los beneficios de la piratería por los de la usura, explotando rudamente las tierras, los esclavos y los pobres, alguna vez se llegaba a la riqueza. Ella sola abría las puertas de todas las magistraturas; y, por más que el poder y el dinero se perpetuasen en las mismas familias, se toleraba la oligarquía porque se tenía la esperanza de llegar a ella.

Las sociedades de comerciantes en que se elaboraban las leyes, elegían los inspectores de la hacienda, quienes,

al cesar en su cargo, nombraban los cien miembros del Consejo de Ancianos, dependiendo ellos mismos de la Gran Asamblea, reunión general de todos los ricos. En cuanto a los dos sufetas, restos de reyes, menores que cónsules, eran elegidos el mismo día en dos familias distintas. Se despertaba entre ellos toda clase de odios para dividirlos, para debilitarlos recíprocamente. No podían deliberar acerca de la guerra, y, cuando resultaban vencidos, el Gran Consejo los crucificaba.

La fuerza, pues, de Cartago, emanaba de los sisitas, es decir, de un gran patio en el centro de Malqua, en el lugar, según se decía, en que había atracado la primera barca de marineros fenicios. El mar, desde entonces, se había retirado mucho. Era un conjunto de camaritas de arquitectura arcaica, construídas con troncos de palmeras, con esquinas de piedra y separadas unas de otras para recibir aisladamente las diversas compañías. Los ricos se agrupaban allí todo el día para discutir sus intereses y los del gobierno, desde la busca de la pimienta hasta el exterminio de Roma. Tres veces por luna hacían subir sus lechos a la alta terraza que rodeaba el muro del patio; y, desde abajo, se los vería sentados a la mesa a pleno aire, sin coturnos y sin capas, con los diamantes de sus dedos paseándose sobre la comida y sus anchos pendientes inclinándose sobre los jarros — todos fuertes y gordos, semidesnudos, felices, riendo y comiendo en pleno azul, como los grandes tiburones que se revuelven en el mar.

Pero ahora no podían disimular sus inquietudes; todos estaban densamente pálidos. La multitud que los esperaba en las puertas los escoltaba hasta sus palacios para obtener alguna noticia. Como en los tiempos de peste, todas las casas estaban cerradas; las calles se llenaban y se vaciaban súbitamente. Se subía a la Acrópolis, se corría hacia el puerto; todas las noches el Gran Consejo deliberaba. Al fin fué convocado el pueblo en la plaza de Khamon y se decidió acudir a Hannón, el vencedor de Hecatómpolis.

Era un hombre devoto, astuto, despiadado con las gentes de Africa, un verdadero cartaginés. Sus rentas igualaban

a las de Barca. Nadie tenía tanta experiencia como él en las cosas de la administración.

Él decretó el alistamiento de todos los ciudadanos válidos, colocó catapultas en las torres, exigió exorbitantes provisiones de armas y hasta ordenó la construcción de catorce galeras que se necesitaban, y ordenó que todo ello fuese registrado y cuidadosamente escrito. Hacíase transportar al arsenal, al faro, al tesoro de los templos. Por todas partes se veía su gran litera que, balanceándose de escalón en escalón, subía las escaleras de la Acrópolis. En su palacio, durante la noche, como no podía dormir, para prepararse para la batalla aullaba con voz terrible maniobras de guerra.

Todo el mundo, por exceso de terror, se tornaba valiente. Los ricos, desde el canto del gallo, se alineaban a lo largo de los Mappales; y arregazándose sus vestidos se ejercitaban en el manejo de la pica. Pero, faltos de instructor, reñían, sentábanse sofocados sobre las tumbas y luego comenzaban otra vez. Algunos de ellos hasta se impusieron un régimen. Unos pensaban que era preciso comer mucho para adquirir fuerzas y se atiborraban; otros, disgustados con su corpulencia, se extenuaban con ayunos para adelgazar.

Utica había reclamado ya varias veces el socorro de Cartago. Pero Hannón no quería partir mientras faltase el último tornillo a las máquinas de guerra. Aún perdió tres lunas equipando los ciento doce elefantes que se aposentaban en las murallas. Eran los vencedores de Régulo; el pueblo los acariciaba y no se daba tregua en tratar bien a aquellos viejos amigos. Hannón hizo refundir las placas de azófar que guarnecían sus petrales, dorar sus colmillos, ensanchar sus torres y cortar con la púrpura más bella los caparazones orlados con franjas pesadísimas. En fin, llamando a sus conductores de las Indias (según los primeros, venidos de las Indias, sin duda alguna), ordenó que todos fuesen vestidos al estilo índico, es decir, con un turbante blanco en torno a las sienes y un calzón de rico biso que, con sus pliegues transversales, formaba como las dos valvas de una concha aplicada a las caderas.

El ejército de Autharite permanecía delante de Túnez. Ocultábase detrás de un muro construído con el barro del lago y protegido en lo alto con malezas espinosas. Los negros habían plantado acá y allá, en grandes pértigas, figuras espantosas, máscaras humanas compuestas con plumas de pájaros y cabezas de chacal, o de serpientes que abrían la boca hacia el enemigo para espantarlo, y, por este medio, se creían invencibles los bárbaros, convencidos de que Cartago no tardaría en perecer. Otro que no fuese Hannón habría aplastado fácilmente a aquella multitud que rebaños y mujeres entorpecían. Por otra parte, ellos no comprendían ninguna maniobra y Autharite, descorazonado, no exigía ya nada.

Cuando él pasaba sobre ellos las miradas de sus grandes ojos azules, todos se apartaban. Luego, llegándose a la orilla del lago, se despojaba de su sayo de piel de foca, desataba la cuerda que sujetaba sus largos cabellos rojos, y los sumergía en el agua. Se arrepentía de no haber desertado hacia los romanos, con los dos mil galos del temple de Eryx.

A menudo, en medio del día, el sol apagaba de pronto sus rayos. Entonces el golfo y todo el mar parecían inmóviles, como de plomo derretido. Una nube de polvo obscuro, levantada perpendicularmente, avanzaba en torbellino; las palmeras se inclinaban, el cielo desaparecía; sentíase rebotar las piedras en las grupas de los animales. Y los galos, con los labios pegados a los agujeros de sus tiendas, estertoraban de extenuación y de melancolía. Pensaban en el olor de los pastos durante las mañanas de otoño; en los copos de nieve; en el bramido de los uros perdidos entre la niebla, y, cerrando los ojos, creían advertir las luces de las largas cabañas cubiertas de paja, temblando sobre las marismas en el fondo de los bosques.

Otros añoraban la patria, aun no estando ésta tan lejana. En efecto, los cartagineses cautivos podían distinguir al otro lado del golfo, en las crestas de Byrsa, los velarios de sus casas extendidos en los patios. Pero, en torno a ellos, paseaban centinelas perpetuamente. Estaban todos atados a una cadena común. Cada uno de ellos llevaba una

argolla de hierro y la multitud no se cansaba de ir a verlos. Las mujeres enseñaban a los pequeñuelos sus bellos vestidos que colgaban en jirones sobre sus miembros enflaquecidos.

Cada vez que Autharite pensaba en Giscon, acometíale sordo furor, recordando su injuria. Sin el juramento que había hecho a Narr'Havas, lo habría matado. Entonces entraba en su tienda y bebía una pócima compuesta de cebada y comino, hasta desvanecerse de embriaguez. Luego se despertaba en pleno día, devorado por una sed horrible.

Matho, mientras tanto, sitiaba a Hippo-Zaryte. Pero la ciudad estaba protegida por un lago que comunicaba con el mar. Tenía tres recintos y sobre las alturas que la dominaban se extendía un muro fortificado con torres. Jamás había acometido empresas semejantes. Además, el pensamiento de Salambó lo obsesionaba, y soñaba con los placeres de su belleza como con las delicias de una venganza que lo transportaba de orgullo. Era un insaciable deseo de volver a verla, acre, furioso, permanente. Hasta pensaba en ofrecerse como parlamentario, esperando que, una vez en Cartago, podría llegar hasta ella. A menudo hacía dar el toque de asalto y sin esperar nada se lanzaba sobre el muelle que trataban de echar sobre el mar. Arrancaba las piedras con las manos, revolvía, golpeaba, hundía su espada por todas partes. Los bárbaros se precipitaban en desorden; rompíanse las escalas con gran estrépito y masas de hombres caían al agua y saltaba en rojas olas contra los muros. Al fin se apaciguaba el tumulto y los soldados se alejaban para volver a empezar.

Matho iba a sentarse fuera de las tiendas. Secaba con su brazo su rostro salpicado de sangre y, de cara a Cartago, contemplaba el horizonte.

Frente a él, entre los olivos, las palmeras, los mirtos y los plátanos, se extendían dos anchos estanques que se juntaban con otro lago cuyos contornos no se divisaban. Tras una montaña surgían otras montañas, y, en medio del lago inmenso, se alzaba una isla negra, de forma piramidal. A la izquierda, en la extremidad del golfo, montañas de arena parecían grandes olas rubias detenidas, mien-

tras el mar, plano como un enlosado de lapislázuli, ascendía insensiblemente hasta el borde del cielo. La verdura del campo desaparecía a trechos, bajo anchas manchas amarillas. Brillaban las algarrobas como botones de coral; pendían los pámpanos de lo alto de los sicómoros; oíase el murmullo del agua; saltaban las alondras y las últimas luces del sol doraban las conchas de las tortugas que salían de entre los juncos para aspirar la brisa.

Matho lanzaba grandes suspiros; tumbábase boca abajo, hincaba sus uñas en la tierra y lloraba. Sentíase miserable, cautivo, abandonado. Jamás la poseería, y ni siquiera podría apoderarse de una ciudad.

Por la noche, solo en su tienda, contemplaba el zaïmf. ¿De qué le servía aquella cosa de los dioses? Y la mente del bárbaro se llenaba de dudas. Luego, le parecía, por lo contrario, que el vestido de la diosa dependía de Salambó y que una parte de su alma flotaba en él, más sutil que un aliento, y lo palpaba, lo aspiraba, hundía en él el rostro y lo besaba sollozando. Después se cubría con él los hombros para forjarse la ilusión de estar junto a ella.

Algunas veces se escapaba de pronto, a la luz de las estrellas, pisoteando a los soldados que dormían envueltos en sus capas; luego, en las puertas del campo, se lanzaba sobre un caballo y dos horas después se hallaba en Utica, en la tienda de Espendio.

Primero hablaba del asedio; pero no había ido más que para consolar su dolor hablando de Salambó. Espendio lo exhortaba para que fuese prudente.

—¡Rechaza de tu alma esas miserias que la degradan! Antes, tú, obedecías; ahora mandas un ejército, y si Cartago no es conquistada, al menos, se nos concederán provincias y seremos reyes.

Pero, ¿cómo la posesión del zaimf no les otorgaba la victoria? Según Espendio, era preciso esperar.

Matho se imaginaba que el velo concernía exclusivamente a los hombres de raza cananea, y, con su sutileza de bárbaro, pensaba: «El zaimf no hará nada por mí; pero, ya que lo han perdido, tampoco hará nada por ellos».

Después lo asaltaba un escrúpulo. Tenía miedo, adorando a Aptuknos, el dios de los libios, de ofender a Moloch, y preguntó tímidamente a Espendio a cuál de los dos sería bueno sacrificar un hombre.

— ¡Siempre sacrificios! — dijo, riendo, Espendio.

Matho, que no comprendía aquella indiferencia, suponía que el griego tenía un genio del cual no quería hablar.

Todos los cultos, como todas las razas, se reunían en los ejércitos de los bárbaros y se respetaba a los dioses de los otros, porque asustaban también. Varios mezclaban a su religión natal prácticas extranjeras. No dejaba de adorarse las estrellas y siendo favorable o adversa tal o cual constelación, se le ofrecían sacrificios. Un amuleto desconocido, encontrado por casualidad en un peligro, se convertía en una divinidad; o bien era un nombre, nada más que un nombre, el que se repetía, sin tratar siquiera de comprender lo que quería decir. Pero, a fuerza de haber robado templos, de ver diversidad de naciones y de degollinas, muchos acababan por no creer ya más que en el destino y en la muerte; y, al llegar la noche, se dormían con la placidez de bestias feroces. Espendio habría escupido sobre las imágenes de Júpiter Olímpico, y, no obstante, temía hablar alto en las tinieblas y no dejaba ningún día de calzarse primero el pie derecho.

Frente a Utica, se elevaba una larga terraza cuadrangular. Pero, a medida que ésta ascendía, la fortificación crecía también. Lo que unos derrumbaban, era inmediatamente reedificado por los otros. Espendio cuidaba de sus hombres, concebía planes; trataba de acordarse de alguna de las estratagemas que había oído referir en sus viajes. ¿Por qué no regresaba Narr'Havas? Estaba lleno de inquietud.

Hanón había terminado sus preparativos. Durante una noche sin luna, hizo que sus elefantes y sus soldados atravesasen sobre balsas el golfo de Cartago. Luego rodearon la montaña de las Aguas Calientes para evitar el encuentro con Autharite — y continuaron con tanta lentitud que, en lugar de sorprender a los bárbaros durante una mañana,

como había calculado el sufeta, no llegaron hasta pleno día del tercero de jornada.

Utica tenía, por la parte de oriente, una llanura que se extendía hasta la gran laguna de Cartago; detrás de ella desembocaba en ángulo recto un valle comprendido entre dos bajas montañas que se cortaban de pronto. Los bárbaros estaban acampados más lejos, a la izquierda, de modo de bloquear el puerto, y dormían en sus tiendas (pues aquel día los dos partidos, demasiado cansados para combatir, reposaban) cuando, al revolver de las colinas, apareció el ejército cartaginés.

Unos cuantos granujas provistos de hondas iban espaciados por las alas. Los guardias de la Legión, con sus armaduras de escamas de oro, formaban la primera línea, con sus grandes caballos sin crines, sin pelo, sin orejas y con un cuerno en medio de la frente para darles parecido con los rinocerontes. Entre sus escuadrones, jóvenes cubiertos con un pequeño casco, blandían en cada mano una jabalina de fresno; las largas picas de la infantería pesada avanzaban tras ellos. Todos aquellos mercaderes habían acumulado sobre su cuerpo la mayor cantidad de armas posible. Había algunos que llevaban a la vez una lanza, un hacha, una maza, dos espadas; otros, como puercoespines, iban erizados de dardos y sus brazos se separaban de sus corazas de placas de cuerno o de chapas de hierro. Al fin aparecieron los andamiajes de las altas máquinas; carrobalistas, onagros, catapultas y escorpiones, oscilando sobre carros tirados por mulos y por cuadrigas de bueyes; y, a medida que el ejército se desenvolvía, los capitanes, jadeando, corrían de derecha a izquierda para comunicar órdenes, hacer juntar las filas y conservar los intervalos. Los ancianos que mandaban se habían provisto de cascos de púrpura cuyas franjas magníficas se enredaban con las correas de sus coturnos. Sus rostros, embadurnados de bermellón, relucían bajo sus cascos enormes rematados por dioses, y, como tenían escudos con orla de marfil cubierta de pedrería, parecían soles que pasaban sobre muros de azófar.

Los cartagineses maniobraban tan pesadamente, que,

por burla, los invitaban a sentarse. Decíanles a gritos que se fuesen al punto a aligerar sus enormes vientres, a sacudir los dorados de su piel y a hacerles beber hierro.

En lo alto del mástil clavado ante la tienda de Espendio apareció un jirón de tela verde. Era la señal. El ejército cartaginés respondió a ella con un gran estrépito de trompetas, de címbalos, de flautas de hueso de asno y de tímpanos. Los bárbaros habían saltado ya fuera de las empalizadas. Se estaba a tiro de dardo: frente a frente.

Un hondero balear avanzó un paso, colocó en su honda una de sus balas de barro, giró el brazo; estalló un escudo de marfil y los dos ejércitos se mezclaron.

Con la punta de las lanzas, los griegos, pinchando a los caballos en el morro, los hicieron derribar a sus jinetes. Los esclavos que debían lanzar piedras las habían elegido demasiado gruesas y volvían a caer junto a ellos. Los infantes púnicos, golpeando de corte con sus largas espadas, se descubrían el flanco derecho. Los bárbaros destruyeron sus líneas y los degollaron a su antojo, pisoteando moribundos y cadáveres, ciegos por la sangre que les saltaba al rostro. Aquel montón de picas, de cascos, de corazas, de espadas y de miembros confundidos, giraba sobre sí mismo, ensanchándose y encogiéndose con elásticas contracciones. Las cohortes cartaginesas se aclaraban más y más; sus máquinas no podían salir de las arenas y, en fin, la litera del sufeta — su gran litera de colgantes de cristal, — que se veía desde el principio, balanceándose entre los soldados como una barca sobre las olas, de pronto naufragó. ¿Estaba muerto el sufeta? Los bárbaros se hallaron solos.

Llovía el polvo en torno a ellos y comenzaban a cantar cuando Hannón mismo apareció en lo alto de un elefante. Estaba destocado, bajo un quitasol de biso que, tras él, sostenía un negro. Su collar de chapas azules golpeaba sobre las flores de su túnica negra; ajorcas de diamantes ceñían sus brazos enormes y, con la boca abierta, blandía una pica desmesurada, abierta por la punta como un loto y más brillante que un espejo. La tierra tembló en aquel momento y los bárbaros vieron avanzar en una sola línea todos los

elefantes de Cartago, con sus colmillos dorados, sus orejas pintadas de azul, forrados de bronce y haciendo saltar por encima de sus gualdrapas de escarlata torres de cuero, en cada una de las cuales iban, arco armado, tres arqueros.

Apenas si tenían sus armas los soldados. Se alinearon al azar; los heló el terror y permanecieron indecisos.

Ya desde lo alto de las torres se les lanzaba jabalinas, flechas, faláricas, masas de plomo; algunos, para encaramarse, se agarraban a las franjas de las gualdrapas. Con cuchillos se les cortaba las manos y caían de espaldas, sobre las espadas tendidas. Las picas demasiado débiles se rompían; los elefantes pasaban por las falanjes como los jabalíes por entre los macizos de hierbas, arrancando los jalones del campo con sus trompas, atravesándolo de un lado a otro, tumbando las tiendas bajo sus petrales. Todos los bárbaros habían huído. Ocultábanse en las colinas que rodeaban el valle por donde habían llegado los cartagineses.

Hannón, vencedor, se presentó ante las puertas de Utica. Hizo tocar la trompeta. Los tres jueces de la ciudad se presentaron en lo sumo de una torre, en el vano de las almenas.

Las gentes de Utica no querían recibir en su casa huéspedes tan bien armados. Hannón se ofendió. Al fin consintieron en recibirlo con una reducida escolta.

Las calles eran demasiado estrechas para los elefantes y hubo de dejárselos afuera.

En cuanto el sufeta estuvo en la ciudad, llegaron a saludarlo los principales de ella. Él se hizo llevar a los baños y llamó a sus cocineros.

Tres horas después estaba aún sumergido en aceite de cinamomo, del que se había llenado el baño, y, mientras se bañaba, comía sobre una extendida piel de buey lenguas de fenicópteros y grana de ababol con miel. Cerca de él estaba su médico, quien, inmóvil con un largo vestido amarillo, hacía de vez en cuando recalentar la estufa, y dos jóvenes, inclinados sobre los peldaños del baño, le frotaban las piernas. Pero los cuidados de su cuerpo no men-

guaban su amor por la cosa pública. Dictaba una carta al Gran Consejo, y, como acababa de hacer prisioneros, barruntaba qué terrible castigo habría de darles.

— ¡Espera! — dijo a un esclavo que, de pie, escribía en la palma de su mano. — ¡Que me los traigan! ¡Quiero verlos!

Y del fondo de la sala, llena de un vapor blancuzco en que las antorchas arrojaban manchas rojas, subieron tres bárbaros: un samnita, un espartano y un capadocio.

— ¡Continúa! — dijo Hannón.

— ¡Regocijaos, luz de los Baales! ¡Vuestro sufeta ha exterminado los perros voraces! ¡Bendiciones sobre la República! ¡Ordenad plegarias!

En esto, divisó a los cautivos y rompiendo a reír, añadió: — ¡Ah, ah, mis bravos de Sicca! ¡Hoy no chilláis tan fuerte! ¡Soy yo! ¿Me conocéis? ¿Dónde están vuestras espadas? ¡Sois verdaderamente hombres terribles! — Y fingía querer ocultarse, como si tuviese miedo. — ¡Pedíais caballos, mujeres, tierras, magistraturas, sin duda, y sacerdocios! ¿Por qué no? ¡Pues bien; yo os daré tierras de las que no saldréis jamás! ¡Se os casará con horcas completamente nuevas! ¿Vuestro sueldo? ¡Se os fundirá en la boca, en lingotes de plomo! ¡Y os colocaré en buenos sitios, altísimos, en medio de las nubes, para que estéis más cerca de las águilas!

Los tres bárbaros, peludos y cubiertos de harapos, lo miraban sin comprender lo que decía. Heridos en las rodillas, se los había sujetado poniéndoles cuerdas, y las gruesas cadenas de sus manos arrastraban por el extremo sobre las losas. Hanón se indignó con su impasibilidad.

— ¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Chacales! ¡Potros! ¡Gusanos! ¡Excrementos!... ¡Y no responden! ¡Basta! ¡Callaos! ¡Que se los desuelle vivos! ¡No; ahora mismo!

Resoplaba como un hipopótamo, desorbitando los ojos. El aceite perfumado se desbordaba bajo la masa de su cuerpo y, pegándose a las escamas de su piel, le hacía aparecer rojo a la luz de las antorchas.

Luego, añadió:

— ¡Durante cuatro días hemos sufrido mucho con el sol!

En el paso de Macar, se han perdido varios mulos. A pesar de su posición, el valor extraordinario... ¡Ah, Demónades, cómo sufro! ¡Que recalientèn los ladrillos y que se pongan al rojo!

Oyóse ruido de rastrillos y de hornos. El incienso humeó más fuerte en las anchas cazoletas y los amasadores, completamente desnudos, que sudaban como esponjas, le aplastaron sobre las articulaciones una pasta compuesta con queso, azufre, vino negro, leche de perra, mirra, gálbano y estoraque. Una sed incesante lo devoraba. El hombre vestido de amarillo no cedió a aquel deseo y alargándole una copa en la que humeaba un caldo de víbora, le dijo:

— ¡Bebe! Para que la fuerza de las serpientes nacidas del sol, penetre en la medula de tus huesos y adquieras valor, ¡oh reflejo de los dioses! Tú sabes, además, que un sacerdote de Eschmun observa en torno al Can las estrellas crueles de donde procede tu enfermedad. ¡Ellas palidecen como las máculas de tu piel y tú no debes morir de esto!

— ¡Oh, sí, sí! ¿Verdad? — repitió el sufeta. — ¡Yo no debo morir de esto!

Y de sus labios violáceos se escapaba un aliento más nauseabundo que las exhalaciones de un cadáver. Dos brasas parecían arder en el sitio de sus ojos, que no tenían cejas; un montón de piel rugosa le caía sobre la frente; sus dos orejas, separándose de su cabeza, comenzaban a crecer y las profundas arrugas que formaban semicírculos en torno a sus narices le comunicaban un aspecto extraño y espantoso, como de bestia feroz. Su voz, desnaturalizada, semejaba un rugido.

— ¡Acaso tienes razón, Demónades! — dijo. — ¡En efecto; he aquí muchas úlceras que se han cerrado! ¡Me siento robusto! ¡Mira; mira cómo como!

Y no tanto por glotonería como por ostentación y para demostrarse a sí mismo que se encontraba bien, se embaulaba los rellenos de queso y de orégano, los peces sin espinas, los calabacines, las ostras, con huevos, rábanos silvestres, trufas y espetones de pajarillos. Sin dejar de mirar a los prisioneros se deleitaba imaginándose su suplicio. No

obstante, se acordaba de Sicca y la rabia de todos sus dolores se deshacía en injurias contra aquellos tres hombres.

— ¡Ah, traidores, miserables, infames, malditos! ¡Y vosotros me ultrajasteis, a mí, el sufeta! ¡Sus servicios, el precio de su sangre como ellos decían! ¡Sí, su sangre, su sangre!... — Y, luego, hablando para sí, añadía: — ¡Perecerán todos! ¡No se venderá ni uno solo!... ¡Sería mejor conducirlos a Cartago!... Me verían... Pero, acaso no he traído suficientes cadenas... Escribe: Enviadme... ¿Cuántos son? ¡Que vayan a preguntárselo a Muthumbal! ¡Id! ¡Nada de piedad! ¡Y que me traigan en cestos todas sus manos cortadas!

Pero raros gritos roncos y agudos a la vez llegaron a la sala, dominando la voz de Hannón y el ruido de los platos que colocaban a su alrededor. Redoblaron éstos y de pronto el furioso barritar de los elefantes estalló como si la batalla comenzase de nuevo. Un espantoso tumulto se enseñoreó de la ciudad.

Los cartagineses no se cuidaron de perseguir a los bárbaros. Acamparon al pie de los muros con sus bagajes, sus mozos y toda su impedimenta de sátrapas y se refocilaban en sus hermosas tiendas orladas de perlas, mientras que el campo de los mercenarios no era más que un montón de ruinas en la llanura. Espendio había recobrado su valor. Envió a Zarxas junto a Matho; recorrió los bosques, reunió a sus hombres (las pérdidas no habían sido considerables), y, rabiosos por haber sido vencidos sin combatir, rehicieron sus líneas, y descubriendo una cuba de petróleo, abandonada, sin duda, por los cartagineses, Espendio hizo que le llevasen cerdos de las alquerías, los embadurnó con el betún, les prendió fuego y los empujó hacia Utica.

Los elefantes, asustados por las llamas, huyeron. El terreno ascendía; se les arrojaron jabalinas y retrocedieron, y con sus colmillos y sus patas reventaron a los cartagineses, los asfixiaron, los aplastaron. Tras ellos los bárbaros descendían de la colina; el campamento púnico, sin atrincheramientos, fué destrozado en la primera carga y los cartagineses se vieron aplastados contra las puertas, pues no se las quisieron abrir por miedo a los mercenarios.

Amanecía. Por la parte de occidente llegaban los infantes de Matho. Al mismo tiempo aparecieron jinetes; era Narr'Havas que llegaba con sus númidas. Saltando derrumbaderos y malezas, perseguían a los fugitivos como los lebreles que cazan las liebres. Este cambio de fortuna interrumpió al sufeta. Llamó para que acudieran a ayudarlo a salir de la estufa.

Los tres cautivos estaban aún ante él. Entonces, un negro (el mismo que en la batalla sostenía el quitasol) se inclinó a su oído.

— ¿Qué? — respondió el sufeta lentamente. — ¡Ah! ¡Mátalos! — añadió con brusco acento.

El etíope sacó de su cinto un largo puñal y cayeron las tres cabezas. Una de ellas, rebotando entre los despojos del festín, fué a saltar a la pila y flotó allí un momento, con la boca abierta y los ojos fijos. Los albores de la mañana entraban por las hendeduras del muro; los tres cuerpos, tumbados sobre su pecho, chorreaban a grandes borbotones como tres fuentes, y una capa de sangre corría por los mosaicos enarenados con polvo azul. El sufeta hundió su mano en aquel fango caliente y con él se frotó las rodillas. Era un remedio.

Llegada la noche escapó de la ciudad con su escolta y luego se aventuró por la montaña para reunir su ejército.

Logró dar con los restos de él.

Cuatro días después estaba en Gorza, en lo alto de un desfiladero, cuando las tropas de Espendio se presentaron abajo. Veinte buenas lanzas, atacando el frente de su columna, los habrían detenido fácilmente. Los cartagineses, estupefactos, los miraron pasar. Hannón reconoció en la retaguardia al rey de los númidas. Narr'Havas se inclinó para saludarlo, haciéndole un signo que él no comprendió.

Regresaron a Cartago con toda clase de terrores. Caminaban de noche solamente y durante el día se ocultaban en los olivares. En cada etapa morían algunos; se creyeron perdidos varias veces. Al fin alcanzaron el cabo Hermeum, donde fueron barcos a buscarlos.

Hannón estaba tan fatigado, tan desesperado — la pér-

dida de los elefantes, sobre todo, lo abrumaba,— que, para terminar, pidió un veneno a Demónades. Por otra parte, veíase ya tendido sobre la cruz.

Cartago no tuvo fuerza para indignarse contra él. Se habían perdido cuatrocientos mil novecientos setenta y dos siclos de plata, quince mil seiscientos veintitrés shekeles de oro, diez y ocho elefantes, catorce miembros del Gran Consejo, trescientos ricos, ocho mil ciudadanos, trigo para tres lunas, un bagaje considerable y todas las máquinas de guerra. La defección de Narr'Havas era cierta; los dos sitios comenzaron de nuevo. El ejército de Autharite se extendía entonces desde Túnez hasta Radas. Desde lo alto de la Acrópolis se divisaba en el campo grandes humaredas que subían hasta el cielo. Eran los castillos de los ricos, que ardían.

Sólo un hombre podía haber salvado a la República. Arrepentíase de haberlo desconocido y el mismo partido de la paz votó los holocaustos por el regreso de Amílcar.

La vista del zaimf había trastornado a Salambó. Creía oír por la noche los pasos de la diosa y se despertaba asustada, dando gritos. Todos los días mandaba llevar alimentos a los templos. Taanach se fatigaba ejecutando sus órdenes y Schahabarim no la abandonaba.

VII

Amílcar Barca

El Anunciador de las Lunas que vigilaba todas las noches en lo alto del templo de Eschmun para indicar con su trompeta las agitaciones del astro, divisó una mañana por la parte de Occidente algo semejante a un pájaro que rozase con sus alas la superficie del mar.

Era una nave de tres filas de remos; en la proa llevaba esculpido un caballo. Salía el sol; el Anunciador de las Lunas puso su mano delante de los ojos; luego, tomando con ambos brazos su clarín, lanzó sobre Cartago un agudo grito de bronce.

De todas las casas salieron gentes; no se quería creer las palabras; se disputaba; el muelle estaba lleno de hombres. Al fin se reconoció la trirreme de Amílcar.

Avanzaba de un modo orgulloso y bravío, con la antena rígida, la vela abombada en toda la longitud del mástil, hendiendo la espuma a su alrededor. Sus gigantescos remos golpeaban cadenciosos el agua; de vez en cuando, la extremidad de su quilla, hecha como la reja de un arado, aparecía, y bajo el espolón con que terminaba su proa, el caballo con

cabeza de marfil, alzando sus manos, parecía galopar sobre la planicie del mar.

Como el viento había cesado alrededor del promontorio, la vela cayó, y junto al piloto se vió, en pie, un hombre destocado. ¡Era él, el sufeta Amílcar! Llevaba en sus costados láminas de hierro que relucían; una capa roja, pendiente de sus hombros, dejaba ver sus brazos; dos larguísimas perlas pendían de sus orejas y sobre su pecho descendía su barba negra y copiosa.

Mientras tanto, la galera, agitada entre las rocas, costeaba el muelle y la muchedumbre la seguía por las losas, gritando:

— ¡Salud! ¡Bendición! ¡Ojo de Khamon! ¡Libértanos! ¡La culpa es de los ricos! ¡Quieren hacerte morir! ¡Ten cuidado, Barca!

Él no respondía, como si el clamor de los océanos y de las batallas lo hubiese ensordecido por completo. Pero, cuando estuvo bajo la escalera que descendía de la Acrópolis, Amílcar levantó la cabeza y, con los brazos cruzados, contempló el templo de Eschmun. Sus miradas subieron más arriba aún, al gran cielo puro. Con áspera voz dictó una orden a sus marineros; la trirreme saltó; rozó el ídolo situado en un ángulo del muelle para detener las tempestades y, en el puerto mercante, lleno de inmundicias, de trozos de madera, de cáscaras de frutas, rechazó y abordó a los otros barcos amarrados a estacas y terminados por bocas de cocodrilos. Acudió el pueblo. Algunos se arrojaron a nadar. Ella se encontraba ya en el fondo, ante la puerta erizada de clavos. Levantóse ésta y la trirreme desapareció bajo la bóveda profunda.

El puerto militar estaba completamente separado de la ciudad. Cuando llegaban embajadores, necesitaban pasar entre dos murallas, por un pasadizo que desembocaba a la izquierda, ante el templo de Khamon. Esta gran plaza de agua, redonda como una copa, tenía una orla de muelles en los que estaban construídos los albergues que daban abrigo a los navíos. Delante de cada uno de ellos se alzaban dos columnas que ostentaban en su capitel los cuernos de

Amón, lo que formaba una serie de pórticos alrededor del estanque. En medio de él, en una isla, se elevaba una casa para el sufeta del mar.

El agua estaba tan limpia que se veía el fondo, pavimentado con guijarros blancos. El ruido de las calles no llegaba hasta allí y Amílcar, al pasar, reconoció las trirremes que otras veces había mandado.

Ya no quedaban más que una veintena de ellas, a cubierto, por tierra, inclinadas sobre el costado o derechas sobre la quilla, con popas altísimas y proas encorvadas cubiertas de dorados y de símbolos místicos. Las quimeras habían perdido sus alas; los dioses Pateques, sus brazos; los toros, sus cuernos de plata; y todas, medio despintadas, inertes, podridas; pero llenas de historia y exhalando aún el olor de los viajes, como soldados mutilados que vuelven a ver a su jefe y que parecen decirle:

—¡Somos nosotros! ¡Somos nosotros! ¡Y tú también; también tú estás vencido!

Nadie, excepto el sufeta del mar, podía entrar en la casa almirante. Mientras no se tuviese la prueba de su muerte, se lo consideraba como existente aún. Los Ancianos evitaban de este modo un amo más y no habían dejado por Amílcar de obedecer a la costumbre.

El sufeta avanzó por los departamentos desiertos. A cada paso encontraba armaduras, muebles, objetos conocidos que, no obstante, lo sorprendían y hasta en el vestíbulo había aún, en una cazoleta, la ceniza de los perfumes quemados al partir, para conjurar a Melkarth. ¡No era así como él esperaba regresar! Todo cuanto había hecho, todo cuanto había visto se desarrollaba en su memoria: los asaltos, los incendios, las legiones, las tempestades, Drepanum, Siracusa, Lilibea, el monte Etna, la meseta de Eryx, cinco años de batallas, hasta el día funesto en que, deponiendo las armas, se había perdido Sicilia. Luego volvía a ver bosques de limoneros, pastores con cabras en montañas grises, y su corazón latía ante la idea de otra Cartago asentada a lo lejos. Sus proyectos, sus recuerdos, zumbaban en su cabeza, aturdida aún por el traqueteo del barco. Una angustia

lo aplanaba, y tornándose débil de pronto, sentía la necesidad de acercarse a los dioses.

Entonces subió al último piso de su casa; luego sacando de una concha de oro colgada de su brazo una espátula guarnecida de clavos, abrió una camarita oval.

Delgados roeles negros incrustados en la pared y transparentes como cristal la iluminaban dulcemente. Entre las ringleras de aquellos discos iguales, había agujeros excavados semejantes a las urnas de los columbarios. Cada uno de ellos contenía una piedra redonda, obscura, que parecía muy pesada. Sólo las gentes de un espíritu superior adoraban aquellos aerolitos caídos de la luna. Por su caída, ellos significaban los astros, el cielo, el fuego; por su color, la noche tenebrosa, y por su densidad, la cohesión de las cosas terrestres. Una atmósfera sofocante llenaba aquel lugar místico. Arena del mar que el viento había filtrado, sin duda, a través de la puerta, blanqueaba un tanto las piedras redondas colocadas en los nichos. Amílcar, con la punta de su dedo, las contó una tras otra; luego se cubrió el rostro con un velo de color de azafrán y cayendo de rodillas se tendió en tierra con los brazos abiertos.

La claridad exterior caía sobre las hojas de talco negro. Arborescencias, montículos, torbellinos, vagos animales se dibujaban en su diáfano espesor; y la luz llegaba, espantosa y, no obstante, pacífica, como debe de ser más allá del sol, en los lúgubres espacios de las creaciones futuras. Esforzábase por ahuyentar de su pensamiento todas las formas, todos los símbolos y todas las advocaciones de los dioses a fin de apresar mejor el espíritu inmutable que las apariencias se llevaban. Algo de las vitalidades planetarias lo invadía, mientras sentía por la muerte y por todos los azares de la vida un desdén más sabio y más íntimo. Cuando se alzó estaba lleno de una intrepidez serena. invulnerable a la misericordia y al temor; y como su pecho se sofocaba, subió a lo alto de la torre que dominaba a Cartago.

La ciudad descendía ahuecándose en una larga curva, con sus cúpulas, sus templos, sus techumbres de oro, sus casas, sus ramilletes de palmeras acá y allá; sus bolas de

vidrio de las que brotaban rayos, y las fortificaciones formaban como una gigantesca orla de aquel cuerno de abundancia que se vertía hacia él. Veía, abajo, las puertas, las plazas, el interior de los patios, el dibujo de las calles, los hombres pequeñitos casi a ras de las losas. ¡Ay! ¡Si Hannón no hubiese llegado demasiado tarde la mañana de las islas Egates! Sus miradas se hundieron en el extremo horizonte y tendió hacia el lado de Roma sus brazos convulsos.

La multitud ocupaba las gradas de la Acrópolis. Subíase a la plaza de Khamon para ver salir al sufeta; poco a poco se llenaban de gente las terrazas. Algunos lo reconocieron, lo saludaron y él se retiró para más excitar la impaciencia del pueblo.

Amílcar halló abajo, en la sala, los hombres más importantes de su partido: Istaten, Subeldia, Hictamón, Yeubas y otros. Éstos le refirieron todo lo que había ocurrido desde que se concertó la paz; la avaricia de los Ancianos, la marcha de los soldados, su regreso, sus exigencias, la captura de Giscon, el robo del zaimf, Utica auxiliada y abandonada después; pero nadie osó hablarle de los acontecimientos que le concernían. Al fin se separaron para volver a verse durante la noche, en la asamblea de los Ancianos, en el templo de Moloch.

Acababan de salir, cuando afuera, en la puerta, se alzó un gran tumulto. A pesar de los servidores, alguien quería entrar; y como el barullo aumentaba, Amílcar ordenó que introdujeran al desconocido.

Vióse aparecer una vieja negra quebrantada, arrugada, temblorosa, de aire estúpido, envuelta hasta los talones en amplios velos azules. Avanzó de cara al sufeta y uno y otro se miraron durante algún tiempo. De pronto, Amílcar tembló. A un gesto de su mano los esclavos se alejaron. Entonces, haciéndole señas para que anduviera con precaución, la arrastró por el brazo hasta una habitación lejana.

La negra se arrojó al suelo, a sus pies, para besárselos. Él la levantó brutalmente.

— ¿Dónde lo has dejado, Idíbal?

— Allá, mi amo — y despojándose de sus velos, frotóse

el rostro con su manga. El color negro, el temblor senil, el torso encorvado, todo desapareció. Era un viejo robusto cuya piel parecía curtida por la arena y por el viento del mar. Un mechón de cabellos blancos se alzaba sobre su cráneo como el airón de un pájaro; y con una mirada irónica mostró por tierra el caído disfraz.

— ¡Has hecho bien, Idíbal! ¡Está bien! — Luego, como atravesándolo con su aguda mirada, añadió: — ¿Lo duda alguien aún?

El viejo le juró por las Cabiras que el misterio quedaba guardado. Ellos no abandonaban su cabaña a tres jornadas de Hadrumeta, orilla poblada de tortugas, con palmeras en las dunas. — Y según tus órdenes, señor, yo le enseño a lanzar jabalinas y a guiar carros.

— ¿Es fuerte, verdad?

— ¡Sí, mi amo; e intrépido, también! No tiene miedo ni a las serpientes, ni al trueno, ni a los fantasmas. Corre descalzo como un pastor, por el borde de los precipicios.

— ¡Habla! ¡Habla!

— Inventa cepos para las bestias feroces. ¿Puedes creer que la pasada luna ha apresado un águila? Ésta lo arrastró y la sangre del ave y la sangre del niño salpicaban el aire con grandes gotas, como rosas lanzadas. El animal, furioso, lo envolvía con el batir de sus alas; él lo apretaba contra su pecho y a medida que el águila agonizaba, redoblaban sus risas, brillantes y soberbias como choques de espadas.

Amílcar bajaba la cabeza, deslumbrado por aquellos presagios de grandeza.

— Pero, de algún tiempo acá, lo agita una inquietud. Mira a lo lejos las velas que pasan por el mar; está triste, rechaza el pan, se informa de los dioses y quiere conocer Cartago.

— ¡No, no! ¡Aún no!... — exclamó el sufeta.

El viejo esclavo pareció conocer el peligro que asustaba a Amílcar, y añadió:

—¿Cómo retenerlo? He tenido ya que hacerle promesas, y he venido a Cartago sólo para comprarle un puñal con puño de plata y perlas alrededor... Luego refirió que habiendo

visto al sufeta en la terraza, se había presentado a los guardianes del puerto como una de las mujeres de Salambó a fin de poder llegar hasta él.

Amílcar permaneció largo rato como sumido en sus deliberaciones, y, al fin, dijo:

— Mañana te presentarás en Megara, al ponerse el sol, detrás de las fábricas de púrpura, imitando por tres veces el grito del chacal. Si no me ves, el primer día de cada luna vendrás a Cartago. ¡No olvides nada! ¡Amalo! Ahora puedes hablarle ya de Amílcar.

El esclavo recogió sus ropas y juntos salieron de la casa y del puerto.

Amílcar continuó solo, a pie, sin escolta, pues las reuniones de los Ancianos, en circunstancias extraordinarias, eran siempre secretas y se acudía a ellas misteriosamente.

Primero recorrió la cara oriental de la Acrópolis; pasó después por el Mercado de las hierbas, por las galerías de Kinsido y el Arrabal de los perfumistas. Las escasas luces se apagaban; las calles se tornaban silenciosas; luego unas sombras se deslizaron entre las tinieblas. Unas lo seguían, otras aparecían y todas, como él, se dirigían hacia el lado de los Mappales.

El templo de Moloch estaba edificado al pie de un escarpado desfiladero, en un paraje siniestro. Desde abajo sólo se veía las altas paredes ascendiendo indefinidamente como los muros de una inmensa tumba. La noche era obscura; una neblina gris parecía pesar sobre el mar, que rompía contra las rocas con ruido de sollozos y de estertores. Y las sombras, poco a poco, se desvanecieron, como si hubieran pasado a través de los muros.

Pero tan pronto como se había franqueado la puerta, hallábase en una vasta sala cuadrangular bordeada por arcadas. En medio se elevaba una masa de arquitectura de ocho lienzos iguales. Coronábanla cúpulas que se agrupaban alrededor de un segundo piso que soportaba una especie de rotonda, de la que surgía un cono de curva entrante, rematado por una bola en el vértice.

En cilindros de filigrana ardían luces en el extremo de

pértigas llevadas por hombres. Estas luces vacilaban a impulsos del viento y enrojecían los peines de oro que sujetaban en la nuca sus cabellos trenzados. Los hombres corrían, llamándose para recibir a los Ancianos.

Sobre las losas, de trecho en trecho, estaban acuclillados, como esfinges, enormes leones, símbolos vivos del Sol devorador. Estos dormitaban con los ojos medio abiertos. Pero, despertados por los pasos y por las voces, se levantaban lentamente, iban hacia los ancianos, a quienes conocían por sus ropas, y se frotaban contra sus muslos arqueando los lomos con sonoros bostezos. El vapor de su aliento pasaba sobre la luz de las antorchas. Redobló la agitación, cerráronse las puertas, huyeron los sacerdotes y los Ancianos desaparecieron bajo las columnas que formaban en torno al templo un profundo vestíbulo.

Estaban dispuestas de suerte que reproducían por sus filas circulares, comprendidas unas en otras, el período saturnino conteniendo los años; los años, los meses y los días, y se adosaban, al fin, a las paredes del santuario.

Allí depositaban los Ancianos sus báculos de cuerno de narval — pues una ley, siempre observada, castigaba con pena de muerte a quien penetrase a la sesión con un arma cualquiera. — Muchos llevaban en la parte baja de su vestido una desgarradura sujeta por un galón de púrpura, para demostrar que, llorando la muerte de sus deudos, no habían arreglado sus ropas, y este testimonio de aflicción impedía que la rasgadura aumentase. Otros guardaban su barba en un saquillo de piel violeta atado a las orejas por dos cordones. Todos se aproximaron y se abrazaron, pecho con pecho; rodearon a Amílcar y lo felicitaban. Parecían hermanos que volvían a ver a su hermano.

Estos hombres eran generalmente rechonchos, con narices encorvadas como las de los colosos asirios. Algunos, no obstante, por sus pómulos más salientes, su estatura más alta y sus pies más estrechos, denunciaban un origen africano de antepasados nómadas. Los que vivían constantemente en el fondo de sus escritorios tenían el rostro pálido; otros conservaban sobre sí la severidad del desierto y extra-

ñas joyas centelleaban en todos los dedos de sus manos, aureoladas por soles desconocidos. Distinguíase a los navegantes por el balanceo de su andar, mientras que los hombres de la gleba olían a lagar, a hierba seca y al sudor del mulo. Estos viejos piratas hacían cultivar las tierras; estos acopiadores de dinero equipaban navíos; estos propietarios de terrenos criaban esclavos que ejercían oficios. Todos eran sabios en las disciplinas religiosas, expertos en estratagemas, despiadados y ricos. Tenían un aspecto fatigado por grandes preocupaciones. Sus ojos, llameantes, miraban con desconfianza y la costumbre de los viajes y de la mentira, del tráfico y del mando, daba a toda su persona un aspecto de desconfianza y de violencia, una especie de brutalidad discreta y convulsiva. Además, la influencia del Dios los entenebrecía.

Pasaron primero por una sala abovedada que tenía la forma de un huevo. Siete puertas, correspondientes a los siete planetas, mostraban contra la pared siete cuadrados de color diferente. Tras una larga cámara, entraron en otra sala parecida.

Un candelabro cubierto de flores cinceladas ardía en el fondo y cada uno de sus ocho brazos de oro tenía en un cáliz de diamantes una mecha de biso. Estaba colocado sobre el último de los anchos peldaños que subían hacia un gran altar terminado en sus ángulos por cuernos de bronce. Dos escaleras laterales conducían a su cima achatada; no se veía sus piedras; era como una montaña de cenizas acumuladas y algo, indistinto, humeaba sobre ellas, lentamente. Después, más allá, más alto que el candelabro y mucho más alto que el altar, se erguía un Moloch, de hierro, con su pecho de hombre mostrando sus aberturas. Sus alas abiertas se extendían por el muro; sus manos, alargadas, descendían hasta tierra. Tres piedras negras que rodeaban un círculo amarillo, figuraban tres ojos en su frente, y como para bramar, elevaba en un esfuerzo terrible su cabeza de toro.

Alrededor de la estancia estaban colocados escabeles de ébano. Detrás de cada uno de ellos, un brazo de bronce, apo-

yado en tres garras, sostenía una antorcha. Todas estas luces se reflejaban en los rombos de nácar que pavimentaban la sala. Era ésta tan alta, que el color rojo de las paredes, alzándose hacia la bóveda, se tornaba negro, y los tres ojos del ídolo aparecían abajo, como estrellas semiperdidas en la noche.

Los Ancianos se sentaron en sus escaños de ébano, habiéndose echado sobre su cabeza la cola de su vestido. Permanecían inmóviles, con las manos cruzadas dentro de sus amplias mangas, y el embaldosado de nácar parecía un río luminoso que corriendo desde el altar hasta la puerta se deslizaba bajo sus pies desnudos.

Los cuatro pontífices se mantenían en medio, espalda contra espalda, en cuatro asientos de marfil formando una cruz. El gran sacerdote de Eschmun, con veste de jacinto; el gran sacerdote de Tanit, con vestido de lino blanco; el gran sacerdote del Khamon, con ropa de lana leonada, y el gran sacerdote de Moloch, con túnica de púrpura.

Amílcar avanzó hacia el candelabro. Dió la vuelta en torno contemplando las mechas que ardían y arrojó después sobre ellas un polvo perfumado. En la extremidad de las ramas aparecieron unas llamas violeta.

Entonces se alzó una voz aguda a la que respondió otra, y los cien Ancianos, los cuatro pontífices y Amílcar, de pie, todos a la vez, entonaron un himno repitiendo siempre las mismas sílabas y, reforzando los sonidos, sus voces ascendieron, vibraron, se hicieron terribles, y, luego, de un solo golpe, se callaron.

Se esperó algún tiempo. Al fin, Amílcar sacó de su pecho una estatuita de tres cabezas, azul como el zafiro, y la colocó ante sí. Era la imagen de la verdad; el genio mismo de su palabra. Luego la devolvió a su seno y todos, como asaltados por repentina cólera, exclamaron:

— ¡Son tus buenos amigos, los bárbaros! ¡Traidor! ¡Infame! Tú regresas para vernos perecer, ¿no es eso? ¡Dejadle hablar! — ¡No, no!

Vengábanse entonces del respeto a que el ceremonial político les había obligado hacía un momento. Y, por más

que hubiesen deseado el regreso de Amílcar, indignábanse ahora porque no había evitado los desastres, o, mejor aún, porque no los había sufrido como ellos.

Cuando se apaciguó el tumulto, alzóse el pontífice de Moloch:

— Te preguntamos por qué no has vuelto a Cartago.

— ¿Qué os importa? — respondió, desdeñosamente, el sufeta.

Sus gritos se redoblaron.

— ¿De qué me acusáis? ¿Acaso he dirigido mal la guerra? Habéis visto el orden de mis batallas, vosotros, que dejáis cómodamente a los bárbaros...

— ¡Basta! ¡Basta!

Y, con voz baja, para hacerse escuchar mejor, continuó:

— ¡Oh! ¡Verdad es! ¡Me equivoco, luces de los Baales! ¡Entre vosotros los hay intrépidos! ¡Levántate, Giscon! — Y, recorriendo el escalón del altar, con los ojos medio cerrados, como para buscar a alguien, repitió:— ¡Giscon, levántate! ¡Tú puedes acusarme y ellos te defenderán! Pero, ¿dónde está?... — Luego, como maravillándose: — ¡Ah! ¡En su casa, sin duda, rodeado de sus hijos, mandando a sus esclavos, feliz y contando, sobre el muro, los collares de honor que la patria le ha dado!

Agitábanse todos, con encogimiento de hombros, como flagelados por correas.

— ¿Ni siquiera sabéis si está vivo o muerto?

Y, sin dar importancia a sus gritos, decía que al abandonar al sufeta, era a la República a quien habían abandonado. Del mismo modo, la paz romana, por ventajosa que pareciese, era más funesta que cien batallas. Algunos aplaudieron, los menos ricos del Consejo, sospechosos de inclinarse siempre hacia el pueblo o hacia la tiranía. Sus adversarios, jefes de los sysitas y administradores, triunfaban por el número. Los más considerables se habían alineado cerca de Hannón, quien se sentaba al otro extremo de la sala, ante la alta puerta, cerrada por un tapiz de jacinto.

Habíase pintado con unturas las úlceras de su cara. Pero el polvo de oro de sus cabellos le había caído sobre los hom-

bros, en los que formaba dos placas brillantes, y aquéllos aparecían blancuzcos, finos y crespos como la lana. Vendas empapadas en un perfume espeso que goteaba sobre las losas, envolvían sus manos; su enfermedad había aumentado considerablemente, sin duda; pues sus ojos desaparecían bajo las arrugas de sus párpados. Para ver, necesitaba levantar la cabeza. Sus partidarios lo invitaban a hablar. Al fin, con voz ronca y horrible, dijo:

— ¡Menos arrogancia, Barca! ¡Todos hemos sido vencidos! ¡Qué soporte cada cuál su desgracia! ¡Resígnate!

— ¡Dinos, al menos — contestó sonriendo Amílcar — cómo has dirigido tus galeras a la flota romana!

— ¡Fuí impelido por el viento! — respondió Hannón.

— ¡Tú haces como el rinoceronte que patalea en su fiemo: tú expones tu estupidez! ¡Cállate! — y comenzaron a recriminarse sobre la batalla de las islas Egates.

Hannón lo acusaba de no haber acudido a su encuentro.

— ¡Eso hubiese sido desguarnecer a Eryx! Era preciso salir al mar. ¿Quién te lo impedía? ¡Ah, se me olvidaba! ¡Todos los elefantes tienen miedo al mar!

Las gentes de Amílcar encontraron tan agradable la burla, que prorrumpieron en risotadas, que resonaban en la bóveda como si hubiesen tocado tímpanos.

Hannón denunció la indignidad de tal ultraje. Aquella enfermedad era el resultado de un enfriamiento en el sitio de Hecatómpolis, y corrieron las lágrimas por su faz como la lluvia de invierno por una muralla en ruinas.

Amílcar continuó:

— ¡Si me hubieseis amado lo suficiente, ahora habría en Cartago una gran alegría! ¿Cuántas veces no he acudido con mis quejas a vosotros? ¡Y siempre me habéis negado el dinero!

— ¡Lo necesitábamos! — dijeron los jefes de los sysitas.

— ¡Y cuando mis asuntos eran desesperados — hemos bebido orines de los mulos y comido las correas de nuestras sandalias, cuando hubiera querido que los brotes de hierba fuesen soldados, y formar batallones con las carroñas

de nuestros muertos, recordabais en vuestras casas que me quedaban barcos!

— ¡No podíamos arriesgarlo todo! — respondió Baat-Baal, posesor de minas de oro en la Getulia-Dariciana.

— ¿Qué hacíais vosotros, mientras tanto, aquí en Cartago, en vuestras casas, detrás de vuestros muros? Hay galos en el Eridan que era menester rechazar; cananeos en Cirene que habrían venido; y, mientras los romanos enviaban embajadores a Ptolomeo...

— ¡Ahora nos alaba a los romanos! — gritó alguien. — ¿Cuánto te han pagado por defenderlos?

— ¡Pregúntaselo a las llanuras del Brucio y a las ruinas de Locres, de Metaponto y de Heraclea! ¡Yo he quemado todos sus árboles, he saqueado todos sus templos, y hasta la muerte de los nietos de sus nietos!...

— ¡Bah! ¡Tú declamas como un retórico! — dijo Kapuras, un ilustrísimo mercader. — ¿Qué es lo que pretendes?

— ¡Digo que es preciso ser más ingenioso o más terrible! ¡Si Africa entera rechaza nuestro yugo, es porque vosotros, débiles señores, no sabéis atárselo a sus hombros! Agátocles, Régulo, Cepio, todos los hombres atrevidos no han tenido que hacer más que desembarcar para tomarla. Y cuando los númidas que están al occidente se entiendan con los libios que están al oriente y vengan los romanos del norte y los nómadas del sur... — Alzóse un grito de horror. — ¡Oh, entonces golpearéis vuestros pechos, os revolcaréis en el polvo y rasgaréis vuestras vestiduras! ¡No importa! Será preciso ir a dar vueltas a la muela en la Suburra y a hacer la vendimia en las colinas del Lacio.

Golpeábanse el muslo derecho para demostrar su escándalo y las mangas de sus ropas se levantaban como grandes alas de pájaros asustados. Amílcar, espiritado, continuaba de pie en el escalón más alto del altar, rugiendo terrible. Alzaba el brazo, y los rayos del candelabro que ardían a su espalda pasaban por entre sus dedos como dardos de oro.

— ¡Perderéis vuestros navíos, vuestras tierras, vuestros carros, vuestros lechos pensiles y los esclavos que os frotan los pies!... Los chacales dormirán en vuestros palacios; el

arado removerá vuestras tumbas. ¡No habrá ya más que el grito de las águilas y el montón de ruinas! ¡Caerás, Cartago!

Los cuatro pontífices extendieron sus manos para apartar el anatema. Todos se habían levantado. Pero el sufeta del mar, magistrado sacerdotal bajo la protección del Sol, era inviolable mientras no lo hubiese juzgado la asamblea de los ricos. Un espanto surgía del altar. Todos retrocedieron.

Amílcar no hablaba ya. Con la mirada fija y la faz tan pálida como las perlas de su tiara, jadeaba, casi asustado por sí mismo, y perdida el alma en fúnebres visiones. Desde la altura en que estaba, todas las antorchas en los brazos de bronce le parecían una gran corona de fuego colocada al nivel de las losas. Negros humos se escapaban de ellas subiendo hasta las tinieblas de la bóveda; y durante algunos minutos, el silencio fué tan profundo que se oía a lo lejos el ruido del mar.

Luego los Ancianos comenzaron a interrogarse. Sus intereses, su existencia, estaban atacados por los bárbaros. Pero no se podía vencerlos sin el auxilio del sufeta, y esta consideración, a pesar de su orgullo, le hizo olvidar todas las otras. Reuniéronse aparte sus amigos. Hubo reconciliaciones interesadas, sobreentendidos y promesas. Amílcar no quería mezclarse ya en ningún gobierno. Todos lo conjuraron; todos le suplicaron, y como la palabra traición resonaba en sus discursos, él se encolerizó. El único traidor era el Gran Consejo, pues el compromiso de los soldados, expirando con la guerra, los dejaba libres en cuanto la guerra había acabado. Hasta exaltó su bravura y todas las ventajas que de ellos se podría obtener interesándolos en la República por medio de donativos y de privilegios.

Entonces Magdasán, un antiguo gobernador de provincias, dijo, haciendo girar sus ojos amarillos:

— Verdaderamente, Barca, a fuerza de viajar, te has tornado un griego, un latino, o un no sé qué! ¿Qué hablas de recompensas para esos hombres? ¡Perezcan diez mil bárbaros antes que uno sólo de nosotros!

Los Ancianos aprobaban con la cabeza, murmurando:

— ¡Sí! ¿A qué molestarse tanto? ¡Siempre sobran bárbaros!

— Y se desembaraza uno de ellos cómodamente, ¿no es eso? Se los abandona, como habéis hecho en Cerdeña. Se avisa al enemigo del camino que han de seguir, como se hizo con los galos en Sicilia, o se los desembarca en medio del mar. ¡Al regresar he visto las rocas, blancas por sus huesos!

— ¡Qué desgracia! — dijo impúdicamente Kapuras.

— ¿Es que ellos no se han pasado cien veces al enemigo? — exclamaron otros.

Amílcar gritó:

— ¿Por qué, pues, a pesar de vuestras leyes, los habéis llamado a Cartago? ¡Y cuando estaban en vuestra ciudad, pobres y numerosos en medio de todas vuestras riquezas, no se os ocurrió la idea de debilitarlos con la menor división! ¡Después los licenciáis con sus mujeres y con sus hijos, con todo, sin conservar un sólo rehén! ¿Esperabais que se asesinasen para ahorraros el dolor de mantener vuestros juramentos? ¡Los odiáis porque son fuertes! ¡Aún me odiáis más a mí, su amo! ¡Oh! ¡Bien lo he comprendido, ha un momento, cuando me besabais las manos, conteniéndoos todos para no mordérmelas!

Si los leones que dormían en el patio hubiesen entrado rugiendo, el clamor no habría sido más espantoso. Pero el pontífice de Eschmun se levantó y con entrambas rodillas una contra otra, los codos contra el cuerpo, rígido y con las manos medio abiertas, dijo:

— Barca, Cartago necesita que tomes contra los mercenarios el mando general de las fuerzas púnicas.

— ¡Y yo me niego! — respondió Amílcar.

— ¡Te concederemos plena autoridad! — clamaron los jefes de los sysitas.

— ¡No!

— ¡Sin ninguna intervención, sin participación, todo el dinero que quieras, todos los cautivos, todo el botín, cincuenta *zerets* de tierra por cada cadáver de enemigo.

— ¡No, no, no! ¡Porque es imposible vencer con vosotros!

— ¡Tiene miedo!

— ¡Porque sois poltrones, avaros, ingratos, pusilánimes y locos!

— ¡Los protege!

— ¡Para ponerse al frente de ellos! — dijo alguien.

— ¡Y para caer sobre nosotros! — dijo otro; y desde el fondo de la sala aulló Hannón:

— ¡Quiere hacerse rey!

Entonces saltaron todos, derribando sitiales y candelabros; en tropel avanzaron hacia el altar, blandiendo sus puñales. Pero, rebuscando entre sus mangas, Amílcar sacó dos grandes cuchillos y, semiencorvado, con el pie izquierdo adelantado, los ojos llameantes, apretados los dientes, los desafió inmóvil bajo el candelabro de oro.

Así, por precaución, ellos habían llevado armas. Era un crimen. Asustados miráronse los unos a los otros. Como todos eran culpables, cada cual de ellos se serenó, y, poco a poco, volviendo la espalda al sufeta, volvieron a bajar, rabiosos de humillación. Por segunda vez retrocedieron ante él. Durante algún tiempo permanecieron en pie. Algunos, que se habían herido los dedos, se los llevaban a la boca o los envolvían suavemente en la orla de su capa; y ya iban a marcharse cuando Amílcar oyó estas palabras:

— ¡Bah! ¡Esto es una delicadeza para no afligir a su hija!

Una voz más alta añadió:

— ¡Sin duda, puesto que ella elige sus amantes entre los mercenarios!

Al pronto, vaciló; luego, sus miradas buscaron rápidamente a Shahabarím. Pero sólo el sacerdote de Tanit había permanecido en su sitio. Y Amílcar no vió a lo lejos más que su alto capirote. Todos se le burlaban en su cara. A medida que aumentaba su congoja, la alegría de ellos se redoblaba y, en medio del barullo, los que estaban a su espalda gritaban:

— ¡Se le ha visto salir de su cámara!

— ¡Una mañana del mes de Tamuz!

— ¡Es el ladrón del zaimf!

— ¡Un hombre hermosísimo!

— ¡Más grande que tú!

Amílcar se arrancó su tiara, símbolo de su dignidad— su tiara de ocho ringleras místicas en cuyo centro lucía una concha de esmeraldas, — y con las dos manos y con todas sus fuerzas la arrojó al suelo. Los círculos de oro, al partirse, saltaron y las perlas sonaron por las losas. Todos pudieron ver entonces en la blancura de su frente una larga cicatriz que, como una serpiente, se agitaba entre sus dos cejas. Todos sus miembros temblaban. Se dirigió a una de las escaleras laterales que conducían al altar, y subió por ella. Esto equivalía a ofrendarse a Dios, a ofrecerse en holocausto. El movimiento de su manto agitaba las luces del candelabro, más bajo que sus sandalias, y el fino polvo levantado por sus pasos lo rodeaba como una nube, hasta la cintura. Detúvose entre las piernas del coloso de bronce. Tomó en sus manos dos puñados de aquel polvo, cuya sola vista hacía temblar de horror a todos los cartagineses, y dijo:

— ¡Por las cien antorchas de vuestra Inteligencia! ¡Por las ocho luces de las Cabiras! ¡Por las estrellas, por los meteoros y los volcanes! ¡Por todo lo que arde! ¡Por la sed del Desierto y por lo salobre del Océano! ¡Por la caverna de Hadrumeta y por el imperio de las Almas! ¡Por el exterminio! ¡Por la ceniza de vuestros hijos y por las cenizas de los hermanos de vuestros abuelos, con los que ahora confundo la mía! ¡Vosotros, los ciento del Consejo de Cartago, habéis mentido acusando a mi hija! Y yo, Amílcar Barca, sufeta del mar, jefe de los ricos y dominador del pueblo, ante el Moloch de cabeza de toro, juro... —Esperábase algo espantoso; pero él continuó con voz más alta y más tranquila: — ¡Qué ni siquiera la hablaré de ello!»

Los servidores sagrados, llevando peines de oro, entraron — unos con esponjas de púrpura y otros con ramas de palmera.—Levantaron el cortinón de jacinto extendido delante de la puerta, y por la abertura de aquel ángulo vióse en el fondo de otras salas el gran cielo rosa que parecía continuar la bóveda apoyándose en el horizonte sobre el mar completamente azul. El sol, surgiendo de entre las olas, se elevaba. Tocó, de pronto, en el pecho del coloso de bron-

ce, dividido en siete compartimientos cerrados por rejas. Su boca de dientes rojos se abría en un terrible bostezo; sus narices enormes se dilataban; la plena luz lo animaba, comunicándole un aire terrible e impaciente, como si hubiese querido saltar afuera para mezclarse con el otro, con el Dios, y recorrer juntos las inmensidades.

Mientras tanto, las antorchas esparcidas por tierra ardían aún, dilatándose acá y allá, sobre el pavimento de nácar, como manchas de sangre. Los Ancianos vacilaban extenuados; aspiraban a pleno pulmón la frescura del aire; corría el sudor de sus frentes tímidas; gritaban todos tanto que no se oían ya. Pero su cólera contra el sufeta no se había calmado. A modo de despedida lanzábanle amenazas y Amílcar les respondía:

— ¡Hasta la noche próxima, Barca, en el templo de Eschmun!

— ¡Iré!

— ¡Te haremos condenar por los ricos!

— ¡Y yo por el pueblo!

— ¡Guárdate de acabar en la cruz!

— ¡Y vosotros, despedazados en las calles!

En cuanto llegaron al umbral del patio, recobraron un severo continente.

Sus espoliques y sus cocheros los esperaban a la puerta. La mayor parte de ellos se marcharon sentados en mulas blancas. El sufeta saltó a su carro y tomó las riendas. Los dos caballos, encorvando sus lomos y golpeando cadenciosamente los guijarros que saltaban, subieron a galope cerrado la rúa de los Mappales, y el buitre de plata del extremo de la lanza parecía volar, de tan rápido como pasaba el carro.

El camino cruzaba un campo sembrado de anchas losas, agudas por el vértice, como pirámides, y que, talladas en el medio, mostraban una mano abierta, como si el muerto tendido debajo la hubiese alzado al cielo para reclamar algo. Seguían inmediatamente cabañas de tierra, de ramas, de juncos, todas ellas de forma cónica. Pareditas de gui-

jarros, regueros de agua corriente, cuerdas de esparto, vallados de nopales, separaban irregularmente estas habitaciones que se amontonaban cada vez más, elevándose hacia los jardines del sufeta. Pero Amílcar dirigía sus miradas a una gran torre cuyos tres pisos formaban tres monstruosos cilindros, edificados, el primero, con piedras; el segundo, con ladrillos y el tercero, todo de cedro — sosteniendo una cúpula de cobre sobre veinticuatro columnas de enebro, de las que pendían, a modo de guirnaldas, cadenetas de azófar entrelazadas. Aquel alto edificio dominaba las construcciones que se extendían a la derecha; los depósitos, la casa de comercio, mientras el palacio de las mujeres se alzaba en el fondo de los cipreses — alineados como murallas de bronce.

Cuando el carro, retumbando, entró por la estrecha puerta, se detuvo bajo un ancho cobertizo en el que caballos trabados comían hierbas frescas.

Todos los servidores acudieron. Formaban una multitud, pues los que trabajaban en los campos, por terror a los soldados, habían sido llamados a Cartago. Los labradores, vestidos con pieles de animales, arrastraban cadenas remachadas en sus tobillos; los obreros de las manufacturas de púrpura tenían los brazos rojos como verdugos; los marinos, gorros verdes; los pescadores, collares de coral; los cazadores, una red al hombro; y las gentes de Megara, túnicas blancas o negras, calzones de cuero y casquetes de paja, de fieltro o de tela, según su servicio o sus diferentes industrias.

A su espalda se estrujaba un populacho andrajoso. Vivían éstos sin empleo alguno, lejos de los departamentos, durmiendo por la noche en los jardines y devorando los restos de las cocinas — podredumbre humana que vegetaba a la sombra del palacio.—Amílcar los toleraba, más por previsión que por desdén. Todos, en testimonio de alegría, se habían puesto una flor en la oreja, y, muchos de ellos, no lo habían visto jamás.

Pero hombres tocados como esfinges y provistos de grandes bastones, se lanzaron entre la multitud, golpeando a

derecha e izquierda. Era para rechazar a los esclavos curiosos por ver al amo, a fin de que no fuese asaltado por su número y molestado por su hedor.

Entonces todos se arrojaron a tierra, boca abajo, gritando:

— ¡Ojo de Baal: florezca tu casa! Y entre aquellos hombres tendidos así por tierra en el vial de los cipreses, el intendente de los intendentes, Abdalonim, tocado con una mitra blanca, se adelantó hacia Amílcar, con un incensario en la mano.

Salambó descendía entonces por la escalera de las galeras. Todas sus mujeres iban tras ella y a cada uno de sus pasos descendían ellas también. Las cabezas de las negras marcaban con grandes puntos negros la línea de las bandas con chapas de oro que ceñían la frente de las romanas. Otras tenían en el pelo flechas de plata, mariposas de esmeraldas o largas agujas clavadas en forma de sol. En la confusión de aquellos vestidos blancos, amarillos y azules, los anillos, los alfileres, los collares, las franjas, las ajorcas, resplandecían. Alzábase un rumor de ligeras telas; oíase el chancleteo de las sandalias mezclado con el ruido sordo de los pies desnudos al posarse sobre la madera — y, acá y allá, un gran eunuco, que les rebasaba los hombros, sonreía de cara al aire. Cuando las aclamaciones de los hombres se hubieron apaciguado, ocultándose el rostro con sus mangas, lanzaron ellas un raro grito parecido al ulular de una loba, tan furioso y tan estridente, que parecía hacer vibrar de arriba abajo, como una lira, la gran escalera de ébano, cubierta de mujeres.

El viento levantaba sus velos y los delgados tallos de los papiros se balanceaban dulcemente. Estábase en el mes de Schebaz, en pleno invierno. Los granados en flor se encorvaban bajo el azul del cielo y, a través de sus ramas, aparecía el mar, con una isla a lo lejos, semiperdida en la bruma.

Amílcar se detuvo al ver a Salambó. Habíale nacido esta niña después de la muerte de varios hijos varones. Por otra parte, el nacimiento de los hijos se tenía por una calamidad en las religiones del Sol. Los dioses, más tarde, le habían

concedido un hijo; pero ella conservaba algo de su fallida esperanza, y como la amenaza de la maldición que había pronunciado contra ella. Salambó, en tanto, continuaba avanzando.

Perlas de colores variados descendían de sus orejas en gruesos racimos sobre sus hombros y hasta los codos. Sus cabellos estaban rizados, crespos, de modo que simulasen una nube. Llevaba en torno al cuello chapitas de oro cuadrangulares representando una mujer entre dos leones rampantes; y su vestido representaba por entero el atavío de la diosa. Su veste de jacinto, de amplias mangas, le oprimía el talle ensanchándose por abajo. El bermellón de sus labios hacía aparecer más blancos sus dientes y el antimonio de sus párpados, más largos sus ojos. Sus sandalias, cortadas con plumas de pájaro, tenían talones altísimos, y, a causa del frío, sin duda, ella estaba extraordinariamente pálida.

Al fin llegó junto a Amílcar y, sin mirarlo, sin levantar la cabeza, le dijo:

— ¡Salud, Ojo de Baalim, gloria eterna, triunfo, placer, satisfacción, riqueza! Largo tiempo ha que mi corazón está triste y que languidece la casa. Pero el amo que a ella vuelve es como Tamuz resucitado; y bajo tu mirada ¡oh padre! una alegría, una existencia nueva va a extenderse por doquier.

Y tomando de manos de Taanach un vasito oblongo en el que humeaba una mezcla de harina, de manteca, de cardamomo y de vino, dijo:

— ¡Bebe a boca llena la bebida del retorno preparada por tu sierva!

El replicó: — ¡Bendición sobre ti! — y, maquinalmente, tomó el vaso de oro que ella le alargaba.

Mientras tanto, examinábala con tan áspera atención que Salambó, turbada, musitó:

— ¡Señor, te han dicho!...

— ¡Sí, ya lo sé! — contestó Amílcar en voz baja.

¿Era una confesión, o hablaba ella de los bárbaros? Añadió él algunas vagas palabras sobre las dificultades públicas, que por sí solo esperaba disipar.

— ¡Padre! — exclamó Salambó. — ¡Tú no borrarás lo que es irreparable!

Entonces él retrocedió y Salambó, sorprendida por la sorpresa de él, pues ella no pensaba en Cartago, sino en el sacrilegio de que se reconocía cómplice. Aquel hombre que hacía temblar las legiones y a quien ella conocía apenas, la asustaba como un dios. El lo había adivinado, lo sabía todo; algo terrible iba a acontecer. Ella exclamó: — ¡Perdón!

Amílcar bajó la cabeza, lentamente.

Aunque ella habría querido acusarse, no se atrevió a abrir los labios; y, no obstante, se ahogaba de necesidad de quejarse y de ser consolada. Amílcar venció el deseo de romper su juramento. Lo mantenía por orgullo o por temor de acabar con su incertidumbre; mirábala a la cara, con todas sus fuerzas, para apresar lo que ella ocultaba en el fondo de su corazón.

Poco a poco, jadeando, Salambó escondió la cabeza entre los hombros, aplastada por aquella mirada demasiado dura. Ahora él estaba seguro de que ella había sucumbido bajo el abrazo de un bárbaro. Se estremeció y alzó los puños. Ella lanzó un grito y cayó desvanecida entre sus mujeres, que se agruparon en torno a ella.

Amílcar dió media vuelta. Todos los intendentes lo siguieron.

Se abrió la puerta de los depósitos y penetró en una vasta sala redonda en la que desembocaban, como los radios de una rueda a su cubo, largos corredores que conducían a otras salas. Un disco de piedra se elevaba en el centro con balaustres para sostener cojines amontonados sobre tapices.

El sufeta se paseó primero, a grandes pasos; respiraba ruidosamente, golpeaba el suelo con sus talones y se pasaba la mano por la frente como un hombre hostigado por las moscas. Pero movió la cabeza viendo el cúmulo de sus riquezas y se calmó. Su pensamiento, atraído por las perspectivas de los corredores, se extendía por las otras salas llenas de tesoros más raros. Placas de bronce, lingotes de plata y barras de hierro alternaban con los galápagos de

estaño traídos de las Casitérides por el mar tenebroso; las gomas del país de los negros desbordaban de sus sacos de corteza de palmera y el polvo de oro, amontonado en odres, se escapaba insensiblemente por las costuras demasiado viejas. Delgados filamentos sacados de hierbas marinas pendían entre los linos de Egipto, de Grecia, de Taprobana y de Judea. Madréporas como anchos matorrales se cruzaban al pie de los muros; y flotaba un olor indefinible, exhalación de los perfumes, de los cueros, de las especias y de las plumas de avestruz atadas en gruesos ramilletes en lo alto de la bóveda. Delante de cada corredor, colmillos de elefante, puestos de pie y reuniéndose por las puntas, formaban un arco por encima de la puerta.

Al fin subió él sobre el disco de piedra. Todos los intendentes permanecían con los brazos cruzados, la cabeza baja, mientras Abdalonim alzaba con orgullo su mitra puntiaguda.

Amílcar interrogó al jefe de los navíos. Era un viejo piloto de párpados enrojecidos por el viento y blancos vellones descendían hasta sus caderas, como si la espuma de las tempestades se le hubiese quedado adherida a las barbas.

Este contestó que había enviado una flota por Gades y Thymiamata para tratar de alcanzar Eziongaber, doblando el Cuerno del Sur y el promontorio de los Aromas.

Otras habían continuado por el Oeste durante cuatro lunas, sin hallar costas; pero la proa de sus navíos se entorpecía en las hierbas y el horizonte resonaba constantemente con el fragor de las cataratas; nieblas de color de sangre obscurecían el sol; una brisa cargada de perfumes adormecía a las tripulaciones; y ahora, nada podían decir de ello, por lo trastornada que estaba su memoria. No obstante, habían remontado los ríos de los escitas, penetrado en Cólquida, entre los jugrios, entre los estios, arrebatado en el Archipiélago mil quinientas vírgenes y echado a pique todos los barcos extranjeros que navegaban más allá del cabo Estrimón para que no fuese conocido el secreto de las rutas. El rey Ptolomeo retenía el incienso de Eschesbar;

Siracusa, Elacia, Córcega y las islas, no habían suministrado nada y el viejo piloto bajó la voz para anunciar que una trirreme había sido presa en Rusicada por los númidas— «pues están con ellos, Señor».

Amílcar frunció el ceño; luego hizo seña de hablar al jefe de los viajes, envuelto en una tela morena, sin cinturón, liado a la cabeza un largo alfareme de tela blanca que le caía por detrás sobre los hombros.

Las caravanas habían partido regularmente en el equinoccio de invierno. Pero de mil quinientos hombres que se dirigían a la extrema Etiopía con excelentes camellos, odres nuevos y provisiones de telas pintadas, sólo uno había regresado a Cartago — los otros habían muerto de fatiga o habían enloquecido de terror en el desierto, — y éste decía haber visto mucho más allá del Harusch-Negro, después de los Atarantes y del país de los grandes monos, inmensos reinos en los que los menores utensilios eran de oro; un río de color de leche, ancho como un mar; selvas de árboles azules; colinas de aromas; monstruos con figura humana, vegetando sobre las rocas y cuyas pupilas para miraros se abren como flores; luego, detrás de lagos cubiertos de dragones, montañas de cristal que sostenían el sol. Otros habían vuelto de la India con pavos reales, pimienta y tejidos nuevos. Respecto a los que van a comprar calcedonias por el camino de las Sirtes y el templo de Amón, sin duda habían perecido en las arenas. Las caravanas de Getulia y de Fazana habían suministrado sus provisiones habituales; pero actualmente, él, el jefe de los viajes, no se atrevía a equipar ninguna.

Amílcar comprendió; los mercenarios ocupaban el campo. Con un sordo gemido se apoyó en el otro codo; y el jefe de las granjas tenía tanto temor de hablar, que temblaba horriblemente a pesar de sus hombros recios y de sus rojas pupilas. Su faz, chata como la de un dogo, estaba coronada por una red de fibras de cortezas; llevaba un cinturón de piel de leopardo con todo el pelo, en el que relucían dos formidables cuchillos.

En cuanto Amílcar se volvió hacia él, comenzó, gri-

tando, a invocar a todos los Baales. ¡No era culpa suya! ¡No podía hacer nada! Había observado las temperaturas, los terrenos, las estrellas; hecho las plantaciones durante el solsticio de invierno; las podas en el menguante de la luna; inspeccionado los esclavos, economizado sus ropas.

Pero a Amílcar lo irritaba tanta locuacidad. Chascó la lengua y el hombre del cuchillo, con voz rápida, continuó:

— ¡Oh, mi Señor! ¡Lo han robado todo! ¡Lo han saqueado todo! ¡Lo han destruído todo! Tres mil pies de árboles han talado en Maschala, y en Ubada han hundido los graneros y han cegado las cisternas. En Tedas se han llevado mil quinientos gomores de harina; en Marazana han matado a los pastores, se han comido los rebaños, han quemado tu casa, ¡tu hermosa casa de vigas de cedro, en la que pasabas el estío! Los esclavos de Tuburbo que segaban el trigo han huído hacia las montañas, y de los asnos, los mulos, los bueyes de Taormina y los caballos oringes ¡no queda uno! ¡Se los han llevado todos! ¡Esto es una maldición! ¡No podré sobrevivir a esto! — Y agregaba, llorando: — ¡Ay, si supieses cuán llenas estaban las bodegas y cuán relucientes los arados! ¡Ay, los hermosos moruecos! ¡Ay, los hermosos toros!...

La cólera de Amílcar lo ahogaba. Al fin estalló:

— ¡Cállate! ¿Soy, por acaso, un pobre? ¡Basta de mentiras! ¡Di la verdad! ¡Quiero saber todo cuanto he perdido, hasta el último siclo, hasta el último cabo! ¡Abdalonim: tráeme las cuentas de los barcos, las de las caravanas, las de las alquerías, las de la casa! ¡Y si vuestra conciencia os turba, maldición sobre vuestras cabezas! ¡Salid!

Todos los intendentes, de espaldas y con los puños hasta el suelo, salieron.

Abdalonim fué a tomar de un casillero en el muro cuerdas de nudos, tiras de tela y de papiro, paletillas de carnero repletas de apretada escritura. Las depositó a los pies de Amílcar, puso en sus manos un cuadro de madera guarnecido de tres hilos interiores en los que estaban enhebradas bolas de oro, de plata y de cuerno, y comenzó:

— Ciento noventa y dos casas en los Mappales, alquiladas a los nuevos cartagineses, a razón de un beka por luna.

— ¡No! ¡Es demasiado! Rebaja a los pobres. Tú escribirás los nombres de los que te parezcan más atrevidos y tratarás de saber si son adictos a la República. ¿Qué más?

Abdalonim vaciló, sorprendido por tamaña generosidad.

Amílcar le arrancó de las manos las tiras de tela.

— ¿Qué es esto? ¡Tres palacios alrededor de Khamon a doce kesitah por mes! ¡Ponles veinte! ¡No quiero que me devoren los ricos!

El intendente de los intendentes, después de un largo saludo, añadió:

— Prestado a Tigillas, hasta fin de la temporada, dos kikar, al tres por ciento, interés marítimo; a Bar-Malkarth, mil quinientos siclos, sobre treinta esclavos; pero doce han muerto en las marismas salinas.

— ¡Es porque no eran robustos! — dijo, riendo, el sufeta. — No importa; si tiene necesidad de dinero, complácelo. Es necesario siempre prestar a intereses diversos, según la riqueza de las personas.

Entonces el servidor se apresuró a leerle todo lo que habían producido las minas de hierro de Annaba, las pesquerías de coral, las fábricas de púrpura, el arriendo del impuesto sobre los griegos domiciliados, la exportación de plata a Arabia, donde valía diez veces más que el oro; las presas de los barcos, deducido el diezmo para el templo de la Diosa. — ¡Cada vez, Señor, he declarado un cuarto menos! — Amílcar contaba con las bolas, que sonaban entre sus dedos.

— ¡Basta! ¿Qué has pagado?

— A Estratónicles de Corinto y a tres mercaderes de Alejandría, sobre letras que aquí están de retorno, diez mil dracmas atenienses y doce talentos de oro asirios. La alimentación de las tripulaciones se eleva a veinte minas por mes y por trirreme.

— ¡Ya lo sé! ¿Cuánto de pérdidas?

— Aquí están las cuentas en láminas de plomo — dijo el intendente. — Referente a los navíos fletados en común, como ha sido preciso a menudo arrojar el cargo al mar, se ha repartido las pérdidas desiguales por cabeza de aso-

ciados. Por cuerdas prestadas de los arsenales y que ha sido imposible devolver, los sysitas han exigido ochocientos kesitah, antes de la expedición de Utica.

— ¡Ellos aún! — dijo Amílcar, bajando la cabeza; y permaneció algún tiempo como aplastado por el peso de todos los odios que sentía sobre sí. — ¡Pero no veo los gastos de Megara!

Abdalonim, palideciendo, fué a tomar de otro casillero tablitas de sicómoro enhebradas por paquetes en cuerdas de cuero.

Amílcar lo escuchaba, curioso por los pormenores domésticos y apaciguándose ante la monotonía de aquella voz que iba enumerando cifras. Abdalonim se retardaba. De pronto dejó caer las tablillas a tierra y él mismo se postró boca abajo, con los brazos abiertos, en la postura de los condenados. Amílcar, sin conmoverse, recogió las tablillas; y sus labios se dilataron y se abrieron sus ojos, cuando vió, en el gasto de un solo día, un exorbitante consumo de carnes, de pescados, de aves, de vinos y de armas, con vasos rotos, esclavos muertos y tapices perdidos.

Abdalonim, prosternado siempre, le refirió el festín de los bárbaros. No había podido substraerse a la orden de los Ancianos. — Por otra parte, Salambó quiso que se prodigase el dinero para recibir mejor a los soldados.

Al nombre de su hija, Amílcar se levantó de un salto. Luego, apretando los labios, se acurrucó en los almohadones, desgarrando las franjas con las uñas, jadeando, con los ojos fijos.

— ¡Levántate! — dijo; y descendió.

Abdalonim lo seguía; sus rodillas temblaban. Pero tomando una barra de hierro, se puso como un loco a levantar las losas. Saltó un disco de madera y pronto aparecieron a lo largo del corredor varias de las anchas tapaderas que ocultaban las mazmorras en que se conservaba el grano.

— ¡Ya lo ves, Ojo de Baal! — dijo el servidor, temblando. — ¡Aún no se lo han llevado todo! ¡Estos silos son profundos; cada uno de ellos tiene cincuenta codos y están llenos hasta los bordes! ¡Durante tu viaje he hecho excavar

más en los arsenales, en los jardines, por todas partes! ¡Tu casa está llena de trigo como tu corazón de sabiduría!

Una sonrisa iluminó el rostro de Amílcar. —¡Está bien, Abdalonim!—Después, inclinándose a su oído:—¡Harás venir más de Etruria, del Brucio, de donde te parezca, y a cualquier precio! ¡Amontona y guarda! ¡Es preciso que yo, yo sólo, posea todo el trigo de Cartago!

Luego, cuando llegaron al extremo del corredor, Abdalonim, con una de las llaves que pendían de su cinturón, abrió una gran cámara cuadrangular dividida por pilares de cedro. Monedas de oro, de plata, de bronce, colocadas sobre mesas o amontonadas en nichos, subían por los cuatro muros hasta los travesaños del techo. Enormes canastos de piel de hipopótamo sostenían, en los rincones, filas enteras de sacos más pequeños; montones de mil millones formaban montículos sobre las losas y acá y allá, alguna fila demasiado alta que se había derrumbado, parecía una columna en ruinas. Las grandes piezas de Cartago representando a Tanit, con un caballo bajo una palmera, se mezclaban con las de las colonias, marcadas con un toro, una estrella, un globo o una media luna. Luego, en sumas desiguales veíase dispuestas monedas de todos valores, de todas dimensiones, de todas épocas, desde las antiguas de Asiria, pequeñas como la uña, hasta las antiguas del Lacio, más gruesas que la mano, con los botones de Egina, las tablillas de Bactriana, las cortas varillas de la antigua Lacedemonia... Muchas de ellas estaban cubiertas de orín, grasosas, verdes por la humedad o ennegrecidas por el fuego, habiendo sido pescadas con las redes o después de los sitios, entre los escombros de las ciudades. El sufeta calculó muy pronto si las sumas presentes correspondían a las ganancias y a las pérdidas que acababan de leerle; y ya se retiraba, cuando advirtió tres jarras completamente vacías. Abdalonim volvió la cabeza con señales de horror y Amílcar, resignado, no dijo nada.

Cruzaron otros corredores, otras salas y llegaron, al fin, ante una puerta, junto a la cual, para guardarla mejor, estaba un hombre amarrado por el vientre a una larga ca-

dena clavada en el muro, costumbre de los romanos nuevamente introducida en Cartago. Su barba y sus uñas habían crecido desmesuradamente, y él se balanceaba de derecha a izquierda, con la oscilación continua de las bestias cautivas. En cuanto reconoció a Amílcar se lanzó hacia él, gritando:

— ¡Perdón, Ojo de Baal! ¡Piedad! ¡Mátame! ¡Diez años ha que no he visto el sol! ¡En nombre de tu padre, gracia!

Amílcar, sin responderle, palmoteó y aparecieron tres hombres; y los cuatro a la vez, distendiendo sus brazos, retiraron de sus anillos la enorme barra que cerraba la puerta. Amílcar tomó una antorcha y desapareció en las tinieblas.

Creíase que aquél era el lugar de las sepulturas de la familia; pero allí no había más que un ancho pozo. Estaba abierto únicamente para arrojar en él a los ladrones y no ocultaba nada. Amílcar pasó cerca; luego, agachándose, hizo girar sobre sus rulos una muela muy pesada y por aquella abertura penetró en un departamento construído en forma de cono.

Placas de bronce cubrían sus paredes; en medio, sobre un pedestal de granito, se alzaba la estatua de una Cabira con el nombre de Aletes, descubridor de las minas de Celtiberia. Contra su base, por tierra, estaban colocados en cruz varios escudos de oro y vasos de plata monstruosos, de cuello cerrado, de forma extravagante y que no podían servir. Se acostumbraba a fundir así grandes cantidades de metal para que las dilapidaciones y hasta los traslados fuesen casi imposibles.

Con su antorcha, Amílcar encendió una lámpara de minero colocada en el capirote del ídolo. Luces verdes, amarillas, azules, violeta, color de vino, color de sangre, iluminaron repentinamente la sala. Estaba llena de pedrerías que se hallaban recogidas en calabazas de oro, pendientes como los lampadarios por láminas de bronce, o en los bloques nativos alineados en la parte baja del muro. Eran calais arrancados de las montañas a golpes de honda, carbunclos formados por la orina de los linces: glosopedras caídas de la luna, *tyanos*, diamantes, *sandastrum*, berilos, con las tres

especies de rubíes, las cuatro especies de zafiros y las doce especies de esmeraldas. Fulguraban como salpicaduras de leche, como tímpanos azules, como polvo de plata y lanzaban sus luces en haces, en rayos, en estrellas. Las ceraunias engendradas por el trueno brillaban junto a las calcedonias que curaban de los venenos. Había topacios del monte de Zabarca para evitar los terrores; ópalos de Bactriana que impiden los abortos y cuernos de Amón que se coloca debajo de los lechos para tener sueños.

Las luces de las piedras y las llamas de la lámpara se reflejaban en los grandes escudos de oro. Amílcar, en pie, sonreía, con los brazos cruzados; y se deleitaba, no tanto con el espectáculo como con la conciencia de sus riquezas. Éstas eran inaccesibles, inagotables, infinitas. Sus abuelos, durmiendo bajo sus pasos, enviaban a su corazón algo de su eternidad. Sentíase junto a los genios subterráneos. Era como la alegría de un Cabiro; y los grandes rayos luminosos, hiriendo su rostro, le parecían la extremidad de una invisible red que, a través de los abismos, le unía al centro del mundo.

Una idea le hizo estremecerse y, colocándose detrás del ídolo, avanzó recto hacia el muro. Luego examinó entre los tatuajes de su brazo una línea horizontal con otras dos verticales, lo que, en cifras cananeas, significaba trece. Contó, entonces, hasta la décimotercia placa de bronce; levantó una vez más su ancha manga y, con la mano derecha extendida, leyó en otro lugar de su brazo otras líneas más complicadas, mientras paseaba delicadamente sus dedos, por el estilo de un tocador de lira. Al fin, con su pulgar dió siete golpes, y en una sola pieza giró toda una parte de la muralla.

Ocultaba ésta una especie de cueva en la que estaban encerradas cosas misteriosas que no tenían nombre y de valor incalculable. Amílcar bajó tres escalones; tomó de una pila de plata una piel de antílope que flotaba en un líquido negro, y, después, subió.

Abdalonim, entonces, echó a andar delante de él. Golpeaba las losas con su alto bastón guarnecido de campa-

nillas en el puño, y, delante de cada departamento, pronunciaba en alta voz el nombre de Amílcar, entre alabanzas y bendiciones.

En la galería circular a la que desembocaban todos los corredores se había acumulado a lo largo de los muros viguetas de *algummium*, sacos de *lausonia*, tortas de tierra de Lemnos y conchas de tortugas llenas de perlas. El sufeta, al pasar, las rozó con su vestido, sin mirar siquiera los gigantescos trozos de ámbar, materia casi divina, formada por los rayos del sol.

Una nube de vapor oloroso se desprendió.

— ¡Levanta la puerta!

Entraron.

Hombres desnudos amasaban pastas, trituraban hierbas, agitaban carbones, vertían aceite en jarras, abrían y cerraban celdillas ovoides abiertas alrededor de la muralla y tan numerosas que el departamento semejaba el interior de una colmena. *Myrobalon, bdellium*, azafrán, violetas, rebosaban en ellos. Por todas partes estaban esparcidos gomas, polvos, raíces, ampolletas de vidrio, ramas de filipéndula, pétalos de rosas; y se ahogaba uno entre los olores, a pesar de los torbellinos de estoraque que se quemaban en medio, sobre un trípode de bronce.

El jefe de los olores suaves, pálido y largo como un blandón de cera, se adelantó hacia Amílcar para romper en sus manos un rollo de metopio, mientras otros dos le frotaban los talones con hojas de bacaria. Él los rechazó. Eran cirineos de costumbres infames; pero a los que se consideraba a causa de sus secretos.

A fin de demostrar su vigilancia, el jefe de los olores ofreció al sufeta en una cuchara de *electro* un poco de malobatro, para probarlo. El amo, que conocía los artificios, tomó un cuerno lleno de bálsamo y, habiendo aproximado carbones, lo inclinó sobre su vestido. Apareció una mancha obscura. Era un fraude. Entonces miró fijamente al jefe de los olores, y, sin decir nada, le arrojó el cuerno de gacela en pleno rostro.

Por indignado que estuviese por las falsificaciones come-

tidas en perjuicio suyo, viendo los paquetes de nardo que se embalaban para los países de ultramar, ordenó que se mezclase a ello antimonio, para hacerlo más pesado.

Después preguntó dónde estaban tres frascos de psagás, destinados a su uso.

El jefe de los olores confesó que él no sabía nada; habían llegado soldados con cuchillos, vociferando; él les había abierto las cajas.

— ¡Tú los temes más que a mí! — exclamó el sufeta; y, a través del humo, sus pupilas, como antorchas, centellearon sobre el hombrón pálido, que comenzaba a comprender.

— Abdalonim:, antes de ponerse el sol le harás pasar por las vergas. ¡Desgárralo!

Esta pérdida, menor que las otras, lo había exasperado; pues, a pesar de sus esfuerzos para huyentarlos de su mente, continuamente tropezaba con los bárbaros. Sus arrebatos se confundían con la vergüenza de su hija y no perdonaba a toda la casa el conocerla y no decírsela. Pero algo le impulsaba a hundirse en su desgracia; y presa de una rabia de inquisición, inspeccionó debajo de los cobertizos, detrás de la casa de comercio, las provisiones de betún, de madera, de anclas, de cuerdas, de miel, de cera, el almacén de las telas, las reservas de alimentos, la cantera de los mármoles, el granero del laserpicio.

Fué al lado de allá de los jardines a revisar en sus cabañas a los artesanos domésticos cuyos productos vendía. Unos sastres bordaban capas; otros trenzaban redes; otros peinaban cojines, cortaban sandalias; obreros de Egipto, con unas conchas, pulían papiros, la lanzadera de los tejedores chocaba, los yunques de los armeros resonaban.

Amílcar les dijo:

— ¡Forjad espadas! ¡Forjad siempre, que las necesitaré!

Sacó de su pecho la piel de antílope macerada en venenos para que se le cortase una coraza más sólida que las de bronce y que sería inatacable por el hierro y por las llamas.

En cuanto se dirigió a los obreros, Abdalonim, a fin de

desviar su cólera, intentó irritarle contra ellos, despreciando su trabajo con murmullos:

— ¡Qué vergüenza! ¡Qué labor! ¡Verdaderamente el amo es demasiado bueno!

Amílcar, sin escucharlo, se alejaba.

Detúvose, pues grandes árboles calcinados de un extremo a otro, como se ve en los bosques en que han acampado los pastores, obstruían los caminos. Las empalizadas estaban rotas; el agua de los cauces se perdía, trozos de vasos, esqueletos de monos aparecían en medio de charcos cenagosos. Jirones de tela, acá y allá, colgaban de los zarzales; bajo los limoneros, las flores podridas formaban un estiércol amarillo. En efecto, los servidores lo habían abandonado todo, creyendo que el amo no regresaría ya.

A cada paso descubría desastres nuevos; nuevas pruebas de aquello que se había propuesto no averiguar. Sus botas de púrpura se ensuciaban impregnándose de inmundicias; ¡y no había puesto a todos aquellos hombres que estaban ante él, en la punta de una catapulta para hacerlos volar en pedazos! Sentíase humillado por haberlos defendido. Aquello era un engaño, una traición. Y como no podía vengarse ni de los soldados, ni de los ancianos, ni de Salambó, ni de nadie, y su cólera buscaba alguien, de una vez condenó a las minas a todos los esclavos de los jardines.

Abdalonim se estremecía cada vez que lo veía aproximarse a los parques. Pero Amílcar tomó el sendero del molino del que se oía brotar una lúgubre melopea.

En medio del polvo giraban las pesadas mulas; dos conos de pórfido superpuestos, de los cuales, el más alto, que tenía un embudo, giraba sobre el segundo por medio de fuertes barras. Con su pecho y con sus brazos lo sostenían unos hombres mientras otros, enganchados, tiraban. El roce de la correa había formado en torno a sus axilas costras purulentas como las que se ven en la cruz de los asnos, y el harapo negro y endeble que cubría apenas sus lomos y colgaba por el extremo, golpeaba sus corvas como una larga cola. Sus ojos estaban enrojecidos; los grillos de sus pies resonaban; todos sus pechos jadeaban acompasados. En la boca, sujeto

por dos cadenitas de bronce, tenían un bozal, para que no pudiesen comer la harina, y guanteletes sin dedos encerraban sus manos para que no pudieran tomarla.

Al entrar el amo, las barras de madera crujieron más fuerte. El grano, al quebrantarse, resonaba. Muchos esclavos cayeron de rodillas; los demás, continuaron pasando sobre ellos.

Amílcar preguntó por Giddenem, el gobernador de los esclavos, y se presentó este personaje, demostrando su dignidad con la riqueza de su traje, pues su túnica, abierta por los costados, era de fina púrpura; recios anillos pendían de sus orejas y, para reunir las tiras de tela que vendaban sus piernas, un cordón de oro, como una serpiente enroscada a un árbol, subía desde sus tobillos hasta sus muslos. Entre sus dedos, cuajados de sortijas, tenía un collar de gagates para reconocer los hombres sujetos al mal sagrado.

Amílcar le hizo signo de desatar los bozales. Entonces, todos, con rugidos de bestias hambrientas, se arrojaron sobre la harina, que devoraban hundiendo el rostro en los montones.

— ¡Los extenúas! — dijo el sufeta.

Giddenem respondió que hacía aquello para domarlos.

— ¡No valía la pena de haberte enviado a Siracusa, a la escuela de los esclavos! ¡Haz venir a los otros!

Y los cocineros, los arrieros, los palafreneros, los espoliques, los litereros, los hombres de las estufas y las mujeres con sus hijos, todos se colocaron en el jardín, en una sola fila, desde la casa de comercio hasta el parque de las fieras. Todos contenían la respiración. Un silencio enorme se extendió sobre Megara. El sol se dilataba sobre la laguna, por debajo de las catacumbas. Los pavos reales chillaban. Amílcar andaba paso a paso.

— ¿Qué he de hacer con estos viejos? — dijo. — ¡Véndelos! ¡Hay demasiados galos; todos son borrachos! ¡Y demasiados cretenses; todos son embusteros! Cómprame capadocios, asiáticos y negros.

Se asombró del pequeño número de niños. — ¡Giddenem: la casa tiene que tener nacimientos todos los años! Has de

dejar abiertas las casillas por las noches, para que se mezclen con libertad.

Después se hizo enseñar los ladrones, los haraganes, los levantiscos, y distribuyó castigos, con reproches a Giddenem; y éste, como un toro, humillaba su frente en la que se cruzaban sus anchas cejas.

— Mira, Ojo de Baal — dijo, señalando a un robusto lidio, — he aquí uno que ha sido sorprendido con la cuerda al cuello.

— ¡Ah! ¿Tú quieres morir? — dijo desdeñosamente el sufeta.

Y el esclavo, con intrépido acento:

— ¡Sí!

Entonces, sin cuidarse del ejemplo ni del perjuicio pecuniario, dijo Amílcar a los criados:

— ¡Lleváoslo!

Acaso se alzaba en su mente la intención de un sacrificio. Era una desventura que él se imponía para evitar otras más terribles.

Giddenem había escondido a los mutilados detrás de los otros. Amílcar los advirtió.

— ¿Quién te ha cortado el brazo a ti?

— ¡Los soldados, Ojo de Baal!

Luego, a un samnita que vacilaba como una garza herida:

— Y a ti, ¿quién te ha hecho eso?

Había sido el gobernador, rompiéndole una pierna con una barra de hierro.

Esta atrocidad imbécil indignó al sufeta; y arrancando de sus manos su collar de gagates:

— ¡Maldición al perro que hiere al rebaño! ¡Estropeador de esclavos, bondad de Tanit! ¡Ah! ¡Tú arruinas a tu amo! ¡Que lo ahoguen en el estercolero! Y los que faltan, ¿dónde están? ¿Los has asesinado con los soldados?

Su cara era tan terrible que todas las mujeres huyeron. Los esclavos, retrocediendo, formaron un gran círculo a su alrededor. Giddenem besaba frenéticamente sus sandalias. Amílcar, en pie, permanecía con los brazos levantados hacia él.

Pero, su inteligencia lúcida, como en lo más fuerte de las batallas, recordaba mil cosas odiosas, ignominias de que se había apartado; y a la luz de su cólera como a las fulguraciones de una tempestad, volvía a ver de una sola vez todos los desastres pasados. Los gobernadores de los campos habían huído por miedo a los soldados; por connivencia, acaso, todos lo engañaban. Mucho tiempo había ya que se contenía.

— ¡Que los traigan!... — gritó. — ¡Y marcadlos en la frente con hierros enrojecidos, como a los poltrones!

Entonces trajeron y extendieron por el jardín grillos, argollas, cuchillos, cadenas para los condenados a las minas; cepos que cogían las piernas; numellas, que encerraban los hombros, y escorpiones, látigos de triples correas terminadas por ganchos de cobre.

Todos fueron colocados de cara al sol, por el lado de Moloch-devorador, tendidos en tierra boca abajo o de espaldas; y los condenados a la flagelación, de pie contra los árboles, con dos hombres junto a ellos; uno, que contaba los golpes, y otro que los daba.

Éste golpeaba con entrambos brazos. Las correas, silbando, hacían volar la corteza de los plátanos. La sangre saltaba en lluvia sobre las hojas, y masas rojas se retorcían aullando al pie de los árboles. Aquellos a quienes se herraba, se arrancaban la cara con las uñas. Se oía crujir los tornillos de madera: sordos choques resonaban. A veces, un agudo grito cruzaba el aire. Por la parte de las cocinas, entre las ropas en andrajos y cabelleras caídas, hombres con soplillos avivaban carbones, y sentíase olor a carne quemada. Los flagelados desfallecían; pero retenidos por las ligaduras de sus brazos, dejaban caer la cabeza sobre los hombros, cerrando los ojos. Los otros, los que miraban, se pusieron a gritar de espanto, y los leones, acordándose acaso del festín, se aproximaban bostezando, al borde de las fosas.

Entonces se vió a Salambó en la plataforma de su terraza. Asustada, corría rápidamente de derecha a izquierda. Amílcar la advirtió. Parecióle que elevaba los brazos hacia él, demandando misericordia. Con un gesto de horror se ocultó él en el parque de los elefantes.

Estos animales eran el orgullo de las grandes casas púnicas. Ellos habían llevado a los abuelos y triunfado en las guerras, y se los veneraba como favoritos del sol.

Los de Megara eran los más fuertes de Cartago. Amílcar, antes de partir, había exigido a Abdalonim el juramento de cuidarlos. Pero habían muerto de sus mutilaciones; y sólo tres quedaban, tendidos en medio del patio, sobre el polvo, ante los restos de su pesebre.

Ellos lo reconocieron en seguida y acudieron a él.

Uno tenía las orejas horriblemente rasgadas; otro, una enorme herida en una rodilla; el tercero, cortada la trompa.

No obstante lo miraban con aire triste, como personas razonables, y aquél que no tenía trompa, bajando su cabeza enorme y doblando las rodillas, trataba de olerlo, suavemente, con la repugnante extremidad de su muñón.

Ante esta caricia del animal, dos lágrimas brotaron de los ojos de Amílcar. Éste saltó sobre Abdalonim.

— ¡Ah, miserable! ¡La cruz! ¡La cruz!

Abdalonim se desvaneció y cayó a tierra boca abajo.

Detrás de las fábricas de púrpura, cuyas lentas humaredas blancas subían al cielo, resonó el aullido de un chacal. Amílcar se detuvo.

El pensamiento de su hijo, como el contacto de un dios, lo había calmado repentinamente. Era una prolongación de su fuerza, una continuación indefinida de su persona lo que entreveía y los esclavos no comprendían a qué se debía aquel apaciguamiento.

Dirigiéndose hacia las fábricas de púrpura pasó ante el ergástulo; larga casa de piedra negra, edificada en un foso cuadrado con un caminito alrededor y cuatro escaleras en los ángulos.

Para acabar su señal, Idíbal, sin duda, esperaba la noche. No hay prisa aún, pensaba Amílcar; y descendió a la prisión. Algunos le gritaron: «¡Vuélvete!» Y los más osados lo siguieron.

La puerta, abierta, golpeaba con el viento. El crepúsculo entraba por las estrechas saeteras y en lo interior se veía cadenas rotas pendientes de los muros.

Era aquello todo cuanto quedaba de los cautivos de guerra.

Entonces Amílcar palideció extraordinariamente y los que estaban afuera, inclinados sobre el foso, vieron que se apoyaba con una mano en el muro, para no caer.

Pero el chacal aulló tres veces seguidas. Amílcar levantó la cabeza. No profirió una palabra. No hizo un gesto. Luego, cuando el sol se hubo puesto completamente, desapareció tras el vallado de nopales y, por la noche, en la asamblea de los ricos, en el templo de Eschmun, dijo al entrar:

-- ¡Luces de los Baalim, acepto el mando de las fuerzas púnicas contra el ejército de los bárbaros!

VIII

La batalla del Macar

L día siguiente obtuvo de los sysitas doscientos veintitrés mil kikar de oro y decretó un impuesto de catorce shekel sobre los ricos. Hasta las mujeres contribuyeron. Se pagó por los niños, y, cosa monstruosa en los hábitos cartagineses, obligó a los colegios de los sacerdotes a proporcionar dinero.

Requisó todos los caballos, todos los mulos, todas las armas. Algunos quisieron disimular sus riquezas y sus bienes fueron vendidos; y, para intimidar la avaricia de los otros, dió sesenta armaduras y mil quinientos gommor de harina, tanto él sólo como la Compañía del marfil.

Envió a Liguria a comprar soldados, tres mil montañeses acostumbrados a luchar con los osos; por adelantado se les pagó seis lunas, a quince minas por día.

No obstante, se necesitaba un ejército. Pero él no aceptó, como Hannón, a todos los ciudadanos. Primeramente rechazó a todos los hombres de ocupaciones sedentarias; después a los que tenían el vientre demasiado grueso o aspecto pusilánime. Admitió hombres deshonrados, la crápula de Malqua, hijos de bárbaros y libertos. Por recompensa ofreció a

los nuevos cartagineses el completo derecho de ciudadanía.

Su primer cuidado fué reformar la Legión. Hermosos jóvenes que se consideraban como la majestad militar de la República, se gobernaban por sí mismos. Expulsó a sus oficiales y los trató rudamente, los hacía correr, saltar, subir de una vez la pendiente de Byrsa, lanzar jabalinas, luchar cuerpo a cuerpo y acostarse por la noche en las plazas. Sus familias iban a verlos y los compadecían.

Encargó espadas más cortas y brodequines más recios. Fijó el número de lacayos y redujo los bagajes; y como en el templo de Moloch se guardaban trescientos pilums romanos, los tomó, a pesar de las protestas del pontífice.

Con los que habían vuelto de Utica y otros que poseían los particulares, organizó una falange de setenta y dos elefantes y los hizo formidables. Armó a sus conductores con mazo y un cincel, a fin de poder hendirles el cráneo si en la revuelta se desmandasen.

No permitió que sus generales fuesen nombrados por el Gran Consejo. Los Ancianos trataron de hacerle respetar las leyes; él saltó sobre ellas; nadie se atrevía a murmurar; todo se doblegaba ante la violencia de su genio.

Él solo se encargó de la guerra, del gobierno y de la hacienda. Y, a fin de evitar las acusaciones, pidió como examinador de sus cuentas al sufeta Hannón.

Hacía trabajar en las fortificaciones y, para tener piedras, demoler las antiguas murallas interiores, inútiles ya. Pero la diferencia de las fortunas, reemplazando la jerarquía de las razas, continuaba manteniendo separados a los hijos de los vencidos y a los de los vencedores; por esto, los patricios vieron con malos ojos la destrucción de aquellas ruinas, mientras la plebe, sin saber por qué, lo celebraba.

Las tropas, armadas de la mañana a la noche, desfilaban por las calles; a cada instante oíase sonar las trompetas; pasaban carros cargados de escudos, de tiendas, de picas; los patios estaban llenos de mujeres que rasgaban telas; el ardor se comunicaba de uno a otro. El alma de Amílcar henchía la República.

Había dividido a sus soldados en números pares, tenien-

do cuidado de colocar a lo largo de las filas, alternativamente, un hombre fuerte y uno débil, para que el menos vigoroso o el más poltrón fuese empujado a la vez y llevado por otros dos. Pero con sus tres mil ligures y los mejores de Cartago, no pudo formar más que una falange simple de cuatro mil noventa y seis hoplitas defendidos por cascos de bronce, que manejaban lanzas de fresno, de catorce codos de largo.

Dos mil jóvenes llevaban hondas, un puñal y sandalias. Él los reforzó con otros ochocientos armados de un escudo redondo y de una espada corta, a lo romano.

El grueso de la caballería se componía de mil novecientos guardias que quedaban de la Legión, cubiertos con placas de bronce dorado, como los clinabares asirios. Tenía, además, cuatrocientos arqueros a caballo, de los llamados tarentinos, con gorros de piel de comadreja, un hacha de doble filo y una túnica de cuero. En fin, mil doscientos negros del barrio de las caravanas, mezclados con los clinabares, debían correr junto a los caballos, apoyándose en sus crines con una mano. Todo estaba dispuesto, y, sin embargo, Amílcar no partía.

A menudo salía de Cartago solo, por la noche, y se alejaba más allá de la laguna, hacia las desembocaduras del Macar. ¿Quería unirse a los mercenarios? Los ligures, acampados en los Mappales, rodeaban su casa.

Las aprehensiones de los ricos parecieron justificadas cuando un día se vió a trescientos bárbaros aproximarse a los muros. El sufeta les abrió las puertas. Eran tránsfugas que corrían hacia su amo impulsados por el temor o por la fidelidad.

El regreso de Amílcar no había sorprendido a los mercenarios; este hombre, según ellos, no podía morir. Regresaba para cumplir sus promesas, esperanza que no tenía nada de absurda; tan profundo era el abismo que existía entre el ejército y la patria. Por otra parte, no se creían culpables. Habían olvidado ya el festín.

Los espías a quienes sorprendieron los desengañaron. Esto fué un triunfo para los fervientes; hasta los tibios se volvieron furiosos. Además, los dos sitios los abrumaban

de hastío; no se adelantaba nada; era preferible una batalla. Muchos hombres se desbandaron recorriendo el campo. Ante la noticia de los armamentos, regresaron. Matho saltaba de alegría.

— ¡Al fin! ¡Al fin! — exclamó.

Entonces el resentimiento que abrigaba contra Salambó se volvió contra Amílcar. Su odio, ahora, tenía ya una presa determinada; y como la venganza era más fácil de concebir, creía tenerla ya en sus manos y se deleitaba con ello. Al mismo tiempo sentíase dominado por una ternura más exaltada, devorado por un deseo más áspero. Veíase ya en medio de sus soldados, llevando al extremo de una pica la cabeza del sufeta; luego, en la cámara, en un lecho de púrpura, estrechando a la virgen entre sus brazos, cubriendo su rostro de besos, pasando sus manos por sus largos cabellos negros. Y esta fantasía que él tenía por irrealizable lo atormentaba. Juróse a sí mismo, ya que sus compañeros lo habían nombrado schalishim, dirigir la guerra. La certidumbre de que no regresaría de ella lo impulsaba a hacerla despiadada.

Fué a ver a Espendio, y le dijo:

— ¡Vas a tomar tus hombres! ¡Yo llevaré los míos! ¡Avisa a Autharite! ¡Si Amílcar nos ataca, estamos perdidos! ¿Me oyes? ¡Levántate!

Espendio permaneció estupefacto ante aquel aire de autoridad. Matho, habitualmente, se dejaba llevar, y los impulsos que había tenido, habían decaído muy pronto. Pero ahora parecía más calmado y más terrible a la vez. Una soberbia voluntad fulguraba en sus ojos, semejante a la llama de un sacrificio.

El griego no atendía a razones. Habitaba una tienda de los cartagineses con orlas de perlas, bebía bebidas frescas en copas de plata, tocaba el *cottabo,* dejaba crecer su cabello y dirigía el sitio con lentitud. Además, había practicado averiguaciones en la ciudad, y no quería partir, seguro de que ésta se abriría.

Narr'Havas, que vagabundeaba entre los tres ejércitos, se hallaba entonces junto a él. Éste apoyaba su opinión y

hasta reprochó al libio el querer, por un exceso de valor, abandonar su empresa.

— ¡Vete, si tienes miedo! — exclamó Matho. — ¡Tú nos habías prometido pez, azufre, elefantes, infantes, caballos! ¿Dónde están?

Narr'Havas le recordó que había exterminado las últimas cohortes de Hannón. En cuanto a los elefantes, se estaba cazándolos en los bosques; armaba los infantes; los caballos estaban en camino... Y el númida, acariciando la pluma de avestruz que le caía sobre el hombro, movía los ojos como una mujer y sonreía de un modo irritante. Matho, delante de él, no sabía qué contestar.

Pero un hombre desconocido entró, empapado en sudor, despavorido, ensangrentados los pies, desabrochado el cinto. Su respiración agitaba sus delgados ijares hasta hacerlos saltar; y hablando un dialecto ininteligible, abrió los ojos, como si estuviese relatando una gran batalla. El rey saltó afuera y llamó a sus jinetes.

Todos se alinearon en la llanura formando un círculo en torno a él. Narr'Havas, a caballo, bajaba la cabeza y se mordía los labios. Al fin, dividió a sus hombres en dos mitades; ordenó a la primera que esperase, y luego, con gesto imperativo, partió con los demás al galope y desapareció en el horizonte por la parte de las montañas.

— ¡Amo! — murmuró Espendio. — ¡No me gustan estas extraordinarias casualidades: el sufeta que vuelve, Narr'Havas que se va!...

— ¿Qué importa? — dijo desdeñosamente Matho.

Era una razón más para prevenirse contra Amílcar, reuniéndose con Autharite. Pero si se abandonaba el sitio de las ciudades, sus habitantes saldrían, los atacarían por la espalda y tendrían enfrente a los cartagineses. Después de mucho hablar, fueron resueltas e inmediatamente ejecutadas las medidas siguientes:

Espendio, con quince mil hombres, se llegó hasta el puente construído sobre el Macar, a tres millas de Utica; fortificó sus ángulos con cuatro enormes torres provistas de catapultas. Con troncos de árboles y bloques de rocas,

entrelazados con espinos y muros de piedra, se obstruyeron en las montañas todas las sendas y todos los desfiladeros; en sus cimas se amontonaron hierbas que serían encendidas para servir de señales, y, pastores habituados a ver de lejos, fueron apostados de trecho en trecho.

Sin duda Amílcar no llegaría como Hannón por la montaña de las Aguas Calientes. Debía pensar que Autharite, amo del interior, le cortaría el camino. Además, un fracaso al principio de la campaña lo perdería, mientras que la victoria estribaría en recomenzar pronto, estando los mercenarios más lejos. Podía, también, desembarcar en el cabo de las Uvas, y desde allí, marchar sobre una de las ciudades. Pero, entonces, se encontraría entre los dos ejércitos, imprudencia de la que no era capaz, con fuerzas poco numerosas. Así, pues, él debía de recorrer la base del Ariana, luego torcer a la izquierda para evitar las bocas del Macar y venir derecho al puente. Allí lo esperaba Matho.

Por la noche, a la luz de las antorchas, vigilaba a los trabajadores. Corría a Hippo-Zaryte, a las obras de las montañas, volvía, no se daba punto de reposo. Espendio envidiaba su fuerza; pero para dirigir los espías, elegir los centinelas, para el arte de las máquinas y para todos los medios de defensa, Matho escuchaba dócilmente a su compañero. No hablaban nunca de Salambó; uno de ellos no pensaba en ella y el otro callaba por pudor.

A menudo se iba por la parte de Cartago para tratar de divisar las tropas de Amílcar. Clavaba sus ojos en el horizonte; se tumbaba boca abajo y en el zumbido de sus arterias creía oír el rumor de un ejército.

Dijo a Espendio que si antes de tres días no llegaba Amílcar, iría él con todos sus hombres a presentarle la batalla. Pasaron dos. Espendio lo contenía. En la mañana del sexto, partió.

No estaban los cartagineses menos impacientes por la guerra que los bárbaros. En las tiendas y en las casas reinaban el mismo deseo y la misma angustia. Todos se preguntaban qué era lo que retenía a Amílcar.

De vez en cuando subía a la cúpula del templo de Eschmun, junto al Anunciador de las Lunas, y observaba el viento.

Un día, el tercero del mes de Tibby, se le vió descender de la Acrópolis con pasos precipitados. Un gran clamor se alzó en los Mappales. Pronto se agitaron las calles y por todas partes comenzaron a armarse los soldados, en medio de las mujeres llorosas que se apretaban contra su pecho. Luego corrieron presurosos a la plaza de Khaman a ocupar su puesto. No se podía seguirlos ni siquiera hablarlos, ni acercarse a las fortificaciones. Durante algunos minutos la ciudad entera permaneció silenciosa como una gran tumba. Unos soldados soñaban apoyados en sus lanzas; otros, en las casas, suspiraban.

Al ponerse el sol salió el ejército por la puerta occidental; pero, en lugar de tomar el camino de Túnez o de ganar las montañas en dirección a Utica, continuó por la orilla del mar; y muy pronto alcanzó la Laguna, en la que espacios redondos, blancos de sal, relucían como gigantescos platos de plata olvidados en la orilla.

Luego los charcos de agua se multiplicaron. El suelo, poco a poco, se hizo más blando; los pies se hundían. Amílcar no se volvió atrás. Iba siempre a la cabeza y su caballo, cubierto de manchas amarillas como un dragón, lanzando espuma a su alrededor, avanzaba por el fango arqueando los lomos. Cayó la noche, una noche sin luna. Unos clamaron que iban a perecer allí; Amílcar les arrancó las armas, que entregó a los lacayos. El limo, en tanto, era más y más profundo. Fué menester montar sobre las bestias de carga y agarrarse a las colas de los caballos. Los robustos tiraban de los débiles y el cuerpo de los ligures empujaba a la infantería con la punta de sus picas. Redobló la obscuridad. Se había perdido el camino. Todos se detuvieron.

Entonces los esclavos del sufeta partieron adelante para buscar las balizas plantadas por su orden, de distancia en distancia. Gritaban en las tinieblas y, a lo lejos, los seguía el ejército.

Al fin se sintió la resistencia del suelo. Luego se dibujó

vagamente una curva blanquecina y se hallaron en la orilla del Macar. A pesar del frío no se encendió fuego.

En medio de la noche se alzaron ráfagas de viento. Amílcar hizo despertar a los soldados; pero no sonó una trompeta. Sus capitanes los golpeaban suavemente en el hombro.

Un hombre de elevada estatura se metió en el agua. No le llegaba a la cintura. Se podía pasar.

El sufeta ordenó que treinta y dos de los elefantes se colocaran en el río, cien pasos más lejos, mientras que los otros, más abajo, detendrían las líneas de hombres arrastrados por la corriente. Y todos, con sus armas sobre la cabeza, atravesaron el Macar como entre dos murallas. Amílcar había observado que el viento del Oeste, impulsando las arenas, obstruía el río y formaba en su anchura una calzada natural.

Ahora estaba en la orilla izquierda, frente a Utica, en una vasta llanura, ventaja para sus elefantes, que constituían la fuerza de su ejército.

Este golpe de ingenio entusiasmó a los soldados. Una confianza extraordinaria nació en ellos. Querían correr inmediatamente hacia los bárbaros. El sufeta les hizo descansar durante dos horas. En cuanto apuntó el sol dividiéronse en la planicie en tres líneas. Primero los elefantes, detrás la infantería ligera con la caballería a su espalda, y la falange después.

Los bárbaros acampados en Utica y los quince mil que guardaban el puente, quedaron sorprendidos al ver que la tierra ondulaba a lo lejos. El viento, que soplaba muy fuerte, levantaba torbellinos de arena; alzábanse como arrancados del suelo, ascendiendo en grandes jirones de color rubio; luego se desgarraban y volvían a formarse otra vez, ocultando a los mercenarios el ejército púnico. A causa de los cuernos enhiestos en los cascos, unos creían divisar un rebaño de bueyes; otros, engañados por el flamear de las capas, pretendían distinguir alas, y los que habían viajado mucho, se encogían de hombros, explicándolo todo por ilusiones del espejismo. No obstante, algo enorme continuaba avanzando. Débiles vapores, sutiles como alientos, corrían

por la superficie del desierto; el sol, más alto ya, brillaba más fuerte; una luz áspera, y que parecía vibrar, rechazaba la profundidad del cielo y, penetrando los objetos, hacía la distancia incalculable. La inmensa llanura se extendía por todas partes hasta perderse de vista, y las ondulaciones de los terrenos, casi insensibles, se prolongaban hasta el extremo horizonte, cerrado por una gran línea blanca que era el mar. Los dos ejércitos, fuera de sus tiendas, miraban. Las gentes de Utica, para ver mejor, se agolpaban a las murallas.

Al fin distinguieron varias barras transversales erizadas de puntas iguales. Hiciéronse más espesas; crecieron; negros montículos se balancearon. De pronto aparecieron unos matorrales: eran elefantes y lanzas. Alzóse un solo grito: «¡Los cartagineses!», y sin señal, sin mando, los soldados de Utica y los del puente corrieron mezclados para caer juntos sobre Amílcar.

Ante este nombre, Espendio se estremeció. Anhelante, repetía:

— ¡Amílcar! ¡Amílcar!

¡Y Matho no estaba allí! ¿Qué hacer? ¡No había medio de huir! La sorpresa del suceso, su terror al sufeta y, sobre todo, la urgencia de una resolución inmediata, lo trastornaban. Veíase atravesado por mil espadas, decapitado, muerto. No obstante, se le llamaba. Treinta mil hombres iban a seguirlo; un furor contra sí mismo se apoderó de él; asióse a la esperanza de la victoria, henchida de felicidades, y se creyó más intrépido que Epaminondas. Para ocultar su palidez se embadurnó las mejillas con bermellón; luego ciñó la coraza, bebió una copa de vino puro y corrió con su tropa, que se apresuraba hacia la de Utica.

Reuniéronse los dos tan rápidamente, que el sufeta no tuvo tiempo de poner sus hombres en línea de batalla. Poco a poco fué retrasándose. Los elefantes se detuvieron, balanceando sus pesadas cabezas, adornadas con plumas de avestruz, golpeándose los hombros con la trompa.

En el fondo de los intervalos se distinguía las cohortes de los vélites; más lejos los grandes cascos de los clinabares,

con hierros que brillaban al sol, corazas, penachos, estandartes flameados. Pero el ejército cartaginés, de un total de once mil trescientos noventa y seis hombres, parecía contenerlos apenas, pero formaba un largo cuadro, estrecho por los flancos y apretado contra sí mismo.

Viéndolos tan débiles, los bárbaros, tres veces más numerosos, fueron presas de una alegría desordenada. No se veía a Amílcar. ¿Se había quedado en Cartago, acaso? De todos modos, ¿qué importaba? El desdén que sentían hacia aquellos mercachifles reforzaba su valor; y antes de que Espendio hubiese mandado la maniobra, todos la habían comprendido ya y la ejecutaban.

Abriéronse en una gran línea recta que rebasaba las alas del ejército púnico, a fin de envolverlo completamente. Pero cuando se hallaron a trescientos pasos de distancia, los elefantes, en lugar de avanzar, retrocedieron; luego hicieron lo mismo los clinabares; y la sorpresa de los mercenarios se redobló viendo que todos los arqueros corrían para reunirse con ellos. Los cartagineses, pues, tenían miedo; huían. Una batahola formidable estalló entre las tropas de los bárbaros, y Espendio, desde lo alto de su dromedario, gritaba:

—¡Ya lo sabía yo! ¡Adelante! ¡Adelante!

Entonces los dardos, las jabalinas y las balas de las hondas brotaron a la vez. Los elefantes, con la grupa pinchada por las flechas, comenzaron a galopar más rápidamente y, como sombras en una nube, desaparecieron.

Mientras tanto, oíase en el fondo un gran ruido de pasos dominado por el agudo son de las trompetas que soplaban con furia. El espacio que los bárbaros tenían ante ellos, lleno de torbellinos y de tumulto, atraía como un precipicio. Algunos se lanzaron a él. Aparecieron cohortes de infantería que se cerraron y, al mismo tiempo, todos los demás vieron acudir a los infantes con los jinetes a galope.

En efecto, Amílcar había ordenado a la falange romper sus secciones a los elefantes y a las tropas ligeras, y, a la caballería, pasar por aquellos intervalos para cubrir vivamente sus alas; y había calculado tan bien la distancia de

los bárbaros, que, en el momento en que éstos llegaban contra él, el ejército cartaginés, entero, formaba una gran línea recta.

En medio de ella se erizaba la falange, formada por syntagmes o cuadros macizos con diez y seis hombres por lado. Todos los jefes de todas las filas aparecieron entre largos hierros agudos que los sobrepasaban desigualmente, pues las seis primeras filas cruzaban sus lanzas sosteniéndolas por el medio y las diez inferiores las apoyaban sobre los hombros de sus compañeros, sucediéndose delante de ellos. Todos los rostros desaparecían casi por completo bajo la visera de los cascos; canilleras de bronce cubrían todas las piernas derechas; anchos escudos cilíndricos descendían hasta las rodillas; y esta horrible masa cuadrangular, moviéndose en una sola pieza, parecía vivir como una bestia y funcionar como una máquina. Cohortes de elefantes la rodeaban regularmente; sacudiéndose, hacían caer las flechas hincadas en su negra piel. Los indios, acurrucados en su cogote, entre los penachos de plumas blancas, los retenían con la pala del arpón, mientras que, en las torres, hombres escondidos hasta los hombros, paseaban, al borde de grandes arcos tensos, ruecas de hierro guarnecidas de estopas encendidas. A derecha e izquierda de los elefantes volteaban los honderos, con una honda en la cintura, otra en la cabeza y otra en la mano derecha. Luego los clinabares, cada uno de ellos flanqueado por un negro, tendiendo sus lanzas entre las orejas de sus caballos, cubiertos de oro, como ellos. A continuación se espaciaban los soldados armados a la ligera, con escudos de piel de lince por los que sobresalían las puntas de las jabalinas que tenían en su mano izquierda; y los tarentinos, guiando dos caballos apareados, apoyaban en sus dos extremos esta muralla de soldados.

El ejército de los bárbaros, por lo contrario, no había podido mantener su alineación. En su longitud exorbitante aparecían ondulaciones y vacíos. Todos jadeaban por haber corrido.

La falange se tambaleaba pesadamente, levantando to-

das sus lanzas. Ante aquel peso enorme, la línea de los mercenarios, demasiado delgada, no tardó en doblarse por la mitad.

Entonces las alas de los cartagineses se desplegaron para apresarlos; los elefantes los siguieron. Con sus lanzas oblicuamente tendidas, la falange cortó a los bárbaros; agitáronse dos troncos enormes; las alas, a tiro de honda y de flecha, los arrojaban sobre los falangistas. Para desembarazarse de ellos, faltaba la caballería, salvo doscientos númidas que se arrojaron contra el escuadrón derecho de los clinabares. Todos los demás estaban encerrados sin poder salir de sus líneas. El peligro era inminente y urgía una resolución.

Espendio ordenó atacar simultáneamente por los dos flancos a fin de pasar de través. Pero las filas más estrechas resbalaron sobre las más largas, volvieron a su sitio y se revolvió contra los bárbaros, tan terrible por sus lados como lo era había un momento por su frente.

Golpeaban ellos con el asta de sus lanzas; pero la caballería, por detrás, dificultaba su ataque; y la falange, apoyada en los elefantes, se estrechaba y se alargaba, se presentaba en cuadro, en cono, en rombo, en trapecio, en pirámide. Un doble movimiento interior se sostenía constantemente desde su cabeza hasta su cola; pues los que estaban en lo bajo de las filas corrían hacia las primeras y éstos, por cansancio o por heridas, se replegaban más abajo. Los bárbaros se vieron atropellados por la falange. Les era imposible avanzar. Parecía aquello un océano en el que saltaban penachos rojos con placas de bronce, mientras que los claros broqueles rodaban como espuma de plata. Alguna vez, de un extremo a otro, descendían anchas corrientes; luego, ascendían, y en medio de ellas se mantenía inmóvil una pesada masa. Las lanzas se inclinaban y se erguían, alternativamente. Además, era una agitación de espadas desnudas tan precipitada, que sólo aparecían las puntas y cargas de caballería ensanchaban los círculos que se cerraban tras ellas como torbellinos.

Dominando la voz de los capitanes, el clamor de los

clarines y el vibrar de las liras, las balas de plomo y las pellas de barro pasaban silbando por el aire, haciendo saltar las espadas de las manos y los sesos de los cráneos. Los heridos, protegiéndose con un brazo con su broquel, extendían su espada apoyando el pomo contra el suelo, y otros, entre mares de sangre, se retorcían para morder los talones. La multitud era tan compacta, el polvo tan espeso, el tumulto tan fuerte, que era imposible distinguir nada. Ni aun los poltrones que ofrecían rendirse fueron escuchados. Cuando las manos estaban vacías, se estrechaban cuerpo a cuerpo; los pechos crujían contra las corazas y cadáveres pendían con la cabeza caída hacia atrás, entre dos brazos crispados. Hubo una compañía de sesenta umbrios que, firmes sobre sus piernas, la pica ante los ojos, inconmovibles y rechinando los dientes, obligaron a retroceder a dos syntagmes a la vez. Pastores epirotas corrieron al escuadrón izquierdo de los clinabares y asieron sus caballos por las crines haciendo voltear sus palos. Las bestias, derribando a sus hombres, huyeron por la llanura. Los honderos púnicos, apartados acá y allá, permanecían absortos. La falange comenzaba a oscilar, los capitanes corrían despavoridos, los guardafilas empujaban a los soldados y los bárbaros se habían rehecho y volvían. La victoria estaba por ellos.

Pero un grito, un grito espantoso hendió el aire; un rugido de dolor y de cólera. Eran los setenta y dos elefantes que se precipitaban en una doble línea. Amílcar había esperado que los mercenarios estuviesen agrupados en un solo lugar para lanzarlos contra ellos. Los indios los habían pinchado tan vigorosamente, que la sangre corría por sus largas orejas. Sus trompas, embadurnadas de minio, se mantenían tiesas en el aire como rojas serpientes; sus pechos estaban guarnecidos con un espolón, sus lomos con una coraza, sus colmillos alargados con láminas de hierro curvas como sables, y, para hacerlos más feroces, se los había emborrachado con una mezcla de pimienta, de vino puro y de incienso. Los animales sacudían sus collares de campanillas y barritaban, y los karnaques bajaban la cabeza

bajo la lluvia de flechas que comenzaban a volar desde las torres.

A fin de resistirlos mejor, los bárbaros se aglomeraron en una masa compacta. Los elefantes se lanzaron en medio de ella, impetuosamente. Los espolones de su petral, como las proas de un navío, hendían las cohortes, que refluían en gruesos hervideros. Los elefantes, con sus trompas, ahogaban a los hombres, o bien, arrancándolos del suelo, los entregaban por encima de sus cabezas a los soldados de las torres; con sus colmillos los desventraban, los lanzaban al aire y largas tiras de entrañas pendían de sus garfios de marfil como paquetes de cuerdas de los mástiles. Los bárbaros trataban de sacarles los ojos y de cortarles los corvejones. Otros se deslizaban bajo su vientre y les hundían una espada hasta la empuñadura, pereciendo aplastados. Los más intrépidos se agarraban a sus correas, bajo las llamas, bajo las flechas, bajo las balas, continuaban cortando las correas, y la torre de mimbre se derrumbaba como una torre de piedra. Catorce de los que se hallaban en la extremidad derecha, irritados por sus heridas, se revolvieron contra la segunda fila; los indios cogieron su mazo y su cincel, se lo aplicaron sobre el testuz y haciendo girar el brazo, descargaron sobre él un gran golpe.

Las enormes bestias se derrumbaron; cayeron unas sobre otras. Fué como una montaña y sobre aquel montón de cadáveres y de armaduras, un elefante monstruoso, llamado *Furor de Baal*, aprisionado por la pata entre dos cadenas, permaneció hasta la noche, barritando, con una flecha en un ojo.

Mientras tanto los otros, como conquistadores que se complacen en su exterminio, derribaban, aplastaban, pisoteaban, se cebaban en los cadáveres y en los despojos. Para rechazar los manípulos apretados en corona en torno a ellos, giraban sobre sus patas traseras con un movimiento de rotación continuo, avanzando siempre. Los cartagineses sintieron redoblar su vigor y la batalla recomenzó.

Los bárbaros se debilitaban, hoplitas griegos lanzaron las armas y el pánico se apoderó de los otros. Se vió a Es-

pendio inclinado sobre su dromedario, al que espoleaba en los lomos con dos dardos. Todos, entonces, se precipitaron por las alas y corrieron hacia Utica.

Los clinabares, cuyos caballos no podían más, no intentaron seguirlos. Los ligures, extenuados de sed, gritaban para dirigirse al río. Pero los cartagineses, colocados en medio de los syntagmes, y que habían sufrido menos, se estremecían de deseo ante su venganza, que huía. Ya se lanzaban en persecución de los mercenarios, cuando Amílcar se presentó.

Refrenaba con sus riendas de plata su caballo atigrado, cubierto de sudor. Las cintas atadas a los cuernos de su casco chasqueaban al viento a su espalda y sobre su muslo izquierdo había puesto su escudo oval. Con un movimiento de su pica de tres puntas, detuvo al ejército.

Los tarentinos saltaron rápidos de su caballo sobre el otro y partieron a la desbandada hacia el río y hacia la ciudad.

La falange exterminó cómodamente todo cuanto quedaba de los bárbaros. Cuando veían las espadas, ofrecían su garganta, cerrando los ojos. Otros se defendieron rabiosamente; se los mató desde lejos, a pedradas, como perros rabiosos. Amílcar había recomendado hacer prisioneros. Pero los cartagineses le obedecían con rencor; tan grande era el placer que experimentaban hundiendo sus espadas en los cuerpos de los bárbaros.

Como tenían mucho calor se pusieron a trabajar con los brazos desnudos, como los segadores; y cuando se interrumpían para tomar aliento, seguían con la vista, por el campo, a un jinete galopando tras un soldado que corría. Logró asirlo por el pelo, lo sujetó así durante algún tiempo, y luego lo tumbó de un hachazo.

Cayó la noche. Los cartagineses y los bárbaros habían desaparecido. Los elefantes, que habían huído, vagaban por el horizonte con sus torres incendiadas. Ardían acá y allá, en las tinieblas, como faros semiperdidos en la bruma. Y no se advertía otro movimiento en la llanura que la ondulación del río crecido por los cadáveres que arrastraba hacia el mar.

Dos horas después llegó Matho. A la claridad de las estrellas entrevió largos y desiguales montones tendidos por tierra.

Eran filas de bárbaros. Se inclinó. Todos estaban muertos. Llamó. No le respondió nadie.

La misma mañana había dejado a Hippo-Zaryte con sus soldados para marchar sobre Cartago. En Utica, el ejército de Espendio acababa de partir y los habitantes comenzaban a incendiar las máquinas. Todos se habían batido con encarnizamiento. Pero redoblando de un modo incomprensible el tumulto que se oía hacia el puente, Matho se había lanzado por el camino más corto, a través de la montaña, y como los bárbaros huían por la llanura, no había encontrado a nadie.

Frente a él alzábanse en las sombras pequeñas masas piramidales y a la parte de acá del río, más cerca, veíase a flor de tierra luces inmóviles. En efecto, los cartagineses se habían replegado detrás del puente y, para engañar a los bárbaros, el sufeta había establecido numerosos puestos en la otra orilla.

Matho, avanzando más, creyó distinguir enseñas púnicas, pues cabezas de caballo que no se movían aparecían en el aire, clavadas en el extremo de picas formando haces que no podían ser vistos. Más lejos oyó un gran rumor; un ruido de canciones y de golpes asestados.

Entonces, no sabiendo dónde se encontraba ni cómo descubrir a Espendio, presa de angustia infinita, asustado, perdido en las tinieblas, se volvió por el mismo camino, más impetuosamente.

Apuntaba el alba cuando, desde lo alto de la montaña, divisó la ciudad con los armazones de las máquinas de guerra ennegrecidos por las llamas, como esqueletos de gigantes que se apoyasen en los muros.

Todo reposaba en un silencio y en una postración extraordinarios. Entre sus soldados, al borde de las tiendas, hombres casi desnudos dormían de espaldas o tendidos con la frente sobre el brazo que sostenía su coraza. Algunos quitaban de sus piernas tiras de tela ensangrentadas. Los

que iban a morir movían su cabeza suavemente; otros, arrastrándose, les daban de beber. A lo largo de los estrechos caminos, los centinelas andaban para entrar en calor, o con el rostro dirigido hacia el horizonte, con su pica al hombro, esperaban en fiera actitud.

Matho halló a Espendio al abrigo de un jirón de tela sostenido por cuatro palos, sentado en el suelo, con las rodillas entre las manos y la cabeza baja.

Largo tiempo permanecieron sin hablar.

Al fin, Matho murmuró:

— ¡Vencidos!

Espendio repitió con torvo acento:

— ¡Sí, vencidos!

Y a todas las preguntas contestaba con gestos desesperados.

Mientras tanto, llegaban hasta ellos suspiros y estertores.

Matho entreabrió la tela. Entonces el espectáculo de los soldados le recordó otro desastre, en el mismo lugar, y rechinando los dientes, dijo:

— ¡Miserable! Ya una vez...

Espendio le interrumpió:

— ¡Tú no estabas aquí tampoco!

— ¡Es una maldición! — exclamó Matho. — ¡No obstante, al fin, lo esperaré, lo venceré, lo mataré! ¡Ay, si yo hubiese estado aquí!... — La idea de haber faltado a la batalla lo desesperaba más aún que la derrota. Arrancó su espada y la arrojó a tierra. — ¿Pero cómo os han derrotado los cartagineses?

El antiguo esclavo se puso a relatar las maniobras. Matho creía verlas y se irritaba. El ejército de Utica, en lugar de correr hacia el puente, debió haber atacado a Amílcar por la espalda.

— ¡Ya lo sé! — dijo Espendio.

— Era preciso doblar tus fondos, no comprometer a los vélites contra la falange; dar salidas a los elefantes. En el último momento, todo podía volver a ganarse. Nada obligaba a huir.

Espendio respondió:

— Yo lo he visto pasar con su gran capa roja, levantados los brazos, más alto que la polvareda, como un águila que volase al lado de las cohortes. Y a todos los signos de su cabeza, las falanges se estrechaban, se ensanchaban; la multitud nos ha arrastrado a unos contra otros. El me miraba... He sentido en mi corazón como el frío de una espada.

— ¿Habrá escogido, acaso, el día?— se dijo Matho por lo bajo.

Hacíanse mutuas preguntas tratando de descubrir lo que había guiado al sufeta, precisamente en las circunstancias más desfavorables. Hablaron de la situación y para atenuar su falta e infundirse valor, Espendio indicó que aún quedaba esperanza.

— Quede o no quede ya, ¿qué importa? — dijo Matho. — Yo solo continuaré la guerra.

— ¡Y yo también! — exclamó el griego dando un salto. Andaba a grandes pasos; sus pupilas centelleaban y una extraña sonrisa dilataba su cara de chacal.

— ¡Volveremos a comenzar, no importa! Yo no estoy hecho para las grandes batallas al aire libre. El centelleo de las espadas me nubla la vista. Es una enfermedad; yo he vivido demasiado tiempo en los ergástulos. Pero dame murallas que escalar por la noche y entraré en las ciudadelas y se habrán enfriado los cadáveres antes de que canten los gallos. Indícame algo, un enemigo, un tesoro, una mujer... ¡Una mujer — repetía, — aunque fuese la hija de un rey, y yo colmaré tu deseo trayéndola a tus pies! Tú me reprochas haber perdido la batalla contra Hannón y, no obstante, la gané. ¡Confiésalo! Mi piara de puercos nos ha servido más que una falange de esparciatas.—Y, cediendo a la necesidad de realzarse y tomar el desquite, enumeró todo cuanto había hecho por la causa de los mercenarios. — Fuí yo, en los jardines del sufeta, quien alentó al galo. Más tarde, en Sicca, los envalentoné a todos con el miedo a la República. Giscon volvía a atraerlos; pero yo impedí que hablasen los intérpretes. ¡Ah, cómo les colgaba la lengua fuera de la boca! ¿Te acuerdas? Yo te conduje a Cartago; yo he robado

el zaimf; yo te llevé a la casa de ella. ¡Aún haré más! ¡Habrás de verlo!... — Y rompió a reír como un loco.

Matho lo contemplaba con ojos pasmados. Delante de aquel hombre, que era, a la vez, tan poltrón y tan terrible, experimentaba una especie de malestar.

El griego continuó con acento jovial, haciendo castañetear sus dedos.

— ¡Evohé! ¡Después de la lluvia, el sol! Yo he trabajado en las canteras; yo he bebido másico en un barco mío, bajo un dosel de oro, como un Ptolomeo. La desgracia debe servirnos para hacernos más hábiles. A fuerza de trabajo se llega a forzar la fortuna. Ésta ama a los políticos. ¡Ya cederá!

Acercóse a Matho y lo tomó de un brazo.

— Amo: los cartagineses están ahora seguros de su victoria. Tú tienes todo un ejército que no ha combatido aún y tus hombres te obedecen. Colócalos delante; los míos, para vengarse, los seguirán. Me quedan tres mil carios, mil doscientos honderos y arqueros; ¡cohortes enteras! ¡Hasta se puede formar una falange! ¡Volvámonos!

Matho, atontado por el desastre, no había imaginado hasta entonces nada para salir de él. Escuchaba, con la boca abierta, y las placas de bronce que cubrían sus costados se alzaban con los latidos de su corazón. Recogió su espada, gritando:

— ¡Sígueme! ¡Vamos!

Pero cuando llegaron las luces del día, anunciaron que los muertos de los cartagineses habían sido retirados, volado el puente y Amílcar desaparecido.

IX

En campaña

AMÍLCAR había pensado que los mercenarios lo esperarían en Utica o que se revolverían contra él; y no contando con fuerzas suficientes para dar el ataque ni para recibirlo, se había dirigido al sur, por la orilla derecha del río, lo que le ponía inmediatamente al abrigo de una sorpresa.

Quería, cerrando los ojos ante su sublevación, separar todas las tribus de la causa de los bárbaros; luego, cuando estuviesen aislados en las provincias, caería sobre ellos y los exterminaría.

En catorce días pacificó la región comprendida entre Thuccaber y Utica, con las ciudades de Tignicabah, Tessurah, Vacca y otras más del occidente. Zunghar, edificada en las montañas; Assurás, célebre por su templo; Djerado, fértil en enebros; Thapitis y Hagur le enviaron embajadas. Las gentes del campo llegaban con las manos llenas de víveres, implorando su protección, besando sus pies y los de los soldados, quejándose de los bárbaros. Algunos llegaron ofreciéndole en sacos cabezas de mercenarios muertos por ellos, según decían, pero que habían cortado a los cadáveres, pues muchos se habían perdido al huir y se los hallaba

muertos de trecho en trecho, bajo los olivos y en las viñas.

Para deslumbrar al pueblo, Amílcar, desde el día siguiente a la victoria, había enviado a Cartago los dos mil cautivos hechos en el campo de batalla. Llegaban en largas compañías de cien hombres cada una, con los brazos atados a la espalda con una barra de bronce que les cogía la nuca, y los heridos, ensangrentados, corrían también. Jinetes, detrás de ellos, los acuciaban a latigazos.

Fué un delirio de alegría. Repetíase que había habido seis mil bárbaros muertos; los otros no resistirían; la guerra estaba terminada. Abrazábase la gente en las calles y se untó de manteca y de cinamomo el rostro de los dioses Pateques para darles gracias. Con sus grandes ojos, su grueso vientre y sus brazos levantados hasta los hombros, parecían vivir bajo la pintura reciente y participar de la alegría del pueblo. Los ricos dejaban sus puertas abiertas; la ciudad resonaba con el redoble de los tambores; los templos estaban iluminados todas las noches y las servidoras de la Diosa, descendidas a Malqua, formaron en el ángulo de las plazas tablados de sicómoro en los que se prostituían. Se votó tierras para los vencedores holocaustos para Melkarth, trescientas coronas de oro para el sufeta, y sus partidarios propusieron otorgarle prerrogativas y honores nuevos.

Él había solicitado de los ancianos hacer proposiciones a Autharite para canjear contra todos los bárbaros, si era preciso, el viejo Giscon con los demás cartagineses detenidos como él. Los libios y los nómadas que componían el ejército de Autharite conocían apenas a aquellos mercenarios, hombres de raza itálica o griega; y ya que la República les ofrecía tantos bárbaros contra tan pocos cartagineses, sería porque los unos no tendrían ningún valor y los otros lo tenían considerable. Temieron una añagaza.

Autharite rehusó.

Entonces los Ancianos decretaron la ejecución de los cautivos, por más que el sufeta les hubiese escrito diciendo que no les dieran muerte. Pensaba incorporar a sus tropas los mejores de ellos y excitar las defecciones. Pero el odio aventó toda reserva.

Los dos mil bárbaros fueron atados en los Mappales contra las estelas de las tumbas; y mercaderes, pinches de cocina, bordadores y hasta mujeres, las viudas de los muertos, con sus hijos, todos los que querían, iban a matarlos a flechazos. Se les apuntaba lentamente, para prolongar más su suplicio; bajaban el arma y, luego, la levantaban poco a poco, y la multitud se exaltaba aullando. Hubo paralíticos que se hicieron llevar en sus camillas; muchos, por precaución, se llevaban la comida y permanecían allí hasta la tarde; otros pasaban allí la noche. Se había armado tiendas en las que se bebía. Muchos ganaron fuertes sumas alquilando arcos.

Luego se dejó en pie todos los cadáveres crucificados, que, sobre las tumbas, parecían otras tantas estatuas rojas, y la exaltación se apoderaba hasta de las gentes de Malqua, procedentes de familias autóctonas y, de ordinario, indiferentes a las cosas de la patria. Por gratitud a los placeres que ella les proporcionaba, se interesaban ahora en su fortuna, se sentían púnicos, y los ancianos vieron una habilidad en lo de haber fundido en una misma venganza al pueblo entero.

No faltó la sanción de los dioses; pues de todos los puntos del cielo llegaron bandadas de cuervos. Volaban girando en el aire con grandes y roncos croajidos y formando una nube enorme que giraba sobre sí misma continuamente. Se la veía desde Clipea, desde Radas y desde el promontorio de Hermeum. A veces se rompía, de pronto, ensanchando a lo lejos sus espirales negras. Era que un águila cruzaba por en medio y luego desaparecía. En las terrazas, en las cúpulas, en el vértice de los obeliscos y en los frontispicios de los templos se veían grandes pájaros que tenían en sus enrojecidos picos jirones de carne humana.

A causa del hedor, los cartagineses se resignaron a desatar los cadáveres. Se quemó algunos de ellos; otros fueron arrojados al mar y las olas, impulsadas por el viento norte, los depositaron en la playa, en el fondo del golfo, ante el campo de Autharite.

Este castigo había aterrorizado a los bárbaros, sin duda,

pues desde lo alto de Eschmun se les vió desmontar sus tiendas, reunir sus rebaños, colocar sus bagajes sobre asnos y, por la tarde del mismo día, el ejército entero se alejó.

Debía, colocándose entre la montaña de las Aguas Calientes e Hippo-Zaryte, impedir al sufeta la aproximación de las ciudades tirias con la posibilidad de un regreso a Cartago.

Durante este tiempo los otros dos ejércitos tratarían de esperar en el sur, Espendio por oriente, Matho por occidente, de modo de reunirse los tres para sorprenderlo y derrotarlo. Luego llegó un refuerzo que ya no esperaban: presentóse Narr'Havas, con trescientos camellos cargados de betún, veinticinco elefantes y seis mil jinetes.

El sufeta, para debilitar a los mercenarios, había creído prudente entretenerlo lejos, en su reino. Desde el fondo de Cartago se había entendido con Masgaba, un bandido gétulo que pretendía formarse un imperio. Rico con dinero púnico, el corredor de aventuras había sublevado los Estados númidas prometiéndoles la libertad. Pero Narr'Havas, prevenido por el hijo de su nodriza, había caído en Cirta; había envenenado a los vencedores con el agua de las cisternas, derribado algunas cabezas, restablecido el orden y llegaba contra el sufeta más furioso que los bárbaros.

Los jefes de los cuatro ejércitos se entendieron respecto a las disposiciones de la guerra. Esta sería larga; era preciso preverlo todo.

Se acordó, desde luego, reclamar el auxilio de los romanos y esta comisión fué confiada a Espendio; pero, como tránsfuga, éste no se atrevió a encargarse de ella. Doce hombres de las colonias griegas se embarcaron en Annabá en una chalupa de los númidas. Luego los jefes exigieron a todos los bárbaros el juramento de una obediencia completa. Diariamente los capitanes inspeccionaban los vestidos y los calzados. Hasta se prohibió a los centinelas el uso de broquel, pues con frecuencia lo apoyaban en su lanza y se dormían debajo. Los que llevaban alguna impedimenta fueron obligados a deshacerse de ella. Todo, al estilo romano, debía llevarse a la espalda. Por precaución contra los elefantes,

Matho instituyó un cuerpo de jinetes catafractes, en el que el hombre y el caballo desaparecían bajo una coraza de piel de hipopótamo erizada de clavos; y para proteger el casco de los caballos se les dotó de botines de trenza de esparto.

Fué prohibido saquear los pueblos y tiranizar a los habitantes de raza no púnica. Pero como la comarca se esquilmaba, Matho ordenó distribuir los víveres por cabeza de soldado, sin preocuparse con las mujeres. Al pronto, éstos los partieron con ellas. Faltos de alimentos, muchos se debilitaban. Esto era un motivo incesante de querellas, de invectivas, conquistando muchos la compañera de los otros con la comida y hasta con la promesa de su porción. Matho ordenó expulsarlas a todas, despiadadamente. Ellas se refugiaron en el campo de Autharite; pero los galos y los libios, a fuerza de ultrajes, las obligaron a marcharse.

Al fin llegaron al pie de los muros de Cartago a implorar la protección de Ceres y de Proserpina, pues había en Byrsa un templo y sacerdotes consagrados a estas diosas, en expiación de los horrores cometidos antaño en el sitio de Siracusa. Los sisitas, alegando su derecho de hallazgo, reclamaron las más jóvenes, para venderlas; y los nuevos cartagineses tomaron en matrimonio a las lacedemonias que eran rubias.

Algunas se obstinaron en seguir a los ejércitos. Corrían por el flanco de los syntagmes, al lado de los capitanes. Llamaban a sus hombres; les tiraban de la capa, se golpeaban el pecho maldiciéndolos y mostraban en lo alto de sus brazos los desnudos hijitos que lloraban. Este espectáculo ablandaba a los bárbaros. Aquellas mujeres eran un estorbo, un peligro. Varias veces fueron rechazadas, pero volvieron. Matho hizo cargar sobre ellas, lanza en ristre, por los jinetes de Narr'Havas; y como los baleares le gritaban que necesitaban mujeres, él respondió:

—¡Yo no las tengo!

El genio de Moloch lo invadía. A pesar de las rebeliones de su conciencia, ejecutaba cosas espantosas, imaginándose obedecer la voz de un dios. Cuando no podía saquearlos, Matho arrojaba piedras en los campos para hacerlos estériles.

Por medio de reiterados mensajes apremiaba a Autharite y a Espendio a apresurarse. Pero las operaciones del sufeta eran incomprensibles. El acampó sucesivamente en Eidus, en Monchar, en Tehent. Algunos vigías creyeron divisarlo en las proximidades de Ischiil, cerca de las fronteras de Narr'Havas, y se supo que había cruzado el río más allá de Teburba, como para regresar a Cartago. Apenas aparecía en un paraje, se transportaba a otro. Los caminos que emprendía eran desconocidos siempre. Sin librar batalla, el sufeta conservaba sus ventajas. Perseguido por los bárbaros, parecía guiarlos.

Estas marchas y contramarchas fatigaban aún más a los cartagineses; y las fuerzas de Amílcar, sin renovar, disminuían de día en día. Las gentes del campo les llevaban ya los víveres con más lentitud. Por todas partes tropezaban con una vacilación, con un odio taciturno; y, a pesar de sus súplicas cerca del Gran Consejo, no llegaba socorro alguno de Cartago.

Decíase (y se creía, acaso) que no tenían necesidad de él. Era una treta o lamentaciones inútiles; y los partidarios de Hannón, a fin de perjudicarlo, exageraban la importancia de su victoria. Las tropas que él mandaba realizaban un sacrificio; pero no iba a estarse así, continuamente, atendiendo a todas sus demandas. ¡La guerra era demasiado pesada! Había costado mucho y, por orgullo, los patricios de su bando la apoyaban con flojedad.

Entonces, desesperando de la República, Amílcar obtuvo por la fuerza, de las tribus, todo cuanto necesitaba para la guerra: grano, aceite, madera, animales y hombres. Pero los campesinos no tardaron en desertar. Los pueblos que hallaba a su paso estaban vacíos; se exploraban las cámaras sin hallar nada en ellas; muy pronto una espantosa soledad rodeó al ejército púnico.

Los cartagineses, furiosos, se dedicaron a saquear las provincias; cegaban las cisternas, incendiaban las casas. Las pavesas, arrastradas por el viento, se dispersaban a lo lejos, y bosques enteros ardían en las montañas bordeando los valles con una corona de fuego. Para seguir avanzando era

menester esperar. Luego continuaban su marcha, a pleno sol, sobre las calientes cenizas.

A veces veían a la orilla del camino relucir en un matorral algo como las pupilas de un gato montés. Era un bárbaro, acuclillado, que se había embadurnado de barro para confundirse con el color del follaje; o bien, cuando rodeaban un despeñadero, los que estaban en las alas oían de pronto rodar de piedras; y alzando los ojos, divisaban en los repliegues de la garganta un hombre descalzo que saltaba.

Mientras tanto, Utica e Hippo-Zaryte estaban libres, pues los mercenarios no las sitiaban ya. Amílcar les ordenó acudir en su ayuda. Pero, no atreviéndose a comprometerse, le contestaron en términos vagos, con cumplidos y excusas.

Amílcar volvió hacia el norte, bruscamente, y decidido a abrirse una de las ciudades tirias, tuvo que ponerlas sitio. Necesitaba un punto de apoyo en la costa, a fin de obtener de las islas o de Cirene provisiones y soldados, y ambicionaba el puerto de Utica, como más próximo a Cartago.

El sufeta partió, pues, de Zouitín y rodeó el lago de Hippo-Zaryte con prudencia. Pero muy pronto se vió obligado a colocar sus regimientos en columna para franquear la montaña que separa los dos valles. Al ponerse el sol descendía por su vértice, abierto en forma de embudo, cuando divisaron ante ellos, a flor de tierra, lobas de bronce que parecían correr sobre la hierba.

De pronto se elevaron grandes penachos y, al son de las flautas, estalló un canto formidable. Era el ejército de Espendio; pues los campanienses y los griegos, por odio a Cartago, habían tomado las enseñas de Roma. Al mismo tiempo, por la izquierda, aparecieron largas picas, adargas de piel de leopardo, corazas de lino, hombros desnudos. Eran los iberos de Matho, los lusitanos, los baleares, los gétulos. Oíase el relinchar de los caballos de Narr'Havas que se extendieron en torno a la colina; luego llegó el tropel que mandaba Autharite; los galos, los libios, los nómadas; y enmedio de ellos se destacaban los comedores de cosas inmundas por las espinas de pescado que llevaban en el pelo.

Así, los bárbaros, combinando exactamente sus marchas,

se habían reunido. Pero, sorprendidos ellos mismos, permanecieron inmóviles algunos minutos, consultándose.

El sufeta había amontonado sus hombres en una masa orbicular, de modo que ofreciesen la misma resistencia por todas partes. Los altos broqueles puntiagudos, clavados en los céspedes, unos junto a otros, rodeaban a la infantería. Los clinabares se mantenían afuera y más lejos, de trecho en trecho, los elefantes. Los mercenarios estaban aplanados de fatiga; era mejor esperar al día siguiente; y, seguros de su victoria, los bárbaros, durante toda la noche, se dedicaron a comer.

Habían encendido grandes hogueras que, deslumbrándolos, dejaban en sombras el ejército púnico, debajo de ellos. Amílcar hizo cavar alrededor de su campo, como los romanos, un foso de quince pasos de ancho y de diez codos de hondo; con la tierra extraída, alzar en lo interior un parapeto sobre el cual se hincaron agudos jalones que se entrelazaban y, al salir el sol, los mercenarios quedaron pasmados al ver a los cartagineses atrincherados así, como en una fortaleza.

En medio de las tiendas reconocieron a Amílcar, que se paseaba dando órdenes. Tenía ceñido el cuerpo por una coraza obscura formada con planchitas; y, seguido de su caballo, deteníase de vez en cuando, para indicar algo, con su brazo derecho extendido.

Entonces, más de uno recordó mañanas semejantes, cuando al clamor de los clarines pasaba ante ellos, lentamente, fortificándolos con sus miradas como con copas de vino. Una especie de ternura los sobrecogió. Por lo contrario, los que no conocían a Amílcar, deliraban, locos de alegría, por su presa.

Sin embargo, si todos atacaban a la vez, se perjudicarían mutuamente en un espacio tan corto. Los númidas podían lanzarse de través; pero los clinabares, defendidos por corazas, los aplastarían. Además: ¿cómo franquear las empalizadas? Los elefantes tampoco estaban lo suficientemente instruídos.

— ¡Sois todos unos poltrones! — exclamó Matho.

Y, con los mejores, se precipitó contra la trinchera. Una

nube de piedras los rechazó; pues el sufeta había tomado en el puente sus catapultas abandonadas.

Este fracaso hizo tornar bruscamente el móvil espíritu de los bárbaros. Su exceso de bravura desapareció. Querían vencer, pero arriesgando lo menos posible. Según Espendio, era preciso conservar cuidadosamente la posición lograda y sitiar por hambre al ejército púnico. Pero los cartagineses comenzaron a abrir pozos y descubrieron agua de las montañas que rodeaban la llanura.

Desde la cima de su empalizada lanzaban flechas, tierra, inmundicias, guijarros que arrancaban del suelo, mientras las seis catapultas rodaban incesantemente a lo largo de la terraza.

Pero las fuentes se cegaron por sí mismas; se agotaron los víveres, se desgastaron las catapultas. Los mercenarios, diez veces más numerosos, acabarían por triunfar. El sufeta pensó en negociaciones a fin de ganar tiempo, y una mañana los bárbaros hallaron en sus líneas una piel de carnero cubierta de escrituras. Amílcar se excusaba de su victoria. Los ancianos lo habían obligado a la guerra, y, para demostrarles que mantenía su palabra, les ofrecía el saqueo de Utica o de Hippo-Zarythe, a su elección. Amílcar, al terminar, declaraba no temerlos, porque había sobornado algunos traidores, gracias a los cuales daría fin fácilmente de todos los demás.

Los bárbaros quedaron turbados. La proposición de un botín inmediato los hacía soñar; tenían miedo a una traición, no suponiendo que fuese una trampa la farfantanería del sufeta, y comenzaron a mirarse con desconfianza unos a otros. Se vigilaban las palabras, las marchas; por la noche los despertaban los terrores. Algunos abandonaron a sus compañeros, escogiendo su ejército según su capricho, y los galos, con Autharite, fueron a juntarse con los hombres de la Cisalpina, cuya lengua entendían.

Los cuatro jefes se reunían todas las tardes en la tienda de Matho. Acuclillados en torno a un broquel, hacían avanzar y retroceder atentamente las figuritas de madera inventadas por Pirro para reproducir las maniobras. Espen-

dio demostraba los recursos de Amílcar; suplicaba no comprometer la ocasión y juraba por todos los dioses. Matho, irritado, caminaba gesticulando. La guerra contra Cartago era cosa suya, personal. Indignábase al ver que los otros se mezclaban en ello sin querer obedecerle. Autharite, por su cara adivinaba sus palabras y aplaudía. Narr'Havas alzaba la barbilla en señal de desprecio; no había medida que él no juzgase funesta; no sonreía jamás. Escapábansele suspiros como si ahogase el dolor de un sueño imposible, la desesperanza en una empresa fallida.

Mientras los bárbaros, inciertos, deliberaban, el sufeta aumentaba sus defensas. Hizo abrir más a lo interior de la empalizada un segundo foso, elevar una nueva muralla, construir en los ángulos torres de madera; y sus esclavos iban hasta las avanzadas a ocultar cepos en la tierra. Pero los elefantes, cuya ración se había disminuído, se agitaban en sus trabas. Para economizar hierba ordenó a los clinabares que matasen los caballos menos robustos. Algunos se negaron a ello y los hizo decapitar. Se comieron los caballos. Los días siguientes, el recuerdo de esta carne fresca fué una tristeza grande.

Del fondo del anfiteatro en que estaban encerrados veían alrededor, en las alturas, los cuatro campamentos de los bárbaros llenos de agitación. Circulaban mujeres con odres en la cabeza; cabras, balando, vagaban por entre los haces de picas; se relevaban los centinelas, se comía en torno a las trébedes. En efecto; las tribus les suministraban víveres en abundancia, y ellos mismos no suponían cuánto asustaba su inacción al ejército púnico.

Desde el segundo día los cartagineses habían observado en el campo de los nómadas un tropel de trescientos hombres, separado de los otros. Eran los ricos, hechos prisioneros desde el comienzo de la guerra. Unos libios los alinearon al borde del foso, y escondidos detrás de ellos, lanzaban dardos, formándose un reducto con sus cuerpos. Apenas podía reconocerse a aquellos miserables, pues su faz desaparecía bajo la suciedad y la miseria. Sus cabellos, arrancados a trechos, mostraban al desnudo las úlceras de su cabeza; y

estaban tan delgados y tan repugnantes que parecían momias entre sus andrajos. Algunos, temblando, sollozaban con aire estúpido; otros gritaban a sus amigos que tirasen contra los bárbaros. Había uno, inmóvil, con la frente baja, que no hablaba. Su gran barba blanca caía hasta sus manos cargadas de cadenas; y los cartagineses, sintiendo en el fondo de su corazón como el derrumbamiento de la República, reconocieron a Giscon. Aunque el sitio fuese peligroso, se asomaban para verlo. Le habían puesto en la cabeza una tiara grotesca, de cuero de hipopótamo, incrustada de guijarros. Ello fué idea de Autharite; pero desagradaba a Matho.

Amílcar, desesperado, hizo abrir las empalizadas, resuelto a abrirse paso fuese como fuese; y con un impulso furioso, los cartagineses subieron hasta media pendiente, durante trescientos pasos. Descendió sobre ellos tal oleada de bárbaros que fueron rechazados a sus líneas. Uno de los guardias de la Legión, que quedó afuera, vacilaba entre las piedras. Zarxas acudió y derribándolo le hundió un puñal en la garganta. Lo sacó luego y se arrojó sobre la herida — y con la boca pegada a ella, con gruñidos de alegría y estremecimientos que lo sacudían hasta los talones, chupaba la sangre a pleno pulmón. Luego, tranquilamente, se sentó sobre el cadáver, levantó la cabeza, volviendo el cuello para aspirar mejor el aire como una cierva que acaba de beber en un torrente, y con voz aguda entonó una canción de los baleares, una vaga melodía llena de modulaciones prolongadas, interrumpiéndose, alternando, como ecos que se responden en las montañas. Llamaba a sus hermanos muertos y los convidaba a un festín; luego dejó caer las manos entre sus piernas, bajó la cabeza lentamente y lloró. Esto, tan atroz, causó horror a los bárbaros, sobre todo a los griegos.

Los cartagineses, a partir de aquel momento, no intentaron ninguna salida; y no pensaban en rendirse por miedo a perecer en los suplicios.

Mientras tanto, los víveres, a pesar de los cuidados de Amílcar, disminuían espantosamente. No quedaban más

que diez k'komer de trigo por cada hombre, tres hin de maíz y doce betza de frutas secas. Nada de carne, nada de aceite, nada de salazones, ni un grano de cebada para los caballos. Veíaselos, bajando su enflaquecido cuello, buscar entre el polvo briznas de paja pisoteadas. A menudo, los centinelas en acecho sobre la terraza veían a la luz de la luna un perro de los bárbaros que iba a husmear al pie de las trincheras, entre las inmundicias. Lo mataban con una piedra y, por medio de las correas de un escudo, se descendía de la empalizada, y luego, sin decir nada, se lo comían. A veces se oían horribles alaridos y el hombre no se levantaba ya. En la cuarta diloquia de la duodécima syntagme, tres falangistas, disputándose una rata, se mataron a puñaladas.

Todos añoraban sus familias, sus casas; los pobres, sus cabañas en forma de colmena con conchas en el umbral de sus puertas y una red colgando; y los patricios sus grandes salas llenas de tinieblas azuladas, cuando, a la hora más pesada del día, reposaban escuchando el vago rumor de las calles mezclado al temblar de las hojas que se agitaban en sus jardines — y, para hundirse más en este pensamiento, a fin de gozarlo más, entornaban los párpados. El escozor de una herida los despertaba. Cada minuto era un empeño nuevo, un nuevo alerta; ardían las torres, los comedores de cosas inmundas asaltaban las empalizadas. Se les cortaba las manos a hachazos. Acudían otros; una lluvia de hierro caía sobre sus tiendas.

Se alzaban galerías con esteras de juncos para protegerse contra los proyectiles. Los cartagineses se encerraron en ellas. No se movían de allí.

Todos los días el sol que giraba sobre la colina, abandonando desde las primeras horas el fondo del desfiladero, los dejaba en la sombra. En frente y por detrás, las pendientes grises del terreno se alzaban cubiertas de piedras moteadas de raros líquenes, y, sobre sus cabezas, el cielo, continuamente puro, se extendía más liso y frío a la vista que una cúpula de metal. Amílcar estaba tan indignado contra Cartago que sentía deseos de pasarse a los bárbaros para guiar-

los contra ella. Luego, los mozos, los vivanderos, los esclavos, comenzaron a murmurar, y ni el pueblo ni el Gran Consejo, nadie, enviaba la menor esperanza. La situación era intolerable, sobre todo, ante la idea de que se pondría peor.

Ante la noticia del desastre, Cartago había saltado de cólera y de rabia. Se habría aborrecido menos al sufeta, si desde el primer momento se hubiese dejado vencer.

Pero, para comprar otros mercenarios faltaba tiempo y faltaba dinero. En cuanto a levar soldados en la ciudad, ¿cómo equiparlos? ¡Amílcar había tomado todas las armas! ¿Y quién los mandaría? ¡Los mejores capitanes se hallaban con él! Mientras tanto, hombres enviados por el sufeta llegaban a las calles lanzando gritos. El Gran Consejo se conmovió y los hizo desaparecer.

Era una prudencia inútil. Todos acusaban a Barca de haber procedido con blandura. Después de su victoria debió haber aniquilado a los mercenarios. ¿Por qué había saqueado las tribus? ¡Bastantes y pesados sacrificios se habían impuesto! Y los patricios se lamentaban de su contribución de catorce shekel; los sysitas de sus doscientos veintitrés mil kikar de oro y los que no habían dado nada se quejaban como los demás. El populacho estaba celoso de los nuevos cartagineses, a quienes se había prometido el derecho de ciudadanía completo; y hasta los ligures, que tan intrépidamente se habían batido, se los confundía con los bárbaros, se les maldecía como a ellos. Su raza era un crimen, una complicidad. Los mercaderes en el umbral de sus tiendas, los albañiles que pasaban con una regla de plomo en la mano, los vendedores de salazones enjugando sus cestos, los bañeros en las estufas y los vendedores de bebidas calientes, todos discutían las operaciones de la campaña. Se trazaba con el dedo sobre el polvo planes de batallas, y no había granujilla, por insignificante que fuese, que no supiese corregir las faltas de Amílcar.

Según los sacerdotes, aquello era el castigo por su enorme impiedad. No había ofrecido holocaustos; no había purificado sus tropas; hasta había rehusado llevar augures

consigo. — Y el escándalo del sacrilegio reforzaba la violencia de los odios contenidos, la rabia de las esperanzas fallidas. Sacáronse a colación los desastres de Sicilia y toda la carga de su orgullo, que tanto tiempo habían soportado. Los colegas de los pontífices no le perdonaban haber tomado su tesoro y exigían al Gran Consejo palabra de crucificarlo si alguna vez se presentase.

Los calores del mes de Elul, excesivos aquel año, eran otra calamidad. De las orillas del lago se elevaba un hedor nauseabundo que se esparcía por el aire con las humaredas de aromas que se quemaban en los rincones de las calles. Se oía continuamente el eco de los himnos; oleadas de pueblo ocupaban las escaleras de los templos; todas las murallas estaban cubiertas de velos negros; ardían cirios en el frontispicio de los dioses Pateques, y la sangre de los camellos degollados en sacrificio, corriendo a lo largo de las rampas, formaba sobre los escalones rojas cascadas. Un fúnebre delirio invadía a Cartago. Del fondo de las más estrechas callejuelas, de los zaquizamíes más negros, salían rostros pálidos, hombres de perfil viperino que rechinaban los dientes. Los agudos alaridos de las mujeres henchían las casas y filtrándose por las rejas, hacían volverse a los que hablaban en la plaza. A veces se creía que llegaban los bárbaros; se los había divisado detrás de la montaña de las Aguas Calientes; estaban acampados en Túnez, y las voces se multiplicaban, crecían, se confundían en un solo clamor. Luego, un silencio universal se imponía; unos permanecían encaramados en el frontis de los edificios, con la mano extendida a la altura de los ojos, mientras que otros, tumbados en las fortificaciones, aguzaban el oído. Pasado el terror volvieron a comenzar las cóleras. Pero la convicción de su impotencia los sumía nuevamente en la misma tristeza.

Ésta se redoblaba todas las tardes, cuando subidos todos a las terrazas, lanzaban, inclinándose nueve veces, un prolongado grito para saludar al sol, que se ponía por detrás de la laguna, lentamente, y luego, de pronto, desaparecía en las montañas por el lado de los bárbaros.

Esperábase la fiesta tres veces santa en la que, desde

lo alto de una pira, elevábase un águila hacia el cielo, símbolo de la resurrección del año, mensaje del pueblo a su Baal supremo y que él consideraba como una especie de unión; un modo de adherirse a la fuerza del sol. Por otra parte, henchido en la actualidad de rabia, volvíase ingenuamente hacia el Moloch Homicida y todos abandonaban a Tanit. En efecto, no teniendo ya su velo la Rabetna, estaba como despojada de una parte de su virtud. Ella rehusaba el beneficio de sus aguas; había desertado a Cartago; era una tránsfuga, una enemiga. Algunos, para ultrajarla, le arrojaban piedras; pero mientras la insultaban, muchos la compadecían; aún se la acariciaba, y, acaso, más profundamente.

Todas las desgracias venían, pues, de la pérdida del zaimf. Salambó, aunque indirectamente, había sido copartícipe de ello; se la incluía en el mismo rencor; debía ser castigada. La vaga idea de una inmolación circuló rápidamente por el pueblo. Para apaciguar a los Baalim, era menester, sin duda, ofrecerles algo de incalculable valor; un ser hermoso, joven, virgen, de antigua casa, salido de los dioses, un astro humano. Todos los días hombres desconocidos invadían los jardines de Megara; los esclavos, temblando por sí mismos no se atrevían a oponérseles. No obstante, los invasores no se atrevían a rebasar la escalera de las galeras. Quedábanse todos abajo, con la mirada fija en la última terraza. Esperaban a Salambó y durante horas enteras gritaban contra ella, como perros que aullasen a la luna.

X

La serpiente

Los clamores del populacho no alarmaban a la hija de Amílcar.

Inquietudes más profundas la turbaban. Su gran serpiente, el pitón negro, languidecía; y la serpiente era para los cartagineses un fetiche a la vez racional y particular. Creíasela hija del limo de la tierra, ya que surgía de las profundidades de la misma y carecía de pies para recorrerla. Su marcha recordaba las ondulaciones de los ríos; su temperatura, las antiguas tinieblas viscosas, llenas de fecundidad; y el círculo que describía al morderse la cola, el conjunto de los planetas, la inteligencia de Eschmun.

La de Salambó había rehusado ya varias veces los cuatro gorriones vivos que se le ofrecían a cada luna nueva. Su bella piel, cubierta, como el firmamento, de manchas de oro sobre un fondo perfectamente negro, era actualmente amarillo, fláccido, arrugado y demasiado ancho para su cuerpo. Un moho algodonado se extendía por su cabeza y en el ángulo de sus ojos advertíanse puntitos rojos que parecían moverse. De vez en cuando Salambó se acercaba a su canastilla de hilos de plata; separaba la cortina de púrpura,

las hojas de loto, el plumón de ave y la hallaba enroscada sobre sí misma más inmóvil que una liana marchita. Y, a fuerza de mirarla, acababa por subir en su corazón como otra serpiente que, poco a poco, se le subiese a la garganta y la estrangulase.

Estaba desesperada por haber visto el zaimf y, no obstante, experimentaba por ello una especie de alegría, un orgullo íntimo. Un misterio se ocultaba en el esplendor de sus pliegues; era la nube que envolvía a los dioses, el secreto de la existencia universal, y Salambó, horrorizada de sí misma, lamentaba no haberlo levantado.

Casi siempre permanecía en el fondo de su departamento, teniendo entre sus manos la pierna izquierda doblada, la boca entreabierta, caído el mentón, fija la mirada. Recordaba con espanto el rostro de su padre; quería ir en peregrinación a las montañas de Fenicia, al templo de Afaka, donde había descendido Tanit en forma de estrella. Toda clase de proyectos la atraían y la asustaban y, por otra parte, una soledad cada vez mayor la rodeaba. Ni siquiera sabía nada de lo que le ocurría a Amílcar.

Cansada, al fin, de sus pensamientos, se levantaba y arrastrando sus diminutas sandalias, cuya suela golpeaba sus talones a cada paso, paseábase al azar, por su cámara, silenciosa. Las amatistas y los topacios del techo hacían temblar dispersas manchas luminosas, y Salambó, mientras andaba, volvía un poco la cabeza para verlas. Tomaba por el cuello las ánforas colgadas; refrescábase el pecho con anchos abanicos o se entretenía quemando cinamomo en perlas huecas. Al ponerse el sol, Taanach retiraba los rombos de fieltro negro que tapaban las aberturas del muro; entonces sus palomas, untadas de almizcle, como las palomas de Tanit, entraban de pronto y sus rojas patitas resbalaban sobre las losetas de cristal, entre los granos de trigo que ella les arrojaba a puñados, como un sembrador en los campos. Pero súbitamente prorrumpía en sollozos y permanecía tendida sobre el gran lecho formado con correas de buey, sin moverse, repitiendo una palabra, siempre la misma, con los ojos abiertos, pálida como una muerta, in-

sensible, fría; y en tanto, oía el grito de los monos en las copas de las palmeras, con el chirrido continuo de la gran rueda que, a través de los pisos, llevaba un chorro de agua pura a la taza de pórfido.

A veces, durante varios días, se negaba a comer. Veía entre sueños astros agitados que pasaban bajo sus pies. Llamaba a Schahabarim y, cuando éste llegaba, no tenía nada que decirle.

No podía vivir sin el consuelo de su presencia; pero, interiormente se revolvía contra este dominio. Sentía hacia el sacerdote celos, odio y una especie de amor, a la vez, como reconocimiento de la singular voluptuosidad que hallaba junto a él.

Éste había reconocido la influencia de la Rabbet, hábil en distinguir cuáles eran los dioses que enviaban las enfermedades; y, para curar a Salambó, hacía regar su departamento con lociones de verbena y de adianto; todas las mañanas comía mandrágoras, dormía con la cabeza apoyada sobre un saquillo de hierbas aromáticas mezcladas por los pontífices; hasta había empleado el baarás, raíz de color de fuego que rechaza hacia el septentrión los genios funestos. En fin, volviéndose hacia la estrella polar murmuraba por tres veces el nombre misterioso de Tanit; pero las angustias de Salambó, sufriendo siempre, se aumentaban.

Nadie era tan sabio como él en Cartago. En su juventud había estudiado en el colegio de los Mogbeds, en Borsippa, cerca de Babilonia; después visitó Samotracia, Pesinunte, Éfeso, Thesalia, Judea y los templos de los nabateos, perdidos en las arenas; y desde las cataratas hasta el mar, había recorrido a pie las orillas del Nilo. Con el rostro cubierto con un velo y agitando antorchas, había arrojado un gallo negro a una hoguera de sandáraca, ante el petral de la Esfinge, padre del terror. Había descendido a las cavernas de Proserpina; había visto girar las quinientas columnas del laberinto de Lemnos y resplandecer el candelabro de Tarento, sosteniendo en su fuste tantas lámparas como días tiene el año. A veces, por la noche, recibía la visita de algunos griegos para interrogarlos. La constitución del mun-

do no le inquietaba menos que la naturaleza de los dioses. Con las esferas armilares colocadas en el pórtico de Alejandría había observado los equinoccios y acompañado hasta Cirene a los bematistas de Evergetes, que miden el cielo calculando el número de sus pasos; — por más que en la actualidad se desarrollaba en su mente la idea de una religión particular, sin fórmula distinta, y, a causa de esto, llena de vértigos y de ardores. No creía él que la tierra fuese hecha como una piña; la creía redonda, cayendo eternamente en la inmensidad, con una rapidez tan vertiginosa que no se advertía su caída.

De la posición del sol sobre la luna deducía el predominio de Baal, de quien el astro mismo no es más que el reflejo y la figura. Además, todas cuantas cosas terrestres veía le impulsaban a reconocer la supremacía del principio macho exterminador. Luego acusaba secretamente a la Rabbet del infortunio de su vida. ¿No había sido por ella por quien antaño el gran pontífice, avanzando entre el tumulto de los címbalos, le había tomado en una pátera de agua hirviendo su virilidad futura? Y seguía con melancólicas miradas a los hombres que se perdían con las sacerdotisas en el fondo de los terebintos.

Pasaba sus días inspeccionando los incensarios, los vasos de oro, las pinzas, los rastrillos para las cenizas del altar, y todos los vestidos de las estatuas, hasta la aguja de bronce que servía para rizar los cabellos de una antigua Tanit del tercer edículo, junto a la vid de esmeralda. A las mismas horas siempre, levantaba las grandes tapicerías de las mismas puertas, que volvían a caer. Quedábase con los brazos abiertos en la misma actitud; oraba prosternado sobre las mismas losas, mientras a su alrededor un pueblo de sacerdotes circulaba descalzo por los corredores sumidos en un crepúsculo eterno.

Pero en la aridez de su vida Salambó era como una flor en la grieta de un sepulcro. No obstante, era duro para ella y no le evitaba ni las penitencias ni las palabras amargas. Su condición establecía entre ellos como la igualdad de un sexo común y se irritaba contra ella, tanto por no poder

poseerla, como por verla tan hermosa y tan pura. A menudo comprendía que ella se fatigaba siguiendo su pensamiento y, entonces, quedábase más triste, pues se sentía más abandonado, más solo, más vacío.

Escapábansele, a veces, palabras extrañas, que pasaban ante Salambó como anchos relámpagos que iluminasen abismos. Era por la noche, en la terraza, cuando, solos los dos, miraban las estrellas, y Cartago se extendía a sus pies con el golfo y la plena mar vagamente perdidos en el color de las tinieblas.

Exponíale él la teoría de las almas que descienden a la tierra, siguiendo la misma ruta que el sol por los signos del zodíaco. Con su brazo extendido le mostraba en Aries la puerta de la generación humana y en Capricornio la del retorno a los dioses. Y Salambó se esforzaba en adivinarlos, pues ella tomaba tales quimeras por realidades; ella aceptaba como verdaderos tales símbolos y hasta tales modos de hablar, distinción que tampoco era siempre muy clara para el sacerdote.

— Las almas de los muertos — decía éste — se disuelven en la luna como los cuerpos en la tierra. Sus lágrimas componen su humedad; es un paraje obscuro lleno de fango, de despojos y de tempestades.

Salambó preguntaba qué sería de ella.

— Primero languidecerás, ligera como un vapor que se mece sobre las olas; y, después de pruebas y de angustias más grandes, irás al hogar del sol, ¡a la fuente misma de la Inteligencia!

No obstante, él no hablaba de la Rabbet. Salambó se imaginaba que era por pudor hacia su diosa vencida, y designándola con un nombre común, se desbordaba en bendiciones al astro fértil y dulce. Al fin, exclamó:

— ¡No, no! ¡Ella saca del otro toda su fecundidad! ¿No la ves vagar en torno a él como una mujer enamorada que corre tras un hombre en un campo?

Y, sin cesar, exaltaba la virtud de la luz.

Lejos de aplacar sus deseos místicos, por lo contrario, los solicitaba y hasta parecía experimentar placer en deso-

larla con revelaciones de una doctrina despiadada. Salambó, a pesar de los dolores de su amor, se entregaba a ellas con transporte.

Cuanto más Schahabarim dudaba de Tanit, más deseaba creer en ella. En el fondo de su alma lo contenía un remordimiento. Habría necesitado cualquier prueba, una manifestación de los dioses, y con la esperanza de obtenerlas, el sacerdote pensó en una empresa que podía salvar a la vez a su patria y a su creencia.

Desde entonces comenzó a deplorar ante Salambó el sacrilegio y las desventuras que de él resultaban hasta en las regiones del cielo. Luego, de pronto, le anunció el peligro del sufeta, asaltado por tres ejércitos que mandaba Matho, pues Matho era, para los cartagineses, a causa del velo, como el rey de los bárbaros. Y añadió que la salvación de la República y de su padre dependían sólo de ella.

— ¿De mí? — exclamó ésta. — ¿Cómo puedo yo...?

Y el sacerdote, con una sonrisa de desdén, añadió:

— ¡Pero tú jamás consentirás en ello!

Suplicóle ella, y Schahabarim le dijo:

— ¡Es preciso que vayas entre los bárbaros a recobrar el zaimf!

Salambó se desplomó sobre el escabel de ébano y permaneció con los brazos extendidos entre sus rodillas, con temblor de todos sus miembros, como una víctima al pie del ara cuando espera el golpe del mazo. Sus sienes zumbaban, veía girar círculos de fuego y, en su estupor, no comprendía más que una cosa: que, ciertamente, iba a morir muy pronto.

Pero si Rabbetna triunfaba, si el zaimf era recobrado y libertado Cartago, ¿qué importaba la vida de una mujer? Esto pensaba Schahabarim. Además, acaso pudiese ella recobrar el velo y no perecer.

Estuvo tres días sin ir a verla; y al cuarto ella envió a buscarlo. Para inflamar más su corazón, le comunicó todas las invectivas que se lanzaban contra Amílcar en pleno Consejo. Decíale que ella había faltado y debía reparar su crimen, y que la Rabbetna ordenaba este sacrificio.

A menudo un agudo clamor, atravesando los Mappales,

llegaba hasta Megara. Schahabarim y Salambó salían vivamente; y, desde lo alto de la escalera de las galeras, miraban.

Era la gente que gritaba en la plaza de Kamon, para tener armas. Los Ancianos no querían suministrárselas, estimando inútil tal esfuerzo; otros, que habían partido sin general, fueron asesinados. Al fin se les permitió marchar y, por una especie de homenaje a Moloch, o por un vago deseo de destrucción, arrancaron en los bosques de los templos grandes cipreses, y, encendiéndolos en las antorchas de las Cabiras, los paseaban por las calles, cantando. Estas llamas monstruosas avanzaban mecidas dulcemente, lanzaban sus luces sobre las bolas de cristal de las techumbres de los templos, sobre los adornos de los colosos, sobre las proas de los navíos, rebasando las terrazas y fingiendo soles que rodasen por la ciudad. Luego, descendieron de la Acrópolis. La puerta de Malqua se abrió.

— ¿Estás dispuesta — dijo Schabaharim — o les has encargado que digan a tu padre que lo abandonas?

Ella ocultó el rostro bajo sus velos y las grandes luminarias se alejaron, descendiendo lentamente hasta el nivel de las olas.

Un indeterminado espanto la retenía. Tenía miedo a Moloch y miedo a Matho. Este hombre de estatura de gigante, que era dueño del zaimf, dominaba a la Rabbetna tanto como al Baal y se le presentaba rodeado de sus mismos fulgores, pues el alma de los dioses alguna vez visitaba el alma de los hombres. Schahabarim, al hablar de esto, ¿no decía que ella debía vencer a Moloch? Entrambos estaban mezclados; ella los confundía; los dos la perseguían.

Quiso conocer lo porvenir y se acercó a la serpiente, pues se obtenían augurios según la actitud de las serpientes.

La canastilla estaba vacía. Salambó fué presa de gran turbación.

La encontró enroscada por la cola en uno de los balaustres de plata, cerca del lecho colgante, y se frotaba contra él para desprenderse de su vieja piel amarillenta, mientras su cuerpo, reluciente y claro, se alargaba como una espada medio sacada de su vaina.

Luego, los días siguientes, a medida que se dejaba convencer, que estaba más dispuesta a socorrer a Tanit, la pitón se curaba, engordaba y parecía revivir.

La certidumbre de que Schahabarim expresaba la voluntad de los dioses se apoderó entonces de su conciencia. Una mañana se despertó decidida y preguntó qué había que hacer para que Matho devolviese el velo.

— ¡Reclamarlo! — dijo Schahabarim.

— ¿Y si rehusa? — replicó ella.

El sacerdote la contempló fijamente, con una sonrisa que ella no le había sorprendido jamás.

— Sí — repitió Salambó, — ¿qué haré?

Él arrollaba con sus dedos las puntas de las ínfulas que pendían de su tiara sobre sus hombros, bajos los ojos, inmóvil. En fin, viendo que ella no comprendía, añadió:

— ¡Tú estarás sola con él!

— ¿Y qué más?

— Sola, en su tienda.

— ¿Y qué?

Schahabarim se mordió los labios; buscaba alguna frase, un rodeo.

— Si has de morir, será más tarde — dijo. — ¡Más tarde; no temas nada! ¡Y aunque él intente lo que intente, no llames, no te asustes! ¡Serás humilde, ¿comprendes?, y sumisa a su deseo, que es la orden del cielo!

— Pero, ¿y el velo?

— Los dioses avisarán.

Ella añadió:

— ¡Oh, padre! ¡Si tú me acompañases!

— ¡No!

Obligóla a ponerse de rodillas y conservando la mano izquierda levantada y la diestra extendida, juró por ella devolver a Cartago el velo de Tanit. Con imprecaciones terribles, se ofreció a los dioses y cada vez que Schahabarim pronunciaba una palabra, ella, desfalleciendo, la repetía.

Él le indicó todas las purificaciones, los ayunos que debía practicar y el modo de llegar hasta Matho. Además, un hombre que conocía los caminos, la acompañaría.

Ella se sintió como libertada. No pensaba más que en la dicha de volver a ver el zaimf, y, en aquel momento, bendecía ya a Schahabarim por sus exhortaciones.

Era la época en que las palomas de Cartago emigraban a Sicilia, a la montaña de Eryx, alrededor del templo de Venus. Antes de partir, durante varios días, se buscaban, se llamaban para reunirse. Al fin, una tarde, arrancaron el vuelo. El viento las empujaba y la gran nube blanca se deslizaba por el cielo, sobre el mar, muy alta.

Un color de sangre teñía el horizonte. Las palomas parecían descender hacia las olas, poco a poco; después desaparecieron como sorbidas, cayendo por sí mismas en las fauces del sol. Salambó, que las miraba alejarse, bajó la cabeza, y Taanach, creyendo adivinar su pena, le dijo entonces dulcemente:

— ¡Ya volverán, ama mía!

— Sí; ya lo sé.

— Y tú las volverás a ver.

— ¡Puede ser! — dijo ella suspirando.

No había confiado a nadie su resolución. Para realizarla más discretamente envió a Taanach a comprar en el barrio de Kinisdo (en vez de pedírselas a los intendentes) todas las cosas que necesitaba: bermellón, perfumes, un cinturón de lino y vestidos nuevos. La vieja esclava se perdía en conjeturas ante tales preparativos, sin atreverse, no obstante, a dirigirle ninguna pregunta. Y llegó el día señalado por Schahabarim, en que debía partir Salambó.

Cerca de las doce divisó en el fondo de los sicómoros a un anciano ciego, con la mano apoyada en el hombro de un niño que andaba delante de él y en la otra llevaba contra su cadera una especie de cítara de madera negra. Los eunucos, los esclavos, las mujeres, habían sido cuidadosamente alejados; nadie podía saber el misterio que se preparaba.

Taanach encendió en los ángulos del departamento cuatro trípodes llenos de estrobo y de cardamomo; luego desplegó grandes tapices babilónicos y los tendió sobre cuerdas alrededor de la cámara, pues Salambó no quería ser vista

ni aun por las paredes. El tocador de kinor estaba acurrucado detrás de la puerta y el joven, de pie, aplicaba a sus labios una flauta de caña. A lo lejos se debilitaba el clamor de las calles, sombras violáceas se extendían ante el peristilo de los templos, y, por la otra parte del golfo, las faldas de las montañas, los campos de olivos y los vagos terrenos amarillos ondulaban indefinidamente confundiéndose en un vapor azulado. No se oía ningún ruido; una indecible pesadumbre reinaba en el aire.

Salambó se acuclilló en el escalón de ónice, al borde de la taza del surtidor; levantó sus anchas mangas, que ató a su espalda, y comenzó sus abluciones, metódicamente, según los sagrados ritos.

Luego Taanach le presentó en una ampolleta de alabastro algo líquido y coagulado; era la sangre de un perro negro, degollado por mujeres estériles, una noche de invierno, sobre las ruinas de un sepulcro. Frotóse con ello las orejas, los talones, el pulgar de la mano derecha, y hasta su uña quedó un poco teñida de rojo, como si hubiese aplastado un fruto.

Salió la luna, y entonces la cítara y la flauta comenzaron a tocar.

Salambó se desprendió de los pendientes de sus orejas, de su collar, de sus ajorcas, de su larga zamarra blanca; desató la cinta de sus cabellos y durante algunos minutos los sacudió sobre sus hombros, suavemente, para refrescarse, destrenzándolos. La música continuaba afuera. Sonaban tres notas, siempre las mismas, precipitadas, furiosas. Las cuerdas rechinaban, roncaba la flauta. Taanach marcaba la cadencia palmoteando. Salambó, con balanceo de todo su cuerpo, salmodiaba plegarias, y sus vestidos, unos tras otros, caían alrededor de ella.

La pesada tapicería tembló y, por encima de la cuerda que la sostenía, apareció la cabeza de la pitón. Descendió lentamente, como una gota de agua que corre a lo largo de un muro, reptó entre las telas extendidas y luego, con la cola pegada al suelo, se puso rígida, derecha, y sus ojos, más brillantes que carbunclos, se clavaron en Salambó.

El horror del frío o el pudor, quizá, la hizo vacilar, al pronto. Pero recordó las órdenes de Schahabarim y avanzó. La pitón se dejó caer y apoyó la mitad de su cuerpo en la nuca de Salambó; dejó que ésta se apoderase de su cabeza y de su cola, como un collar roto cuyos dos cabos colgasen hasta el suelo. Salambó rodeó con ella sus costados, sus brazos, sus muslos; luego, tomándola por las quijadas, aproximó aquella pequeñita boca triangular hasta el borde de sus dientes y semicerrando los ojos se revolvía bajo los rayos de la luna. La blanca luz parecía envolverla en una niebla de plata; la señal de sus pies húmedos brillaba en las losetas; titilaban las estrellas en el fondo del agua. La serpiente apretaba contra Salambó sus negros anillos salpicados de manchas de oro y la niña jadeaba bajo aquel peso, demasiado grande; doblábase su cintura, se sentía morir. La pitón, con la punta de la cola le golpeaba el muslo dulcemente, y luego, al callarse la música, se desprendió.

Taanach acudió junto a Salambó; y cuando hubo dispuesto dos candelabros cuyas luces ardían en bolas de cristal llenas de agua, tiñó con lausonia las palmas de sus manos, puso bermellón en sus mejillas, antimonio en el borde de sus párpados y alargó sus cejas con una mezcla de goma, de almizcle, de ébano y de patas de moscas aplastadas.

Salambó, sentada en una silla de travesaños de marfil, se entregaba a los cuidados de la esclava. Pero aquellas manipulaciones, el olor de los perfumes y los ayunos que había sufrido, la enervaban. Se tornó tan pálida que Taanach se detuvo.

— ¡Continúa! — dijo Salambó y, reaccionando, se reanimó de pronto. Entonces la acometió gran impaciencia; acuciaba a Taanach para que se apresurase y la vieja esclava, gruñendo, le dijo:

— ¡Bien, bien, ama mía! Por lo demás, tú no tienes nadie que te espere.

— ¡Sí! — contestó Salambó.— ¡Alguien me espera!

Taanach retrocedió de sorpresa; y para saber más, añadió:

— ¿Qué me ordenas, mi ama? Pues si debes salir...

Salambó sollozaba. La esclava exclamó:

— ¡Tú sufres! ¿Qué tienes? ¡No te vayas! ¡Llévame! Cuando eras pequeñita y llorabas, yo te paseaba sobre mi corazón y te hacía reír con la punta de mis pechos. ¡Tú los has secado, ama mía!—Y se daba golpes sobre el pecho enjuto. — ¡Ahora ya soy vieja y no puedo hacer nada por ti! ¡Tú me ocultas tus dolores! ¡Tú desprecias a tu nodriza!— Y, de ternura y de despecho, corrían sus lágrimas a lo largo de sus mejillas, entre las cortaduras de su tatuaje.

— ¡No! — dijo Salambó. — ¡No; yo te quiero! ¡Consuélate!

Taanach, con una sonrisa parecida a la mueca de un viejo mono, anudó su tarea. Según las recomendaciones de Schahabarim, Salambó le había ordenado que la embelleciese magníficamente y ella la arreglaba con un gusto bárbaro, lleno a la vez de rebuscamientos y de ingenuidad.

Sobre una primera túnica, finísima, de color vinoso, colocó otra, bordada con plumas de pájaros. Escamillas de oro se pegaban a sus caderas y del ancho cinturón descendían unos bombachos azules, estrellados de plata. Después Taanach le colocó un gran vestido hecho con tela del país de los seresios, blanco y jaspeado de rayas verdes. Fijó en lo alto de su hombro un paño cuadrado de púrpura, con el borde inferior orlado de cintas de sandrasto; y encima de todos estos vestidos, tendió un manto negro de larga cola. Luego la contempló y, orgullosa de su obra, no pudo menos de decir:

— ¡No estarás más hermosa el día de tus bodas!

— ¡ Ïis bodas! — repitió Salambó; y soñaba, apoyado el codo sobre la silla de marfil.

Taanach colocó ante ella un espejo de cobre, tan ancho y tan alto, que se contemplaba por entero. Entonces ella se levantó y con un ligero golpe de sus dedos alzó un rizo de sus cabellos que descendía demasiado.

Llevábalos cubiertos de polvo de oro, crespos sobre la frente y cayendo por detrás, sobre la espalda, en largas trenzas que terminaban en perlas. El resplandor de los candelabros avivaban la compostura de sus mejillas, el oro de

sus vestidos, la blancura de su piel. Alrededor de su cintura, en sus brazos, en sus manos, en los dedos de los pies, ostentaba tal cantidad de pedrería, que el espejo, como un sol, le devolvía sus rayos. — Y Salambó, de pie al lado de Taanach, se inclinaba para verla y sonreía ante su deslumbramiento.

Luego se paseó de lado a lado, fastidiada por el tiempo que faltaba.

De pronto se oyó el canto de un gallo. Salambó fijó rápidamente sobre sus cabellos un largo velo amarillo, se colocó una bufanda alrededor del cuello, introdujo sus pies en botines de cuero azul, y dijo a Taanach:

— Ve a ver bajo los mirtos si está un hombre con dos caballos.

Apenas había regresado Taanach, cuando ella descendía ya por la escalera de las galeras.

— ¡Señora! — clamó la nodriza.

Salambó se volvió y púsose un dedo sobre la boca, en señal de discreción y de inmovilidad.

Taanach se deslizó pegada a lo largo de las proas, hasta la parte inferior de la terraza, y, de lejos, a la luz de la luna, divisó en el vial de los cipreses una sombra gigantesca que caminaba a la izquierda de Salambó, oblicuamente, lo que era un presagio de muerte.

Taanach regresó a la cámara; se arrojó a tierra, se desgarró el rostro con las uñas, se mesó los cabellos y a pleno pulmón lanzó agudos alaridos.

Pensó que podía ser oída y se calló. Y con la cabeza entre las manos y la cara pegada a las losas, sollozaba calladamente.

XI

Bajo la tienda

El hombre que guiaba a Salambó la hizo subir más allá del faro, hacia las catacumbas, luego descender a lo largo del arrabal de Moluya, lleno de callejuelas escarpadas. El cielo comenzaba a clarear. A veces, vigas de palmera, saliendo de los muros, los obligaban a bajar la cabeza. Los dos caballos, marchando al paso, resbalaban. Y así llegaron a la puerta de Teveste.

Sus pesadas hojas estaban entreabiertas; pasaron y la puerta se cerró tras ellos.

Primero siguieron durante algún tiempo la base de las fortificaciones, y, a la altura de las cisternas, tomaron por la Tenia, estrecha faja de tierra amarilla que, separando el golfo del lago, se prolongaba hasta Radas.

No había nadie alrededor de Cartago, ni en el campo ni en el mar. Las olas, de color de pizarra, chapoteaban dulcemente, y el viento ligero, levantando sus espumas acá y allá, las salpicaba de blancas desgarraduras. A pesar de todos sus velos, Salambó temblaba bajo el frío de la mañana. El movimiento y el aire libre la aturdían. Luego salió el sol, que la mordía en la nuca, e, involuntariamente, se agachó un

poco. Los dos caballos, uno al lado del otro, trotaban a paso corto hundiendo sus pies en la callada arena.

Cuando hubieron rebasado la montaña de las Aguas Calientes, continuaron apretando el paso, sobre terreno más firme.

Los campos, aun estando en la época de las siembras y de las labores, estaban vacíos como el desierto en todo cuanto abarcaba la vista. De trecho en trecho había montones de trigo; en otras partes se desgranaban las cebadas. En el claro horizonte las aldeas aparecían en negro, con formas incoherentes y recortadas.

De vez en cuando un lienzo de pared medio calcinada se erguía a la orilla del camino. Los techos de las cabañas se hundían y, en su interior, se distinguían pedazos de cacharros, girones de vestidos, toda clase de utensilios y de cosas rotas, inclasificables. A menudo, un ser cubierto de andrajos, con la faz terrosa y los ojos centelleantes, salía de aquellas ruinas. Pero en seguida se ponía a correr o desaparecía en un agujero. Salambó y su guía no se detenían.

Sucedíanse las llanuras abandonadas. En grandes extensiones de tierra rubia se extendía en rastros desiguales un polvo de carbón que sus pasos levantaban tras ellos. A veces, encontraban rinconcitos apacibles, un arroyo que se deslizaba entre altas hierbas; y, subiendo por la opuesta orilla, Salambó, para refrescarse las manos, arrancaba hojas mojadas. En un bosquecillo de laureles rosa, su caballo hizo un extraño ante el cadáver de un hombre tendido en tierra.

El esclavo la asentó en seguida sobre los almohadones. Era uno de los servidores del templo; un hombre a quien Schahabarim empleaba en las misiones peligrosas.

Por exceso de precaución continuó andando a pie, junto a Salambó, entre los dos caballos, y los fustigaba con el cabo de una correa de cuero arrollada a su brazo. De una bolsa colgada de su pecho, sacaba unas galletas de trigo, de dátiles y de yemas de huevos envueltos en hojas de loto y se las ofrecía a Salambó, sin hablar, mientras seguía corriendo.

En medio del día, tres bárbaros vestidos de pieles se

cruzaron en su camino. Poco a poco fueron apareciendo otros, vagabundeando en grupos de diez, de doce, de veinticinco hombres. Algunos llevaban cabras o alguna vaca que cojeaba. Sus recios palos estaban guarnecidos de puntas de azófar; en sus vestidos, de una suciedad atroz, relucían cuchillos, y en sus ojos brillaba una mirada de amenaza y de sorpresa. Algunos, al pasar, enviaban una bendición banal; otros, dicharachos obscenos. El hombre de Schahabarim respondía a cada uno de los bárbaros en su propio idioma. Decía que acompañaba a un pobre joven enfermo que, para curarse, iba a un templo lejano.

Entretanto el día iba cayendo. Oyéronse ladridos. Se acercaban.

Luego, a la claridad del crepúsculo, divisaron un recinto de piedras sueltas encerrando una sencilla construcción. Un perro corría sobre el muro. El esclavo le arrojó unas piedras y ellos entraron en una alta sala abovedada.

En medio de ella, una mujer acurrucada se calentaba ante un fuego de maleza cuya humareda se escapaba por los agujeros del techo. Sus blancos cabellos, que le caían hasta las rodillas, la ocultaban a medias; y, sin querer responder, con un aspecto idiota, murmuraba palabras de venganza contra los bárbaros y contra los cartagineses.

El peatón huroneaba a derecha e izquierda. Luego se acercó a ella pidiendo de comer. La vieja meneó la cabeza y, con los ojos fijos en las brasas, murmuró:

— Yo era la mano. Los diez dedos han sido cortados. La boca no come ya.

El esclavo le enseñó un puñado de piezas de oro. Ella se encalabrinó ante su vista; pero muy pronto recobró su inmovilidad.

Al fin él le puso en la garganta un puñal que llevaba en su cinturón. Entonces, ella, temblando, levantó una ancha piedra y presentó una ánfora de vino y pescados de Hippo-Zaryte conservados en miel.

Salambó volvió el rostro ante aquel alimento inmundo, y se durmió sobre las mantas de los caballos tendidas en un rincón de la sala.

Antes de amanecer la despertó el esclavo.

El perro aullaba. El esclavo se acercó a él suavemente y de una sola puñalada le cortó la cabeza. Luego frotó con su sangre las narices de los caballos, para reanimarlos. La vieja le lanzó, a sus espaldas, una maldición. Salambó lo observó y oprimió el amuleto que llevaba sobre su corazón

Volvieron a ponerse en marcha.

De vez en cuando ella preguntaba si no llegarían pronto. El camino ondulaba por las pequeñas colinas. Sólo se oía el chirrido de las cigarras. El sol quemaba la hierba amarillenta; la tierra estaba hendida por resquebrajaduras, que a la vista parecían losas monstruosas. A veces se deslizaba una víbora y volaban las águilas. Salambó soñaba bajo sus velos y a pesar del calor, no los apartaba, por miedo a ensuciar sus hermosos vestidos.

A distancias regulares elevábanse torres construídas por los cartagineses a fin de vigilar las tribus. Entraban en ellas para ponerse a la sombra, y luego, volvían a andar.

La víspera, por prudencia, habían dado un gran rodeo; pero ahora no se encontraban con nadie. Siendo estéril la región, los bárbaros no habían pasado por ella.

La devastación comenzó poco a poco. A veces, en medio de un campo, se extendía un mosaico, único resto de un castillo desaparecido. Y los olivos, que no tenían hojas, parecían, desde lejos, anchos zarzales de espinas. Cruzaron un pueblo cuyas casas estaban quemadas a flor de tierra. Veíase a lo largo de las paredes esqueletos humanos, y también de dromedarios y de mulos. Carroñas medio raídas obstruían las calles.

Caía la noche. El cielo estaba bajo y cubierto de nubes.

Continuaron ascendiendo durante dos horas en dirección a occidente, y, de pronto, vieron ante ellos gran cantidad de llamitas, que brillaban en el fondo de un anfiteatro. Acá y allá relumbraban placas de oro, al moverse. Eran las corazas de los clinabares, el campo púnico; luego distinguieron otros reflejos más numerosos, pues los ejércitos de los mercenarios, confundidos, se extendían en un gran espacio.

Salambó inició un movimiento para avanzar. Pero el hombre de Schahabarim la arrastró más lejos y rodearon la terraza que cerraba el campamento de los bárbaros. Una brecha se abría en ella y por la brecha desapareció el esclavo.

En la cima del reducto se paseaba un centinela con arco en la mano y una pica al hombro.

Salambó continuaba acercándose. El bárbaro se arrodilló y una larga flecha fué a clavarse en la orla de su manto. Luego, como ella permaneciese inmóvil, gritando, él le preguntó qué quería.

— ¡Hablar con Matho! — respondió.—Soy una tránsfuga de Cartago.

El centinela lanzó un silbido que se repitió de trecho en trecho.

Salambó esperó. Su caballo, asustado, relinchaba y piafaba.

Cuando Matho llegó, la luna se alzaba por detrás de ella. Pero Salambó tenía sobre el rostro un velo amarillo con flores negras y tantas telas en torno a su cuerpo que era imposible adivinar nada. Desde lo alto de la terraza contemplaba Matho aquella vaga forma irguiéndose como un fantasma en las penumbras de la noche.

Al fin, ella le dijo:

— ¡Llévame a tu tienda! ¡Lo quiero!

Un recuerdo que él no podía precisar asaltó su memoria. Sentía latir su corazón. Aquel acento de mando lo intimidaba.

— ¡Sígueme! — dijo él.

Bajóse el rastrillo y Salambó se halló al punto en el campo de los bárbaros.

Gran tumulto e inmensa muchedumbre lo llenaban. Claras lumbres ardían bajo las marmitas colgadas y sus purpúreos reflejos iluminaban algunos espacios dejando otros completamente en tinieblas. Se gritaba, se llamaba. Caballos ligados con trabas formaban grandes líneas rectas en medio de las tiendas. Éstas eran redondas y cuadradas, de cuero y de tela. Había cabañas de cañas y agujeros en la

arena como los que hacen los perros. Los soldados acarreaban fajinas, se acodaban por tierra o arrollándose una estera se disponían a dormir; y el caballo de Salambó, para pasar sobre ellos, alargaba, a veces, una pata y saltaba.

Ella se acordaba de haberlos visto ya; pero sus barbas eran más largas; sus rostros todavía más negros; sus voces aún más roncas. Matho, avanzando delante de ella, los apartaba con un gesto de su brazo que levantaba su capa roja. Algunos le besaban las manos; otros, doblando la espalda, se acercaban a él para pedirle órdenes; pues él era ya el verdadero, el único jefe de los bárbaros. Espendio, Autharite y Narr'Havas estaban acobardados, y él había demostrado tanta audacia y tanta obstinación que todos lo obedecían.

Salambó, siguiéndolo, atravesó el campamento entero. Su tienda estaba al extremo, a trescientos pasos del atrincheramiento de Amílcar.

Ella observó a la derecha un ancho foso y le pareció que, al nivel del suelo, asomaban por él diversos rostros, como hubiesen hecho cabezas cortadas. No obstante, sus ojos se movían, y de sus bocas entreabiertas se exhalaban gemidos en lengua púnica.

Dos negros, portadores de hacheros de resina, estaban a entrambos lados de la puerta. Matho apartó la tela bruscamente. Ella lo siguió:

Era una tienda profunda con un mástil erguido en medio. Un gran lampadario en forma de loto la iluminaba, lleno de un aceite en que flotaban puñados de estopa, y, entre las sombras, se distinguían arreos militares que relucían. Una espada desnuda se apoyaba contra un escabel, junto a un broquel. Látigos de cuero de hipopótamo, címbalos y cascabeles, se extendían mezclados en cestos de esparto. Migajas de pan negro salpicaban una manta de fieltro. En un rincón, sobre una piedra redonda, había negligentemente amontonada moneda de cobre. Y por las desgarraduras de la tela el viento introducía el polvo de afuera, con el hedor de los elefantes, a los que se oía comer mientras sacudían sus cadenas.

— ¿Quién eres? — preguntó Matho.

Ella, sin responder, miraba lentamente a su alrededor; luego sus miradas se detuvieron en el fondo donde, sobre una yacija de ramas de palmera, pendía algo azulado y centelleante.

Salambó avanzó vivamente hacia ello. Escapósele un grito. Matho, tras ella, golpeaba el suelo con el pie.

— ¿Quién te envía? ¿A qué vienes?

Ella respondió indicando el zaimf.

— ¡A tomarlo! — y con la otra mano se arrancó los velos de su cabeza.

Él retrocedió, con los codos hacia atrás, la boca abierta, casi aterrorizado.

Ella se sentía como apoyada en la fuerza de los dioses; y, mirándolo cara a cara, le pidió el zaimf, reclamándolo con palabras abundantes y soberbias.

Matho no la oía; la contemplaba, y sus vestidos se confundían para él con su cuerpo. Los cambiantes de las telas eran, como el esplendor de su piel, algo especial que sólo a ella pertenecía. Sus ojos y sus diamantes centelleaban. El pulimento de sus uñas continuaba la finura de las piedras que recargaban sus dedos. Los dos broches de su túnica, levantando un poco sus senos, los acercaban uno a otro, y él se perdía con el pensamiento en su estrecho intervalo, por el que descendía un hilo sosteniendo una placa de esmeraldas que se divisaba más abajo, bajo la gasa violeta. Tenía por pendientes dos redecitas de zafiro sosteniendo una perla hueca, llena de un perfume líquido. Por los agujeros de la perla, de momento en momento, una gotita que se desprendía mojaba sus hombros desnudos. Matho la miraba caer.

Una curiosidad irresistible lo dominaba. Y, como un niño que extiende la mano hacia un fruto desconocido, temblando, la tocó ligeramente en lo alto del pecho. La carne, un poco fría, cedió con resistencia elástica.

Este contacto, apenas sensible, sin embargo, hizo temblar a Matho hasta el fondo de su ser. Un impulso de todo él le precipitaba hacia ella. Habría querido envolverla, be-

berla, absorberla. Su pecho jadeaba. Crujían sus dientes.

Tomándola por las muñecas, la atrajo hacia sí, suavemente, y se sentó sobre una coraza, junto al lecho de palmas que cubría una piel de león. Ella permanecía en pie. Él la miraba de arriba abajo, teniéndola entre sus piernas, y repetía:

— ¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa eres!

Sus ojos, fijamente clavados en los de ella, la hacían sufrir; y este malestar, esta repugnancia, aumentaban de un modo tan agudo, que Salambó tuvo que contenerse para no gritar. El recuerdo de Schahabarim acudió a su mente; y se resignó.

Matho seguía conservando las manecitas de ella entre las suyas y, de vez en cuando, a pesar de las órdenes del sacerdote, volviendo el rostro, trataba de apartarse de él sacudiendo los brazos. Él dilataba la nariz para aspirar mejor el perfume que se exhalaba de su persona. Era una emanación indefinible, fresca, y que, sin embargo, aturdía como el humo de un pebetero. Olía a miel, a pimienta, a incienso, a rosas, y a algo más aún.

Pero, ¿cómo se hallaba ella, junto a él, en su tienda, a su discreción? ¡Alguien, sin duda, la había impelido a ello! ¿No había venido por el zaimf? Sus brazos cayeron y bajó la cabeza, abrumado por un repentino arrobamiento.

Salambó, a fin de enternecerlo, le dijo con acento quejumbroso:

— ¿Qué te he hecho yo para que quieras mi muerte?

— ¿Tu muerte?

Ella añadió:

— Yo te he visto una tarde, al resplandor de mis jardines que ardían, entre las copas humeantes y mis esclavos degollados; y tu cólera era tan fuerte que saltaste hacia mí y tuve que huir. Luego el terror se apoderó de Cartago. Se proclamaba la devastación de las ciudades, el incendio de los campos, el asesinato de los soldados. ¡Fuiste tú, quien los perdió! ¡Tú quien los asesinó! ¡Te aborrezco! ¡Tu nombre sólo me roe como un remordimiento! ¡Tú eres más execrado que la peste y que la guerra romana! Las provincias tiem-

blan ante tu furor; los surcos están llenos de cadáveres. ¡Yo he seguido el rastro de tus incendios, como si caminase detrás de Moloch!

Matho se levantó de un salto. Un orgullo colosal le henchía el pecho. Veíase elevado a la talla de un Dios.

Dilatada la nariz, apretados los dientes, continuó Salambó:

—¡Como si no fuese bastante tu sacrilegio, viniste a mi casa, durante mi sueño, cubierto con el zaimf! No comprendí tus palabras; pero veía que querías arrastrarme hacia algo espantoso, al fondo de un abismo.

Matho, retorciéndose los brazos, exclamó:

—¡No, no! ¡Era para dártelo! ¡Para devolvértelo! ¡Me parecía que la diosa había dejado su vestido para ti y que te pertenecía! En su templo o en tu casa, ¿qué más da? ¿No eres tú todopoderosa, inmaculada, radiante y bella como Tanit? — Y, con una mirada llena de adoración infinita, terminó: — ¡A menos, acaso, que no seas tú Tanit misma!

— ¡Yo, Tanit! — suspiró Salambó.

No hablaron más. El trueno resonaba a lo lejos. Balaban los carneros, asustados por la tormenta.

— ¡Oh, acércate! ¡Acércate! — continuó él. — ¡No temas nada! Antes yo no era más que un soldado confundido con la plebe de los mercenarios y hasta tan afable que llevaba sobre mi espalda la bebida para los otros. ¿Qué me importa a mí Cartago? La multitud de sus hombres se agita como perdida en el polvo de tus sandalias y todos sus tesoros, con las provincias, con las islas y con las flotas, no me inspiran tanto deseo como la frescura de tus labios y la redondez de tus hombros. ¡Pero yo quería derribar sus murallas, a fin de llegar hasta ti para poseerte! ¡Además, mientras esperaba, me vengaba! Ahora aplasto los hombres como conchitas y me lanzo sobre las falanges; aparto las lanzas con mis manos y destruyo los caballos por la nariz. ¡Una catapulta no me mataría! ¡Oh, si supieses, en medio de la guerra, cómo pienso en ti! A veces, el recuerdo de un gesto, de un pliegue de tu vestido, me sorprende de pronto y me apresa como una red. Yo veo tus ojos en las llamas de las faláricas

y en los oros de los escudos; oigo tu voz en las vibraciones de los címbalos. Me vuelvo ¡y no estás allí! Y, entonces, me lanzo a la batalla.

Levantaba sus brazos en los que se entrecruzaban las venas como las hiedras en el tronco de un árbol. Corríale el sudor por el pecho, entre sus músculos cuadrados; y su jadear movía sus costados con su cinturón de bronce guarnecido de correas que colgaban hasta sus rodillas, más firmes que el mármol. Salambó, acostumbrada a los eunucos, se dejaba arrebatar por la fuerza de aquel hombre. Era el castigo de la diosa y la influencia de Moloch circulando en torno a ella, en los cinco ejércitos. Abrumábala el cansancio y escuchaba con estupor el intermitente grito de los centinelas que se respondían.

Las llamas de la lámpara vacilaban a impulsos de las ráfagas de aire caliente. Momentos había de amplios resplandores y luego redoblábase la obscuridad. Salambó no veía más que las pupilas de Matho, como dos ascuas en la noche. Ella, en tanto, comprendía que una fatalidad la rodeaba, que se acercaba el momento supremo, irrevocable, y, realizando un esfuerzo, se acercó al zaimf y extendió las manos para cogerlo.

— ¿Qué haces? — exclamó Matho.

Ella respondió plácidamente:

— ¡Me vuelvo a Cartago!

Adelantóse él, cruzando los brazos, con un aspecto tan terrible, que ella se quedó al punto como clavada sobre sus talones.

— ¡Volverte a Cartago! ¡Ah! ¡Tú venías para tomar el zaimf, para vencerme, y para desaparecer después! ¡No, no! ¡Tú me perteneces y ya nadie te arrancará de aquí! ¡Ah! ¡No he olvidado la insolencia de tus grandes ojos tranquilos ni cómo me aplastabas con la magnitud de tu belleza! ¡Ahora me toca a mí! ¡Eres mi cautiva, mi esclava, mi criada! ¡Llama, si quieres, a tu padre y a su ejército, a los Ancianos, a los Ricos y a todo tu execrable pueblo! ¡Yo soy el jefe de trescientos mil soldados; yo iré a buscar más a Lusitania, a las Galias, al fondo del desierto, y destruiré tu

ciudad y quemaré todos sus templos y mis trirremes bogarán sobre olas de sangre! ¡No quiero que quede en pie ni una casa, ni una piedra, ni una palmera! ¡Y si me faltan hombres, traeré los osos de las montañas y azuzaré los leones! ¡No intentes huir, porque te mato!

Lívido y con los puños crispados, vibraba como un arpa cuyas cuerdas acaban de estallar. De pronto lo ahogaron los sollozos y sus rodillas se doblaron.

—¡Ah! ¡Perdóname! ¡Soy un infame, el más vil de los escorpiones, más que el fango y que el polvo! Ahora mismo, mientras tú hablabas, tu aliento ha pasado sobre mi cara, y me deleitaba como un moribundo que bebe a boca llena en la orilla de un arroyo. ¡Aplástame, con tal de que sienta tus pies! ¡Maldíceme, con tal de oír tu voz! ¡No te vayas, por piedad! ¡Te amo! ¡Te amo!

Estaba de rodillas, postrado en tierra, ante ella; rodeábale la cintura con entrambos brazos, echada hacia atrás la cabeza, inquietas las manos. Los discos de oro pendientes de sus orejas relucían sobre su cuello bronceado; gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, semejantes a globos de plata; suspiraba de un modo acariciador y murmuraba vagas palabras, más ligeras que una brisa y más suaves que un beso.

Salambó sentíase invadida por una flojedad en la que perdía toda noción de sí misma. Algo, a la vez íntimo y superior, una orden de los dioses la obligaba a abandonarse a ella; sentíase elevarse a las nubes y, desfalleciendo, se revolcó en el lecho, entre las melenas del león. Matho la apresó por los talones; la cadenilla de oro saltó y sus dos cabos golpearon la tela como dos víboras disparadas. El zaimf cayó y la envolvió. Ella advirtió la figura de Matho encorvándose sobre su pecho.

— ¡Moloch, me abrasas! — y los besos del soldado, más devoradores que las llamas, la recorrían. Sentíase como arrebatada por un huracán, presa por la fuerza del sol.

Él besó todos los dedos de sus manos, sus brazos, sus pies, y de un cabo a otro, las trenzas de sus cabellos.

— ¡Llévatelo! — decía él. — ¡No me importa! ¡Llévame a mí con él! ¡Yo abandono el ejército, renuncio a todo! Más

allá de Gades, a veinte días de mar, se halla una isla cubierta de polvo de oro, de verdor y de pájaros. En sus montañas, grandes flores llenas de perfumes que humean, se balancean como eternos incensarios; en los limoneros, más altos que cedros, serpientes de color de leche hacen con los diamantes de su boca caer los frutos sobre los céspedes. El aire es tan dulce que impide morir. ¡Oh, yo la hallaré, ya lo verás! Viviremos en grutas de cristal, talladas en la falda de las colinas. ¡Nadie la habita aún y yo seré el rey del país!

Limpió el polvo de sus coturnos; quiso que ella pusiese entre sus labios un gajo de granada; amontonó detrás de su cabeza, para que le sirviesen de almohada, todos sus vestidos. Buscaba los medios de servirla, de humillarse, y hasta extendió sobre sus piernas el zaimf, como un simple tapiz.

— ¿Tienes aún — decíale él — aquellos cuernecitos de gacela donde están colgados tus collares? ¡Me los darás! ¡Los quiero mucho!—Hablaba como si ya la guerra estuviese terminada; se le escapaban carcajadas de alegría; y los mercenarios, Amílcar y todos los obstáculos habían ya desaparecido. La luna se deslizaba entre dos nubes. Ellos la veían por una abertura de la tienda. — ¡Ay, cuántas noches he pasado contemplándola! Me parecía un velo que ocultaba tu rostro; tú me mirabas a través de él; tu recuerdo se mezclaba a sus destellos; yo no os diferenciaba ya! — Y con la cabeza entre sus senos, lloraba abundantemente.

— ¡Éste es — pensaba ella — el hombre formidable que hace temblar a Cartago!

Él se durmió. Entonces, desprendiéndose de sus brazos, puso ella un pie en el suelo y advirtió que su cadenilla estaba rota.

Las vírgenes de las grandes familias acostumbraban a respetar aquellas trabas como algo casi religioso, y Salambó, enrojeciendo, arrolló en torno a sus piernas los dos trozos de la cadena de oro.

Cartago, Megara, su casa, su cámara y los campos que había atravesado hervían en su mente en imágenes tumultuosas y claras, sin embargo. Pero un inesperado abismo

las separaba de ella, haciéndolas retroceder a una distancia infinita.

La tormenta se alejaba; raras gotas de agua, golpeando una a una, hacían oscilar el techo de la tienda.

Matho, como un borracho, dormía tendido sobre un costado, con el brazo sobresaliendo de la yacija. Su tira de perlas, un poco levantada, le descubría la frente. Una sonrisa entreabría sus dientes que brillaban entre su barba negra; y en sus pupilas, medio cerradas, había una alegría silenciosa y casi ultrajante.

Salambó lo miraba inmóvil, con la cabeza baja y las manos cruzadas.

En la cabecera del lecho yacía un puñal sobre una mesa de ciprés. La vista de aquella hoja reluciente la inflamó en un deseo sanguinario. Voces lastimeras oíanse a lo lejos, en las sombras, y como un coro de Genios, la solicitaban. Salambó se acercó y asió el hierro por el puño. Al roce de su vestido, Matho entreabrió los ojos, adelantando la boca hacia las manos de ella y el puñal cayó al suelo.

Alzáronse gritos; una espantosa claridad fulguraba detrás de la tela. Matho la levantó y vieron grandes llamaradas que envolvían el campamento de los libios.

Sus chozas de cañas ardían y los tallos, retorciéndose, estallaban entre la humareda, volando como flechas. Sobre el horizonte rojo, negras sombras corrían despavoridas. Oíanse los alaridos de los que estaban en las chozas; los elefantes, los bueyes y los caballos saltaban sobre la multitud, aplastándola, con las municiones y la impedimenta que se libraba del incendio. Sonaron las trompetas. Se llamaba: ¡Matho! ¡Matho! La gente, a la puerta de su tienda, pugnaba por entrar.

—¡Ven! ¡Amílcar está quemando el campamento de Autharite!

Matho dió un salto. Salambó se encontró sola.

Entonces examinó el zaimf; y cuando lo hubo contemplado a su sabor, sintióse sorprendida al no experimentar la ventura que ella, antes, se imaginaba. Permaneció melancólica ante su sueño realizado.

Levantóse el borde de la tienda y apareció una forma monstruosa. Salambó, al pronto, no distinguió más que los dos ojos con una larga barba blanca que caía hasta el suelo. El resto del cuerpo, liado en los andrajos de un vestido leonado, se arrastraba por tierra; y, a cada movimiento para avanzar, las dos manos se ocultaban en la barba y después aparecían. Reptando así, llegó hasta los pies de Salambó. Y ésta reconoció al viejo Giscon.

En efecto los mercenarios, para impedir la huída a los ancianos cautivos, con una barra de bronce les habían roto las piernas y se pudrían revueltos en un foso, entre inmundicias. Los más robustos, cuando oían el ruido del rancho, se alzaban gritando. Así Giscon había visto a Salambó. Había adivinado en ella una cartaginesa, por las bolitas de sandastrum que golpeaban contra sus coturnos, y, con el presentimiento de un misterio considerable, haciéndose ayudar por sus compañeros, logró salir del foso, y luego, con los codos y las manos, se había arrastrado veinte pasos más lejos, hasta la tienda de Matho. Dos voces hablaban en ella. El había escuchado desde afuera y lo había oído todo.

— ¡Tú! — dijo ella al fin, casi espantada.

Y enderezándose sobre los puños, replicó él:

— ¡Sí, yo soy! Se me creía muerto, ¿no es verdad?

Ella bajó la cabeza. Él añadió:

— ¡Ay! ¿Por qué los Baals no me han otorgado esa gracia?—Y aproximándose a ella hasta tocarla, agregó:—¡Me habrían ahorrado la pena de maldecirte!

Salambó se echó hacia atrás, vivamente, por miedo a aquel ser inmundo, tan repugnante como una larva y tan tremendo como un fantasma.

— ¡Pronto tendré cien años! — dijo él. — ¡Yo he visto a Agátocles; he visto a Régulo y a las águilas romanas pasar sobre las mieses de los campos púnicos! ¡He visto todos los espantos de las batallas y abarrotado el mar con los restos de nuestras flotas! Bárbaros a quienes yo mandaba me han encadenado los cuatro miembros, como un esclavo homicida. Mis compañeros, mueren uno tras otro, a mi alrededor. El hedor de sus cadáveres me despierta

por la noche; yo oxeo los pájaros que vienen a sacarles los ojos; y, no obstante, ni un solo día he desconfiado de Cartago. ¡Aun cuando hubiese visto alzarse contra él todos los ejércitos de la tierra y rebasar la altura de los templos las llamas del sitio, habría creído aún en su eternidad! ¡Pero ahora todo se ha acabado! ¡Todo está perdido! ¡Los dioses lo execran! ¡Maldición sobre ti, que has precipitado su ruina con tu ignominia!

Ella abrió sus labios.

— ¡Ah, si yo hubiese estado allí! — exclamó él. — ¡Yo te he oído rezongar de amor como una prostituta; luego él te expresaba su deseo y tú te dejabas besar las manos! ¡Pero si el furor de tu impudicia te poseía, debías, al menos, hacer como las fieras que se esconden en sus ayuntamientos y no exponer tu vergüenza ante los ojos de tu padre!

— ¿Qué? — dijo ella.

— ¡Ah! ¿Tú no sabes que los dos atrincheramientos están a sesenta codos uno de otro, y que tu Matho, por exceso de orgullo, se ha asentado frente a Amílcar? Ahí está tu padre, detrás de ti, y si yo pudiese franquear el sendero que va a la plataforma, le gritaría: ¡Ven, pues, a ver a tu hija en los brazos del bárbaro! Ella, para agradarlo, se ha puesto el vestido de la diosa; y, entregando su cuerpo, entrega, con la gloria de tu nombre, la majestad de los dioses, la venganza de la patria, hasta la salvación de Cartago. —El movimiento de su boca desdentada hacía subir y bajar toda su barba; sus ojos, clavados en ella, la devoraban; él, jadeando en el polvo, le repetía:

— ¡Ah, sacrílega! ¡Maldita seas! ¡Maldita! ¡Maldita!

Salambó había apartado la tela y la tenía levantada con el extremo de su brazo y, sin responderle, miró hacia el lado de Amílcar.

— ¿Es por aquí, verdad? — dijo.

— ¿Qué te importa? ¡Vuélvete! ¡Vete! ¡Más vale que aplastes tu cara contra el suelo! ¡Es un lugar santo que tu vista ensuciaría!

Ella se ciñó el zaimf a la cintura, recogió vivamente sus

velos, su manto, su chal. — ¡Voy corriendo! — exclamó. Y Salambó, escapando, desapareció.

Primeramente avanzó entre las tinieblas sin tropezar con nadie, pues todos se dirigían hacia el incendio. El clamor redoblábase y grandes llamaradas enrojecían el cielo a espaldas de ella. Una larga terraza la detuvo.

Volvió sobre sus pasos, a derecha e izquierda, al azar, buscando una escala, una cuerda, una piedra, algo, en fin, con qué ayudarse. Tenía miedo de Giscon y le parecía que la perseguían gritos y pasos. El día comenzaba a clarear. En el espesor del reducto divisó un sendero. Tomó con sus dientes los bajos de sus ropas, que la molestaban, y de tres saltos se halló en la plataforma.

Un grito sonoro estalló sobre ella, en la sombra, el mismo que había oído en el fondo de la escalera de las galeras; e inclinándose, reconoció al hombre de Schahabarim con sus dos caballos juntos.

Había errado toda la noche, entre los dos reductos; luego, guiado por el incendio, había vuelto atrás, tratando de ver lo que ocurría en el campo de Matho; y como sabía que aquel sitio era el más próximo a su tienda, para obedecer al sacerdote, no se había movido de allí.

Subió sobre uno de los caballos. Salambó se dejó resbalar hasta él y huyeron a galope tendido, rodeando el campo púnico, para buscar una puerta en cualquier parte.

Matho regresó a su tienda. La lámpara, humeante, alumbraba apenas, y creyó que Salambó dormía. Entonces palpó delicadamente la piel de león sobre el lecho de palmas. Llamó. No le contestaron. Arrancó vivamente un jirón de la tela para dar paso a la luz. El zaimf había desaparecido.

La tierra temblaba bajo múltiples pasos. Grandes gritos, relinchos, choques de armaduras se alzaban en el aire, y los clarines daban la señal de ataque. Era como un huracán que se desencadenase a su alrededor. Un furor desordenado le hizo saltar sobre sus armas, y se lanzó afuera.

Las largas filas de bárbaros descendían corriendo por la montaña, y los cuadros púnicos avanzaban contra ellos con

una oscilación pesada y regular. La niebla, desgarrada por los rayos del sol, formaba pequeñas nubes que se balanceaban y se elevaban poco a poco, descubriendo los estandartes, los cascos, las puntas de las picas. Bajo rápidas evoluciones, porciones de terreno que estaban aún en las sombras, parecían separarse en un solo trozo; entonces parecían torrentes que se entrecruzaban y, entre ellos, masas espinosas permanecían inmóviles. Matho distinguía los capitanes, los soldados, los heraldos y hasta los lacayos, por detrás de ellos, montados en asnos. Pero, en lugar de conservar su posición para cubrir a los infantes, Narr'Havas torció rápidamente a la derecha, como si quisiera hacerse aplastar por Amílcar.

Sus jinetes dejaron atrás los elefantes que se retrasaban y todos los caballos, alargando su cabeza sin brida, galopaban de un modo tan furioso que su vientre parecía rozar la tierra. Luego, de pronto, Narr'Havas marchó resueltamente hacia un centinela. Arrojó su lanza, su espada, sus jabalinas y desapareció entre los cartagineses.

El rey de los númidas llegó a la tienda de Amílcar y le dijo, mostrándole sus hombres, que se mantenían quietos a lo lejos:

— ¡Barca! ¡Te los traigo! ¡Son tuyos!

Entonces se prosternó en señal de esclavitud y como prueba de su fidelidad, recordó su conducta desde el comienzo de la guerra.

Primero, había impedido el sitio de Cartago y el asesinato de los cautivos; luego no se había aprovechado de la victoria contra Hannón después de la derrota de Utica. En cuanto a las ciudades tirias, se hallaban en las fronteras de su reino. En fin, no había tomado parte en la batalla de Macar y hasta se había ausentado expresamente, para evitar la obligación de combatir al sufeta.

Narr'Havas, en efecto, había querido medrar a expensas de las provincias púnicas, y, según el color de las victorias, había ayudado o abandonado a los mercenarios. Pero viendo que, en definitiva, el más fuerte sería Amílcar, se había vuelto hacia él, y acaso, en su defección, había un

rencor contra Matho, ya por cuestión del mando, ya por su antiguo amor.

El sufeta lo escuchó sin interrumpirlo. El hombre que se presentaba así en un ejército en el que alentaban las venganzas no era un auxiliar que debiera desdeñarse. Amílcar adivinó inmediatamente la utilidad de tal alianza para sus grandes proyectos. Con los númidas se desembarazaría de los libios. Luego se correría a Occidente para la conquista de Iberia, y sin preguntarle por qué no había venido antes, ni esclarecer ninguna de sus mentiras, besó a Narr'Havas, estrechándole por tres veces, pecho contra pecho.

Por desesperación y para acabar de una vez, había incendiado el campamento de los libios. Aquel ejército llegaba a él como un socorro de los dioses. Disimulando su alegría, respondió:

— ¡Que los Baales te sean propicios! Yo ignoro lo que hará por ti la República; pero Amílcar no adolece de ingratitud.

El tumulto se redoblaba; entraban los capitanes. Amílcar, mientras se armaba, decía:

— ¡Bien; vuélvete! Con los jinetes destrozarás su infantería entre tus elefantes y los míos. ¡Valor y exterminio!

Narr'Havas se precipitó, cuando apareció Salambó.

Apeóse rápida de su caballo; abrió su amplio manto, y, separando los brazos, mostró el zaimf.

La tienda de cuero, levantada por los ángulos, dejaba ver toda la montaña cubierta de soldados, y, como estaba situada en el centro, desde todas partes se veía a Salambó. Estalló un murmullo intenso, un prolongado grito de triunfo y de esperanza. Los que estaban en marcha se detuvieron; los moribundos, apoyándose en el codo, se volvían hacia ella para bendecirla. Todos los bárbaros sabían ya que había recobrado el zaimf; desde lejos, la veían, creían verla; y otros gritos, pero de rabia y de venganza, resonaron a pesar de los aplausos de los cartagineses. Los cinco ejércitos, extendiéndose por la montaña, pataleaban y aullaban en torno a Salambó.

Amílcar, sin poder hablar, le dió las gracias con asenti-

mientos de cabeza. Sus miradas se posaban alternativamente en el zaimf y en ella y observó que su cadenilla estaba rota. Entonces se estremeció sacudido por una sospecha terrible. Pero, recobrando súbito su impasibilidad, miró a Narr' Havas, oblicuamente, sin volver la cara.

El rey de los númidas se mantenía aparte, en una actitud discreta. Tenía en la frente algo del polvo que había tocado al prosternarse. Por fin, el sufeta se acercó a él y, con un aire lleno de gravedad, le dijo:

— En recompensa a los servicios que me has prestado, Narr'Havas, te doy mi hija. — Y añadió: — ¡Sé mi hijo y defiende a tu padre!

Narr'Havas apuntó un gran gesto de sorpresa y luego se apoderó de sus manos y las cubrió de besos.

Salambó, quieta como una estatua, parecía no comprender. Sonrojóse un poco bajando la vista. Sus largas pestañas encorvadas proyectaban sombra sobre sus mejillas.

Amílcar quiso inmediatamente unirlos con lazos indisolubles. Puso en manos de Salambó una lanza que ella entregó a Narr'Havas; ató los pulgares de uno y de otro con una correa de buey y luego les derramó trigo sobre su cabeza; y los granos que caían en torno a ellos resonaban, al rebotar, como el granizo.

XII

El acueducto

Dos horas después no quedaba de los mercenarios más que un montón de muertos, de heridos y de agonizantes.

Amílcar, saliendo bruscamente del fondo del desfiladero, había descendido por la vertiente occidental que mira a Hippo-Zaryte, y, siendo más amplio el espacio en aquel lugar, había tenido cuidado de atraer a él a los bárbaros. Narr'Havas los había envuelto con sus caballos. El sufeta, mientras tanto, los atropellaba, los aplastaba, pues estaban vencidos de antemano por la pérdida del zaimf. Los mismos que no le concedían ninguna importancia, habían sentido una angustia y como un apocamiento. Amílcar, no poniendo su orgullo en conservar el campo de batalla, se había retirado un poco más lejos, a la izquierda, a las alturas desde las cuales lo dominaba.

Reconocíase la forma de los campos por sus inclinadas empalizadas. Un largo montón de cenizas negras humeaba en el emplazamiento de los libios; el suelo, revuelto, tenía ondulaciones como el mar, y las tiendas, con sus telas en jirones, parecían vagos navíos semiperdidos entre los escollos. Corazas, horcas, clarines, trozos de madera, de hierro,

de bronce, trigo, paja, vestidos, se esparcían entre cadáveres. Acá y allá alguna falárica pronta a extinguirse ardía contra un montón de bagajes; la tierra, en ciertos parajes, desaparecía bajo las adargas; carroñas de caballos se sucedían como una serie de montículos. Veíase piernas, sandalias, brazos, cotas de malla y cabezas con sus cascos, sostenidas por el barboquejo, y que rodaban como bolas. Algunas cabelleras pendían de los espinos; en mares de sangre, elefantes con las entrañas abiertas, estertoraban tendidos con sus torres. Se andaba sobre cosas pegajosas y había charcos de fango, aunque no hubiese llovido.

Esta confusión de cadáveres ocupaba de arriba abajo la montaña entera.

Los supervivientes no se movían más que los muertos.

Acurrucados en grupos desiguales, se miraban espantados y no se hablaban.

Al extremo de una larga pradera, el lago de Hippo-Zaryte resplandecía bajo el sol poniente. A la derecha, blancas casas aglomeradas rebasaban un cinturón de murallas; luego se extendía el mar, indefinidamente; y, con la barbilla en las manos, los bárbaros suspiraban pensando en su patria. Caía una nube de polvo gris.

Sopló el viento de la tarde. Entonces todos los pechos se dilataron; y, a medida que el fresco aumentaba, podía verse la miseria abandonar los muertos, que se enfriaban, y correr por la arena cálida. En lo alto de gruesas piedras, cuervos inmóviles se mantenían vueltos hacia los agonizantes.

Cuando cayó la noche, perros de amarillo pelaje, esas bestias inmundas que siguen a los ejércitos, llegaron calladamente en medio de los bárbaros. Al pronto lamieron los coágulos de sangre de los muñones, tibios aún; y muy pronto se pusieron a devorar los cadáveres, comenzándolos por el vientre.

Los fugitivos reaparecían uno a uno, como sombras; las mujeres también se atrevieron a volver, pues aún quedaban algunas, sobre todo entre los libios, a pesar de la matanza espantosa que los númidas habían realizado.

Algunos tomaron cabos de cuerdas que encendieron para

servir de antorchas. Otros tenían picas entrecruzadas. Ponían sobre ellas los cadáveres y los llevaban aparte.

Hallábanse tendidos en largas líneas, sobre la espalda, con la boca abierta, con sus lanzas junto a ellos; o bien amontonados, mezclados, y, a menudo, para descubrir los que faltaban, era preciso deshacer todo un montón. Luego se pasaba la antorcha por el rostro, lentamente. Armas horrendas les habían causado complicadas heridas. Jirones verdosos les colgaban de la frente; estaban cortados en pedazos, aplastados hasta la médula, amoratados por las estrangulaciones o desventrados por el colmillo de los elefantes. Aunque hubiesen muerto casi al mismo tiempo, existía diferencia en su corrupción. Los hombres del Norte estaban hinchados con un abotargamiento lívido, mientras que los africanos, más nerviosos, parecían ahumados y ya se secaban. Reconocíase a los mercenarios por el tatuaje de sus manos. Los viejos soldados de Antíoco llevaban un gerifalte; los que habían servido en Egipto, la cabeza de un cinocéfalo; entre los príncipes de Asia, un hacha, una granada, un martillo; en las repúblicas griegas, el perfil de una ciudadela o el nombre de un arconta; y veíase algunos cuyos brazos estaban enteramente cubiertos por múltiples símbolos que se mezclaban con sus cicatrices y con sus nuevas heridas.

Para los hombres de raza latina, los samnitas, los etruscos, los campanienses y los brucienses, se armaron cuatro grandes piras.

Los griegos, con sus espadas, abrieron fosas. Los espartanos, retirando sus mantos rojos, envolvían en ellos a los muertos. Los atenienses los tendían de cara al sol naciente. Los cántabros los soterraban bajo un montón de piedras; los nasamonsos los doblaban en dos, con correas de buey; y los garamantes fueron a enterrarlos en la playa, a fin de que fuesen perpetuamente bañados por las olas. Pero los latinos se desolaban por no poder recoger en urnas sus cenizas; los nómadas añoraban el calor de sus arenas, en las que los cuerpos se momificaban, y los celtas, tres piedras toscas, bajo un cielo lluvioso, en el fondo de un golfo lleno de islotes.

Eleváronse grandes voces seguidas de un largo silencio. Era para obligar a las almas a volver. Luego se repetía el clamor, a intervalos regulares, obstinadamente.

Excusábase ante los muertos, por no poder honrarlos como prescribían los ritos, pues, por esta privación, iban a circular durante períodos infinitos, a través de toda clase de azares y de metamorfosis. Se les interpretaba; se les preguntaba qué deseaban. Otros los abrumaban a injurias por haberse dejado vencer.

El resplandor de las grandes piras empalidecía los rostros exangües, vueltos de trecho en trecho, sobre los restos de las armaduras, y las lágrimas excitaban las lágrimas, los sollozos se hacían más agudos, los reconocimientos y los abrazos más frenéticos. Algunas mujeres se tendían sobre los cadáveres, boca contra boca, frente contra frente. Era preciso apalearlas para que se retirasen cuando se echaba la tierra. Se ennegrecían las mejillas, se cortaban el pelo; se sacaban sangre y la vertían en las fosas; se hacían cortes, a imitación de las heridas que desfiguraban a los muertos. A través del estrépito de los címbalos estallaban agudos rugidos. Algunos se arrancaban sus amuletos escupiendo sobre ellos. Los moribundos se revolcaban en el sangriento fango, mordiendo de rabia sus miembros mutilados; y cuarenta y tres samnitas, toda una sagrada primavera, se degollaron mutuamente, como gladiadores. Pronto faltó leña para las piras, las llamas se extinguieron; todos los sitios estaban ocupados; y cansados de haber gritado, debilitados, vacilantes, se durmieron junto a sus hermanos muertos, los que tenían que vivir, llenos de inquietudes, y los que deseaban nunca más despertar.

A la claridad del alba se presentaron en los límites de los bárbaros soldados que desfilaban con cascos levantados en la punta de las picas. Saludando a los mercenarios les preguntaban si no tenían nada que encargar para sus patrias.

Otros se aproximaron, y los bárbaros reconocieron en ellos a algunos de sus antiguos compañeros.

El sufeta había propuesto a todos los cautivos servir

en sus filas. Varios, intrépidamente, habían rehusado; y resuelto a no alimentarlos ni a entregarlos al Gran Consejo, los había despedido, ordenándoles no combatir a Cartago. En cuanto a aquellos a quienes el miedo a los suplicios hacía dóciles, les había distribuído las armas del enemigo y ahora se presentaban a los vencidos no tanto para reducirlos como por un movimiento de orgullo y de curiosidad.

Primero refirieron los buenos tratos del sufeta. Los bárbaros los escuchaban, envidiándolos, aunque los despreciasen. Luego, a las primeras palabras de reproche, los cobardes se alejaron; desde lejos les enseñaban sus propias espadas y sus corazas y los desafiaban con injurias a que fuesen a tomarlas. Los bárbaros recogieron piedras; todos huyeron y ya no se vió en la cumbre de las montañas más que las puntas de las lanzas rebasando el borde de las empalizadas.

Entonces un dolor más fuerte que la humillación de la derrota abrumó a los bárbaros. Pensaban en lo inútil de su valor. Permanecieron con los ojos fijos, rechinando los dientes.

La misma idea se les ocurrió a todos. Precipitáronse sobre los prisioneros cartagineses. Los soldados del sufeta, por casualidad, no habían podido descubrirlos, y como se habían retirado del campo de batalla, hallábanse aún en la fosa profunda.

Se los alineó en tierra, en un lugar aplanado. Los centinelas formaron un círculo alrededor de ellos y se permitió a las mujeres entrar en él, en grupos de treinta o cuarenta, sucesivamente. Queriendo aprovechar el poco tiempo que se les daba, corrieron de uno en otro, inciertas, palpitantes, y luego, inclinándose sobre aquellos pobres cuerpos, los golpeaban a brazo partido, como lavanderas que apalean la ropa. Aullando el nombre de su esposo los desgarraban con sus uñas y les sacaban los ojos con las agujas de sus cabellos. Después vinieron los hombres y los atormentaban de pies a cabeza, cortándoles desde los tobillos hasta la frente, de las que arrancaban coronas de piel para ponérselas en su cabeza. Los comedores de cosas inmundas fueron atroces en sus invenciones. Envenenaban las heridas derramando

en ellas polvo, vinagre y trozos de cacharros; otros esperaban detrás de éstos; la sangre corría y ellos se regocijaban como los vendimiadores en torno a las cubas humeantes.

Mientras tanto, Matho estaba sentado en el suelo, en el lugar mismo en que se hallaba al terminar la batalla, con los codos en las rodillas, las sienes en las manos, sin ver a nadie, sin oír nada, sin pensar.

A los alaridos de alegría de la multitud, levantó la cabeza. Ante él, un jirón de tela atado a una pértiga y que arrastraba por abajo, tapaba confusamente cestos, tapices, una piel de león. Reconoció su tienda; y sus ojos se clavaron en el suelo como si la hija de Amílcar, al desaparecer, se hubiese hundido en la tierra

La tela, desgarrada, flameaba al viento. Algunas veces las largas tiras le paraban ante la boca y advirtió una mancha roja, semejante a la impresión de una mano. Era la mano de Narr'Havas, el signo de su alianza. Entonces, Matho se levantó. Tomó un tizón que humeaba aún y lo arrojó sobre los restos de su tienda, desdeñosamente. Después, con la punta de su coturno empujaba hacia las llamas las cosas que sobresalían, para que no quedase nada de ello.

De pronto, y sin que pudiera adivinarse de qué punto surgía, apareció Espendio.

El antiguo esclavo se había atado a la pierna dos astillas de lanza; cojeaba de un modo lastimoso, lanzando quejidos.

— ¡Quítate eso! — le dijo Matho. — ¡Ya sé que eres un valiente!

Estaba tan aplanado por la injusticia de los dioses, que no tenía ya fuerza para indignarse contra los hombres.

Espendio le hizo un signo y lo llevó al hueco de un mamelón en el que Zarxas y Autharite estaban ocultos.

Habían huído, como el esclavo, aunque el uno fuese cruel y a pesar de su bravura el otro. Pero, ¿quién habría podido esperar — decían ellos — la traición de Narr'Havas, el incendio de los libios, la pérdida del zaimf, el rápido ataque de Amílcar ni, sobre todo, sus maniobras, forzándolo a volver al fondo de la montaña bajo los golpes

inmediatos de los cartagineses? Espendio no confesaba su terror y persistía en sostener que tenía la pierna rota.

Por fin, los tres jefes y el shalischim se preguntaron qué era preciso decidir.

Amílcar les cerraba el camino de Cartago. Estaban presos entre sus soldados y las provincias de Narr'Havas. Las ciudades tirias se unirían a los vencedores; iban a verse arrinconados a la orilla del mar y todas sus fuerzas reunidas los aplastarían. Esto es lo que ocurriría, infaliblemente.

Así, pues, no había medio alguno de evitar la guerra. Debían proseguirla a todo trance. Pero, ¿cómo hacer comprender la necesidad de una interminable batalla a todos aquellos hombres descorazonados, cuyas heridas sangraban aún?

— ¡Yo me encargo de ello! — dijo Espendio.

Dos horas después, un hombre que llegaba de la parte de Hippo-Zaryte trepaba corriendo por la montaña. Agitaba unas tablillas al extremo de su brazo; y como gritase muy fuerte, los bárbaros lo rodearon.

Las tablillas estaban enviadas por los soldados griegos de Cerdeña y recomendaban a sus compañeros de Africa que vigilasen a Giscon, con los demás cautivos. Un mercader de Samos, un tal Hipponax, procedente de Cartago, les había dicho que se organizaba un complot para lograr su evasión, y excitaban a los bárbaros a preverlo todo. La República era poderosa.

La estratagema de Espendio no tuvo éxito, al pronto, como él había esperado. La seguridad de un nuevo peligro, lejos de excitar el furor, aumentó los temores. Recordaban la advertencia de Amílcar, lanzada entre ellos no había mucho, y esperaban algo imprevisto que sería terrible. La noche transcurrió en una gran angustia; algunos hasta se desembarazaron de sus armas para enternecer al sufeta cuando se presentase.

Pero a la mañana siguiente, hacia la hora tercia del día, presentóse un nuevo corredor más jadeante y más negro de polvo. El griego le arrancó de las manos un rollo de papiro cargado de escrituras fenicias. En él se suplicaba a

los mercenarios que no se desalentasen. Los valientes de Túnez llegarían con grandes refuerzos.

Espendio leyó primero la carta tres veces seguidas y sostenido por dos capadocios que lo tenían sentado sobre sus hombros, se hacía transportar de sitio en sitio, para volver a leerla. Durante siete horas estuvo arengando.

Recordó a los mercenarios las promesas del Gran Consejo; a los africanos, las crueldades de los intendentes; a todos los bárbaros la injusticia de Cartago. La dulzura del sufeta era una trampa para atraparlos. Los que se entregasen serían vendidos como esclavos; los vencidos, perecerían en los suplicios. En cuanto a huir, ¿por qué caminos? Ningún pueblo querría recibirlos. ¡Mientras que continuando sus esfuerzos obtendrían a la vez libertad, venganza y dinero! No tendrían que esperar mucho tiempo, ya que los hombres de Túnez, la Libia entera, acudía en su socorro. Mostraba desarrollado el papiro: ¡Miradlo! ¡Leedlo! ¡Aquí están sus promesas! ¡Yo no miento!

Rondaban los perros con su negro hocico manchado de rojo. El sol calentaba las cabezas desnudas. Un hedor nauseabundo se exhalaba de los cadáveres mal enterrados. Algunos incluso sobresalían de la tierra hasta el vientre. Espendio los llamó en su ayuda, para atestiguar lo que él decía. Luego alzó los puños hacia el lado de Amílcar.

Matho lo observaba desde lejos y a fin de encubrir su decaimiento, manifestaba una cólera de la que poco a poco sintióse presa. Invocando a los dioses acumuló maldiciones sobre los cartagineses. El suplicio de los cautivos era un juego de niños. ¿Por qué conservarlos y arrastrar siempre en pos aquellos animales inútiles? — ¡No! ¡Era menester acabar! Sus proyectos son conocidos; uno sólo de ellos puede perdernos. ¡Nada de piedad! Se escogerá los buenos, por la velocidad de las piernas y por la fuerza del golpe.

Entonces se dirigieron hacia los cautivos. Algunos de ellos estertoraban aún; se los remató hundiéndoles el talón en la boca o apuñalándolos con la punta de una jabalina.

Después pensaron en Giscon. No lo hallaron en ninguna parte. Esto, les produjo gran inquietud. Querían, al mismo

tiempo, convencerse de su muerte y tomar parte en ella. Tres pastores samnitas lo descubrieron al fin a quince pasos del lugar en que, había un momento, se alzaba la tienda de Matho. Lo reconocieron por su larga barba y llamaron a los otros.

Tendido de espaldas, los brazos contra las caderas y las rodillas apretadas, tenía el aspecto de un muerto dispuesto para el sepulcro. No obstante, sus enflaquecidos costados se elevaban y deprimían, y sus ojos, extremadamente abiertos en medio de su rostro pálido, miraban de un modo continuo e intolerable.

Los bárbaros lo contemplaron, primeramente, con profundo asombro. Desde el tiempo en que vivía en el foso, casi lo habían olvidado. Molestos por antiguos recuerdos, manteníanse a distancia y no se atrevían a poner la mano sobre él.

Pero los que estaban detrás murmuraban y se crecían, cuando un garamante atravesó los grupos, blandiendo una hoz. Todos comprendieron su idea; sus rostros enrojecieron, y avergonzados, aullaron:

— ¡Sí, sí!

El hombre del corvo hierro se aproximó a Giscon. Le cogió la cabeza, y, apoyándola sobre su rodilla, la segó con rápidos golpes, dejándola caer en tierra. Dos gruesos chorros de sangre hicieron un agujero en el suelo. Zarxas había saltado sobre él y, más ligero que un leopardo, corrió hacia los cartagineses.

Luego, cuando estuvo a los dos tercios de la montaña, sacó de su pecho la cabeza de Giscon y sosteniéndola por la barba hizo girar su brazo rápidamente, varias veces, y la masa, lanzada, al fin, describió una amplia parábola y desapareció tras las trincheras púnicas.

Pronto se alzaron en el borde de las empalizadas dos estandartes entrecruzados, signo convenido para reclamar los cadáveres.

Entonces, cuatro heraldos elegidos por la amplitud de su pecho, se presentaron con grandes clarines, y, hablando por los tubos de azófar, declararon que, en adelante, no ha-

bría ya, entre los cartagineses y los bárbaros, ni fe, ni piedad, ni dios; que, desde luego, se negaban a toda conferencia y que los parlamentarios serían despedidos con las manos cortadas.

Inmediatamente después, Espendio fué enviado a Hippo-Zaryte para obtener víveres. La ciudad tiria los envió la tarde misma. Comieron ávidamente. Luego, cuando estuvieron confortados, recogieron prontamente los restos de su impedimenta y de sus armas rotas; las mujeres se amontonaron en el centro y, sin cuidarse de los heridos, llorando detrás de ellos, partieron por la orilla del mar, a pasos rápidos, como una manada de lobos que se aleja.

Iban a Hippo-Zaryte, decididos a tomarla, pues necesitaban una ciudad.

Amílcar, viéndolos desde lejos, se desesperó, a pesar del orgullo que sentía al verlos huir delante de él. Habría sido necesario atacarlos al punto con tropas frescas. ¡Un día más semejante al pasado, y la guerra estaba terminada! Si las cosas tardaban, ellos se reharían más fuertes; las ciudades tirias se unirían a ellos; su clemencia hacia los vencidos no había servido de nada. Adoptó la resolución de ser despiadado.

Aquella misma tarde envió al Gran Consejo un dromedario cargado de brazaletes recogidos sobre los muertos, y, con amenazas terribles, ordenó que se le enviase otro ejército. Todos, desde largo tiempo atrás, lo creían ya perdido; tanto que, al conocer su victoria, experimentaron una estupefacción que era casi terror. El retorno del zaimf, anunciado vagamente, completaba la maravilla. Así, los dioses y la fuerza de Cartago parecían pertenecerle en la actualidad.

Ninguno de sus enemigos lanzó una queja ni una recriminación. Por el entusiasmo de unos y la pusilanimidad de los otros, antes del plazo prescrito le fué enviado un ejército de cinco mil hombres.

Éstos llegaron prontamente a Utica para apoyar al sufeta en su retaguardia, mientras tres mil de los más con-

siderables embarcaron en navíos que debían desembarcarlos en Hippo-Zaryte, desde donde rechazarían a los bárbaros.

Hannón había aceptado el mando de ellos; pero confió el ejército a su lugarteniente Magdasán, a fin de dirigir por sí mismo el desembarco de las tropas, pues él no podía soportar las sacudidas de la litera. Su mal, royéndole los labios y la nariz, había abierto en su faz un ancho agujero. A diez pasos se le veía el fondo de la garganta y él se reconocía de tal modo repugnante que, como una mujer, se echaba un velo sobre la cabeza.

Hippo-Zaryte no escuchó sus exhortaciones ni las de los bárbaros; pero, todas las mañanas, los habitantes les descendían víveres en cestos, gritando desde lo alto de las torres, excusándose de las exigencias de la República y conjurándolos a alejarse. Las mismas protestas dirigían, por signos, a los cartagineses, estacionados en el mar.

Hannón se conformó con bloquear el puerto, sin arriesgar un ataque. No obstante, persuadió a los jueces de Hippo-Zaryte a recibir entre ellos trescientos soldados. Luego se fué hacia el cabo de las Uvas, y dió un gran rodeo para copar a los bárbaros, operación inoportuna y hasta peligrosa. Sus celos le impedían socorrer al sufeta; detenía a sus espías, embarazaba todos sus planes, comprometía su empresa. Al fin, Amílcar escribió al Gran Consejo para que lo librase de él y Hannón regresó a Cartago, furioso contra la bajeza de los Ancianos y la locura de su colega. A pesar de tantas esperanzas, hallábase éste en la situación más deplorable; pero se trataba de no reflexionar, ni siquiera hablar de ello.

Como si no hubiese bastantes infortunios a la vez, se supo que los mercenarios de Cerdeña habían crucificado a su general, sitiado las plazas fuertes y degollado por doquier todos los hombres de raza cananea. El pueblo romano amenazó a la República con hostilidades inmediatas si no entregaba mil doscientos talentos con toda la isla de Cerdeña. Él había aceptado la alianza con los bárbaros y les enviaba bolsas cargadas de harina y de carnes secas. Los cartagineses los persiguieron; capturaron quinientos hombres; pero

tres días más tarde, una flota que venía de Bysacena, llevando víveres para Cartago, zozobró en una tempestad. Los dioses, evidentemente, se mostraban hostiles.

Entonces, los ciudadanos de Hippo-Zaryte, pretextando una alarma, hicieron subir a las murallas a los trescientos hombres de Hannón; luego, acometiéndolos de pronto por la espalda, los tomaron por las piernas y los arrojaron por encima de las fortificaciones. Algunos, que no quedaron muertos, fueron perseguidos y acabaron ahogándose en el mar.

Utica soportaba algunos soldados, pues Magdasán había hecho lo mismo que Hannón, y, según sus órdenes, rodeaba la ciudad, sordo a los ruegos de Amílcar. A éstos se les dió vino mezclado con mandrágora y luego se los degolló durante su sueño. Al mismo tiempo, llegaron los bárbaros. Magdasán huyó; las puertas se abrieron y, desde entonces, las dos ciudades tirias mostraron a sus nuevos amigos una empeñada adhesión y a sus antiguos aliados un odio inconcebible.

Este abandono de la causa púnica era un consejo, un ejemplo. Las esperanzas de liberación se acentuaron. Poblaciones, dudosas aún, no vacilaron ya. Todo se conmovió. El sufeta lo supo, ¡y no esperaba ningún socorro! Ahora estaba irrevocablemente perdido.

Inmediatamente despidió a Narr'Havas para que custodiase los límites de su reino. En cuanto a él, resolvió regresar a Cartago para tomar allí soldados y comenzar de nuevo la guerra.

Los bárbaros establecidos en Hippo-Zaryte vieron cómo descendía por la montaña su ejército.

¿A dónde iban los cartagineses? El hambre, sin duda, los empujaba; y, locos por los sufrimientos, a pesar de su debilidad, iban a librar la batalla. Pero torcieron a la derecha; huían. Podía alcanzárselos, aplastarlos a todos.

Los bárbaros se lanzaron en su persecución.

Los cartagineses fueron detenidos por el río. Estaba crecido aquella vez y el viento del oeste no había soplado. Unos lo cruzaron a nado; otros, sobre sus broqueles, y se pusieron en marcha. Cayó la noche. No se los vió más.

Los bárbaros no se detuvieron; subieron más arriba, para buscar un sitio más estrecho. Acudieron los hombres de Túnez y arrastraron a los de Utica. En cada matorral hallaban nuevos hombres, y los cartagineses, echándose en tierra, oían el rumor de sus pasos en las tinieblas. De vez en cuando, para retrasarlos, Barca hacía lanzar a su espalda descargas de flechas. Algunos fueron muertos. Cuando amaneció estaban en las montañas de la Ariace, en el lugar en que el camino forma un recodo.

Entonces, Matho, que marchaba a la cabeza, creyó distinguir en el horizonte una cosa verde en la cúspide de una eminencia. Luego, el terreno se hundió y aparecieron obeliscos, cúpulas, casas... ¡Era Cartago! Se apoyó contra un árbol para no caer; su corazón latía alocado.

Pensaba en todo lo que había acaecido en su existencia desde la última vez que había pasado por allí. Era aquello una sorpresa infinita, un aturdimiento. Luego apoderóse de él la alegría ante la idea de volver a ver a Salambó. Las razones que tenía para execrarla acudieron a su memoria. Las oxeó rápidamente. Temblando y con las pupilas dilatadas, contemplaba, más allá de Eschmun, la alta terraza de un palacio, por encima de las palmeras. Una sonrisa de éxtasis iluminó su faz, como si hubiese llegado hasta él un gran resplandor. Abrió los brazos y envió besos con la brisa, murmurando:

— ¡Ven! ¡Ven!

Un suspiro hinchó su pecho y dos lágrimas, gruesas como perlas, cayeron sobre su barba.

— ¿Qué te detiene? — exclamó Espendio. — ¡Apresúrate, pues! ¡En marcha! ¡El sufeta se nos va a escapar! ¡Pero tus rodillas vacilan y me miras como un hombre ebrio!

Pateaba de impaciencia; acuciaba a Matho; y con guiños de ojos, como ante la proximidad de un final largamente ansiado, añadió:

— ¡Ah! ¡Ya estamos! ¡Henos aquí! ¡Ya los tengo!

Tenía un aire tan convencido y triunfante, que Matho, sorprendido en su sopor, se sintió dominado. Aquellas palabras llegaban en lo más fuerte de su angustia; llevaban su

desesperación hasta la venganza, daban pábulo a su cólera. Saltó sobre uno de los camellos que estaban entre la impedimenta, le arrancó su cabestro y con la larga cuerda golpeaba a los rezagados, corriendo a derecha e izquierda, alternativamente, por la retaguardia del ejército, como un perro que impulsa un rebaño.

A su voz tonante las filas de hombres se apretaron; hasta los cojos precipitaron sus pasos. En medio del istmo, el intervalo disminuyó. Los primeros de los bárbaros caminaban ya entre el polvo de los cartagineses. Los dos ejércitos se aproximaban, iban a tocarse. Pero la puerta de Malqua, la puerta de Tagasta y la gran puerta de Khamon abrieron sus portones. El cuadro púnico se dividió; tres columnas fueron engullidas y bullían bajo los porches. Muy pronto, la masa, demasiado apretada contra sí misma, no avanzó más; las picas, en el aire, se tropezaban y las flechas de los bárbaros se rompían contra los muros.

En el umbral de Khamon se divisaba a Amílcar. Se volvió gritando a sus hombres para que se apartasen; se apeó de su caballo y pinchándolo en la grupa con su espada, lo lanzó sobre los bárbaros.

Era un semental oringio, al que se alimentaba con bolitas de harina y que doblaba las rodillas para dejarse montar. ¿Por qué se desprendía de él? ¿Era un sacrificio?

El gran caballo galopaba en medio de las lanzas, tumbaba hombres, y, enredándose los pies en las entrañas, caía y luego se levantaba con botes furiosos. Y mientras los bárbaros se apartaban, intentaban detenerlo y miraban sorprendidos, los cartagineses se habían unido; entraron, y la puerta enorme se cerró tras ellos resonando.

No cedió. Los bárbaros aplastáronse contra ella, y durante algunos minutos, en todo el ejército hubo una oscilación, cada vez más blanda, hasta que, al fin, se detuvo.

Los cartagineses habían puesto soldados en el acueducto, que comenzaron a lanzar piedras, balas, maderos. Espendio comprendió que no era preciso obstinarse. Fueron a situarse un poco más lejos, completamente resueltos a poner sitio a Cartago.

Mientras tanto, el rumor de la guerra había rebasado los confines del imperio púnico; y desde las columnas de Hércules hasta Cirene, los pastores pensaban en ello mientras guardaban sus rebaños y de ello hablaban las caravanas, durante la noche, a la luz de las estrellas. ¡La gran Cartago, dominadora de los mares, espléndida como el sol y tremenda como un dios, hallaba hombres que se atrevían a atacarla! ¡Hasta varias veces se había afirmado su caída! Y todos habían creído en ella, pues todos la deseaban: las poblaciones sometidas, las aldeas tributarias, las provincias aliadas, las hordas independientes, los que la execraban por su tiranía, los celosos de su poderío, los que ambicionaban su riqueza. Los más valientes no tardaron en unirse a los mercenarios. La derrota del Macar había contenido a los demás. Al fin habían recobrado la confianza; poco a poco habían avanzado, se habían acercado; y ahora los hombres de las regiones orientales acampaban en las dunas de Clipea, al otro lado del golfo. En cuanto divisaron a los bárbaros, se presentaron.

No eran los libios de los alrededores de Cartago; desde mucho tiempo atrás componían éstos el tercer ejército; sino los nómadas de la planicie de Barca, los bandidos del cabo de Fisco y del promontorio de Derné, los de Fazana y de la Marmárica. Habían cruzado el desierto bebiendo en los pozos salobres, construídos con esqueletos de camellos; los zuaeces, cubiertos de plumas de avestruz, habían llegado con cuadrigas; los garamantes, enmascarados con un velo negro, sentados en la grupa de sus yeguas pintadas; otros, en asnos, en onagros, en zebras, en búfalos; y algunos llevando con sus familias y sus ídolos el techo de su cabaña en forma de chalupa. Había amonitas de miembros arrugados por el agua caliente de las fuentes; atarantes, que maldecían al sol; trogloditas, que enterraban riendo a sus muertos bajo ramas de árboles; y los repugnantes ausenses, que comen saltamontes; los acrimáquidas, que comen piojos, y los gisantes, pintados de bermellón, que comen monos.

Todos se habían colocado en la orilla del mar, en una gran línea recta. Después avanzaron como torbellinos de

arena levantados por el viento. En medio del istmo se detuvo su multitud; los mercenarios, acampados ante ellos, cerca de las murallas, no querían moverse.

Luego, por la parte de Ariana, aparecieron los hombre de Occidente, el pueblo de los númidas. En efecto, Narr'Havas no gobernaba más que a los masilienses; y, además, una costumbre les permitía, tras un revés, abandonar al rey, y se habían reunido en el Zaine y luego lo habían franqueado al primer movimiento de Amílcar. Primeramente se vió llegar a todos los cazadores de Malethut-Baal y del Garafos, vestidos con pieles de león, conduciendo con el hierro de sus picas delgados caballitos de largas crines; luego iban los gétulos con adargas de piel de serpiente; luego los farusienses, ostentando altas coronas hechas con cera y con resina; y los caunos, los macaros, los tillabaros, llevando cada cual de ellos dos jabalinas y un broquel redondo de cuero de hipopótamo. Detuviéronse en los bajos de las catacumbas, ante los primeros charcos de la laguna.

Pero cuando los libios se apartaron, se vió en el sitio que ocupaban, como una nube a ras de tierra, la multitud de los negros. Habían llegado del Harús-blanco, del Harús-negro, del desierto de Augiles y hasta de la gran región de Agazimba, que está a cuatro meses al sur de los garamantes, y más lejos aún. A pesar de sus joyeles de madera roja, la grasa de su piel negra les hacía parecer moras que hubiesen rodado largo tiempo por el polvo. Llevaban calzones de fibras de corteza, túnicas de hierbas secas y se tocaban con cabezas de fieras; y aullando como lobos, agitaban varillas guarnecidas de anillos, blandiendo colas de vaca en el extremo de un palo, a guisa de estandarte.

Después, detrás de los númidas, los morusianos y los gétulos, se agolpaban los hombres amarillentos dispersos más allá de Tagir, en los bosques de cedros. Aljabas de pelo de gato les golpeaban los hombros, y llevaban atraillados perros enormes, tan grandes como asnos y que no ladraban.

En fin, como si aún no se hubiese vaciado el Africa suficientemente, y que, para recoger más furores, hubiese sido preciso tomar hasta lo más bajo de las razas, se veía, detrás

de todos los demás, hombres de perfil de bestia, gesticulando con una sonrisa idiota; miserables fustigados por repugnantes enfermedades; pigmeos deformes; mulatos de sexo ambiguo; albinos cuyos ojos bermejos guiñaban al sol; todo esto entre balbuceos de sonidos ininteligibles, y metiéndose los dedos en la boca para indicar que tenían hambre.

La confusión de las armas no era menor que la de los vestidos y de los pueblos. No había invento alguno vulnerario que no estuviese representado allí, desde los puñales de madera, las hachas de piedra y los tridentes de marfil, hasta los grandes sables dentados, como sierras, delgados, hechos con una lámina de cobre que se doblaba. Manejaban largos cuchillos que se bifurcaban en varias ramas parecidas a las arboladuras de los antílopes, podaderas atadas al extremo de una cuerda, triángulos de hierro, mazas, punzones. Los etiópicos del Bambotus ocultaban en sus cabellos pequeños dardos emponzoñados. Algunos habían llevado guijarros en sacos. Otros, con las manos vacías, hacían rechinar los dientes.

Una batahola continua agitaba aquella multitud. Dromedarios embadurnados de alquitrán como navíos, derribaban a las mujeres que llevaban sus hijos en las caderas. Las provisiones en canastos se desparramaban; aplastábase al andar trozos de sal, paquetes de goma, dátiles podridos, nueces de gurú, y, a veces, en senos cubiertos de miseria, pendía de un delgado cordón algún diamante que hubiesen buscado los sátrapas, una piedra casi fabulosa y suficiente para comprar un imperio. La mayor parte de ellos no sabían ni lo que querían. Impulsábalos una fascinación, una curiosidad. Nómadas que no habían visto jamás una ciudad estaban asustados por la sombra de las murallas.

Actualmente el istmo desaparecía bajo los hombres y la amplia superficie, en la que las tiendas parecían cabañas en una inundación, se extendían hasta las primeras líneas de los otros bárbaros, todas rebosantes de hierro y simétricamente situadas a entrambos lados del acueducto.

Los cartagineses se hallaban aún bajo el espanto de su

llegada, cuando divisaron, avanzando rectos hacia ellos, unos monstruos como edificios — con sus mástiles, sus brazos, sus cuerdas, sus articulaciones, sus capiteles, sus cubiertas, — las máquinas de sitio que enviaban las ciudades tirias: sesenta carrobalistas, ochenta onagros, treinta escorpiones, cincuenta tolenones, doce arietes y tres gigantescas catapultas que lanzaban trozos de roca que pesaban quince talentos. Masas de hombres las empujaban aferrados a su base; a cada paso los sacudía un estremecimiento; así llegaron hasta los muros.

Pero se necesitaba varios días para terminar los preparativos del asedio. Los mercenarios, aleccionados por sus derrotas, no querían arriesgarse a intentos inútiles; y, por una y otra parte, se procedía sin ninguna prisa, sabiendo perfectamente que iba a empeñarse una acción terrible de la que resultaría una victoria o un exterminio completos.

Cartago podía resistir largo tiempo. Sus anchas murallas ofrecían una serie de ángulos entrantes y salientes, disposición ventajosa para rechazar los asaltos.

No obstante, por la parte de las catacumbas se había derrumbado una parte de ellas, y durante las noches obscuras, entre los bloques separados, se veían las luces de los zaquizamíes de Malqua. Éstos dominaban en ciertos puntos la altura de las murallas. Allí vivían, con sus nuevos esposos, las mujeres mercenarias expulsadas por Matho. Al volver a verlas, no pudieron dominar los impulsos de su corazón. Agitaron sus chales desde lejos y luego, aprovechando las tinieblas, venían a hablar con los soldados por las grietas del muro. El Gran Consejo supo una mañana que todas habían huído. Unas habían pasado por entre las piedras; otras, más intrépidas, se habían descolgado con cuerdas.

Al fin, Espendio resolvió realizar su proyecto.

La guerra, manteniéndolo lejos, se lo había impedido hasta entonces; y luego, al volver frente a Cartago, le pareció que los habitantes sospechaban sus proyectos. Pero no tardaron mucho en disminuir los centinelas del acueducto. No había demasiada gente para la defensa del recinto.

El antiguo esclavo se ejercitó durante varios días en lanzar flechas contra los fenicópteros del lago. Luego, una noche en que brillaba la luna, rogó a Matho que encendiese una gran hoguera de paja, a media noche, al mismo tiempo que todos sus hombres prorrumpirían en gritos; y llevándose con él a Zarxas, se fué por la orilla del golfo, en dirección a Túnez.

A la altura de los últimos arcos, volviéronse derechos hacia el acueducto. El lugar estaba descubierto; y avanzaron, reptando, hasta la altura de los pilares.

Los centinelas de la plataforma se paseaban tranquilamente.

Brotaron las altas llamas; resonaron los clarines; los soldos en centinela, creyendo un asalto, se precipitaron hacia Cartago.

Había quedado un hombre. Recortábase en negro sobre el fondo del cielo. La luna lucía detrás de él y su sombra desmesurada fingía a lo lejos, en la llanura, un obelisco que andaba.

Esperaron a que estuviese bien colocado delante de ellos. Zarxas requirió su honda; por prudencia o por ferocidad, Espendio lo detuvo.

—¡No, el silbar de la bala haría ruido! ¡Déjamelo a mí!

Entonces tendió su arco, con todas sus fuerzas, apoyándolo por la parte inferior en el dedo gordo de su pie izquierdo, apuntó, y partió la flecha.

El hombre no cayó. Desapareció.

— ¡Si estuviese herido lo oiríamos! — dijo Espendio, y trepó vivamente de piso en piso, como lo había hecho la primera vez, ayudándose con una cuerda y con un arpón. Luego, cuando estuvo arriba, junto al cadáver, dejó caer la cuerda. El balear ató a ella un pico con un mazo y se volvió a su punto de partida.

Las trompetas no sonaban ya. Todo estaba tranquilo. Espendio había levantado una de las losas, había entrado en el agua y la había cerrado sobre él.

Calculando la distancia por el número de sus pasos, llegó hasta el lugar en que había observado una hendedura obli-

cua; y durante tres horas, hasta ser de día, trabajó de un modo furioso, continuo, respirando apenas por los intersticios de las losas superiores, asaltado por mil angustias y creyendo morir mil veces. Al fin se oyó un crujido; una piedra enorme, rebotando sobre los arcos inferiores, cayó hasta abajo, y de pronto, una catarata, un río entero; descendió del cielo a la llanura. El acueducto, cortado por la mitad, se desaguaba. Era la muerte de Cartago y la victoria para los bárbaros.

En un instante, los cartagineses, despertados, aparecieron en las murallas, en las casas, en los templos. Los bárbaros se levantaban y gritaban; danzaban, presas de un delirio, en torno a la gran cascada de agua y, en la extravagancia de su alborozo, iban a mojarse en ella la cabeza.

En lo sumo del acueducto se divisó un hombre con una túnica obscura, desgarrada. Permanecía inclinado en el borde, con ambas manos en las caderas, mirando abajo, a sus pies, como asombrado de su obra.

Luego se irguió. Recorrió el horizonte con aire soberbio que parecía decir: «¡Ahora, todo esto es mío!» Los aplausos de los bárbaros estallaron; los cartagineses, comprendiendo al fin su desastre, aullaban de desesperación. Entonces, él se puso a correr por la plataforma, de un extremo a otro, y, como un conductor de carro triunfante en los juegos olímpicos, Espendio, ebrio de orgullo, alzaba los brazos.

XIII

Moloch

Los bárbaros no tenían necesidad de una circunvalación por la parte de Africa: ésta les pertenecía. Pero, para hacer más fácil la aproximación a las murallas, se derribó el reducto que rodeaba el foso. Después Matho dividió el ejército en grandes semicírculos, para envolver mejor a Cartago. Los lanceros de los mercenarios fueron colocados en primer lugar; tras ellos los honderos y los jinetes; en el fondo, los bagajes, los carros, los caballos. A la parte de acá de esta multitud, a trescientos pasos de las torres, se erizaban las máquinas.

Bajo la variedad infinita de sus nombres (que cambiaron varias veces en el transcurso de los siglos) podían reducirse a dos sistemas: unas, que obraban como hondas; y otras, como arcos.

Las primeras, las catapultas, se componían de un bastidor cuadrado con dos montantes verticales y una barra horizontal. En su parte anterior, un cilindro, provisto de cables, retenía un grueso timón que presentaba un cazo para recibir los proyectiles; la base estaba aprisionada por una madeja de hilos retorcidos, y, cuando se abandonaba las

cuerdas, se levantaba e iba a golpear contra la barra, lo que, deteniéndolo por una sacudida, aumentaba su vigor.

Las segundas ofrecían un mecanismo más complicado. Sobre una pequeña columna estaba fija una traviesa por su parte media, a la que llegaba en ángulo recto una especie de canal; en los extremos del travesaño se alzaban dos capiteles que contenían un torcido de crines; dos viguetas estaban presas allí para recibir los extremos de una cuerda que se llevaba hasta la base del canal sobre una tablilla de bronce.

Esta placa de metal se desprendía por medio de un resorte, y, resbalando por la ranura, lanzaba las flechas.

Las catapultas se llamaban también onagros, como los asnos salvajes que lanzan guijarros con sus patas, y las balistas de los escorpiones, a causa de un gancho levantado sobre la tablilla, y que, al bajarse de un puñetazo, hacía disparar el resorte.

Su construcción exigía sabios cálculos; sus maderas debían de ser elegidas entre las variedades más duras; sus engranajes, todos de latón. Se movían por medio de palancas, de poleas, de cabrestantes y de tímpanos. Fuertes pivotes variaban la dirección de su tiro; unos cilindros las hacían avanzar, y, las más considerables, que se transportaban pieza por pieza, eran armadas frente al enemigo.

Espendio dispuso las tres grandes catapultas en los tres ángulos principales; delante de cada puerta colocó un ariete; delante de cada torre una balista y carrobalistas circulando por detrás. Pero era preciso garantizarlas contra los fuegos de los sitiados y cegar primeramente el pozo que las separaba de las murallas.

Se adelantó unas galerías de cañizos de juncos verdes y de arcos de encina, semejantes a enormes escudos que resbalaban sobre tres ruedas. Chozas cubiertas con pieles frescas y rellenas de algas protegían a los trabajadores; las catapultas y las balistas fueron protegidas por cortinas de cuerdas empapadas en vinagre para hacerlas incombustibles. Las mujeres y los niños iban a buscar guijarros a la playa, recogiendo tierra con sus manos y llevándosela a los soldados.

Los cartagineses se preparaban también.

Amílcar los había tranquilizado asegurándoles que había agua en las cisternas para ciento veintitrés días. Esta afirmación, su presencia entre ellos, y, sobre todo, la del zaimf, les dieron gran esperanza. Cartago reaccionó de su abatimiento; los que no eran de origen cananeo fueron arrebatados por el entusiasmo de los otros.

Se armó a los esclavos, se vació los arsenales; los ciudadanos tuvieron cada cual su sitio y su empleo. Mil doscientos hombres supervivientes de los tránsfugas fueron hechos capitanes por el sufeta. Y los carpinteros, los armeros, los herreros y los orfebres fueron destinados a las máquinas. Los cartagineses habían conservado algunas de ellas, a pesar de las condiciones de la paz romana. Se las reparó. Se dedicaron a esta obra.

Los dos lados, septentrional y oriental, defendidos por el mar y por el golfo, permanecían inaccesibles. En la muralla, de cara a los bárbaros, se subieron troncos de árboles, piedras de molino, vasijas llenas de azufre, cubos henchidos de aceite, y se construyeron hornos. En la plataforma de las torres se amontonaron piedras y las casas que tocaban a las murallas fueron rellenadas de arena para afirmarlas y aumentar su espesor.

Ante estas disposiciones los bárbaros se irritaron. Querían combatir en seguida. Los pesos que pusieron en las catapultas eran tan enormes, que los timones se rompieron. Fué preciso aplazar el ataque.

En fin, el décimotercero día del mes de Schabar — al salir el sol — se oyó un gran golpe contra la puerta de Khamon.

Setenta y cinco soldados tiraban de las cuerdas dispuestas en la base de una viga gigantesca, horizontalmente suspendida por cadenas que descendían de un soporte y que terminaba en una cabeza de carnero, de bronce. Estaba envuelta en pieles de buey; zunchos de hierro la cercaban de trecho en trecho; era gruesa como tres veces el cuerpo de un hombre y larga de ciento veinte codos. Y bajo la multitud de brazos desnudos que la empujaban y la manejaban avanzaba y retrocedía con una oscilación regular.

Los demás arietes, delante de las otras puertas, comenzaron a moverse. En las huecas ruedas de los tímpanos se veía hombres que subían de escalón en escalón. Chirriaron las garruchas, las cortinas de cuerdas se aflojaron y nubes de piedras y nubes de flechas fueron lanzadas a la vez. Corrieron dispersos todos los honderos. Algunos se aproximaban a las murallas ocultando bajo sus broqueles potes de resina; luego los lanzaban con toda la fuerza de su brazo. Esta granizada de balas, de dardos y de fuego pasaba por encima de las primeras filas y dibujaba una curva que caía detrás de las murallas. Pero en su vértice se alzaban grandes grúas para poner mástiles a los barcos; y de ellos descendían unas pinzas enormes que terminaban en dos semicírculos dentados en su interior. Éstas mordían los arietes; y los soldados, aferrándose a la viga, tiraban de ella hacia atrás. Los cartagineses trataban de hacerla subir; y la tarea se prolongaba hasta hacerse de noche.

Cuando los mercenarios, por la mañana, renovaron su empeño, lo alto de las murallas estaba completamente tapizado de balas de algodón, de telas, de almohadones· las almenas estaban tapadas con esteras, y en los fuertes, entre las grúas, se veía una hilera de horcas y de tajaderos enmangados en palos. Y, en el acto, comenzó una resistencia furiosa.

Troncos de árboles sostenidos por cables, caían y volvían a caer golpeando a los arietes; garfios, arrojados por las balistas, arrancaban el techo de las cabañas y desde la plataforma de las torres se derramaban torrentes de pedernales y de guijarros.

Al fin los arietes rompieron la puerta de Khamon y la de Tagasta. Pero los cartagineses habían amontonado en su interior tal abundancia de materiales que no pudieron abrirse sus hojas, y permanecieron en pie.

Entonces se aplicaron taladros a las junturas de los bloques de las murallas, que los desplegaban. Las máquinas fueron mejor gobernadas y sus servidores repartidos en escuadras. Desde la mañana hasta la noche funcionaban sin interrupción, con la precisión monótona de un telar.

Espendio no se cansaba de dirigirlas. Era él mismo quien templaba las madejas de las balistas. Para que hubiese en ellas tensiones iguales y completa paridad, se apretaban sus cuerdas golpeando por turno a derecha e izquierda hasta el momento en que los dos lados producían un sonido igual. Espendio se subía sobre su armazón. Con la punta del pie las golpeaba suavemente y aprestaba el oído como un músico que acorda una lira. Luego, cuando la lanza de la catapulta se alzaba, cuando retemblaba la columna de la balista bajo la sacudida del resorte, cuando las piedras salían disparadas como rayos y los dardos corrían como arroyos, dejaba colgar todo su cuerpo y abría sus brazos como para seguirlos.

Los soldados admiraban su destreza y ejecutaban sus órdenes. En la alegría de su trabajo, se entretenían en bromear con los nombres de las máquinas. Así, a las tenazas para apresar los arietes las llamaban *lobos,* y a las galerías cubiertas, *parras;* había *corderos* y se iba a hacer la *vendimia;* y al preparar las piezas, decían a los onagros: «¡Vamos, rueda bien!», y a los escorpiones: «¡Atraviésalos hasta el corazón!» Estas bufonadas, siempre las mismas, sostenían su valor.

Pero las máquinas no demolían la fortaleza. Estaba ésta formada por dos murallas rellenas de tierra. Sufrían las partes superiores; pero los sitiados las reparaban cada vez. Matho ordenó construir torres de madera que debían ser tan altas como las de piedra. Arrojóse al foso piedras, céspedes, picos y carros con sus ruedas, para rellenarlo más pronto. Antes de colmarlo, la multitud inmensa de los bárbaros onduló en la llanura con un sólo movimiento y llegó al pie de los muros como un mar desbordado.

Lleváronse escalas de cuerda, escaleras de madera y sambucos, es decir, dos mástiles, de los que descendían por medio de aparejos, una serie de bambús que formaba un puente móvil. Estaban todos armados en línea recta, apoyados en los muros, y los mercenarios, unos tras otros, subían por ellos llevando sus armas en la mano. No aparecía ningún cartaginés y los bárbaros iban ya por los dos ter-

cios del muro, cuando se abrieron las almenas, vomitando, como fauces de dragón, fuego y humo; la arena, dispersándose, penetraba por las junturas de las armaduras; el petróleo se adhería a las ropas; el plomo líquido, rebotando sobre los cascos, hacía agujeros en las carnes; una lluvia de chispas se estrellaba contra los rostros y órbitas sin ojos parecían llorar lágrimas del tamaño de almendras. Hombres amarillos por el aceite, ardían por el pelo, y echaban a correr, prendiendo fuego a los otros. Se los apagaba arrojándoles desde lejos, sobre la cara, capas empapadas en sangre. Algunos, que no tenían heridas, permanecían inmóviles, rígidos como estacas, con la boca abierta y los brazos separados.

El asalto se reanudó durante varios días consecutivos, esperando triunfar los mercenarios por un exceso de fuerza y de audacia.

A veces, un hombre, sobre los hombros de otro, encajaba una clavija entre las piedras, y luego, sirviéndose de ella como escalón para alcanzar más arriba, colocaba otra y luego otra, y, protegido por el reborde de las almenas que rebasaban la muralla, poco a poco, se elevaban así; pero siempre, al llegar a cierta altura, caían. El gran foso, demasiado lleno, se desbordaba; bajo los pies de los vivos, los heridos se mezclaban amontonados con los muertos y con los moribundos. Entre desgarradas entrañas, sesos saltados y charcos de sangre, los troncos calcinados formaban manchas negras; y brazos y piernas, entresaliendo de un montón, se mantenían derechos, como rodrigones en un viñedo incendiado.

Las escalas resultaron insuficientes y se emplearon los tolenones, instrumentos formados por una larga viga colocada transversalmente sobre otra, y llevando en su extremidad un cesto cuadrangular que podía contener treinta infantes con sus armas.

Matho quiso subir a la primera que estuviese lista. Espendio lo detuvo.

Encorváronse varios hombres sobre un molinete y la gran viga se elevó, se puso horizontal, se irguió casi ver-

ticalmente, y, demasiado cargada por el extremo, se dobló como una inmensa caña. Los soldados, escondidos hasta la barbilla, se amontonaban; no se veía de ellos más que las plumas de los cascos. En fin, cuando estuvo a cincuenta codos de altura, giró a derecha e izquierda varias veces, y después se inclinó; y, como un brazo de gigante que tuviese en la palma de la mano una cohorte de pigmeos, depositó en el borde del muro el cesto lleno de hombres. Éstos saltaron entre la multitud y no tornaron más.

Todos los demás tolenones estuvieron rápidamente dispuestos. Pero habrían sido necesarios cien veces más para tomar la ciudad. Se los utilizó como instrumentos de muerte. Arqueros etíopes se colocaban en las cestas; luego, sujetando los cables, permanecían suspendidos arrojando flechas emponzoñadas. Los cincuenta tolenones, dominando las almenas, rodeaban así a Cartago como monstruosos buitres. Y los negros se reían al ver cómo los guardas de la muralla morían entre convulsiones atroces.

Amílcar envió allí hoplitas, y les hizo beber todas las mañanas zumo de hierbas que los preservaba del veneno.

Una noche, con tiempo obscuro, embarcó en gabarras y sobre tablas a los mejores de sus soldados, y torciendo a la derecha del puerto, fué a desembarcar en la Tenia. Luego avanzaron hasta las primeras líneas de los bárbaros, y, tomándolos por el flanco, hicieron en ellos gran carnicería. Hombres colgados de cuerdas descendían por la noche desde lo alto de los muros, con antorchas en la mano, quemaban la obra de los mercenarios y volvían a subir.

Matho estaba furioso. Cada obstáculo que se presentaba redoblaba su cólera. Llegaba a cosas horribles y extravagantes. Invitó, mentalmente, a Salambó, a una entrevista, y la esperó. Ella no acudió; y esto le pareció una nueva traición; y, en lo sucesivo, la execró. Si hubiese visto su cadáver, probablemente se habría marchado. Redobló las avanzadas, plantó horcas al pie de las murallas, ocultó cepos en la tierra y ordenó a los libios que le trajesen todo un bosque para prenderle fuego y abrasar a Cartago como un cubil de zorros.

Espendio se obstinaba en el sitio y trataba de inventar máquinas espantosas como jamás se habían construído.

Los demás bárbaros, acampados a lo lejos, en el istmo, se lamentaban de tanta lentitud y murmuraban. Fueron despedidos.

Entonces se precipitaron con sus cuchillos y sus jabalinas, con los que golpeaban las puertas. Pero la desnudez de sus cuerpos facilitaba las heridas, y los cartagineses los asesinaban a su gusto. Los mercenarios se unieron a ellos, sin duda por envidia del saqueo. De esto resultaron querellas y combates entre ellos. Luego, arrasada ya la campiña, fué menester echar mano a los víveres. Y se descorazonaron. Numerosas hordas se marcharon. La multitud era tan grande, que esto no se notó.

Los mejores intentaron cavar minas; el terreno, mal apuntalado, se derrumbó. Las comenzaron de nuevo en otros sitios; Amílcar adivinaba siempre su dirección aplicando el oído a un escudo de bronce, y perforó contraminas bajo el terreno que habían de recorrer las torres de madera. Cuando quisieron llevarlas allí, se hundieron en los agujeros.

Al fin todos reconocieron que la ciudad era inexpugnable, mientras no se hubiese elevado hasta la altura de las murallas una larga terraza que permitiese combatir al mismo nivel. La cima sería enlosada, para que las máquinas pudiesen correr sobre ella. Entonces le sería imposible resistir a Cartago.

Ya comenzaba a padecer de sed. El agua, que, al principio del asedio valía dos kesitah la carga, se vendía ya a un shekel de plata; las provisiones de carne y de trigo se agotaban también. Se temía el hambre; algunos hasta hablaban ya de bocas inútiles, lo que asustaba a todo el mundo.

Desde la plaza de Khamon hasta el templo de Melkart los cadáveres abarrotaban las calles; y como se estaba a fines de estío, grandes moscas negras perseguían a los combatientes. Los viejos transportaban a los heridos y las gentes devotas continuaban los funerales ficticios de sus deudos y de sus amigos, muertos lejos de la patria durante

la guerra. Estatuas de cera con pelo y vestidos eran colocadas a través de las puertas y se derretían al calor de los cirios que junto a ellas ardían. La pintura corría por sus hombros y el llanto resbalaba por la faz de los vivos que a su lado salmodiaban lúgubres canciones. La muchedumbre, en tanto, corría. Pasaban bandas armadas; los capitanes gritaban sus órdenes y oíase el continuo golpear de los arietes que atacaban la muralla.

La temperatura se hizo tan pesada que los cuerpos, hinchándose, no podían entrar en los féretros. Se los quemaba en medio de los patios. Pero el fuego, demasiado estrechado, incendiaba las paredes vecinas y de pronto brotaban de las casas largas llamas, como sangre que brotase de una arteria. Moloch poseía a Cartago. Él pesaba en las fortificaciones, él rodaba por las calles, él devoraba los cadáveres.

Hombres que, en señal de desesperación, llevaban capas construídas con andrajos recogidos por las calles, se situaron en los ángulos de los cruces, clamando contra los Ancianos, contra Amílcar, prediciendo al pueblo una ruina completa e invitándolo a destruirlo todo y a permitírselo todo. Los más peligrosos eran los bebedores de jusquiame; en sus crisis se creían bestias feroces y saltaban sobre los transeúntes, destrozándolos. Formábanse grupos en torno a ellos; se olvidaba la defensa de Cartago. El sufeta pensó pagar a otros para sostener su política.

A fin de retener en la ciudad el genio de los dioses, se había cubierto de cadenas sus simulacros. Se extendió velos negros sobre los Pateques y cilicios en torno de los altares; se trató de excitar el orgullo y los celos de los Baales, cantándoles al oído:

— ¡Vas a dejarte vencer! Los otros, ¿son más fuertes, acaso?... ¡Muéstrate! Ayúdanos, a fin de que los pueblos no digan: ¿dónde están ahora sus dioses?

Una permanente ansiedad agitaba los colegios de los pontífices. Sobre todo, los de la Rabetna tenían miedo, no habiendo servido de nada el restablecimiento del zaimf. Estaban encerrados en el tercer recinto, inexpugnable como

una fortaleza. Uno sólo de entre ellos se atrevía a salir: el gran sacerdote Schahabarim.

Éste iba a casa de Salambó; pero permanecía silencioso contemplándola con los ojos fijos o bien le prodigaba palabras y reproches más duros que nunca.

Por una contradicción inconcebible, no perdonaba a la joven haber seguido sus órdenes. Schahabarim lo había adivinado todo y la obsesión de esta idea avivaba los celos de su impotencia. Acusábala de ser la causa de la guerra. Matho, a buen seguro que sitiaba a Cartago para recobrar el zaimf; y se desbordaba en imprecaciones y en ironías sobre aquel bárbaro que pretendía poseer las cosas santas. Y, sin embargo, no era aquello lo que el sacerdote quería decir.

Pero, ahora, a Salambó no le causaba ningún terror. Las angustias que antes la acongojaban la habían abandonado. Una singular tranquilidad la invadía. Sus miradas, menos vagas, brillaban con una llama límpida.

La pitón, en tanto, había vuelto a ponerse enferma; y como, por el contrario, Salambó parecía curarse, la vieja Taanach se alegraba de ello, convencida de que la serpiente tomaba sobre sí la languidez de su ama.

Una mañana la encontró detrás del lecho de piel de buey, enroscada sobre sí misma, más fría que un mármol, con la cabeza comida por un montón de gusanos. A sus gritos acudió Salambó. Ésta le dió la vuelta varias veces con la punta de su sandalia, y la esclava se quedó absorta ante su insensibilidad.

La hija de Amílcar no prolongaba ya sus ayunos con tanto fervor. Pasaba días enteros en lo alto de su terraza, con los codos sobre la balaustrada, entreteniéndose contemplando la ciudad. La cima de las murallas al extremo de ésta recortaba en el cielo desiguales zigueszagues, y las lanzas de los centinelas fingían en todo lo largo de ella como una orla de espigas. Más a lo lejos, veía entre las torres las maniobras de los bárbaros. Los días en que el asedio permanecía interrumpido, podía hasta distinguir sus ocupaciones. Ellos recomponían sus armas, se engrasaban el pelo o lava-

ban en el mar sus brazos sangrantes. Las tiendas estaban cerradas; los animales de carga, comían; y, a lo lejos, las hoces de los carros, colocados en semicírculo, parecían una cimitarra de plata tendida en la base de los montes. Los discursos de Schahabarim acudían a su memoria. Ella esperaba a su esposo Narr'Havas. A pesar de su odio, hubiera querido volver a ver a Matho. Entre todos los cartagineses ella era, acaso, la única persona que le habría hablado sin temor.

Con frecuencia llegaba su padre a su cámara. Sentábase jadeando sobre los cojines y la contemplaba con un aire casi enternecido, como si en aquel espectáculo hubiese hallado un descanso para sus fatigas. Algunas veces lo interrogaba sobre su viaje al campo de los mercenarios. Hasta le preguntaba si nadie, por casualidad, la había ayudado; y con un signo de cabeza contestaba ella que no; tan orgullosa estaba Salambó de haber rescatado el zaimf.

Pero la conversación del sufeta recaía siempre sobre Matho, so pretexto de datos militares. No comprendía nada respecto al empleo de las horas que había pasado en la tienda. En efecto, Salambó no le hablaba de Giscon; pues teniendo por sí mismas las palabras un poder efectivo, las maldiciones que se lanzaban contra alguien podían volverse contra sí; y ella callaba su deseo de asesinato, por miedo a ser reprendida por no haber cedido a él. Decía ella que el shalischim parecía furioso, que había chillado mucho y que, luego, se había dormido. Salambó no contaba nada más, acaso por vergüenza, o bien por un exceso de candor que hacía que ella no concediese gran importancia a los besos del soldado. Por lo demás, todo esto flotaba en su cabeza melancólicamente y brumoso como el recuerdo de un sueño abrumador, y no habría sabido de qué modo ni con qué palabras expresarlo.

Una noche en que se hallaban sentados uno frente a otro, Taanach se presentó despavorida. Un anciano con un niño estaba allí, en el patio, y quería ver al sufeta.

Amílcar palideció y, después, replicó vivamente:

— ¡Que suba!

Idíbal entró, sin prosternarse. Llevaba de la mano un mocito cubierto con una capa de piel de bode, y levantando al punto el capuchón que ocultaba su rostro, dijo:

— ¡Aquí está, mi amo; tómalo!

El sufeta y el esclavo se retiraron a un rincón de la cámara.

El muchacho se había quedado en medio, de pie; y con mirada más de exploración que de asombro, recorría el techo, los muebles, los collares de perlas que arrastraban sobre las telas de púrpura y a aquella majestuosa joven, inclinada hacia él.

El niño tendría, acaso, diez y seis años, y no era más alto que un gladio romano. Sus crespos cabellos sombreaban su abombada frente. Hubiérase dicho que sus pupilas buscaban los espacios. Las aletas de su delgada nariz palpitaban ampliamente; sobre toda su persona se extendía el indefinible esplendor de los que están destinados a las grandes empresas. Cuando se hubo despojado de su capa, demasiado pesada, quedó vestido con una piel de lince atada a su cintura y apoyaba resueltamente sobre las losas sus piececitos descalzos, blancos de polvo. Pero, sin duda, adivinó que se trataba de cosas importantes y se mantenía inmóvil, con una mano a la espalda, bajo el mentón y un dedo en los labios.

Al fin, Amílcar, con un signo, llamó a Salambó y le dijo en voz baja:

— Lo guardarás aquí, ¿oyes? ¡Es preciso que nadie, ni aun las gentes de la casa, conozcan su existencia!

Luego, detrás de la puerta, preguntó aún otra vez a Idíbal si estaba bien seguro de que nadie los había visto.

— ¡No! — dijo el esclavo. — ¡Las calles estaban vacías!

Habiendo invadido la guerra todas las provincias, él había temido por el hijo de su amo. Entonces, no sabiendo dónde ocultarlo, había venido a lo largo de la costa, en una chalupa, y, al cabo de tres días, Idíbal bordeaba el golfo, observando las fortificaciones. Por fin, aquella tarde, como los alrededores de Khamon parecían desiertos, había forzado el paso rápidamente y desembarcado cerca del arsenal, estando libre la entrada del puerto.

Pero muy pronto los bárbaros colocaron enfrente una inmensa balsa para impedir la salida a los cartagineses. Levantaron torres de madera y, mientras tanto, iba subiendo la terraza.

Las comunicaciones con el exterior estaban interceptadas; comenzó un hambre intolerable.

Fueron muertos todos los perros, todos los asnos, todos los mulos; después, los quince elefantes que el sufeta había llevado. Los leones del templo de Moloch se volvieron feroces y los hieródulos no se atrevían a acercarse a ellos. Primeramente se los alimentó con los heridos de los bárbaros; luego se les arrojó cadáveres, tibios aún; pero los rechazaron y murieron todos. Durante el crepúsculo, las gentes vagaban a lo largo de los viejos recintos y cogían entre las piedras hierbas y flores que hacían hervir en vino — el vino costaba menos que el agua.—Otros se deslizaban hasta la vanguardia del enemigo e iban a robar alimentos por debajo de las tiendas. Los bárbaros, estupefactos, los dejaban regresar algunas veces. Al fin llegó un día en que los Ancianos resolvieron matar, entre ellos, los caballos de Eschmun. Eran animales sagrados, cuyas crines trenzaban los pontífices con cintas de oro y que con su existencia significaban el movimiento del sol y la idea del fuego, en su forma más alta. Sus carnes, cortadas en pedazos iguales, fueron escondidas detrás del altar. Luego, todas las noches, alegando cualquier devoción, los Ancianos subían al templo y se regalaban a escondidas. Y, bajo su túnica, se llevaban un trozo para sus hijos. En los barrios desiertos, lejos de los muros, los habitantes menos miserables, por miedo a los otros, se habían atrincherado.

Las piedras de las catapultas y las demoliciones ordenadas para la defensa habían acumulado montones de ruinas en medio de las calles. A las horas más tranquilas, de pronto, masas de pueblo se precipitaban gritando; y de lo alto de la Acrópolis, los incendios parecían jirones de púrpura dispersos por las terrazas y sacudidos por el viento.

Las tres grandes catapultas, a pesar de todos estos trabajos, no se daban reposo. Sus destrozos eran extraordina-

rios; así, la cabeza de un hombre fué a rebotar sobre el frontispicio de los sisitas. En la calle de Kinisdo, una mujer que estaba dando a luz, fué aplastada por un bloque de mármol, y su hijo, con el lecho, lanzado hasta la plaza de Cinasyn, donde fué hallada la cobertura.

Lo más irritante eran las balas de los honderos. Caían en los techos, en los jardines, en medio de los patios, mientras se comía, sentados ante un mísero almuerzo y con el corazón henchido de suspiros. Estos atroces proyectiles llevaban letras grabadas que se imprimían en las carnes; y, sobre los cadáveres, se leían injurias, tales como *puerco, chacal, gusano,* y a veces bufonadas como *¡Tómalo!,* o *¡Bien me lo he merecido!*

La parte de la fortificación que se extendía desde el ángulo de los puertos hasta la altura de las cisternas fué derribada. Entonces las gentes de Malqua se hallaron presas entre el viejo recinto de Byrsa por detrás y los bárbaros por delante. Pero había bastante más que hacer con ensanchar la muralla y ponerla lo más alta posible, sin ocuparse de ellos; se los abandonó y perecieron todos. Y aunque fuesen odiados, generalmente, se engendró con ello un gran horror hacia Amílcar.

Al día siguiente abrió éste los silos en que guardaba el trigo. Sus intendentes se lo dieron al pueblo. Durante tres días se atracaron.

La sed se hacía cada día menos tolerable, y, en tanto, continuaban viendo ante ellos la larga cascada que, al caer al suelo, formaba el agua clara del acueducto. Bajo los rayos del sol un tenue vapor subía de su base, con un arco iris al lado, y un arroyuelo, formando curvas en la playa, se vertía en el golfo.

Amílcar no se debilitaba. Contaba siempre con un suceso, con algo decisivo, extraordinario.

Sus propios esclavos arrancaron las planchas de plata del templo de Melkarth. Se sacaron del puerto cuatro grandes barcos, con cabrestantes, y se los llevó hasta la parte baja de los Mappales; el muro que daba a la costa fué agujereado y partieron hacia las Galias, a fin de comprar, al precio que fuese, nuevos mercenarios. Mientras tanto, Amílcar se

desesperaba por no poder comunicarse con el rey de los númidas, sabiendo que se hallaba a espaldas de los bárbaros y dispuesto a caer sobre ellos. Pero Narr'Havas, demasiado débil, no iba a arriesgarse solo, y el sufeta hizo levantar la muralla doce palmos más, amontonar en la Acrópolis todo el material de los arsenales y componer las máquinas una vez más.

Servíase, para los cordámenes de las catapultas, de tendones cortados del cuello de los toros y de las patas de los ciervos. Pero en Cartago no había ni toros ni ciervos. Amílcar pidió a los Ancianos los cabellos de sus mujeres. Todas las sacrificaron; pero la cantidad no fué suficiente.

En los edificios de los sisitas había mil doscientas esclavas núbiles de las destinadas a los prostíbulos de Grecia y de Italia; y sus cabellos, hechos elásticos por el uso de ungüentos, resultaban maravillosos para las máquinas de guerra. Pero, más tarde, la pérdida sería demasiado considerable. Decidióse, pues, escoger entre las esposas de los plebeyos las más hermosas cabelleras. Sin cuidarse para nada de las necesidades de la patria, éstas gritaron desesperadas cuando los servidores de los Ciento llegaron con tijeras a poner la mano sobre ellas.

Un recrudecimiento de furor animaba a los bárbaros. Se les veía desde lejos tomar la grasa de los muertos para untar sus máquinas, y a otros, arrancarles las uñas, que, una sobre otra, cosían para hacerse corazas. Imaginaron poner en las catapultas vasos llenos de serpientes traídas por los negros. Los potes de arcilla se rompían contra las losas, las serpientes corrían, y parecían bullir y salir naturalmente de los muros, de tan numerosas como eran. Luego, los bárbaros, descontentos de su invención, la perfeccionaron; lanzaron toda clase de inmundicias, excrementos humanos, trozos de carroña, cadáveres. La peste se presentó. Los dientes de los cartagineses se les caían de la boca y tenían las encías descoloridas como las de los camellos después de un viaje demasiado largo.

Las máquinas fueron erigidas sobre la terraza, por más que ésta no alcanzase aún por todas partes la altura del

reducto. Ante las veintitrés torres de las fortificaciones se alzaron otras veintitrés torres de madera. Todos los tolenones habían sido subidos y, en medio, un poco más atrás, aparecía la formidable helépolis de Demetrio Poliorcetes, que, al fin, había reconstruído Espendio. Piramidal como el faro de Alejandría, tenía ciento treinta codos de alta y veintitrés de ancha, con nueve pisos que iban disminuyendo hacia el vértice y que estaban protegidos por escamas de bronce, horadados por numerosas puertas llenas de soldados. En la plataforma superior se alzaba una catapulta flanqueada por dos balistas.

Entonces Amílcar hizo plantar cruces para los que hablaron de rendirse. Hasta las mujeres fueron alistadas. Acostábanse en las calles y aguardaban llenos de angustia.

Después, una mañana, un poco antes de salir el sol (era el séptimo día del mes de Nissan) oyeron un gran grito lanzado por todos los bárbaros a la vez; roncaron las trompetas de tubo de plomo y mugieron como toros los grandes cuernos paflagonios. Todos se levantaron y corrieron a la muralla.

Una selva de lanzas, de picas y de espadas se erizaba en su base. Saltó contra los muros, las escalas se engancharon y, en el hueco de las almenas, aparecieron cabezas de bárbaros.

Vigas sostenidas por largas filas de hombres golpeaban las puertas; y, en los puntos en que la terraza faltaba, los mercenarios, para demoler el muro, llegaban en apretadas cohortes; la primera línea agachada, la segunda doblando las rodillas y las otras, sucesivamente, irguiéndose hasta las últimas, que quedaban completamente derechas. En tanto, otros, para subir a los muros, los más altos avanzaban a la cabeza, los más bajos a la cola, y todos, con el brazo izquierdo, apoyaban sobre sus cascos sus escudos, reuniéndolos por el borde tan estrechamente, que parecía una reunión de grandes tortugas. Los proyectiles resbalaban sobre estas masas oblicuas.

Los cartagineses arrojaban muelas de molino, pilones, cubas, toneles, lechos, todo cuanto tuviese algún peso y

pudiese matar. Algunos acechaban en las aberturas con una red de pescador y cuando llegaba un bárbaro, se hallaba preso en sus mallas, luchando como un pescado. Ellos mismos demolieron sus almenas y lienzos de muro se derrumbaban levantando nubes de polvo. Las catapultas de la terraza, disparando unas contra otras, chocaban sus piedras entre sí y estallaban en mil pedazos que formaban gran lluvia sobre los combatientes.

Muy pronto las dos muchedumbres no formaron más que una gruesa cadena de cuerpos humanos, que se desbordaba a intervalos por la terraza, y, un poco más cansada en los dos extremos, se arrollaba sin avanzar perpetuamente. Estrechábanse, tumbados, vientre con vientre, como los luchadores. Se aplastaban. Las mujeres, inclinadas sobre las almenas, aullaban. Tirábaselas de sus velos y la blancura de sus costados, descubiertos de pronto, brillaba entre los brazos de los negros hundiendo en ellos sus puñales. Los cadáveres, demasiado prensados entre la multitud, no caían a tierra. Sostenidos por los hombros de sus compañeros, iban durante algunos minutos de pie, con los ojos fijos. Algunos, con entrambas sienes atravesadas por una jabalina, balanceaban su cabeza como osos. Bocas abiertas para gritar quedábanse dibujando un eterno bostezo; manos cortadas volaban por los aires. Hubo allí grandes episodios de los que hablaron largamente los que sobrevivieron.

Mientras tanto, las flechas brotaban de las torres de madera y de las torres de piedra. Los tolenones hacían marchar rápidamente sus grandes antenas; y como los bárbaros habían saqueado, bajo las catacumbas, el antiguo cementerio de los autóctonos, lanzaban sobre los cartagineses las laudas de sus tumbas. Al peso de las cestas demasiado pesadas, los cables se rompían a veces, y masas de hombres, levantando todos los brazos, caían de lo alto de los aires.

Hasta la mitad del día, los veteranos de los hoplitas estuvieron furiosos contra la Tenia para penetrar en el puerto y destruir la flota. Amílcar hizo encender en la techumbre de Khamon una hoguera de paja húmeda y el humo los cegaba, rechazándolos hacia la izquierda y llevándolos a

aumentar la horrible confusión que reinaba en Malqua. Syntagmes compuestos de hombres robustos elegidos expresamente habían derribado tres puertas. Altas barricadas hechas con tablas guarnecidas de clavos, los detuvieron; la cuarta cedió fácilmente y se lanzaron por ella, corriendo y cayendo a un foso en cuyo fondo se habían puesto cepos. En el ángulo sur, Autharite y sus hombres derribaron el fuerte, cuya hendedura había sido tapada con ladrillos El terreno ascendía por detrás y lo escalaron fácilmente. Pero, en lo alto, hallaron una nueva muralla formada por piedras y por largas vigas tendidas de plano, alternando como los escaques de un tablero de ajedrez. Era ésta una invención gala adoptada por el sufeta ante las exigencias de la situación; los galos se creyeron ante una ciudad de su país; atacaron con flojedad y fueron rechazados.

Desde la calle de Khamon hasta el mercado de las Hierbas, toda la ronda estaba ya en poder de los bárbaros, y los samnitas remataban a palos a los moribundos, o bien, con un pie sobre el muro, contemplaban abajo, a sus plantas, las ruinas humeantes, y, a lo lejos, la batalla, que de nuevo comenzaba.

Los honderos, distribuídos por detrás, continuaban tirando. Pero, a fuerza de haber servido el resorte de las hondas acarnanias, se había roto, y muchos, como pastores, lanzaban piedras con las manos; otros, bolas de plomo con el mango de un látigo. Zarxas, con los hombros cubiertos por sus largos cabellos negros, estaba en todas partes, saltando y dirigiendo a los baleares. Dos esportillas estaban colgadas de sus caderas; en ellas hundía constantemente la mano izquierda y su brazo derecho giraba como la rueda de un carro.

Matho, al principio, se había abstenido de combatir para mandar mejor a todos los bárbaros a la vez. Se le había visto a lo largo del golfo de los Mercenarios, cerca de la laguna, con los númidas, en las orillas del lago con los negros, y desde el fondo de la llanura dirigía las masas de soldados que llegaban incesantemente, contra las líneas de fortificaciones. Poco a poco había ido aproximándose; el olor de la

sangre, el espectáculo de la carnicería y el estrépito de los clarines habían acabado por hacer saltar su corazón. Entonces entró en su tienda, y, lanzando su coraza, tomó su piel de león, mucho más cómoda para la batalla. El morro se adaptaba a su cabeza, rodeando el rostro de un círculo de dientes; las dos patas delanteras se cruzaban sobre su pecho y las traseras alargaban sus uñas hasta más abajo de sus rodillas.

Había conservado su fuerte cinturón, en el que brillaba un hacha de doble corte, y con su gran espada en las dos manos se precipitó por la brecha, impetuosamente. Como un podador que corta ramas de sauce y que trata de cortar lo más posible a fin de ganar más dinero, avanzaba segando a su alrededor cartagineses. Los que intentaban cogerlo por el flanco, los tumbaba con el puño de la espada; cuando lo atacaban de frente, los atravesaba y si huían los partía. Dos hombres saltaron a la vez sobre su espalda; retrocedió de un salto contra una puerta y los aplastó. Su espada bajaba y subía hasta que saltó contra el muro. Entonces tomó su recia hacha y, por delante y por detrás, desventraba cartagineses como si fuesen un rebaño de ovejas. Éstos se apartaban cada vez más y él llegó solo, ante el segundo recinto, al pie de la Acrópolis. Los materiales lanzados desde la cima obstruían las escaleras, desbordándose por encima de la muralla. Matho, en medio de las ruinas, se volvió para llamar a sus compañeros.

Divisó sus airones diseminados entre la multitud; se hundían; iban a perecer; se lanzó hacia ellos. Entonces la gran corona de plumas rojas se estrechó y pronto se unieron y lo rodearon. Pero por las calles laterales afluía una muchedumbre enorme. Sintióse apresado por las caderas, levantado y arrastrado hasta fuera del reducto, en un lugar en que la terraza estaba alta.

Matho gritó una orden: todos los escudos se colocaron sobre los cascos y él saltó encima, para asirse a cualquier parte, a fin de volver a entrar en Cartago; y sin dejar de blandir su terrible hacha, corrió sobre los escudos semejantes a olas de bronce, como un dios marino sobre las olas que azota con su tridente.

Mientras tanto, un hombre con blancas vestiduras se paseaba por el borde del muro, impasible, indiferente a la muerte que lo rodeaba. A veces extendía su mano derecha sobre sus ojos para descubrir a alguien. Matho fué a pasar bajo él. De pronto sus pupilas centellearon y su faz lívida se crispó. Y alzando sus dos delgados brazos lo colmó de injurias.

Matho no las oyó; pero sintió penetrar en su corazón una mirada tan cruel y tan furiosa, que lanzó un rugido. Lanzó hacia él su larga hacha; la gente acorrió a Schahabarim; y Matho, no viéndolo ya, cayó de espaldas, extenuado.

Un crujido espantoso se aproximaba, mezclado al ritmo de voces roncas que cantaban en cadencia.

Era la gran helépolis, rodeada por una multitud de soldados, que la arrastraban a mano, con cuerdas que se echaban al hombro — pues el talud, subiendo de la llanura, aunque fuese extremadamente dulce, se hallaba impracticable por las máquinas de tan prodigioso peso. No obstante, la máquina tenía ocho ruedas cercadas de hierro, y desde por la mañana iban avanzando así, lentamente, como una montaña que se estuviese subiendo sobre otra. Luego, de su base, salió un inmenso ariete. A lo largo de las tres caras que miraban a la ciudad, las puertas fueron derribadas y en el interior, como columnas de hierro, aparecieron soldados acorazados. Había algunos que trepaban y descendían por las dos escaleras, atravesando sus pisos. Unos esperaban, para lanzarse, a que los garfios de las puertas tocasen el muro; en medio de la plataforma superior, las madejas de las balistas giraban y se inclinaba la gran lanza de la catapulta.

Amílcar estaba allí en aquel momento, de pie sobre la techumbre de Melkarth. Había creído que la máquina iría directamente hacia él, contra el punto menos vulnerable de la muralla, y, precisamente por eso, desguarnecido de centinelas. Ya había largo tiempo que sus esclavos llevaban odres por la ronda, en donde habían levantado con arcilla dos tabiques transversales formando una especie de estanque. El agua corría insensiblemente por la terraza, y Amíl-

car, cosa extraordinaria, no parecía inquietarse por ello.

Pero cuando la helépolis estuvo a unos treinta pasos, mandó colocar tablas por las calles, entre las casas, desde las cisternas hasta la muralla, y la gente, en hilera, pasábanse de mano en mano cascos y ánforas que vaciaban constantemente. Los cartagineses, no obstante, indignábanse ante aquella cantidad de agua perdida. El ariete demolía el muro y, de pronto, una fuente brotó por entre las separadas piedras. Entonces la gran masa de cobre, de nueve pisos, que contenía y ocupaba más de tres mil soldados, comenzó a oscilar suavemente como un navío.

En efecto, el agua, filtrándose por la terraza, había ahuecado el camino; sus ruedas se embotaron; en el primer piso, entre colinas de cuero, apareció la cabeza de Espendio soplando a pleno pulmón en un cuerno de marfil. La gran máquina, como levantada convulsivamente, avanzó, acaso, unos diez pasos; pero el terreno, ablandándose más y más, hacía que el fango invadiese los ejes y la helépolis se detuvo, inclinándose espantosamente hacia un lado. La catapulta rodó hasta el borde de la plataforma; y, arrastrada por la carga de su timón, cayó, rompiendo los pisos inferiores. Los soldados, de pie ante las puertas, rodaron al abismo o se sostenían en el extremo de sus largas vigas y, con su peso, aumentaban la inclinación de la máquina, que se desmembraba, crujiendo por todas sus junturas.

Los otros bárbaros se lanzaron en su auxilio, amontonándose en compacta multitud. Los cartagineses bajaron por la muralla y cogiéndolos por la espalda, los mataron a su sabor. Pero acudieron los carros guarnecidos de hoces, galopando alrededor de aquella muchedumbre. Los cartagineses ganaron de nuevo la muralla; llegó la noche, y, poco a poco, los bárbaros se retiraron.

Ya no se veía en la llanura más que un negro hormiguero, desde el golfo azulado hasta la blanca laguna; y el lago, al que había corrido la sangre, se extendía más lejos, como un gran mar de púrpura.

La terraza estaba ahora tan cargada de cadáveres que parecía construída con cuerpos humanos. En medio se al-

zaba la helépolis cubierta de armaduras; y, de vez en cuando, se desprendían de ella fragmentos enormes, como piedras de una pirámide que se derrumba. Distinguíanse en la muralla grandes rastros formados por los arroyos de plomo. Una torre de madera, caída acá y allá, ardía; y las casas aparecían vagamente, como las gradas de un anfiteatro en ruinas. Densas humaredas ascendían lanzando chispas que se perdían en el cielo negro.

Mientras tanto, los cartagineses, a quienes la sed devoraba, se habían lanzado a las cisternas rompiendo sus puertas. Un charco cenagoso aparecía en su fondo.

¿Qué hacer ya? Los bárbaros, además, eran innumerables, y pasada su fatiga, volverían a comenzar.

El pueblo, durante toda la noche, deliberó por secciones, en los rincones de las calles. Unos decían que era preciso hacer salir a las mujeres, a los enfermos y a los viejos. Otros proponían abandonar la ciudad y establecerse a lo lejos, en una colonia. Pero faltaban los barcos y amaneció antes de que se hubiese decidido nada.

Tan abrumados estaban todos, que no se combatió aquel día. Las gentes que dormían tenían aspecto de cadáveres.

Entonces los cartagineses, reflexionando sobre la causa de sus desastres, se acordaron de que no habían expedido a Fenicia la ofrenda anual debida a Melkarth-Tirio; y un inmenso terror los invadió. Los dioses, indignados contra la República, iban, sin duda, a proseguir su venganza.

Considerábaselos como amos crueles a quienes se apaciguaba con súplicas y que se dejaban sobornar a fuerza de presentes. Todos eran débiles ante Moloch el devorador. La existencia, hasta la carne misma de los hombres, le pertenecía; así, para salvarla, los cartagineses tenían por costumbre ofrecerle una porción de ella, para calmar su furor. Se quemaba a los niños la frente o la nuca, con mechas de lana; otro modo de satisfacer al Baal, era llevar a sus sacerdotes mucho dinero; y no dejaban éstos de recomendarlo como más fácil y más dulce.

Pero esta vez se trataba de la República misma. Así,

pues, todo beneficio debía ser diezmado por una pérdida cualquiera; toda transacción regirse según la necesidad del más débil y la exigencia del más fuerte; no había dolor demasiado considerable para el dios, ya que él se deleitaba con los más horribles y se estaba ahora a su discreción. Era, pues, menester satisfacerlo completamente. Los ejemplos probaban que este medio forzaba al azote a desaparecer. Además, creían que una inmolación por el fuego purificaría a Cartago. La ferocidad del pueblo estaba engolosinada con ello. Y la elección debía caer exclusivamente sobre las grandes familias.

Reuniéronse los Ancianos. La sesión fué larga. Hannón había acudido a ella. Como no podía ya sentarse, permaneció tendido junto a la puerta, medio oculto por las franjas de la alta tapicería. Y cuando el pontífice de Moloch demandó si consentirían en ofrecer sus hijos, su voz estalló súbitamente en la sombra, como el rugido de un Genio en el fondo de una caverna. Lamentaba — dijo — no poder dar su propia sangre; y contemplaba a Amílcar, frente a él, en el extremo opuesto de la sala. El sufeta se turbó de tal modo, que bajó la vista. Todos aprobaron con inclinaciones de cabeza, sucesivamente; y, según los ritos, tuvo que responder al gran sacerdote:

— ¡Sí; así sea!

Entonces los Ancianos decretaron el sacrificio por medio de una perífrasis tradicional, porque hay cosas más molestas de decir que de ejecutar.

La decisión fué conocida en todo Cartago casi inmediatamente y surgieron las lamentaciones. Por todas partes se oía gritar a las mujeres. Sus esposos las consolaban o las insultaban dirigiéndoles exhortaciones.

Pero, tres horas después, extendióse otra noticia más extraordinaria: el sufeta había hallado manantiales en la parte baja de las escarpaduras. Corrióse allá. Agujeros abiertos en la arena dejaban ver el agua y, algunos, tumbados boca abajo, bebían ya de ella.

Amílcar, sin saber si era por consejo de los dioses o por el vago recuerdo de una revelación que en otro tiempo le

había hecho su padre, al dejar a los Ancianos había descendido a la playa y, con sus esclavos, se había puesto a cavar en la grava.

Suministró vestidos, calzado y vino; repartió el resto del trigo que guardaba en su casa. Hasta permitió que la multitud entrase en su palacio y abrió ante ella las cocinas, los almacenes y todas las cámaras, excepto la de Salambó. Anunció que estaban a punto de llegar seis mil mercenarios galos y que el rey de Macedonia enviaba soldados.

Pero, al segundo día, las fuentes disminuyeron: al llegar la noche del tercero, estaban completamente agotadas. Entonces circuló de nuevo por todos los labios el decreto de los Ancianos y los sacerdotes de Moloch comenzaron su tarea.

Hombres con ropas negras se presentaron en las casas. Muchos, anticipadamente, las desertaban, so pretexto de un negocio o de una golosina que iban a comprar. Los servidores de Moloch llegaban y cogían los niños. Otros, los entregaban ellos mismos, estúpidamente. Luego se los llevaba al templo de Tanit, donde las sacerdotisas estaban encargadas de alimentarlos y de distraerlos hasta el día solemne.

Llegaron, de pronto, a casa de Amílcar, y hallándolo en los jardines, le dijeron:

— ¡Barca: venimos por lo que tú sabes... por tu hijo!

Y añadieron que lo habían visto una noche de la luna pasada, en medio de los Mappales, acompañado de un viejo.

Al pronto, quedó sonrojado. Pero, rápidamente, comprendiendo que toda negativa sería inútil, Amílcar se inclinó y los introdujo en la lonja. Esclavos obedientes, a una señal acudieron para vigilar los alrededores.

Amílcar entró en la habitación de Salambó, despavorido. Tomó de una mano a Aníbal, arrancó con la otra la presilla de un vestido que arrastraba, ató sus pies y sus manos pasando el extremo de ella por su boca para hacerle un bozal y lo ocultó bajo el lecho de piel de toro, dejando caer hasta el suelo una amplia tapicería.

Después se paseó de derecha a izquierda; alzaba los bra-

zos y volvía sobre sí mismo, mordiéndose los labios. Luego se quedó con los ojos fijos, jadeante, como si fuese a morir.

Llamó tres veces con las manos y se presentó Giddenem.

— ¡Escucha! — le dijo. — Vas a elegir entre los esclavos un niño de ocho a nueve años, con el pelo negro y la frente abombada. ¡Tráemelo aquí! ¡Apresúrate!

Era un pobre niño, flaco y fofo, a la vez. Su piel parecía tan gris como el infecto andrajo colgado de sus caderas. Encogía la cabeza entre los hombros y con el reverso de su mano se frotaba los ojos, llenos de moscas.

¿Cómo podría confundirse nunca con Aníbal? ¡Y el tiempo faltaba para escoger otro! Amílcar miró a Giddenem; sentía deseos de estrangularlo.

— ¡Vete! — exclamó.

El jefe de los esclavos huyó.

El mal, pues, que venía temiendo desde tanto tiempo, había llegado, y, con desmedidos esfuerzos, buscaba una manera, un medio de librarse de él.

De pronto, Abdalonim habló detrás de la puerta. Reclamaban al sufeta. Los servidores de Moloch se impacientaban.

Amílcar lanzó un grito, como ante la quemadura de un hierro ardiendo, y comenzó de nuevo a recorrer la estancia cual un insensato. Luego se abatió al borde de la balaustrada y con los codos sobre las rodillas apretaba su frente entre sus dos puños cerrados.

La pila de pórfido contenía aún un poco de agua para las abluciones de Salambó. A pesar de su repugnancia y de todo su orgullo, el sufeta sumergió en ella al niño y, como un mercader de esclavos, se puso a lavarlo y a frotarlo con los estrígiles y tierra roja. Tomó en seguida de los cajoncitos del muro dos trozos de púrpura, poniéndole uno en el pecho y otro en la espalda, y los juntó sobre sus clavículas con dos broches de diamantes. Derramó un perfume sobre su cabeza; colgó de su cuello un collar de electro y le calzó unas sandalias con talones de perlas, ¡las propias sandalias de su hija! Pero temblaba de vergüenza y de indignación. Salambó, que se apresuraba a servirlo, estaba tan pálida como él. El niño sonreía, deslumbrado por aquellos esplendores, y

hasta se exaltaba y comenzaba a palmotear y a saltar cuando Amílcar tiró de él.

Llevábalo por el brazo, fuertemente, como si tuviese miedo de perderlo; y el niño, a quien hacía daño, lloriqueaba corriendo detrás de él.

A la altura del ergástulo, bajo una palmera, alzóse una voz quejumbrosa y suplicante, que murmuraba:

— ¡Amo! ¡Amo!

Amílcar se volvió hacia ella y vió a su lado un hombre de apariencia abyecta, uno de aquellos miserables que servían, al azar, en la casa.

— ¿Qué quieres? — preguntó el sufeta.

— ¡Yo soy su padre!

Amílcar seguía andando; el otro los seguía con los lomos encorvados, dobladas las rodillas, avanzando la cabeza.

Su faz aparecía convulsa por una angustia indecible, y los sollozos que procuraba contener lo ahogaban ante el vivísimo deseo de discutir con él y, a la vez, de pedirle gracia.

Al fin se atrevió a tocarle con el dedo en el codo, ligeramente.

— ¿Es que vas a...?

No tuvo fuerzas para acabar, y Amílcar se detuvo, afectado por aquel dolor.

No había pensado nunca — tan inmenso era el abismo que separaba a uno de otro — que entre ambos pudiese existir nada de común. Esto mismo le parecía una especie de ultraje y como un atentado a sus privilegios. Respondió con una mirada más fría y más dura que el hacha del verdugo y el esclavo, desvanecido, cayó a tierra, a sus pies. Amílcar saltó sobre él.

Los tres hombres de ropas negras esperaban en la gran sala, en pie, junto al disco de piedra. Súbito rasgó sus vestiduras y se retorció sobre las losas, clamando con agudos gritos.

— ¡Ay, mi pobrecito Aníbal! ¡Ay, hijo mío! ¡Mi consuelo, mi esperanza, mi vida! ¡Matadme a mí también! ¡Llevadme! ¡Qué desventura! ¡Qué desgracia! — Arañábase el rostro, mesábase los cabellos y aullaba como las plañideras

en los funerales. — ¡Llevadme! ¡Sufro demasiado! ¡Idos! ¡Matadme como a él!

Los servidores de Moloch se admiraban de que Amílcar tuviese el corazón tan tierno. Estaban casi enternecidos.

Oyóse un ruido de pies descalzos con un estertor entrecortado, parecido a la respiración de una bestia feroz que corre; y en el umbral de la tercera galería, entre los montantes de marfil, apareció un hombre lívido, terrible, con los brazos abiertos, que exclamó:

— ¡Mi hijo!

Amílcar, de un salto, se arrojó sobre el esclavo, y tapándole la boca con las manos, gritó aún más fuerte:

— ¡Es el anciano que lo ha educado y le llama hijo! ¡Se volverá loco! ¡Basta! ¡Basta!

Y empujando por los hombros a los tres sacerdotes y a su víctima, salió con ellos y con una recia patada cerró la puerta tras de sí.

Amílcar prestó oído durante algunos minutos, temiendo siempre verlos volver. Pensó en seguida en deshacerse del esclavo para quedar bien seguro de que no hablaría más; pero el peligro no había desaparecido del todo, y aquel muerto, si los dioses se irritaban, podía volverse contra su hijo. Entonces, cambiando de idea, le envió por Taanach lo mejor de las cocinas; un cuarto de bode, habas y conservas de granadas. El esclavo, que no había comido desde había mucho tiempo, se arrojó sobre ello. Sus lágrimas caían en los platos.

Amílcar regresó al fin, al lado de Salambó; desató los nudos de Aníbal y el muchacho, exasperado, le mordió en la mano hasta hacerle sangre. Él lo rechazó con una caricia.

Para apaciguarlo, Salambó intentó amedrentarlo con Lamia, una ogresa de Cirene.

— ¿Dónde está? — preguntó él.

Se le dijo que iban a venir unos bandidos para aprisionarlo, y él replicó:

— ¡Que vengan y los mato!

Amílcar le refirió entonces la espantosa verdad; pero él

se irritó contra su padre, pretendiendo que podía anonadar a todo el pueblo, ya que él era el amo de Cartago.

En fin, extenuado por los esfuerzos y por la cólera, se durmió con un sueño exaltado. Hablaba soñando, con la espalda apoyada en un cojín de escarlata; su cabeza caía un poco hacia atrás y su bracito, apartado de su cuerpo, permanecía recto, en imperativa actitud.

Cuando fué ya noche ciega, Amílcar lo levantó suavemente y, sin antorcha, descendió por la escalera de las galeras. Al pasar por la lonja tomó una espuerta de uvas con un jarro de agua pura. El niño se despertó ante la estatua de Aletes, en la cueva de las pedrerías; y sonrió — como el otro — en brazos de su padre, al resplandor de los destellos que lo rodeaban.

Amílcar estaba bien seguro de que no podían arrebatarle su hijo. Era aquél un paraje impenetrable que comunicaba con la playa por un subterráneo que sólo él conocía, y paseando sus miradas en torno, aspiró una gran bocanada de aire puro. Luego lo depositó sobre un taburete, junto a los escudos de oro.

Ahora ya no lo verá nadie; ya no tenía necesidad de observar; y entonces se tranquilizó. Como una madre que recobra su primogénito perdido, se arrojó sobre su hijo y lo estrechó contra su pecho, riendo y llorando a la vez, llamándolo con los nombres más dulces, cubriéndolo de besos. Aníbal, asustadillo por aquella ternura terrible, callaba.

Amílcar regresó con tácitos pasos, palpando los muros, y llegó a la gran sala en la que entraba la luz de la luna por una de las aberturas de la bóveda. En medio, el esclavo, ahito, dormía a pierna suelta, tumbado sobre las losas de mármol. Lo miró y se sintió conmovido por una especie de piedad. Con la punta de su coturno le colocó un tapiz bajo la cabeza, luego alzó los ojos y contempló a Tanit, cuyo delgado cuarto creciente brillaba en el cielo, y se sintió más fuerte que los Baales y lleno de desprecio hacia ellos.

Los preparativos para el sacrificio habían comenzado ya.

En el templo de Moloch fué derribado un lienzo de pared para sacar por él el dios de bronce, sin tocar las cenizas del altar. Luego, en cuanto salió el sol, los hieródulos lo subieron a la plaza de Khamon.

Iba de espaldas, deslizándose sobre cilindros. Sus hombros rebasaban la altura de las murallas. En cuanto lo divisaban desde muy lejos, los cartagineses huían rápidamente, pues no se podía contemplar impunemente al Baal más que en el ejercicio de su cólera.

Un olor de perfumes se extendió por las calles. Todos los templos acababan de abrirse a la vez, y de ellos salían tabernáculos colocados sobre carros o sobre literas que llevaban los pontífices. Grandes penachos de plumas se balanceaban en sus ángulos y de sus agudos techos rematados por bolas de cristal, de oro, de plata o de cobre, se escapaban destellos de luz.

Eran los Baalim cananeos, desdoblamientos del Baal supremo, que volvían hacia su principio para humillarse ante su fuerza y anonadarse ante su esplendor.

El pabellón de Melkarth, de fina púrpura, cobijaba una llama de petróleo; en el de Khamon, de color de jacinto, se alzaba un palo de marfil rodeado de un cerco de pedrerías; entre las cortinas de Eschmun, azules como el éter, una pitón, dormida, formaba un círculo con su cola; y los dioses Pateques, llevados en brazos por sus sacerdotes, parecían grandes niños enmantillados, cuyos talones rozaban la tierra.

Después venían todas las formas inferiores de la divinidad: Baal-Samin, dios de los espacios celestes; Baal-Peor, dios de los montes sagrados; Baal-Zebub, dios de la corrupción, y los de los países vecinos y de las razas congéneres: el Iarbal de Libia, el Adramelech de Caldea, el Kijún de los sirios; Derceto, de cara de virgen, reptaba sobre sus aletas, y el cadáver de Tamuz era arrastrado al medio de un catafalco, entre dos antorchas y cabelleras. Para someter al Sol a los reyes del firmamento e impedir que sus influencias particulares no molestasen la suya, flameábanse al extremo de largas pértigas estrellas de metal diversamente coloreadas; y todos se hallaban allí, desde el negro Nebo, genio de

Mercurio, hasta el repugnante Rahab, que es la constelación del cocodrilo. Los abadirs, piedras caídas de la luna, giraban en hondas de hilos de plata; panecillos representando el sexo de una mujer eran llevados en cestillas por los sacerdotes de Ceres; otros llevaban sus fetiches. sus amuletos. Reaparecieron ídolos olvidados; y hasta se había tomado a los barcos sus símbolos místicos, como si Cartago entero hubiese querido recogerse en un solo pensamiento de muerte y de desolación.

Ante cada uno de los tabernáculos, un hombre sostenía en equilibrio sobre su cabeza un ancho vaso en el que humeaba el incienso. Acá y allá cerníanse nubes y entre aquellos densos vapores se distinguían las colgaduras, las borlas y los bordados de los baldaquinos sagrados, que avanzaban lentamente a causa de su enorme peso. El eje de los carros, a veces se enganchaba en las calles, y, entonces, los devotos aprovechaban la ocasión para tocar los Baalim con sus vestidos, que guardaban en seguida como cosas santas.

La estatua de bronce continuaba avanzando hacia la plaza de Khamon. Los Ricos, llevando cetros con puño de esmeralda, partieron del fondo de Megara. Los Ancianos, tocados con diademas, estaban reunidos en Kinisdo, y los jefes de las bodas, los gobernadores de las provincias, los mercaderes, los soldados, los marineros y la numerosa horda empleada en los funerales, todos, con las insignias de su magistratura y los instrumentos de su oficio, se dirigían hacia los tabernáculos que descendían de la Acrópolis, entre los colegios de los pontífices.

Por deferencia a Moloch se habían adornado con sus joyas más espléndidas. Los diamantes centelleaban sobre los negros vestidos; pero los anillos, demasiado anchos se caían de sus manos adelgazadas; y no había nada tan lúgubre como aquella multitud silenciosa, cuyos pendientes golpeaban pálidas mejillas y cuyas tiaras de oro ceñían frentes crispadas por una desesperación atroz.

Al fin llegó el Baal justamente al medio de la plaza. Sus pontífices, con emparrados, cercaron un recinto para apartar a la muchedumbre y se quedaron a sus pies, rodeándolo.

Los sacerdotes de Khamon, con ropas de lana leonada, se alinearon ante su templo, bajo las columnas del pórtico; los de Eschmun, con capas de lino, con collares de cabezas de cucufa y tiaras puntiagudas, se situaron en los escalones de la Acrópolis; los sacerdotes de Melkarth, con túnicas violeta, tomaron para ellos la parte del occidente; los sacerdotes de los abadirs, ceñidos con bandas de telas frigias, se colocaron a oriente; y se alineó por la parte del mediodía, con los nigrománticos, cubiertos de tatuajes; los aulladores, con capas remendadas, los capellanes de los Pateques y de los Yidonim, quienes, para conocer lo porvenir, se metían en la boca un hueso de difunto. Los sacerdotes de Ceres, vestidos con ropas azules, se habían detenido prudentemente en la calle de Satheb, salmodiando en voz baja un tesmoforion en dialecto megarense.

De vez en cuando llegaban filas de hombres completamente desnudos, con los brazos abiertos y pegando hombro con hombro. De las profundidades de su pecho brotaba una entonación ronca y cavernosa; sus ojos, abiertos hacia el coloso, brillaban entre el polvo, y todos, a la vez, se balanceaban a intervalos iguales, como mecidos por un solo movimiento. Estaban tan furiosos que, para establecer el orden, los hieródulos, a bastonazos, los hicieron tumbarse boca abajo, con la cara pegada a los enrejados de cobre.

Entonces, desde el centro de la plaza, avanzó un hombre vestido de blanco. Atravesó lentamente la multitud y en él reconocióse un sacerdote de Tanit, el gran sacerdote Schahabarim. Alzáronse grandes voces, pues la tiranía del principio mucho prevalecía aquel día en todas las conciencias, y la misma diosa estaba talmente olvidada, que no se había reparado en la ausencia de sus pontífices. Pero el asombro se redobló cuando lo vieron abrir en los enrejados una de las puertas destinadas a los que entraban para ofrecer víctimas. A juicio de los sacerdotes de Moloch, aquello era un ultraje que iba a hacer a su dios, y, con grandes gestos, intentaron rechazarlo. Alimentados con las carnes de los holocaustos, vestidos de púrpura como los reyes y llevando coronas de triple cerco, repelían a aquel pálido eunuco ex-

tenuado por las maceraciones, y risas de cólera sacudían sobre su pecho su barba negra expuesta al sol.

Schahabarim, sin responder, continuaba andando; y cruzando paso a paso todo el recinto, llegó bajo las piernas del coloso y después lo tocó por los dos lados separando los brazos, lo que era una solemne fórmula de adoración. Había mucho tiempo ya que la Rabetna lo torturaba; y, desesperado, o, quizá, falto de un dios que satisficiese por completo sus anhelos, se decidió, al fin, por éste.

La multitud, espantada por tamaña apostasía lanzó un prolongado murmullo. Sentíase romperse el último lazo que ligaba las almas a una divinidad clemente.

Pero Schahabarim, a causa de su mutilación, no podía participar del culto a Baal. Los hombres de la capa roja lo expulsaron del recinto; luego, cuando estuvo fuera, dió la vuelta en torno a todos los colegios, sucesivamente, y el sacerdote, en lo sucesivo, sin dios, desapareció entre la multitud. Esta se apartaba a su paso.

Mientras tanto, una hoguera de áloes, de cedro y de laurel ardía entre las piernas del coloso. Sus largas alas hundían su punta en la llama; los ungüentos con que estaba frotado corrían como sudor de sus hombros de bronce. Alrededor de la losa redonda en que apoyaba sus pies, los niños, envueltos en velos negros, formaban un círculo inmóvil; y sus brazos, desmesuradamente largos, bajaban sus palmas hasta ellos, como para apoderarse de aquella corona y llevarla al cielo.

Los Ricos, los Ancianos, las mujeres, toda la multitud se amontonaba detrás de los sacerdotes y en las terrazas de las casas. Las grandes estrellas pintadas no giraban ya; los tabernáculos estaban colocados en el suelo; y las humaredas de los incensarios subían perpendicularmente, como árboles gigantescos, extendiendo en medio del azul sus ramas azuladas.

Muchos se desvanecieron; otros se quedaban inertes y petrificados en su éxtasis. Una angustia infinita pesaba sobre los pechos. Los últimos clamores extinguíanse uno a uno; y el pueblo de Cartago jadeaba, absorto por el deseo de su terror.

Al fin, el gran sacerdote de Moloch pasó la mano izquierda sobre los velos de los niños y les arrancó de la frente un mechón de cabellos que arrojó a las llamas. Entonces los hombres del manto rojo entonaron el himno sagrado.

— ¡Homenaje a ti, oh Sol, rey de las dos zonas, creador que engendra, Padre y Madre, Padre e Hijo, Dios y Diosa, Diosa y Dios!

Y su voz se perdía entre las explosiones de los instrumentos, sonando todos a la vez, para ahogar los gritos de las víctimas. Los scheminith de ocho cuerdas, los kinnor, que tenían diez, y los nebal, que tenían doce, chirriaban, silbaban, tronaban. Odres enormes erizados de tubos lanzaban un gemido agudo; los tambores, golpeados a fuerza de puños, resonaban con sordos y rápidos redobles; y, a pesar del furor de los clarines, los salsalim restallaban como alas de saltamonte.

Los hieródulos, con un largo gancho, abrían los siete compartimientos situados en el cuerpo del Baal. En el más alto se introducía la harina; en el segundo, dos tórtolas; en el tercero, un mono; en el cuarto, un carnero; en el quinto, una oveja; y, como no había buey para el sexto, se colocó en él una piel curtida, tomada de un santuario. La séptima caja permanecía abierta.

Antes de comenzar nada, había que probar los brazos del Dios. Delgadas cadenillas, partiendo de sus dedos, subían a sus hombros y descendían por su espalda, donde unos hombres, tirando de ellas, hacían subir hasta la altura de sus codos sus dos manos abiertas, que, al acercarse, daban contra su vientre, moviéndose repetidamente varias veces, con secos golpecitos. Luego los instrumentos se callaron. El fuego roncaba.

Los sacerdotes de Moloch se paseaban sobre la gran losa, examinando a la multitud.

Era menester un sacrificio individual, una oblación completamente voluntaria, que era considerada como arrastradora de las otras. Pero nadie, hasta entonces, se presentaba, y los siete viales que conducían al coloso estaban completamente vacíos. Entonces, para alentar al pueblo, los sacer-

dotes sacaron de sus cinturones unos punzones con los que se arañaron el rostro. Hízose entrar en el recinto a los adictos, tendidos en tierra. Se les arrojó un paquete de hierros horribles y cada cual escogió su tortura. Pasábanse espetones entre los senos, se cortaban las mejillas, se ponían coronas de espinas en la cabeza y luego, enlazándose por los brazos, y rodeando a los niños, formaban otro gran círculo que se contraía y se ensanchaba, Llegaron contra la balaustrada, se echaron hacia atrás y tornaron a comenzar de nuevo, atrayendo hacia ellos a la multitud, por el vértigo de aquel movimiento lleno de sangre y de gritos.

Poco a poco fueron entrando gentes hasta el fondo de los viales. Ellas lanzaban al fuego perlas, vasos de oro, copas, antorchas, todas sus riquezas. Las ofrendas iban haciéndose más y más espléndidas y múltiples. Al fin, un hombre que oscilaba, un hombre pálido y horrible de terror, subió un niño; al punto, entre las manos del coloso se vió una pequeña masa negra, que se hundió en la abertura tenebrosa. Los sacerdotes se inclinaron al borde de la gran losa, y estalló un cántico nuevo, celebrando los goces de la muerte y los renacimientos de la eternidad.

Subían lentamente, y como el humo, al ascender, formaba grandes torbellinos, desde lejos, parecía que desaparecían en una nube. Ninguno se movía. Estaban atados por las muñecas y por los tobillos y la obscura colgadura les impedía ver ni ser conocidos.

Amílcar, con manto rojo, como los sacerdotes de Moloch, estaba erguido, junto al Baal, ante el dedo gordo de su pie derecho. Cuando se llevó el décimocuarto niño, todo el mundo diose clara cuenta de que no pudo reprimir un gesto de horror. Pero, recobrando al punto su actitud, cruzó sus brazos y miró al suelo. Al otro lado de la estatua, el Gran Pontífice permanecía inmóvil como él. Bajando su cabeza, cargada con el peso de una mitra asiria, observaba sobre su pecho la placa de oro cubierta de piedras fatídicas y en la que, reflejándose las llamas, formaban irisados resplandores. El Gran Pontífice palidecía, consternado. Amílcar inclinaba su frente, y entrambos estaban tan cerca de la hoguera, que

la orla de sus capas la rozaba, al levantarse de vez en cuando.

Los brazos de bronce se movían más rápidos. Ya no se detenían. Cada vez que en ellos se ponía un niño, los sacerdotes de Moloch extendían la mano sobre él para cargarlo con los crímenes del pueblo, vociferando: «¡No son hombres, sino bueyes!» Y la multitud, a su vez, repetía: «¡Bueyes! ¡Bueyes!» Los devotos gritaban: «¡Señor, carne!» Y los sacerdotes de Proserpina, conformándose, por terror, a la tarea de Cartago, murmuraban la fórmula eleusíaca: «¡Vierte la lluvia! ¡Fecunda!»

Apenas llegadas las víctimas al borde de la abertura, desaparecían como una gota de agua sobre una plancha enrojecida, y una blanca humareda ascendía entre el gran color escarlata.

Sin embargo, el apetito del dios no se saciaba. Siempre quería más. A fin de suministrárselo, se los apilaba sobre sus manos con una gruesa cadena por encima, que los sujetaba. Los devotos, al principio, habían querido contarlos para ver si su número correspondía al de los días del año solar; pero se pusieron otros y era ya imposible distinguirlos entre el vertiginoso movimiento de los horribles brazos. Esto duró mucho tiempo, indefinidamente hasta la noche. Luego las paredes interiores adquirieron un brillo más obscuro. Entonces se advirtió carnes que ardían. Algunos, hasta creyeron ver cabellos, miembros, cuerpos enteros.

Cayó el día; sobre el Baal se amontonaron las nubes. La pira, sin llamas ya, formaba una pirámide de carbones hasta sus rodillas; completamente rojo como un gigante cubierto de sangre, parecía, con su cabeza que se inclinaba, vacilar bajo el peso de su embriaguez.

A medida que los sacerdotes se apresuraban, aumentaba el frenesí del pueblo; el número de víctimas disminuía y unos clamaban para economizarlas, y otros, para aumentarlas aún. Hubiérase dicho que los muros, cargados de gente, se derrumbaban bajo los alaridos de espanto y de mística voluptuosidad. Luego los fieles llegaron a las avenidas, arrastrando a sus hijos que se asían a ellos, y los golpeaban para darles prisa y los entregaban a los hombres

rojos. Los tocadores de instrumentos detenían se, a veces, extenuados; entonces oíanse los gritos de las madres y el rechinar de la grasa que caía sobre las brasas. Los bebedores de jusquiama, andando a cuatro patas, daban vueltas alrededor del coloso y rugían como tigres; los Yidonim, vaticinaban; los Adictos, cantaban con sus labios partidos. Se había roto las verjas y todos querían su parte en el sacrificio; y los padres cuyos hijos habían muerto antes, arrojaban al fuego sus efigies, sus juguetes, sus huesos conservados. Algunos, que tenían cuchillos, se precipitaron sobre los otros. Se degollaron mutuamente. Con palas de bronce, los hieródulos pusieron al borde de la losa las cenizas caídas y las lanzaron al aire, a fin de que el sacrificio se esparciese sobre la ciudad y hasta la región de las estrellas.

Aquel gran ruido y aquella gran claridad habían atraído a los bárbaros al pie de los muros; y trepando, para ver mejor, sobre los restos de la helépolis, miraban, pasmados de horror.

XIV

El desfiladero del Hacha

No habían regresado los cartagineses a sus casas, cuando ya las nubes se amontonaron más espesas. Los que alzaban su frente hacia el coloso sintieron sobre su frente gruesas gotas, y la lluvia cayó.

Cayó durante toda la noche, abundantemente, a raudales; roncaba el trueno; era la voz de Moloch, que había vencido a Tanit; y, fecundada ya, ésta abría en lo alto del cielo su vasto seno. A veces se la divisaba entre una claridad luminosa tendida sobre cojines de nubes; luego las tinieblas se cerraban, como si, demasiado cansada aún, quisiera adormecerse. Los cartagineses — creyendo, todos, que el agua es engendrada por la luna — gritaban para facilitar su trabajo.

La lluvia azotaba las terrazas y se desbordaba por ellas formando lagos en los patios, cascadas en las escaleras, y torbellinos en los rincones de las calles. Derramábase en grandes masas tibias y en arroyos tumultuosos. De los ángulos de todos los edificios saltaban grandes chorros espumosos; contra las paredes había como capas blancuzcas vagamente suspendidas, y los techos de los templos, lavados,

brillaban en negro, a la luz de los relámpagos. Por mil caminos descendían los torrentes de la Acrópolis; algunas casas se derrumbaban, y vigas, cascote, muebles, pasaban por los arroyos que corrían sobre las losas, impetuosamente.

Habíanse sacado ánforas, jarros, telas; pero las antorchas se apagaban. Se tomaron blandones de la pira del Baal, y los cartagineses, para beber, se ponían cara arriba, con la boca abierta. Otros, al borde de los charcos cenagosos hundían en ellos sus brazos hasta la axila y se atracaban de agua tan abundantemente que la vomitaban como búfalos. Poco a poco fué extendiéndose el frescor y aspiraban el aire húmedo moviendo sus miembros, y de la embriaguez de esta ventura surgió muy pronto una inmensa esperanza. Todas las miserias fueron olvidadas. La patria renacía una vez más.

Experimentaban la necesidad de arrojar sobre otros el exceso del furor que no habían podido emplear contra ellos mismos. Tal sacrificio no debía ser inútil; aunque no sintiesen ningún remordimiento, veíanse arrebatados por el frenesí que da la complicidad de los crímenes irreparables.

Los bárbaros habían aguantado la tempestad en sus tiendas mal cerradas, y transidos aún por la mañana, chapoteaban entre el barro, buscando sus municiones y sus armas, estropeadas, perdidas.

Amílcar, por propio impulso, fué a ver a Hannón, y, según sus plenos poderes, le confió el mando. El viejo sufeta vaciló algunos minutos entre su odio y su deseo de autoridad. No obstante, aceptó.

En seguida, Amílcar hizo salir una galera armada con una catapulta a cada extremo y la colocó en el golfo, frente a la rada; luego embarcó en los barcos disponibles sus tropas más robustas. Huía, pues, y virando hacia el norte, desapareció entre la bruma.

Pero, tres días después (se iba a comenzar el ataque), gentes de la costa líbica llegaron tumultuosamente. Barca estaba entre ellos. Había obtenido víveres por todas partes y se extendía por el país.

Entonces los bárbaros se indignaron como si se les traicionase. Los que más se aburrieron durante el sitio, los galos,

sobre todo, no vacilaron en abandonar los muros para ir a reunirse con él. Espendio quiso reconstruir la helépolis; Matho se había trazado una línea ideal desde su tienda hasta Megara y se había jurado seguirla; y ninguno de sus hombres se movió. Pero los otros, mandados por Autharite, se fueron, abandonando la parte occidental del recinto. Era tan profunda la incuria, que ni siquiera se pensó en reemplazarlos.

Narr'Havas los espiaba desde lejos, en las montañas. Durante la noche hizo pasar toda su gente al lado exterior de la laguna, por la orilla del mar, y entró en Cartago.

Presentóse allí como un salvador, con seis mil hombres, llevando todos harina bajo sus capas y cuarenta elefantes cargados de forrajes y de carnes secas. Rápidamente se aglomeraron en torno a ellos. La llegada de semejante socorro alegraba aún menos a los cartagineses que el espectáculo mismo de aquellos fuertes animales consagrados al Baal. Era una prueba de ternura, una prueba de que él iba, al fin, por defenderlos, a tomar parte en la guerra.

Narr'Havas recibió los homenajes de los Ancianos. Luego, subió hacia el palacio de Salambó.

No había vuelto a verla desde aquella vez en que, en la tienda de Amílcar, entre los cinco ejércitos, había sentido su manecita, fría y suave, atada contra la suya. Después de los desposorios, ella había partido para Cartago. Su amor, desviado por otras ambiciones, había vuelto a él y ahora pensaba disfrutar de sus derechos, casarse con ella, tomarla.

Salambó no comprendía cómo aquel joven podría ser nunca su marido. Por más que ella pedía todos los días a Tanit la muerte de Matho, su horror hacia el libio disminuía. Sentía confusamente que el odio con que él la había perseguido era una cosa casi religiosa, y habría querido ver en la persona de Narr'Havas algo como un reflejo de aquella violencia que aún la tenía deslumbrada. Deseaba conocerlo más, y, sin embargo, su presencia la había conturbado. Ella hizo que le contestasen que no debía recibirlo.

Por otra parte, Amílcar había prohibido a sus gentes recibir en su casa al rey de los númidas. Aplazando hasta el

fin de la guerra aquella recompensa, esperaba sostener su adhesión. Y Narr'Havas, por temor al sufeta, se retiró.

Pero se mostró altivo respecto a los Ciento. Cambió sus disposiciones, exigió prerrogativas para sus hombres y los situó en los puestos importantes. Los bárbaros se quedaron pasmados al ver a los númidas en las torres.

Más fuerte fué aún la sorpresa de los cartagineses cuando llegaron en una vieja trirreme púnica cuatrocientos de los suyos hechos prisioneros durante la guerra de Sicilia. En efecto, Amílcar había devuelto secretamente a los Quirites las tripulaciones de los barcos latinos tomados antes de la defección de las ciudades tirias; y Roma, en cambio de tan buen procedimiento, le devolvía ahora aquellos cautivos. Rechazó las ofertas de los mercenarios en Cerdeña y hasta se negó a reconocer como súbditos a los habitantes de Utica.

Hierón, que gobernaba a Siracusa, fué arrastrado por este ejemplo. Necesitaba, para conservar sus Estados, un equilibrio entre los dos pueblos. Tenía, pues, interés en la salvación de los cananeos, y se declaró su amigo enviándoles mil doscientos bueyes con cincuenta y tres mil nebel de trigo puro.

Una razón más profunda hacía socorrer a Cartago; se comprendía perfectamente que si los mercenarios triunfasen, desde el soldado hasta el friega platos se insurreccionarían y no habría gobierno ni casa que pudiera resistirlos.

Amílcar, durante este tiempo, guerreaba en los campos orientales. Rechazó a los galos, y todos los bárbaros se vieron a su vez como sitiados.

Entonces comenzó a hostigarlos. Llegaba, se alejaba, y, renovando siempre esta maniobra, poco a poco, los separó de sus campamentos. Espendio se vió obligado a seguirlos. Matho, al fin, tuvo que ceder, como él.

Pero no pasó de Túnez, encerrándose en sus muros. Esta obstinación estaba impregnada de prudencia; pues muy pronto se vió a Narr'Havas que salía por la puerta de Khamon con sus elefantes y sus soldados. Amílcar lo llamaba. Pero ya los otros bárbaros erraban por las provincias en persecución del sufeta.

Éste había recibido en Clipea tres mil galos. Hizo llegar caballos de Cirenaica, armaduras del Brucio y reanudó la guerra.

Jamás fué su genio tan impetuoso ni tan fértil. Durante cinco lunas los arrastró detrás de sí. Él tenía un objetivo al cual quería conducirlos.

Los bárbaros, primeramente, habían intentado envolverlo con pequeños destacamentos; pero se les escapaba siempre. No se separaban ya. Su ejército era de unos cuarenta mil hombres, y varias veces tuvieron la satisfacción de ver retroceder a los cartagineses.

Lo que los atormentaba era la caballería de Narr'Havas. A menudo, en las horas más pesadas, cuando se avanzaba por las llanuras, adormilados bajo el peso de las armas, de pronto se alzaba en el horizonte una densa línea de polvo. Oíase galopar, y del seno de una nube llena de pupilas llameantes, surgía una lluvia de dardos. Los númidas, cubiertos con capas blancas, lanzaban grandes gritos, alzaban los brazos apretando con las rodillas sus caballos encabritados, haciéndolos girar bruscamente, y después desaparecían. Tenían siempre a cierta distancia, sobre los dromedarios, provisión de jabalinas, y tornaban más terribles, aullando como lobos y huyendo como buitres. Los bárbaros, situados al borde de las filas, caían uno a uno, y se continuaba así hasta la noche, en que se intentaba ganar las montañas.

Aunque éstas fuesen peligrosas para los elefantes, Amílcar se aventuró en ellas. Siguió la larga cadena que se extiende desde el promontorio de Hermeum hasta la cima del Zagouán. Era éste, a su parecer, un medio de ocultar la insuficiencia de sus tropas. Pero la continua incertidumbre en que los mantenía, acababa por exasperarlos más que una derrota. Pero éstos no se desanimaban y marchaban tras él.

Por fin, una tarde, entre la Montaña de Plata y la Montaña de Plomo, en medio de grandes rocas, a la entrada de un desfiladero, sorprendieron un cuerpo de vélites; y el ejército entero estaba ciertamente ante ellos, pues oíase ruido de pasos y toques de clarín. Los cartagineses huyeron rá-

pidamente por la garganta. Iba ésta a desembocar en una llanura que tenía la forma del corte de un hacha rodeada por altas escarpaduras. Para alcanzar a los vélites se lanzazon los bárbaros por el desfiladero. En su fondo, entre bueyes que galopaban, otros cartagineses corrían tumultuosamente. Vióse un hombre con capa roja; era el sufeta; se le llamaba. Un renuevo de furor y de alegría los transportó. Varios, por pereza o por prudencia, se quedaron en el umbral del desfiladero. Pero la caballería, desembocando de un bosque, a sablazos y piquetazos los empujó sobre los otros. Y pronto todos los bárbaros estuvieron abajo, en la llanura.

Luego de oscilar durante algún tiempo aquella masa de hombres, se detuvo. No descubrieron ninguna salida.

Los que estaban más próximos al desfiladero se volvieron atrás; pero el paso había desaparecido por completo. Se llamó a los de delante, para hacerlos continuar, y se aplastaron contra la montaña, insultando a sus compañeros que no sabían hallar la salida.

En efecto, apenas habían descendido los bárbaros, hombres agazapados, detrás de las rocas, removiéndolas con vigas, las habían tumbado, y, como la pendiente era rápida, los enormes bloques, rodando mezclados, habían obstruído por completo el estrecho orificio.

En la extremidad opuesta de la llanura se abría un largo pasadizo, cortado acá y allá por quebraduras, que conducía a un despeñadero que subía hacia la meseta superior donde estaba el ejército púnico. En aquel corredor, contra la pared de la escarpadura, habíase puesto escalas, anticipadamente; y protegidos por los recodos de las quebraduras, los vélites, antes de juntarse, pudieron tomarlas y subir. Algunos hasta llegaron a lo más bajo de la sima, y fueron sacados de allí con cables, pues el terreno en aquel paraje era de una arena movediza y con tal inclinación, que, aun de rodillas, habría sido imposible dominarlo. Pero un rastrillo de cuarenta codos de altura, hecho a la medida exacta del intervalo, descendió de pronto ante ellos, como una muralla que hubiese caído del cielo.

Las combinaciones del sufeta habían, pues, tenido éxito. Ninguno de los mercenarios conocía la montaña y, marchando a la cabeza de las columnas, habían arrastrado a los otros. Las rocas, un poco estrechas por la base, habían sido derribadas fácilmente, y, mientras todos corrían, su ejército, en el horizonte, había gritado como demandando auxilio. Amílcar, cierto es, podía perder sus vélites; la mitad solamente quedó. Habría sacrificado veinte veces más por el éxito de semejante empresa.

Hasta llegar la mañana, los bárbaros se alinearon en filas compactas de un extremo a otro de la llanura, palpando la montaña con las manos, tratando de descubrir un paso.

Amaneció al fin y vieron en todo alrededor una gran muralla blanca, cortada a pico. ¡Y ni un medio de salvación! ¡Ninguna esperanza! Las dos salidas naturales de aquel callejón estaban cerradas por el rastrillo y por el amontonamiento de rocas.

Entonces, miráronse todos sin hablar. Abatiéronse, sintiendo un frío glacial en sus espaldas y una abrumadora pesadumbre en sus párpados.

Levantáronse y saltaron contra las rocas. Pero las más bajas, apretadas por el peso de las otras, eran inconmovibles. Trataron de encaramarse a ellas para alcanzar la cumbre; la forma panzuda de aquellas grandes masas rechazaba todo asidero. Quisieron partir el terreno por entrambos lados del desfiladero y sus herramientas se quebraron. Con los mástiles de las tiendas hicieron una gran hoguera; el fuego no podía quemar la montaña.

Tornaron hacia el rastrillo. Estaba guarnecido de grandes clavos, gruesos como picos, agudos como picas de un puerco espín y más compactos que las crines de un cepillo. Pero tal rabia los encendía, que se precipitaron contra ellos. Los primeros se clavaron en ellos hasta el espinazo; los segundos rebosaron sobre éstos, y todo se derrumbó, dejando en las horribles ramas jirones humanos y cabelleras ensangrentadas.

Cuando el decaimiento se hubo calmado un tanto, se examinó cómo estaban de víveres. Los mercenarios, cuyos

bagajes se habían perdido, apenas si tenían para dos días; y todos los demás se hallaban desprovistos de ellos, pues esperaban un convoy prometido por las ciudades del sur.

No obstante, los toros vagabundeaban; los que los cartagineses habían precipitado por la garganta para atraer a los bárbaros. Los mataron a lanzadas, fueron devorados, y, llenos los estómagos ya, los pensamientos fueron menos lúgubres.

A la mañana siguiente degollaron todos los mulos, unos cuarenta; luego se rasparon sus pieles, se hicieron hervir sus entrañas, se apilaron las osamentas y no desesperaron aún. El ejército de Túnez, advertido, sin duda, iba a llegar.

Pero en la noche del quinto día, el hambre se redobló. Royeron los tahalíes de sus espadas y las esponjillas que orlaban el fondo de los cascos.

Aquellos cuarenta mil hombres estaban encerrados en aquella especie de hipódromo que formaba la montaña a su alrededor. Algunos permanecían delante del rastrillo o en la base de las rocas; otros, cubrían la llanura, confusamente. Los fuertes se evitaban y los tímidos buscaban a los bravos, que, sin embargo, no podían salvarlos.

Todos los bárbaros languidecían, tendidos en tierra. Entre sus líneas, acá y allá, pasaba un veterano. Todos aullaban maldiciones contra los cartagineses, contra Amílcar y contra Matho, aunque fuese inocente de su desastre; pero les parecía que sus dolores habrían sido menores si los hubieran compartido. Luego, gemían; algunos, calladamente, lloraban como criaturitas.

Acercábanse a los capitanes y les suplicaban que les concediesen algo que mitigase sus sufrimientos. Los otros no respondían nada, o, presas de furor, cogían una piedra y se la arrojaban a la cara.

Algunos, en efecto, conservaban en un agujero del terreno una reserva de alimentos; unos puñados de dátiles, un poco de harina; y lo comían durante la noche, escondiendo la cabeza bajo su capa. Los que tenían espadas las conservaban desnudas en sus manos; los más desconfiados se mantenían en pie, apoyados en la montaña.

Acusaban a sus jefes y los amenazaban. Autharite no rehuía mostrarse. Con su obstinación de bárbaro que nada fatiga, avanzaba veinte veces por día hasta el fondo de las rocas, esperando constantemente hallarlas, acaso, separadas; y balanceando sus pesados hombros cubiertos de pieles, les parecía a sus compañeros un oso que salía de su caverna, en primavera, para ver si las nieves se han derretido.

Espendio, rodeado de griegos, se ocultaba en una de las quebraduras. Como tenía miedo, hizo correr el rumor de su muerte.

Tenían ya una delgadez repugnante. Su piel se moteaba de manchitas azuladas. En la noche del noveno día murieron tres iberos.

Sus compañeros, asustados, desertaron el sitio. Se los desnudó y sus cuerpos, despojados y blancos, quedaron al sol, sobre la arena.

Entonces unos garamantes se pusieron a rondar lentamente en torno a ellos. Eran hombres acostumbrados a la existencia de las soledades y que no respetaban a ningún dios. Al fin, el más viejo del grupo hizo una señal, e inclinándose sobre los cadáveres, con sus cuchillos cortaron tiras de ellos; luego, acuclillados, se las comían. Los otros miraban de lejos; brotaron gritos de horror; muchos, sin embargo, desde el fondo de su alma, estaban celosos de su valor.

En medio de la noche, algunos de ellos se acercaron, y, encubriendo su deseo, pedían un bocadito, sólo para probar, según decían. Otros más osados se presentaron; su número aumentaba; pronto fueron multitud. Pero casi todos, sintiendo aquella carne fría en el borde de sus labios, dejaban caer sus manos. Otros, por lo contrario, la devoraban con delicia.

A fin de ser arrastrados por el ejemplo, se excitaban mutuamente. Había quien, negándose al principio a ir a ver a los garamantes, no volvía. Éstos hacían asar los trozos sobre brasas, en la punta de una espada. Se los sazonaba con polvo y se disputaban los mejores. Cuando no quedó nada de los tres cadáveres, las miradas se extendieron por toda la llanura para hallar otros.

Pero, ¿no tenían cartagineses, veinte cautivos hechos en el último encuentro y en los que nadie, hasta entonces, había reparado? Desaparecieron. Esto, además, era una venganza. Luego, como era preciso vivir, como el gusto por aquel alimento se había desarrollado, como se moría, se degolló a los aguadores, a los palafreneros, a todos los mozos de los mercenarios. Cada día se mataba alguno. Algunos, que comían mucho, recobraron las fuerzas y no estaban tristes.

Pronto faltó este recurso. Entonces el deseo se volvió hacia los heridos y los enfermos. Ya que no podían curarse, tanto valía librarlos de sus torturas. Y tan pronto como un hombre vacilaba, proclamaban todos que estaba ya perdido y que debía servir a los demás. Para acelerar su muerte se empleaban mil astucias; se les robaba el último resto de su inmunda porción; como por descuido se pisaba sobre ellos; los agonizantes, para hacer creer en su vigor, trataban de extender los brazos, de incorporarse, de reír. Hombres desvanecidos se despertaban al contacto de una hoja mellada que les serraba su miembro. Y seguían matando, sin necesidad, por ferocidad, para satisfacer su furor.

Una niebla densa y tibia, como se presenta en estas regiones a fines del invierno, se extendió sobre el ejército al décimocuarto día. Este cambio de la temperatura produjo muertos numerosos y la corrupción se desarrolló espantosamente rápida en la cálida humedad retenida por las paredes de la montaña. La escarcha que caía sobre los cadáveres, reblandeciéndolos, convirtió pronto toda la llanura en un inmenso pudridero, sobre el que flotaban blancuzcos vapores que picaban en la nariz, penetraban la piel, nublaban los ojos. Y los bárbaros creían ver en ellos los alientos exhalados, las almas de sus compañeros. Un inmenso disgusto los abrumó. No querían más; preferían morir.

Dos días después el tiempo volvió a ser puro y el hambre reapareció. A veces les parecía que les arrancaban el estómago con tenazas. Entonces se revolcaban, presa de convulsiones, lanzando a su boca puñados de tierra, mordiéndose los labios y prorrumpiendo en risas frenéticas.

La sed los atormentaba aún más, pues ya no tenían una

gota de agua en los odres, desde el noveno día, estando completamente agotados. Para engañarla se aplicaban a la lengua las escamas metálicas de los cinturones, los pomos de marfil, las hojas de las espadas. Antiguos conductores de caravanas se apretaban el vientre con cuerdas; otros chupaban un guijarro. Se bebía el propio orín, refrescado en los cascos de cobre.

¡Y continuaban esperando el ejército de Túnez! La cantidad de tiempo que invertía en llegar, según sus conjeturas, certificaba su próximo arribo. Por otra parte, Matho, que era un valiente, no los abandonaría.

— ¡Será mañana! — se decían; y mañana pasaba.

Al principio habían celebrado plegarias, formulado votos, practicado toda clase de hechicerías. Ahora ya no sentían por sus divinidades más que odio, y, por venganza, intentaban no creer en ellas.

Los hombres de carácter violento fueron los primeros en perecer; los africanos resistieron más que los galos. Zarxas, entre los baleares, permanecía tendido a lo largo, con los cabellos bajo el brazo, inerte. Espendio halló una planta de anchas hojas llenas de un zumo abundante, y, habiéndola declarado venenosa, a fin de apartar de ella a los demás, se alimentaba con ella.

Se estaba demasiado débil para tirar de una pedrada los cuervos que pasaban. A veces, cuando un gipaeto, posado sobre un cadáver, lo desmenuzaba desde algún tiempo, un hombre se ponía a reptar hacia él, con una jabalina entre los dientes. Apoyábase en una mano, y, después de haber apuntado bien, lanzaba su arma. El animal de blancas plumas, turbado por el ruido, se interrumpía, miraba a su alrededor con aire tranquilo, como un cuervo marino sobre un escollo, y luego volvía a hundir su horrendo pico amarillo; y el hombre, desesperado, caía de bruces sobre el polvo. Algunos lograban descubrir camaleones y serpientes. Pero lo que les hacía vivir era el amor a la vida. Su alma se aferraba únicamente a esta idea, y se asían a la existencia por un esfuerzo de voluntad que la prolongaba.

Los más estoicos permanecían unos junto a otros, senta-

dos en corro en medio de la llanura, acá y allá, entre los muertos; y, envueltos en sus capas, se entregaban silenciosamente a su tristeza.

Los que habían nacido en las ciudades se acordaban de las calles resonantes, de las tabernas, de los teatros, de los baños y de las barberías, en las que se escucha historias. Otros veían los campos al ponerse el sol, cuando las mieses amarillas ondulan y los grandes bueyes suben por las colinas con la estera del arado sobre el cuello. Los viajeros pensaban en las cisternas; los cazadores, en sus bosques; los veteranos, en sus batallas; y en la somnolencia que los entorpecía, chocaban sus pensamientos con el impulso y la nitidez de los sueños. De pronto los acometían alucinaciones; buscaban en la montaña una puerta por donde huir y querían pasar a través de ella. Otros creían navegar durante una tempestad, mandaban las maniobras de un navío, o bien retrocedían espantados, divisando en las nubes batallones púnicos. Había algunos que se figuraban hallarse en un festín, y cantaban.

Muchos, por una extraña manía, repetían la misma palabra o hacían continuamente el mismo gesto. Luego, cuando volvían la cabeza para mirarse, los ahogaban los sollozos al descubrir la horrible demacración de sus caras. Algunos no sufrían ya, y para invertir sus horas, se referían los peligros de que habían escapado.

A todos les parecía cierta, inevitable, su muerte. ¡Cuántas veces no habían tratado de abrirse un paso! En cuanto a implorar las condiciones del vencedor, ¿por qué medio? Ni siquiera sabían dónde se encontraba Amílcar.

El viento soplaba de la parte del despeñadero y hacía deslizarse la arena por encima del rastrillo, en cascadas, perpetuamente. Y las capas y las cabelleras de los bárbaros se cubrían de ella, como si la tierra, subiendo sobre ellos, hubiese querido sepultarlos. No se movía nada. La eterna montaña les parecía más alta cada mañana.

A veces, bandadas de pájaros pasaban de un vuelo por el cielo azul, en la libertad del aire. Ellos cerraban los ojos por no verlos.

Sentían, primeramente, un zumbido en los oídos; las uñas les negreaban; el frío les invadía el pecho; se tendían sobre un costado y se extinguían sin un grito.

El día décimonono habían muerto dos mil asiáticos, mil quinientos del archipiélago, ocho mil libios, los mercenarios más jóvenes y tribus completas; en total, veinte mil soldados: la mitad del ejército.

Autharite, que no tenía más que cincuenta galos, iba a hacerse matar para terminar de una vez, cuando en la cima de la montaña, frente a él, creyó ver un hombre.

Aquel hombre, a causa de la elevación, no parecía más alto que un enano. Sin embargo, Autharite reconoció en su brazo izquierdo un escudo en forma de trébol.

— ¡Un cartaginés! — exclamó.

Y, en la llanura, ante el rastrillo y bajo las rocas, todos se levantaron inmediatamente. El soldado se paseaba al borde del precipicio. Los bárbaros, desde abajo, lo miraban.

Espendió recogió una cabeza de buey; luego, con dos cinturones compuso una diadema y la colocó, con los cuernos, al extremo de una pértiga, en señal de intenciones pacíficas. El cartaginés desapareció. Los bárbaros esperaron.

Al fin, por la noche, como una piedra que se desprendiese de la escarpadura, de pronto, cayó de lo alto un tahalí. Era de cuero rojo, cubierto de bordados, con tres estrellas de diamantes, y, en medio, llevaba impresa la marca del Gran Consejo: un caballo bajo una palmera. Era la respuesta de Amílcar; el salvoconducto que enviaba.

No tenían nada que temer. Todo cambio de fortuna traía el fin de sus males. Una alegría desmesurada los invadió y se abrazaban y lloraban. Espendio, Autharite y Zarxas, cuatro italiotas, un negro y dos espartanos se ofrecieron como parlamentarios. Fueron aceptados en seguida; no obstante, no sabían por dónde salir.

Pero un crujido resonó por la parte de las rocas; y la más elevada, oscilando sobre sí misma, cayó hasta abajo. En efecto; si por el lado de los bárbaros eran inconmovibles, pues habría sido necesario hacerlas subir por un plano inclinado (y, además, estaban atascadas por la estrechez

del desfiladero), por el otro, contrariamente, bastaba moverlas con fuerza para que se desprendiesen. Los cartagineses las empujaron y, al amanecer, se extendían por la llanura como las gradas de una inmensa escalera en ruinas.

Los bárbaros no podían escalarlas aún. Se les arrojó escalas y todos se lanzaron a ellas. La descarga de una catapulta los rechazó. Sólo los diez fueron izados.

Marchaban éstos entre los clinabares y apoyaban sus manos en la grupa de los caballos para poder sostenerse.

Pasada ya su primera alegría, comenzaban a concebir inquietudes. Las exigencias de Amílcar serían crueles.

— ¡Seré yo quien hable! — decía Espendio.

Y, para tranquilizarles, se alababa de conocer buenas cosas que decir para la salvación del ejército.

Detrás de todas las malezas encontraban centinelas emboscados. Éstos se prosternaban ante el tahalí que Espendio se había puesto sobre el hombro.

Cuando llegaron al campo púnico, la multitud se agrupó en torno a ellos y oyeron cuchicheos y risas. Se abrió la puerta de una tienda.

En el fondo de ella estaba Amílcar, sentado en un escabel, junto a una mesa baja sobre la que brillaba una espada desnuda. Capitanes, en pie, lo rodeaban.

Al divisar a aquellos hombres, hizo un movimiento de repulsión y, después, se inclinó para examinarlos.

Tenían las pupilas extraordinariamente dilatadas, con un gran círculo alrededor de los ojos, que se prolongaba hasta debajo de las orejas. Su nariz azulada sobresalía entre sus hundidas mejillas, surcadas por profundas arrugas. La piel de sus cuerpos, demasiado ancha para sus músculos, desaparecía bajo un polvo de color de pizarra y sus labios se pegaban a sus dientes amarillos. Exhalaban un infecto hedor. Parecían tumbas entreabiertas, sepulcros vivos.

En medio de la tienda, sobre una estera en que iban a sentarse los capitanes, había una batea de calabazas, que humeaba. Los bárbaros clavaban sus ojos en ella, temblando todos sus miembros, y las lágrimas acudían a sus párpados. No obstante, se contuvieron.

Amílcar se volvió para hablar con alguien. Entonces, se arrojaron todos sobre la bandeja, boca abajo. Sus rostros se hundían en la grasa y el ruido de su deglución se mezclaba a los sollozos de alegría que lanzaban. Más por asombro que por piedad, sin duda, se les dejó dar fin a la batea. Luego, cuando se levantaron, Amílcar, con un gesto, ordenó que hablase el hombre que llevaba el tahalí. Espendio tenía miedo. Titubeaba.

Amílcar, mientras lo escuchaba, hacía girar en su dedo un grueso anillo de oro: el que había impreso en el tahalí el sello de Cartago. Lo dejó caer al suelo. Espendio, rápidamente, lo recogió; ante su amo, sus antiguas costumbres de esclavo renacían en él. Los otros se estremecieron, indignados por aquella bajeza.

Pero el griego alzó la voz, y refiriendo los crímenes de Hannón, a quien sabía enemigo de Barca, tratando de apiadarlo con el pormenor de sus miserias y con los recuerdos de su adhesión, habló durante largo tiempo, de un modo rápido, insidioso, hasta violento. Al fin, hasta olvidándose, arrastrado por el calor de su espíritu.

Amílcar respondió que aceptaba las excusas. La paz, pues, iba a concertarse y ahora sería definitiva. Pero exigía que se le entregase diez mercenarios, elegidos por él, sin armas y sin túnica.

Ellos no esperaban tamaña clemencia. Espendio exclamó:

— ¡Oh, veinte, si quieres, señor!

— ¡No, me bastan diez!—respondió Amílcar dulcemente.

Se les hizo salir de la tienda, a fin de que pudiesen deliberar. Cuando estuvieron solos, Autharite reclamó por los compañeros sacrificados, y Zarxas dijo a Espendio:

— ¿Por qué no lo has matado? ¡Su espada estaba allí, junto a ti!

— ¡A él! — contestó Espendio; y repitió la misma frase varias veces: — ¡A él! ¡A él! — como si la cosa hubiese sido imposible y Amílcar un ser inmortal.

Tal cansancio los abrumaba que se tumbaron en tierra, de espaldas, no sabiendo qué resolver.

Espendio los invitó a ceder; al fin, consintieron y entraron.

Entonces el sufeta puso su mano en las de los diez bárbaros, uno por uno, apretando sus pulgares; luego la frotó contra su vestido, pues la viscosa piel de ellos causaba, al tocarla, una impresión ruda y blanda, un hormiguillo de grasa que horripilaba. En seguida, les dijo:

— ¿Sois, realmente, todos los jefes de los bárbaros y habéis jurado por ellos?

— ¡Sí! — respondieron éstos.

— ¿Sin reservas, desde el fondo del alma y con intención de cumplir vuestras promesas?

Ellos aseguraron que se volvían junto a los otros para ejecutarlas.

— Pues bien — añadió el sufeta, — según el acuerdo tomado entre yo, Barca, y los embajadores de los mercenarios, ¡sois vosotros a quien escojo, y os conservo!

Espendio cayó desvanecido sobre la estera. Los bárbaros, como abandonándolo, se apretaron unos contra otros. Y no se pronunció ni una palabra; no se exhaló una queja.

Sus compañeros, que los esperaban, no viéndolos regresar, se creyeron traicionados. Sin duda los parlamentarios se habían pasado al sufeta.

Esperaron aún dos días; luego, a la mañana del tercero, adoptaron una resolución. Con cuerdas, picos y flechas dispuestas como peldaños entre jirones de tela, lograron escalar las rocas; y dejando a su espalda los más débiles, unos tres mil se pusieron en marcha para reunirse al ejército de Túnez.

En lo alto del desfiladero se extendía una pradera salpicada de arbustos. Los bárbaros devoraron los brotes; después hallaron un campo de habas, y todo él desapareció como si una nube de langostas hubiese pasado por allí. Tres horas después llegaron a una segunda meseta rodeada por un cinturón de verdes colinas.

Entre las ondulaciones de aquellos montículos brillaban haces de color de plata, espaciados los unos de los otros. Los

bárbaros, deslumbrados por el sol, divisaban confusamente bajo ellos masas negras que los soportaban. Todos se elevaron como si se abriesen. Eran lanzas en las torres, sobre elefantes espantosamente armados.

Además del espolón de su petral, de los punzones de sus colmillos, de las chapas de cobre que recubrían sus flancos y de los puñales adheridos a sus rodilleras, tenían en el extremo de sus trompas un brazalete de cuero por el que estaba pasado el puño de un ancho cuchillo. Todos partieron a la vez del fondo de la llanura y avanzaban por entrambos lados, paralelamente.

Un terror sin nombre heló a los bárbaros. Ni siquiera intentaron huir. Ya estaban envueltos.

Los elefantes entraron en aquella masa de hombres; y los espolones de su petral la dividían; las lanzas de sus colmillos la revolvían como las rejas de los arados; cortaban, tajaban, hundían con la hoz de sus trompas; las torres, llenas de faláricas, parecían volcanes en marcha; no se distinguía más que un ancho revoltijo en el que las carnes humanas formaban manchas blancas, los trozos de cobre de las placas grises, la sangre de los rojos husos; y los horribles animales, pasando por en medio de todo aquello, abrían surcos negros. El más furioso de ellos era conducido por un númida coronado con una diadema de plumas. Lanzaba dardos con una velocidad espantosa, produciendo al mismo tiempo un largo silbido agudo. Los grandes animales, dóciles como perros, durante la carnicería volvían hacia él sus miradas.

Su círculo iba reduciéndose poco a poco; los bárbaros, extenuados, no resistían ya; los elefantes se vieron muy pronto en el centro de la llanura. Faltábales espacio y se amontonaban medio encabritados, entrechocando sus colmillos. De pronto Narr'Havas los apaciguó, y, volviendo grupas, se volvieron, al trote, hacia las colinas.

Mientras tanto, dos syntagmes se habían refugiado a la derecha, en un repliegue del terreno, habían arrojado sus armas y, de rodillas hacia las tiendas púnicas, levantaban sus brazos implorando misericordia.

Se les ató de piernas y brazos, y cuando estuvieron tendidos en tierra, unos junto a otros, se guió hacia ellos a los elefantes.

Crujían los pechos como cofres que se aplastan; cada uno de sus pasos chafaba dos de ellos; sus grandes pies se hundían en los cuerpos con un movimiento de ancas que les hacía parecer cojos. Continuaron así y llegaron hasta el fin.

El nivel de la llanura volvió a quedar inmóvil. Cayó la noche. Amílcar se deleitaba ante el espectáculo de su venganza; pero, de pronto, se estremeció.

El, y todos con él, veían bárbaros, aún, a seiscientos pasos de allí, a la izquierda, en lo sumo de un altozano. En efecto; cuatrocientos de los más aguerridos, mercenarios etruscos, libios y espartanos, habían, desde el comienzo, ganado las alturas y hasta entonces se habían mantenido allí, indecisos. Tras el sacrificio de sus compañeros, resolvieron atravesar a los cartagineses y descendían ya, en apretadas columnas, de un modo maravilloso y formidable.

Inmediatamente les fué enviado un heraldo. El sufeta necesitaba soldados; los recibía sin condición, admirando su bravura. Hasta podían, añadió el hombre de Cartago, aproximarse un poco, en un lugar que él designaría, donde hallarían víveres.

Los bárbaros acudieron allá y pasaron la noche comiendo. Entonces los cartagineses prorrumpieron en rumores contra la parcialidad del sufeta hacia los mercenarios.

¿Cedió éste a las expansiones de un odio insaciable, o bien fué ello un refinamiento de perfidia? Al día siguiente fué él mismo, sin espada, sin casco, con una escolta de clinabares y les declaró que por no poder alimentar a tanta gente, no tenía intención de conservarlos. Sin embargo, como necesitaba hombres y no sabía de qué medios valerse para escoger los buenos, tendrían que luchar unos contra otros; luego, él admitiría a los vencedores en su guardia particular. Esta clase de muerte valía tanto como otra y entonces, apartando a sus soldados (pues los estandartes púnicos ocultaban a los mercenarios el horizonte), les mostró los ciento noventa y dos elefantes de Narr'Havas, formando

una sola línea recta y cuyas trompas blandían anchos hierros parecidos a brazos de gigantes que hubieran tenido hachas en sus cabezas.

Los bárbaros se miraron silenciosos. No era la muerte lo que les hacía palidecer, sino la horrible situación a que se veían reducidos.

La comunidad de su existencia había creado entre aquellos hombres amistades profundas. El campo, para la mayor parte de ellos, reemplazaba a la patria; vivían sin familia y acumulaban en un compañero su necesidad de ternura. Dormían juntos, bajo la misma capa, a la luz de las estrellas. Luego, en aquel vagabundaje perpetuo a través de toda clase de países, de fatigas y de aventuras, habían surgido extraños amores, uniones obscenas tan serias como matrimonios, en las que el más fuerte defendía al más joven en medio de las batallas, ayudándolo a franquear los precipicios, enjugando en su frente el sudor de las fiebres, robando alimentos para él; y el otro, niño recogido en la orilla de un camino, convertido luego en mercenario, pagaba aquella adhesión con mil delicadezas y cuidados, con complacencias de esposa.

Cambiaron entre sí sus collares, sus pendientes, regalos que antaño se habían hecho tras un gran peligro, en horas de embriaguez. Todos pedían morir y ninguno quería matar. Veíase un joven que decía a otro cuya barba era gris: — ¡No, no! ¡Tú eres el más robusto! ¡Tú nos vengarás! ¡Mátame! Y el hombre respondía: — ¡A mí me quedan menos años de vida! ¡Da sobre el corazón y no lo pienses más!—Los hermanos se miraban con las manos enlazadas; y el amante, dirigiendo a su amante adioses eternos, en pie, lloraba sobre su hombro.

Se quitaron las corazas para que la punta de las espadas se hundiese más rápida. Entonces aparecieron las marcas de los grandes golpes que habían recibido por Cartago. Parecían inscripciones sobre columnas.

Colocáronse en cuatro filas iguales, al estilo de los gladiadores, y comenzaron por amagos tímidos. Algunos hasta se habían vendado los ojos y sus espadas se agitaban en el

aire, como báculos de ciego. Los cartagineses lanzaron gritos, llamándolos cobardes. Los bárbaros se animaron y pronto el combate fué general, precipitado, terrible.

A veces, dos hombres se detenían chorreando sangre, caían uno en brazos del otro y morían dándose besos. Ninguno retrocedía. Arrojábanse sobre las hojas extendidas. Su delirio era tan furioso, que los cartagineses, desde lejos, tenían miedo.

Por fin se detuvieron. Sus pechos hacían un gran ruido ronco y, entre sus largos cabellos que colgaban como si hubiesen salido de un baño de púrpura, se divisaban sus pupilas. Muchos giraban sobre sí mismos, rápidamente, como panteras heridas en la frente. Otros, se mantenían inmóviles contemplando un cadáver caído a sus pies; y luego, de pronto, se arañaban el rostro con las uñas, tomaban su espada con entrambas manos y se la hundían en el vientre.

Quedaban sesenta aún. Pidieron beber. Se les dijo que arrojasen sus espadas y, cuando lo hubieron hecho, se les llevó agua.

Mientras bebían, con la cara hundida en los vasos, sesenta cartagineses, cayendo sobre ellos, los mataron con estiletes, por la espalda.

Amílcar había hecho esto para complacer los instintos de su ejército; y, con aquella traición, atraerlos hacia su persona.

La guerra, pues, estaba acabada; por lo menos, él lo creía así. Matho no resistiría ya. En su impaciencia, el sufeta ordenó la marcha, inmediatamente.

Sus exploradores vinieron a decirle que habían distinguido un convoy que caminaba hacia la Montaña de Plomo. Amílcar no hizo caso. Una vez aniquilados los mercenarios, los nómadas no le preocupaban ya. Lo importante era tomar Túnez. Y a grandes jornadas se dirigió hacia él.

Había enviado a Narr'Havas a Cartago a llevar la noticia de la victoria. Y el rey de los númidas, orgulloso por el éxito, se presentó a Salambó.

Ésta lo recibió en los jardines, bajo un ancho sicómoro, entre almohadones de cuero amarillo, con Taanach a su

lado. Su rostro estaba cubierto por un alfareme blanco que, pasándole por la boca y por la frente, no dejaba ver más que los ojos; pero sus labios brillaban en la transparencia del tejido como la pedrería de sus dedos, pues Salambó tenía sus dos manos envueltas y, durante todo el tiempo que hablaron, no hizo un solo gesto,

Narr'Havas le anunció la derrota de los bárbaros. Ella le dió las gracias con una bendición, por los servicios rendidos a su padre. Entonces, él se puso a referir toda la campaña.

Las palomas, en las palmeras, alrededor de ellos, se arrullaban dulcemente y otros pájaros revoloteaban entre la hierba: gallinetas de collar, codornices de Tartesio y pintadas púnicas. El jardín, inculto desde largo tiempo, había multiplicado su vegetación; las coloquíntidas trepaban hasta el ramaje de las coníferas; las asclepias sembraban el campo de rosas, toda clase de hierbalatos se entrelazaban formando glorietas. Y los rayos del sol, que descendían oblicuamente, dibujaban acá y allá, como en los bosques, la sombra de una hoja sobre la tierra. Los animales domésticos, tornados selváticos, huían al menor ruido. A veces se divisaba una gacela que llevaba pegadas a sus breves cascos plumas dispersas de pavo real. Los clamores de la ciudad, a lo lejos, se perdían en el murmullo de las olas. El cielo era azul; ni una vela se veía en el mar.

Narr'Havas ya no hablaba. Salambó lo miraba sin responderle. Llevaba él un vestido de lino en el que estaban pintadas flores, con franjas de oro en la fimbria. Dos flechas de plata sostenían sus cabellos trenzados al borde de sus orejas; apoyaba la mano derecha en la madera de una pica adornada con cercos de electro y moños de pelo.

Contemplándolo, una multitud de vagos pensamientos absorbía a Salambó. Aquel joven de dulce voz y de cintura femenina cautivaba sus ojos por la gracia de su persona y le parecía ser como una hermana mayor que los Baales le enviaban para protegerla. El recuerdo de Matho la asaltó. No podía resistir el deseo de saber qué había sido de él.

Narr'Havas contestó que los cartagineses avanzaban hacia Túnez, a fin de tomarlo. A medida que él exponía sus probabilidades de triunfo y la debilidad de Matho, parecía regocijarse ella con una esperanza extraordinaria.

Sus labios temblaban; se agitaba su pecho. Cuando él prometió, por fin, matarlo por sí mismo, ella exclamó:

— ¡Sí, mátalo! ¡Es preciso!

El númida replicó que él lo deseaba ardientemente, puesto que, terminada la guerra, sería él su esposo.

Salambó se estremeció y bajó la cabeza.

Pero Narr'Havas, prosiguiendo, comparó sus deseos a las flores que languidecen después de la lluvia y a los extraviados viajeros que esperan el día. Agregó que ella era más hermosa que la luna, mejor que la brisa de la mañana y que la faz del huésped. Él haría venir para ella, del país de los negros, cosas que no había en Cartago, y las moradas de su casa estarían enarenadas con polvo de oro.

Atardecía; brotaban olores embalsamados. Durante largo tiempo se miraron en silencio, y los ojos de Salambó, en el fondo de sus amplias vestiduras, parecían dos estrellas en la abertura de una nube. Antes de que se pusiese el sol, se retiró.

Los Ancianos se sintieron confortados de una gran inquietud cuando él partió de Cartago. El pueblo lo había recibido con aclamaciones aún más entusiásticas que la primera vez. Si Amílcar y el rey de los númidas triunfaban por sí solos de los mercenarios, sería imposible resistirlos. Así, pues, para debilitar a Barca, decidieron hacer participar de la liberación de la República a quien ellos amaban: al viejo Hannón.

Éste se dirigió inmediatamente hacia las provincias occidentales, a fin de vengarse en los lugares mismos que habían presenciado su afrenta. Pero los habitantes y los bárbaros estaban muertos, ocultos o fugitivos. Entonces su cólera se descargó sobre el campo. Quemó las ruinas de las ruinas, no dejó un solo árbol en pie, ni un brote de hierba. Los enfermos y los niños que se hallaban al paso, fueron ejecutados; entregaba a sus soldados mujeres que violar

antes de degollarlas. Las más bellas eran arrojadas a su litera; pues su atroz enfermedad lo inflamaba en impetuosos deseos, y los satisfacía con todo el furor de un hombre desesperado.

A menudo, en la cresta de las colinas, abatíanse tiendas negras como tumbadas por el viento, y anchos discos de orla brillante, que eran reconocidos como ruedas de carro, y, girando con quejumbroso son, se hundían poco a poco en los valles. Las tribus, que habían abandonado el sitio de Cartago, vagaban también por las provincias, esperando una ocasión, alguna victoria de los mercenarios para volver. Pero, ya por terror, ya por hambre, todas emprendieron el camino de sus comarcas y desaparecieron.

Amílcar no se mostró celoso de los éxitos de Hannón. Sin embargo, tenía prisa por acabar. Ordenóle que cayese sobre Túnez; y Hannón, que amaba a su patria, se halló, el día señalado, bajo los muros de la ciudad.

Ésta, para defenderse, contaba con su población autóctona, con doce mil mercenarios y con todos los comedores de cosas inmundas, pues éstos, como Matho, estaban clavados ante el horizonte de Cartago, y la plebe y el Schalischim contemplaban de lejos sus altas murallas, soñando tras ellas regocijos infinitos. En esta concordancia de odios, la resistencia fué prestamente organizada. Se tomó odres para fabricar cascos, se cortó todas las palmeras de los jardines para construir lanzas; se excavaron cisternas, y en cuanto a víveres, pescaban en las orillas del lago grandes peces blancos alimentados con cadáveres y con inmundicias. Sus fortificaciones, conservadas en ruinas por recelos de Cartago, eran tan débiles que, de un empujón, podía derribárselas. Era ésta la postrera lucha. Matho tapó los agujeros con piedras de las casas. No confiaba en nada, y, no obstante, decía que la fortuna era voluble.

Los cartagineses, aproximándose, observaron, sobre la muralla, un hombre que rebasaba las almenas de todo el recinto. Las flechas volaban a su alrededor, y no parecían asustarlo más que un enjambre de golondrinas. Ninguna, caso extraordinario, lo tocó.

Amílcar estableció sus reales en la parte meridional; Narr'Havas, a su derecha, ocupaba la llanura de Radas; Hannón la orilla del lago. Y los tres generales debían conservar su posición respectiva para atacar el recinto, al mismo tiempo todos.

Pero Amílcar quiso primeramente mostrar a los mercenarios que los castigaría como esclavos. Hizo crucificar a los diez embajadores, uno tras otro, sobre un montículo, frente a la ciudad.

Ante aquel espectáculo, los sitiados abandonaron el recinto.

Decía Matho que si pudiese pasar entre los muros y las tiendas de Narr'Havas lo suficientemente rápido para que los númidas no tuviesen tiempo de salir, caería él sobre los últimos de la infantería cartaginesa, que se hallaría presa entre su división y los del interior. Y se lanzó afuera con los veteranos.

Narr'Havas lo observó; franqueó la playa del lago y fué a advertir a Hannón que enviase hombres en auxilio de Amílcar. ¿Creía a Barca tan débil que no pudiese resistir a los mercenarios? ¿Era aquello una perfidia o una estupidez? Nadie pudo saberlo jamás.

Hannón, por deseo de humillar a su rival, no se movió. Mandó tocar las trompetas y todo su ejército se precipitó sobre los bárbaros. Éstos se revolvieron y corrieron derechos hacia los cartagineses; los derrumbaron, los aplastaron bajo sus pies y, rechazándolos así, llegaron junto a la tienda de Hannón, que estaba entonces en medio de treinta cartagineses, los más ilustres de los Ancianos.

Éste quedóse estupefacto ante tanta audacia. Llamó a sus capitanes. Todos adelantaban sus puños hacia la garganta de él, colmándolo de injurias. La multitud crecía, y los que tenían la mano sobre él lo retenían con gran trabajo. Él, en tanto, trataba de decirles al oído: — ¡Te daré cuanto quieras! ¡Soy rico! ¡Sálvame!—Ellos tiraban de él. Por pesado que fuese, sus pies no tocaban en tierra. Se había arrastrado de allí a los Ancianos. Su terror se redobló. — ¡Me habéis vencido! ¡Soy vuestro prisionero! ¡Me resca-

taré! ¡Escuchadme, amigos míos! — Y, llevado en hombros por todos los que le apretaban los costados, repetía: — ¿Qué vais a hacer? ¿Qué queréis? ¡Yo no me niego, ya lo veis! ¡Yo he sido siempre bueno!

Una cruz gigantesca estaba erguida a la puerta. Los bárbaros aullaban: — ¡Aquí! ¡Aquí!—Pero él alzó aún más la voz, y, en nombre de sus dioses, los conjuró a llevarlo ante el Schalischim, porque tenía que confiarles una cosa de la que dependía su salvación.

Se detuvieron algunos, pretendiendo que era prudente llamar a Matho. Se partió en su busca. A su alrededor veía otras cruces.

Hannón cayó sobre la hierba como si el suplicio en que iba a perecer se hubiese multiplicado, y hacía esfuerzos para convencerse de que se engañaba, que no había más que una sola, y hasta para creer que no la había del todo. Finalmente, se le puso en pie.

— ¡Habla! — le dijo Matho.

Él ofreció entregar a Amílcar, y luego entrarían juntos en Cartago y serían reyes los dos.

Matho se alejó haciendo señas a los otros para apresurarse. Aquello podía ser una añagaza para ganar tiempo.

El bárbaro se engañaba. Hannón estaba en una de esas situaciones extremas en las que no se considera nada ya, y, además, aborrecía de tal modo a Amílcar que, ante la menor esperanza de salvación, lo habría sacrificado con todos sus soldados.

Al pie de las treinta cruces, los Ancianos languidecían en tierra. Ya les habían pasado cuerdas por las axilas. Entonces el viejo sufeta, comprendiendo que había que morir, lloró.

Arrancáronle lo que le quedaba de vestidos, y apareció al descubierto el horror de su persona. Repugnantes úlceras cubrían aquella masa sin nombre; la grasa de sus piernas le ocultaba las uñas de los pies y caía sobre sus dedos como colgajos verdosos. Las lágrimas que brotaban entre los tubérculos de sus mejillas comunicaban a su rostro un aspecto espantosamente triste, como si ocupase más espa-

cio que sobre otro rostro humano cualquiera. Su regia diadema, medio desatada, arrastraba por tierra, con sus blancos cabellos.

Los sayones creyeron no tener bastantes cuerdas para izarlo hasta lo alto de la cruz, y lo clavaron abajo, antes de ser alzada, al estilo púnico. Pero su orgullo se reveló en su dolor y comenzó a abrumarlos de injurias. Escupía, se retorcía como un monstruo marino al que se degüella en la orilla, prediciéndoles que todos ellos acabarían más horriblemente aún, y que él sería vengado.

Ya lo estaba. En el otro lado de la ciudad, por donde brotaban ya penachos de llamas entre columnas de humo, los embajadores de los mercenarios agonizaban.

Algunos, desvanecidos al pronto, acababan de reanimarse con la frescura del viento; pero continuaban con el mentón sobre el pecho y su cuerpo descendía un poco a pesar de los clavos de sus brazos, fijos más arriba de su cabeza. De sus talones y de sus manos caía la sangre lentamente, en gruesas gotas, como de las ramas de un árbol caen los frutos maduros; y Cartago, el golfo, las montañas y las llanuras, todo les parecía girar como una inmensa rueda. A veces, una nube de polvo, subiendo del suelo, los envolvía en torbellinos. Estaban abrasados por una sed horrible; su lengua se revolvía en su boca y sentían sobre ellos correr un sudor glacial, con el alma que se les escapaba.

No obstante, entreveían, a una profundidad infinita, calles, soldados en marcha, blandir de espadas; y el tumulto de la batalla llegaba hasta ellos vagamente, como el ruido del mar a los náufragos que mueren en el mástil de un navío. Los italiotas, más robustos que los otros, gritaban aún. Los lacedemonios se callaban y conservaban cerrados sus ojos. Zarxas, tan vigoroso antes, pendía como una caña rota. El etiópico, junto a él, tenía la cabeza caída hacía atrás por encima de los brazos de la cruz. Autharite, inmóvil, revolvía los ojos. Su gran cabellera, presa en una grieta de la madera, se mantenía derecha sobre su frente; y el estertor de su pecho parecía más bien un rugido de cólera. En cuanto a Espendio, un extraño valor había re-

accionado en él. Despreciaba ya la vida, por la certeza que tenía de una liberación casi inmediata y eterna, y esperaba la muerte con impasibilidad.

En medio de su desfallecimiento, a veces se estremecían ante el roce de unas plumas que les pasaban por la boca. Grandes alas balanceaban sombras a su alrededor; resonaban croajidos en el aire; y, como la cruz de Espendio era la más alta, sobre ella se posó el primer buitre. Entonces él volvió su rostro hacia Autharite y le dijo lentamente, con indefinible sonrisa:

— ¿Te acuerdas de los leones del camino de Sicca?

— ¡Eran nuestros hermanos! — respondió el galo, expirando.

El sufeta, mientras tanto, había agujereado la muralla y se había apoderado de la ciudad. Una ráfaga de viento barrió de pronto el humo, descubriendo el horizonte hasta las murallas de Cartago. Hasta creyó distinguir gentes que miraban desde la plataforma de Eschmun. Luego, volviendo sus ojos, divisó a la izquierda, en la orilla del lago, treinta cruces desmesuradas.

En efecto; para hacerlas más espantosas, las habían construído con los mástiles de sus tiendas unidos punta con punta. Y los treinta cadáveres de los Ancianos aparecían en lo más alto, en el cielo. Sobre sus pechos había como mariposas blancas; eran las barbas de las flechas que les habían disparado desde abajo.

En lo sumo de la más alta brillaba una ancha banda de oro; pendía sobre el hombro; faltaba el brazo de aquel lado; y Amílcar tuvo trabajo para reconocer a Hannón. Sus huesos esponjosos no se sostenían bajo los garfios de hierro; parte de sus miembros se habían separado, y, en la cruz, no quedaban más que informes restos parecidos a los fragmentos de animales colgados a la puerta de los cazadores.

El sufeta no había podido saber nada. La ciudad, delante de él, ocultaba todo cuanto había por detrás, más allá de ella; y los capitanes enviados sucesivamente a los dos generales no habían regresado. Entonces llegaron fugitivos relatando la derrota; y el ejército púnico se detuvo. Esta

catástrofe, cayendo en medio de su victoria, los dejó estupefactos. Ya no atendían a las órdenes de Amílcar.

Matho se aprovechaba de ella para continuar su matanza en los númidas.

Destruído el campamento de Hannón, habíase revuelto sobre ellos. Salieron los elefantes; pero los mercenarios, con blandones arrancados de los muros, avanzaron por la llanura agitando las llamas, y los grandes animales, asustados, corrieron a precipitarse en el golfo, donde se mataban unos a otros luchando, y se ahogaron bajo el peso de sus corazas. Ya Narr'Havas había dejado su caballería; todos se arrojaron de cara al suelo y, luego, cuando los caballos estuvieron a tres pasos de ellos saltaron sobre sus vientres. que abrían de una cuchillada; y la mitad de los númidas había perecido cuando Amílcar llegó.

Los mercenarios, extenuados, no podían hacer frente a sus tropas; y retrocedieron en buen orden hasta la montaña de las Aguas Calientes. El sufeta tuvo la prudencia de no perseguirlos y se dirigió hacia la desembocadura del Macar.

Túnez le pertenecía; pero ya no era más que un montón de humeantes escombros. Las ruinas descendían por las brechas de los muros hasta la mitad de la llanura; en el fondo, entre las orillas del golfo, los cadáveres de los elefantes, empujados por la brisa, chocaban entre sí, como un archipiélago de negras rocas, flotando sobre las aguas.

Narr'Havas, para sostener aquella guerra, había esquilmado sus selvas, había tomado los animales jóvenes y viejos, machos y hembras, y la fuerza militar de su reino no se rehizo ya. El pueblo, que los había visto perecer desde lejos, quedó desolado; los hombres se lamentaban en las calles, llamándolos por sus nombres, como a amigos difuntos: — ¡Ah, el *Invencible!* ¡Ah, la *Victoria!* ¡El *Rayo!* ¡La *Golondrina!*—El primer día ni siquiera se habló de los ciudadanos muertos. Pero, a la mañana siguiente, se vió las tiendas de los mercenarios en la montaña de las Aguas Calientes. Entonces la desesperación fué tan profunda, que muchos, sobre todo mujeres, se arrojaron de cabeza desde lo alto de la Acrópolis.

Se ignoraba los propósitos de Amílcar. Vivía solo, en su tienda, no teniendo a su lado más que a un joven, y nunca comía nadie con ellos, ni siquiera Narr'Havas. No obstante, le demostraba extraordinarias atenciones después de la derrota de Hannón; pero el rey de los númidas tenía demasiado interés por llegar a ser hijo suyo para no desconfiar de él.

Esta inercia violaba las hábiles maniobras. Por toda clase de artificios Amílcar seducía a los jefes de las ciudades; y los mercenarios fueron expulsados, rechazados, atacados como bestias feroces. En cuanto entraban en un bosque, los árboles ardían en torno a ellos; cuando bebían en una fuente, estaba envenenada; se tapiaban las cavernas en que se guarecían para dormir. Las poblaciones que hasta entonces los habían defendido, sus antiguos cómplices, los perseguían ahora. Y siempre, en aquellas bandas, reconocían armaduras cartaginesas.

Varios tenían roído el rostro por pústulas rojas; esto, creían ellos, provenía de haber tocado a Hannón. Otros imaginaban que era por haber comido los peces de Salambó, y, lejos de arrepentirse de ello, soñaban con sacrilegios aún más abominables, para que el desprecio hacia los dioses púnicos fuese mayor. Habrían querido exterminarlos.

Así se arrastraron durante tres meses a lo largo de la costa oriental, luego detrás de la montaña de Selum y hasta las primeras arenas del desierto. Buscaban un lugar de refugio, fuera el que fuere. Sólo Utica e Hippo-Zaryte no los habían traicionado; pero Amílcar rodeaba entrambas ciudades. Subieron después hacia el norte, al azar, sin conocer siquiera los caminos. A fuerza de miserias, su cabeza estaba turbada.

No tenían ya más que el sentimiento de una desesperación que iba desarrollándose; y un día se encontraron en las gargantas del Cobús: ¡una vez más frente a Cartago!

Entonces los encuentros se multiplicaron. La fortuna se mantenía indecisa; pero, unos y otros, estaban tan excitados, que deseaban, en lugar de aquellas escaramuzas, una gran batalla, con tal de que fuese realmente la última.

Matho sentía deseos de hacer por sí mismo la proposición al sufeta. Uno de sus libios se ofreció. Todos, al verlo partir, estaban convencidos de que no regresaría.

Volvió la misma tarde.

Amílcar aceptaba su desafío. Se encontrarían a la mañana siguiente, al salir el sol, en la llanura de Radas.

Los mercenarios quisieron saber si no había hablado más, y el libio añadió:

— Como yo permanecía en pie, delante de él, me preguntó qué esperaba; yo le contesté: — ¡Que me maten! Entonces él replicó: — ¡No! ¡Vete! ¡Eso será mañana, con los otros!

Esta generosidad asombró a los bárbaros. Algunos se sintieron aterrorizados, y Matho lamentó que no hubiese sido muerto el parlamentario.

Quedábanle aún tres mil africanos, mil doscientos griegos, mil quinientos campanienses, doscientos iberos, cuatrocientos etruscos, quinientos samnitas, cuarenta galos y una tropa de nafures, bandidos nómadas recogidos en la región de los dátiles; en total, siete mil doscientos diez y nueve soldados; pero ni una syntagme completa. Habían tapado los agujeros de sus corazas con paletillas de cuadrúpedos y reemplazado sus coturnos de bronce por sandalias en pedazos. Placas de cobre o de hierro hacían más pesados sus vestidos; sus cotas de malla pendían en jirones en torno a ellos y, como hilos de púrpura, aparecían las cicatrices entre los pelos de sus brazos y de sus rostros.

Las cóleras de sus compañeros muertos volvían a su alma y multiplicaban su vigor. Sentían confusamente ser los sacerdotes de un dios que habitaba los corazones de los oprimidos, y como pontífices de la venganza universal. Además, el dolor de una injusticia exorbitante los enardecía, y, sobre todo, la vista de Cartago en el horizonte. Juráronse combatir unos por otros hasta morir.

Se mató las acémilas y se comió lo más posible, a fin de darse fuerzas. Después, durmieron. Algunos, de cara a diversas constelaciones, rezaron.

Los cartagineses llegaron a la llanura antes que ellos.

Frotaron con aceite el borde de sus escudos para que resbalasen las flechas; los infantes, que llevaban largas cabelleras, por prudencia, se las cortaron sobre la frente; y Amílcar, desde la quinta hora, hizo volcar todas las gamellas, sabiendo que es desventajoso luchar con el estómago demasiado lleno.

Su ejército ascendía a catorce mil hombres, próximamente el doble del ejército bárbaro. Sin embargo, nunca había experimentado tamaña inquietud. Si sucumbía, era el aniquilamiento de la República y perecería crucificado; si, por lo contrario, triunfaba, por los Pirineos, las Galias y los Alpes, llegaría a Italia y el imperio de los Barca sería eterno. Durante la noche se levantó veinte veces para vigilarlo todo, por sí mismo, hasta en sus más pequeños pormenores. Los cartagineses estaban desesperados por su gran espanto.

Narr'Havas dudaba de la fidelidad de sus númidas. Además, los bárbaros podían vencerlos. Una extraña debilidad se apoderó de él; a cada momento bebía grandes copas de agua.

Pero un hombre a quien él no conocía abrió su tienda, y depositó en tierra una corona de sal gema adornada con dibujos hieráticos hechos con azufre y rombos de nácar. A veces, se enviaba al navío su corona de bodas; era una prueba de amor, una especie de invitación.

Y, no obstante, la hija de Amílcar no sentía la menor ternura por Narr'Havas.

El recuerdo de Matho la molestaba de un modo intolerable; le parecía que la muerte de aquel hombre libertaría su pensamiento, como para curarse de la mordedura de las víboras se las aplasta contra la llaga. El rey de los númidas estaba a su discreción; él esperaba impaciente las bodas y, como éstas habían de seguir a la victoria, Salambó le enviaba aquel regalo a fin de excitar su valor. Entonces desapareció su angustia y no pensó ya más que en la felicidad de poseer una mujer tan bella.

La misma visión había asaltado a Matho; pero la rechazó en seguida, y su amor, que él repetía, se extendió sobre

sus compañeros de armas. Los acariciaba como a partes de su propia persona, de sus odios, y sentía su espíritu más elevado, más fuertes sus brazos; todo cuanto era preciso ejecutar se le aparecía más claramente. Si a veces se le escapaban hondos suspiros, era que pensaba en Espendio.

Colocó a los bárbaros en seis filas iguales. En medio puso a los etruscos, atados todos ellos con una cadena de bronce; los arqueros se situaron detrás, y en las dos alas distribuyó a los nafures, montados en camellos de pelo corto, cubiertos con plumas de avestruz.

El sufeta dispuso a los cartagineses en un orden semejante. Fuera de la infantería, cerca de los vélites, colocó a los clinabares, más allá de los númidas. Cuando amaneció, unos y otros aparecieron alineados así, frente a frente. Todos, desde lejos, se contemplaban con ojos feroces. Al pronto hubo cierta vacilación. Y, al fin, los dos ejércitos se movieron.

Los bárbaros avanzaban lentamente, para no sofocarse, golpeando el suelo con sus pies. El centro del ejército púnico formaba una curva convexa. Luego estalló un choque terrible, parecido al crujido de dos flotas que se abordan. La primera fila de los bárbaros se había abierto rápidamente y los tiradores, ocultos tras ella, lanzaban sus balas, sus flechas, sus jabalinas. Mientras tanto, la curva de los cartagineses se aplastaba poco a poco, hasta quedar recta, y luego se dobló. Entonces las dos secciones de los vélites se acercaron paralelamente, como las ramas de un compás que se cierra. Los bárbaros, ciegos contra la falange, iban entrando en el hueco. Se perdían. Matho los detuvo. Y mientras las alas cartaginesas continuaban avanzando, hizo salir afuera las tres filas interiores de su línea. Bien pronto desbordaron sus flancos, y su ejército apareció en una triple longitud.

Pero los bárbaros, colocados en los dos extremos, se encontraban más débiles, los de la izquierda, sobre todo, que habían agotado sus aljabas, y la tropa de los vélites, que llegó al fin, contra ellos, los dañaba largamente.

Matho los puso detrás. Su derecha contenía a los campa-

nienses armados de hachas; la empujó sobre la izquierda cartaginesa; el centro atacaba al enemigo y los del otro extremo, fuera de peligro, tenían a raya a los vélites.

Entonces Amílcar dividió su caballería en escuadrones, puso entre ellos hoplitas y los lanzó sobre los mercenarios.

Estas masas, en forma de cono, presentaban un frente de caballos, y sus paredes más anchas se erizaban de lanzas. Era imposible a los bárbaros resistir; sólo los infantes griegos tenían armaduras de bronce; los demás, cuchillos al extremo de un palo, hoces tomadas en las granjas, espadas fabricadas con la llanta de una rueda, cuyas láminas, demasiado blandas, se torcían al golpear, y, mientras ellos las enderezaban con sus talones, los cartagineses, a diestro y siniestro, los asesinaban cómodamente.

Pero los etruscos, amarrados a su cadena, no se movían. Los que estaban muertos, no podían caer y eran un obstáculo con sus cadáveres; y esta gruesa línea de bronce se apartaba y se estrechaba a intervalos, ligera como una serpiente, inquebrantable como un muro. Los bárbaros acudían a rehacerse detrás de ella, jadeando un minuto, y luego volvían a partir con los pedazos de sus armas en la mano.

Muchos ya ni armas tenían y saltaban sobre los cartagineses, mordiéndolos en la cara, como perros. Los galos, por orgullo, se despojaron de sus sayos y mostraban desde lejos sus recios cuerpos blancos. Para espantar al enemigo, dilataban sus heridas. En medio de las syntagmes púnicas no se oía ya la voz del pregonero dando órdenes; los estandartes, sobre el polvo, repetían sus señales, y cada cual se dejaba arrastrar por la gran masa que lo rodeaba.

Amílcar ordenó a los númidas avanzar. Pero los nafures se precipitaron a su encuentro.

Vestidos con amplias ropas negras, con una cola de caballo en lo alto del cráneo y una adarga de cuero de rinoceronte, manejaban un hierro sin mango retenido por una cuerda; y sus camellos, erizados de plumas, lanzaban grandes berridos roncos. Las hojas caían en los lugares precisos y luego volaban con un golpe seco, con un miembro adherido a ellas. Los animales, furiosos, galopaban a través

de los syntagmes. Algunos, cuyas patas estaban rotas, avanzaban saltando, como avestruces heridos.

La infantería púnica cayó entera sobre los bárbaros y los cortó. Sus manípulos giraban espaciados unos de otros. Las armas de los cartagineses, más brillantes, los circundaban como coronas de oro; un hormiguero se agitaba en medio, y el sol, cayendo encima, ponía en las puntas de las espadas blancos destellos que revoloteaban. En tanto, filas de clinabares yacían tendidas sobre la planicie; los mercenarios les arrancaban sus armaduras, se vestían con ellas y tornaban al combate. Los cartagineses, engañados muchas veces, se hallaron en medio de ellos. Un atontamiento los inmovilizaba, o bien refluían, y triunfantes clamores, elevándose a lo lejos, parecían empujarlos como restos en una tempestad. Amílcar se desesperaba. Todo iba a perecer bajo el genio de Matho y el invencible valor de los mercenarios.

Pero un gran ruido de tamboriles estalló en el horizonte. Era una multitud, viejos, enfermos, niños de quince años y hasta mujeres, que, incapaces de resistir su angustia, habían partido de Cartago y, para ponerse bajo la protección de una cosa formidable, habían tomado de casa de Amílcar el único elefante que poseía ya la República, aquel cuya trompa estaba cortada.

Entonces, a los cartagineses les pareció que la Patria, abandonando sus murallas, llegaba para ordenarles que muriesen por ella. Un renuevo de furor los invadió y los númidas arrastraron a todos los demás.

Los bárbaros, en medio de la llanura, se habían adosado contra un montículo. No tenían ninguna esperanza de vencer, ni siquiera de sobrevivir; pero eran los mejores, los más intrépidos y los más fuertes.

Las gentes de Cartago comenzaron a arrojarles, por encima de los númidas, espetones, asadores, martillos. Aquellos de quienes los cónsules habían tenido miedo, morían bajo los palos lanzados por mujeres. El populacho púnico exterminaba a los mercenarios.

Éstos se habían refugiado en lo alto de una colina. Su

círculo iba estrechándose a cada nueva brecha. Dos veces descendió y una sacudida los rechazó al punto. Y los cartagineses, mezclados, extendían los brazos, alargaban las picas entre las piernas de sus compañeros y pinchaban, al azar, delante de ellos. Resbalaban ya en la sangre; la pendiente del terreno, demasiado rápida, hacía rodar abajo los cadáveres. El elefante, que intentaba subir, los tenía hasta el vientre; diríase que se colocaba sobre ellos con delicia; y su trompa, acortada, ancha en su extremo, se alzaba de vez en cuando como una enorme sanguijuela.

Luego, todos se detuvieron. Los cartagineses, crujiendo los dientes, contemplaban lo alto de la colina, donde los bárbaros se mantenían en pie.

Por fin se lanzaron bruscamente y la confusión se repitió. A menudo los mercenarios los dejaban acercarse diciéndoles que querían rendirse; luego, con una sonrisa espantosa, de un solo golpe se mataban y, a medida que caían los muertos, los otros, para defenderse, se subían sobre ellos. Era como una pirámide que crecía poco a poco.

Pronto no fueron más que cincuenta, luego veinte, después tres, solamente dos: un samnita, armado con un hacha, y Matho, que conservaba su espada aún.

El samnita, encorvado sobre sus piernas, alzaba alternativamente su hacha a derecha e izquierda, advirtiendo a Matho los golpes que le dirigían: — ¡Por aquí, mi amo! ¡Por allá! ¡Agáchate!

Matho había perdido sus hombreras, su casco, su coraza, estaba completamente desnudo; más lívido que los muertos, erizados los cabellos, con dos placas de espuma en las comisuras de los labios, y su espada giraba tan rápidamente que formaba una aureola a su alrededor. Una piedra se la partió cerca de la empuñadura. El samnita había sucumbido y la ola de los cartagineses se estrechaba hasta tocarlo. Entonces elevó al cielo sus dos manos vacías; luego, cerró los ojos; y abriendo los brazos, como un hombre que desde lo alto de un promontorio se arroja al mar, se lanzó sobre las picas.

Éstas se apartaron ante él. Varias veces corrió contra

los cartagineses. Pero éstos retrocedían siempre, separando sus armas.

Su pie tropezó con una espada. Matho quiso cogerla. Sintióse ligado por los puños y por las rodillas y cayó.

Era Narr'Havas que lo seguía desde había algún tiempo, paso a paso, con una de esas anchas redes para cazar bestias feroces, y que, aprovechando el momento en que se agachaba, lo había envuelto en ella.

Después fué atado sobre el elefante, con los cuatro miembros en cruz; y todos los que no estaban heridos, escoltándolo, se precipitaron tumultuosamente hacia Cartago.

La nueva de la victoria había llegado allí, cosa inexplicable, desde la tercera hora de la noche. La clepsidra de Khamon había vertido la quinta cuando ellos llegaron a Malqua. Entonces Matho abrió los ojos. Había tantas luces en las casas que la ciudad parecía envuelta en llamas.

Un inmenso clamor llegaba a él vagamente, y, tendido de espaldas, contemplaba las estrellas.

Luego se cerró una puerta y las tinieblas lo envolvieron.

A la mañana siguiente, a la misma hora, el último de los hombres que quedaron en el desfiladero del Hacha, expiraba.

El día que sus compañeros habían partido, los zuaeces, que volvían, habían hecho rodar las piedras y los habían alimentado durante algún tiempo.

Los bárbaros esperaban siempre ver aparecer a Matho y no querían abandonar la montaña, por abatimiento, por flojedad, por esa obstinación de los enfermos que se niegan a cambiar de sitio. Agotadas, en fin, las provisiones, los zuaeces se marcharon. Se sabía que no eran más que unos mil trescientos apenas, y, para acabar con ellos, no eran menester soldados.

Las bestias feroces, los leones, sobre todo, durante los tres años que duraba la guerra, se habían multiplicado.

Narr'Havas había dado una gran batida y, luego, corriendo tras ellos, después de haber atado cabras de trecho en trecho, los había empujado hacia el desfiladero del Hacha, y todos vivían allí, cuando llegó el hombre enviado por los Ancianos para saber qué quedaba de los bárbaros.

En toda la extensión de la llanura, cadáveres y leones estaban tendidos y los muertos se confundían con restos de vestidos y armaduras. A casi todos ellos les faltaba la cara o un brazo; algunos parecían intactos aún; otros estaban desecados completamente y cráneos polvorientos llenaban los cascos. Pies que no tenían ya carne salían de las cnémidas; algunos esqueletos conservaban sus capas; osamentas, limpias por el sol, formaban brillantes manchas en medio de la arena.

Los leones reposaban con el pecho contra el suelo y las dos patas estiradas, guiñando los ojos bajo la claridad del día, exagerada por la reverberación de las rocas blancas. Otros, sentados sobre su grupa, miraban fijamente ante ellos, o bien, medio perdidos entre sus pobladas melenas, dormían enroscados en bola; y todos tenían un aspecto de ahitos, de cansados, de aburridos. Estaban inmóviles, como la montaña, como los muertos. Caía la noche; anchas franjas rojas rayaban el cielo por occidente.

En uno de aquellos montones que abultaban irregularmente la llanura, algo, más vago que un espectro, se levantó. Entonces uno de los leones echó a andar, recortando con su forma monstruosa una sombra negra sobre el fondo del cielo purpúreo; cuando estuvo junto al hombre, lo tumbó de una sola zarpada.

Luego, colocado encima, de bruces, con la punta de sus colmillos, lentamente, fué sacándole las entrañas.

Después abrió su enorme boca, y, durante algunos minutos, lanzó un prolongado rugido, que repitieron los ecos de la montaña y que se perdió, al fin, en la soledad.

De pronto rodaron desde lo alto piedrecillas sueltas. Se oyó un roce de pasitos rápidos y por el lado del rastrillo, por el lado del desfiladero, aparecieron hocicos puntiagudos y tiesas orejas. Brillaron fieras pupilas. Eran los chacales que llegaban para devorar los restos.

El cartaginés, que miraba inclinado desde lo alto del precipicio, se retiró.

XV

Matho

CARTAGO ardía en júbilo, un júbilo profundo, universal, desmesurado, frenético. Se había tapado los agujeros de las ruinas, repintado las estatuas de los dioses; ramas de mirto alfombraban las calles; en los rincones de las plazas humeaba el incienso, y la multitud, en las terrazas, formaba con sus abigarrados vestidos como mantones de flores que se abren en el aire.

El continuo rumor de las voces quedaba dominado por el grito de los aguadores que regaban las losas; esclavos de Amílcar ofrecían en su nombre cebada germinada y trozos de carne cruda; empujábase la gente; abrazábase llorando; las ciudades tirias habían sido tomadas, dispersados los nómadas, aniquilados todos los bárbaros. La Acrópolis desaparecía bajo los velarios de colores; las proas de las trirremes, alineadas fuera del muelle, resplandecían como un dique de diamantes. Por todas partes se sentía el orden restablecido; una nueva existencia que comenzaba; una amplia ventura esparcida. Era el día del matrimonio de Salambó con el rey de los númidas.

Sobre la terraza del templo de Khamon, gigantescas orfe-

brerías llenaban tres grandes mesas donde iban a sentarse los Sacerdotes, los Ancianos, los Ricos, y, una más alta, para Amílcar, para Narr'Havas y para ella; pues Salambó, habiendo salvado la patria por la restitución del velo, el pueblo hacía de sus bodas un regocijo nacional, y abajo, en la plaza, esperaba que se presentase ella.

Pero otro deseo, más acre, irritaba su impaciencia. La muerte de Matho había sido prometida para la ceremonia.

Primeramente se había propuesto desollarlo vivo, derramarle plomo derretido en las entrañas, hacerlo morir de hambre. Sería atado a un árbol, y un mico, detrás de él, le golpearía la cabeza con una piedra. Había ofendido a Tanit; los cinocéfalos de Tanit la vengarían. Otros opinaban que se lo pasease sobre un dromedario, después de haberle pasado por diversas partes del cuerpo mechas de lino empapadas en aceite, y se regocijaban ante la idea de un gran animal vagando por las calles con aquel hombre que se retorcería bajo los fuegos como un candelabro agitado por el viento.

Pero, ¿qué ciudadanos serían encargados de su suplicio? ¿Por qué frustrar los deseos de los otros? Se habría querido un género de muerte en el que participase la ciudad entera, y que todas las manos, todas las armas, todas las cosas cartaginesas y que hasta las losas de las calles y las olas del golfo pudieran desgarrarlo, aplastarlo, aniquilarlo. Los Ancianos decidieron, pues, que iría desde su prisión hasta la plaza de Khamon, sin ninguna escolta, con los brazos atados a la espalda; quedaba prohibido herirlo en el corazón, para hacerle vivir más tiempo; sacarle los ojos, para que pudiese ver su tortura hasta el límite; lanzar nada contra su persona y colocar sobre ella más de tres dedos cada vez.

Aunque no debía aparecer hasta finalizar el día, a veces creíase divisarlo, y la multitud se precipitaba hacia la Acrópolis, las calles se vaciaban y luego volvía con un largo murmullo. Muchos, desde la víspera, se mantenían en pie en el mismo sitio, y, desde lejos, se interpelaban mostrándose sus uñas que habían dejado crecer para hundirlas mejor en su carne. Otros se paseaban agitados; algunos estaban pálidos como si esperasen su propia ejecución.

De pronto, detrás de los Mappales, altos abanicos de plumas se alzaron sobre las cabezas. Era Salambó que salía de su palacio. De todos los pechos brotó un suspiro de alivio.

Pero el cortejo tardó mucho tiempo en llegar.

Primero desfilaron los sacerdotes de los Pateques; luego los de Eschmun, los de Melkarth y todos los demás colegios sucesivamente, con las mismas insignias y en el mismo orden que habían observado el día del sacrificio. Los pontífices de Moloch pasaron con la frente baja, y la multitud, por una especie de remordimiento, se apartaba de ellos. Pero los sacerdotes de la Rabetna avanzaban con paso orgulloso, con las liras en la mano. Los seguían las sacerdotisas, con vestidos transparentes de color amarillo o negro, lanzando gritos de pájaro, retorciéndose como víboras; o bien, al son de las flautas, giraban para imitar la danza de las estrellas, y sus ligeros vestidos enviaban a las calles vaharadas de olores enervantes. Se aplaudía entre aquellas mujeres a los Kedeschim de pintados párpados, simbolizando el hermafroditismo de la divinidad, y, perfumados y vestidos como ellas, se les parecían a pesar de sus aplastados senos y de sus estrechas caderas. Además, aquel día dominaba el principio femenino, confundiéndolo todo. Una lascivia mística circulaba en el aire pesado. Ya alumbraban las antorchas en el fondo de los bosques sagrados; durante la noche debía haber en ellos una gran prostitución; tres barcos habían traído de Sicilia cortesanas y también habían llegado del desierto.

Los colegios, a medida que llegaban, se alineaban en los patios del templo, sobre las galerías exteriores y a lo largo de las dobles escaleras que subían contra las murallas, aproximándose por lo alto. Filas de vestidos blancos aparecían entre las columnadas y la arquitectura se poblaba de estatuas humanas, inmóviles, como estatuas de piedra.

Luego llegaron los maestros de matrimonios, los gobernadores de provincias y todos los Ricos. Abajo se produjo un gran tumulto. La multitud se desbordaba por las calles vecinas; los hieródulos la rechazaban a palos; y en medio de los Ancianos, cubiertos con tiaras de oro, sobre una litera coronada por un dosel de púrpura, se divisó a Salambó.

Entonces brotó un inmenso grito; los címbalos y los crótalos sonaron más fuerte, los tamboriles tronaron y el gran dosel de púrpura se hundió entre las dos columnas.

Reapareció en el primer piso. Salambó caminaba debajo de él, lentamente; luego cruzó la terraza para ir a sentarse en el fondo, sobre una especie de trono tallado en una concha de tortuga. Colocósele debajo de los pies un escabel de marfil de tres escalones; al borde del primero, dos niños negros estaban de rodillas y, a veces, ella apoyaba en su cabeza sus dos brazos cargados de ajorcas demasiado pesadas.

Desde los tobillos hasta las caderas, estaba presa en una red de estrechas mallas, imitando las escamas de un pez y que relucían como el nácar; una zona azul, oprimiendo su cintura, dejaba ver sus dos senos por dos cortaduras en forma de media luna; borlas de carbunclos ocultaban sus puntas. Tenía un tocado formado con plumas de pavo real consteladas de pedrería; una larga capa, blanca como la nieve, pendía tras ella, y con los codos contra el cuerpo, las rodillas apretadas, con aros de diamantes en lo alto de los brazos, permanecía erguida, en actitud hierática.

En dos asientos más bajos estaban su padre y su esposo. Narr'Havas, vestido con una zamarra rubia, llevaba su corona de sal gema, de la que surgían dos trenzas de cabellos, retorcidas como cuernos de Amón; y a su costado conservaba una espada de batalla.

En el espacio que encerraban las mesas, la pitón del templo de Eschmun, tendida en tierra en un depósito de aceite rosa, describía, mordiéndose la cola, un gran círculo negro. En medio del círculo, una columna de cobre sostenía un huevo de cristal, y como el sol caía sobre él, de él brotaban destellos por todas partes.

Detrás de Salambó se extendían los sacerdotes de Tanit, con vestes de lino; los Ancianos, a su derecha, formaban con sus tiaras una gran línea de oro; y, por el otro lado, los Ricos, con sus cetros de esmeralda, una gran línea verde, mientras que en el fondo, donde estaban colocados los sacerdotes de Moloch, parecía, a causa de sus capas, una muralla de púrpura. Los demás colegios ocupaban las terrazas inferiores.

La multitud henchía las calles; subíase a las casas e iba en largas filas hasta lo alto de la Acrópolis. Teniendo así el pueblo a sus pies, el firmamento sobre su cabeza y en torno la inmensidad del mar, el golfo, las montañas y las perspectivas de las provincias, Salambó, resplandeciente, se confundía con Tanit y parecía el genio mismo de Cartago, su alma materializada.

El festín debía durar toda la noche; y lampadarios de varios brazos estaban plantados como árboles sobre el tapiz de lana pintada que cubría las mesas bajas. Grandes jarros de electro, ánforas de vidrio azul, cucharas de concha y panecitos redondos se apretaban en la doble serie de platos con bordes de perlas; racimos de uvas con sus hojas estaban arrollados como tirsos en cepas de marfil; bloques de hielo se fundían en bateas de ébano, y limones, granadas, calabazas y sandías formaban montículos bajo las altas argenterías. Jabalíes, con la boca abierta, se revolcaban en el polvo de las especias; liebres, cubiertas con sus pelos, parecían saltar entre las flores; carnes compuestas henchían las conchas; los pasteles tenían formas simbólicas. Cuando se retiraba la tapadera de las fuentes, surgían de ellas palomas volando.

Mientras tanto, los esclavos, con la túnica arregazada, circulaban andando de puntillas; de vez en cuando, las liras ejecutaban un himno, o bien se elevaba un coro de seis voces. El rumor del pueblo continuó como el ruido del mar, flotaba vagamente en torno al festín y parecía arrullarlo con una armonía más amplia. Algunos recordaban el banquete de los mercenarios; entregábanse a ensueños de felicidad; el sol comenzaba a descender y la luna, en creciente, se alzaba ya en la parte opuesta del cielo.

Salambó, como si alguien la hubiese llamado, volvió la cabeza; el pueblo, que la miraba, siguió la dirección de sus ojos.

En la cumbre de la Acrópolis, la puerta del calabozo, tallada en la roca al pie del templo, acababa de abrirse, y en el umbral del negro agujero apareció un hombre en pie.

Salió encorvado, con el aire asustado de las fieras cuando, de pronto, se las deja libres.

La luz lo deslumbraba y permaneció algún tiempo inmóvil. Todos lo habían reconocido y contenían la respiración.

El cuerpo de aquella víctima era para ellos una rosa particular rodeada de un esplendor casi religioso. Inclináronse para verlo, las mujeres, sobre todo. Ardían en deseos de contemplar a aquel que había hecho morir a sus hijos, a sus esposos; y desde el fondo de su alma, a pesar suyo, surgía una infame curiosidad, el deseo de conocerlo completamente, ansia mezclada de remordimientos que se resolvía en un exceso de execración.

Al fin él avanzó. Entonces se desvaneció el aturdimiento de la sorpresa. Alzáronse multitud de brazos y ya no se le vió más.

La escalera de la Acrópolis tenía sesenta escalones. Él los bajó como si hubiese rodado a un torrente desde lo alto de la montaña. Tres veces se le vió que saltaba; luego, abajo, cayó sobre sus talones.

Sus hombros sangraban; su pecho jadeaba con grandes espasmos; trataba de romper sus ligaduras con tales esfuerzos, que sus brazos, cruzados sobre los riñones desnudos, se hinchaban como cuerpos de serpientes.

Varias calles se abrían ante él, en el lugar en que se hallaba. En cada una de ellas, una triple fila de cadenas de bronce, fijadas en el ombligo de los dioses Pateques, se extendía de un cabo a otro, paralelamente. La multitud estaba amontonada contra las casas, y, en medio, se paseaban criados de los Ancianos blandiendo vergajos.

Uno de ellos lo empujó hacia adelante de un latigazo. Matho echó a andar.

La gente alargaba los brazos por encima de las cadenas, chillando que habían dejado el camino demasiado ancho; y él avanzaba pellizcado, palpado, despedazado por todos aquellos dedos. Cuando estaba en el extremo de una calle, se presentaba otra. Varias veces se lanzó de lado, para morderlos; apartábanse rápidos; las cadenas lo retenían y la multitud prorrumpía en carcajadas.

Un niño le desgarró una oreja; una joven, ocultando en su manga la punta de un huso, le partió la mejilla; se le arrancaba puñados de pelo, jirones de carne; otros, con palos en que tenían esponjas empapadas en inmundicias, le chafaban la

cara. Del lado derecho de su garganta brotaba un chorro de sangre; al punto comenzó el delirio. El último de los bárbaros representaba para ellos los bárbaros todos, todo el ejército. Vengaban en él todos sus desastres, todos sus terrores, todos sus oprobios. La rabia del pueblo se desarrollaba al saciarse. Las cadenas, demasiado tensas, se encorvaban, iban a romperse; ya no sentían ellos los golpes de los esclavos cayendo sobre sus espaldas para rechazarlos; otros se encaramaban a los salientes de las casas; todas las aberturas de las murallas estaban taponadas con cabezas; y el daño que no podían causarle, se lo aullaban.

Eran injurias atroces, inmundas, con acentos irónicos e imprecaciones. Y como no tenían bastante con su dolor presente, anunciábanle otros, más terribles aún, para la eternidad.

Aquel largo alarido llenaba a Cartago con una continuidad estúpida. A menudo, una sola sílaba — una entonación ronca, profunda, frenética — era repetida durante algunos minutos por el pueblo entero. Desde la base hasta el culmen, vibraban las murallas, y las dos paredes de la calle parecíanle a Matho venir contra él, alzarlo del suelo, como dos brazos inmensos que lo ahogasen en el aire.

Sin embargo, recordaba él haber experimentado algo semejante en otro tiempo. La misma muchedumbre en las terrazas, las mismas miradas, la misma cólera; pero entonces andaba libre, todos se apartaban, un dios lo cubría, y este recuerdo, precisándose poco a poco, derramaba sobre él una abrumadora tristeza. Pasaban sombras ante sus ojos; la ciudad giraba como un torbellino en su cabeza; su sangre brotaba por una herida de su cadera y se sentía morir. Dobláronse sus rodillas y se abatió suavemente sobre las losas.

Alguien fué a tomar en el peristilo del templo de Melkartk la barra de un trípode enrojecida por el fuego, y, deslizándola por debajo de la primera cadena, se la aplicó a la herida. Se vió humear la carne. Los alaridos del pueblo ahogaron su voz. Se había puesto en pie.

Seis pasos más allá, por tercera, por cuarta vez, volvió a caer. Siempre lo levantaba un nuevo suplicio. Por medio de

tubos le enviaban chorros de aceite hirviendo; sembróse ante sus pasos trozos de vidrio; y él continuaba andando. En el recodo de la calle de Sateb, apoyóse bajo el cobertizo de una tienda, de espaldas a la pared, y no avanzó más.

Los esclavos del Consejo lo fustigaron con sus látigos de piel de hipopótamo, tan furiosamente y durante tanto tiempo, que las franjas de sus túnicas estaban empapadas en sudor. Matho parecía insensible. De pronto recobró su impulso y se dió a correr, al azar, haciendo con sus labios el ruido de la gente que tirita presa de un gran frío. Enfiló la calle de Boudés, la calle de Soepo, cruzó el Mercado de las Hierbas y llegó a la plaza de Khamon.

Ya pertenecía a los sacerdotes. Los esclavos acababan de apartar a la multitud. Allí había más espacio. Matho miró a su alrededor y sus ojos encontráronse con los de Salambó.

Desde el primer paso que había dado él, habíase levantado ella; luego, involuntariamente, a medida que él se aproximaba, había ella avanzado poco a poco, hasta el borde de la terraza; y pronto todas las cosas exteriores se borraron para ella, que no veía ya más que a Matho. Reinó el silencio en su alma, uno de esos abismos en que el mundo entero desaparece bajo la presión de un pensamiento único, de un recuerdo, de una mirada. El hombre aquél que avanzaba hacia ella, la atraía.

Salvo los ojos, ya no tenía el infeliz apariencia de figura humana. Era algo informe, completamente rojo; sus ligaduras, rotas, colgaban a lo largo de sus muslos; pero no se diferenciaban de sus tendones, de sus muñecas, despellejadas; su boca permanecía abierta cuan grande era; de sus órbitas brotaban dos llamas que parecían subir hasta sus cabellos, ¡y el miserable seguía andando!

Llegó justamente al pie de la terraza. Salambó estaba inclinada sobre la balaustrada; las espantosas pupilas la contemplaban y se dió cuenta de todo cuanto él había sufrido por ella. Aunque estuviese, en realidad, agonizando, ella tornaba a verlo en su tienda, de rodillas, rodeándole el talle con sus brazos, balbuciendo dulces palabras. Sentía sed de

volver a oírlas, de escucharlas; ¡no quería que él muriese! En aquel momento, Matho tuvo un gran estremecimiento. Ella iba a gritar. El se derrumbó de espaldas y no se movió más.

Salambó, casi desvanecida, fué transportada a su trono por los sacerdotes que se agolparon a su alrededor. La felicitaban. Aquello era su obra. Todos palmoteaban y pateaban aullando su nombre.

Un hombre se lanzó sobre el cadáver. Aunque estuviese sin barba, llevaba en sus hombros el manto de los sacerdotes de Moloch, y al cinto la especie de cuchillo que les servía para despedazar las carnes sagradas y que terminaba al extremo de un mango, en una espátula de oro. De un solo golpe hendió el pecho de Matho; luego le arrancó el corazón, lo puso sobre la cuchara y Schahabarim, alzando los brazos, lo ofreció al sol.

El sol se ponía por detrás de las olas; sus rayos llegaban como largas flechas sobre el corazón enrojecido. El astro se hundía en el mar a medida que los latidos disminuían. Con la última palpitación, desapareció.

Entonces, desde el golfo hasta la laguna y desde el istmo hasta el faro, en todas las calles, en todas las casas, en todos los templos, vibró un solo grito que a veces se interrumpía para comenzar de nuevo. Los edificios retemblaban ante él. Cartago estaba como convulsionado por el espasmo de una alegría titánica y de una esperanza sin límites.

Narr'Havas, ebrio de orgullo, pasó su brazo izquierdo por la cintura de Salambó, en señal de posesión; y, con la derecha, tomando una pátera de oro, bebió por el genio de Cartago.

Salambó se levantó como su esposo, con una copa en la mano, a fin de beber también. Y cayó, con la cabeza hacia atrás, sobre el dosel del trono, lívida, rígida, con los labios abiertos, y sus desatados cabellos pendían hasta tocar en tierra.

Así murió la hija de Amílcar, por haber tocado el manto de Tanit.